



RADICALITZEM

la vida

La majoria de llibres de Virus editorial es troben sota llicències lliures i per la seva lliure descàrrega. Però els projectes autogestionaris i alternatius, com Virus editorial, necessiten un important suport econòmic. En la mesura que oferim bona part del nostre treball pel comú, creiem important crear també formes de col·laboració en la sostenibilitat del projecte. **Subscriu-t'hi!!**

La mayoría de libros de Virus editorial se encuentran bajo licencias libres y para su libre descarga. Pero los proyectos autogestionarios y alternativos, como Virus editorial, necesitan de un importante apoyo económico. En la medida en que ofrecemos buena parte de nuestro trabajo para lo común, creemos importante crear también formas de colaboración en la sostenibilidad del proyecto. **¡Subscríbete!**



Satèl·lit
sense quota



Càpsida



Replicant

60€

- 10% Virus editorial
- 5% Dues editorials
- 5 compres mínimo anual + 10€ bonificació per subscripció
- Pack bienvenida Punto de lectura + postal

60€

- 10% En toda la librería online
- 4 libros Virus editorial sin límite de precio
- Pack bienvenida (Bolsa + 10€ bonificació + 10€ postal)
- Descuentos En grupos de lectura y otras actividades

100€

- 8 novedades Virus editorial durante un año
- Pack bienvenida (Bolsa + 10€ bonificació + 10€ postal)
- 10% En toda la librería online
- Descuentos En grupos de lectura y otras actividades

<https://www.viruseditorial.net/es/editorial/socios>

Sonya Torres Planells
Antonia Fontanillas Borrás

Lola Iturbe Arizcuren
Vida e ideal de una luchadora anarquista





LICENCIA CREATIVE COMMONS
autoría - no derivados - no comercial 1.0

- Esta licencia permite copiar, distribuir, exhibir e interpretar este texto, siempre y cuando se cumplan las siguientes condiciones:

- Ⓒ Autoría-atribución: se deberá respetar la autoría del texto y de su traducción. Siempre habrá de constar el nombre del autor/a y el del traductor/a.
 - Ⓒ No comercial: no se puede utilizar este trabajo con fines comerciales.
 - Ⓒ No derivados: no se puede alterar, transformar, modificar o reconstruir este texto.
- Los términos de esta licencia deberán constar de una manera clara para cualquier uso o distribución del texto.
- Estas condiciones se podrán alterar con el permiso expreso del autor/a.

Este libro tiene una licencia Creative Commons Attribution-NoDerivs-NonCommercial. Para consultar las condiciones de esta licencia se puede visitar <http://creativecommons.org/licenses/by-nd-nc/1.0/> o enviar una carta a Creative Commons, 559 Nathan Abbot Way, Stanford, California 94305, EUA.
© 2006 Virus editorial

Sonya Torres Planells
Antonia Fontanillas Borrás
Lola Iturbe Arizcuren
Vida e ideal de una luchadora anarquista

Maquetación: Virus editorial

Cubierta: Julián Lacalle

Primera edición: mayo de 2006

Lallevir S.L.
VIRUS editorial
C/Aurora, 23 baixos
08001 Barcelona
T./fax: 934413814
C/e: virus@pangea.org
<http://www.viruseditorial.net>

Impreso en:
Imprenta LUNA
Muelle de la Merced, 3, 2º izq.
48003 Bilbao
T.: 944167518
Fax: 944153298

I.S.B.N.: 84-96044-69-6
Depósito Legal:



Lola Iturbe Arizcuren

Índice

Palabras preliminares	9
<i>Kyralina</i>, crónica de pensamiento y acción libertaria, Sonya Torres Planells	11
Lola Iturbe y su época. Síntesis biográfica e histórica, Antonia Fontanillas Borrás	29
LOLA ITURBE. MEMORIAS	57
ANTOLOGÍA	
CRÍTICA Y PENSAMIENTO RUMBO A LA REVOLUCIÓN	
Heroínas	113
La rebelión del <i>Zeven Provincien</i>	115
La cárcel de mujeres (mayo 1933)	118
Frente al fascismo	121
El comunismo anárquico libertará a la mujer	125
El atraso de España y los campesinos	130
Los derechos del niño	132
La Rusia revolucionaria y la Rusia diplomática	135
Figuras femeninas de la revolución	137
La educación social de la mujer	140

ESTAMPAS DE REVOLUCIÓN Y DE GUERRA

Mujeres heroicas (I)	145
Mujeres heroicas (II)	146
Mujeres heroicas (III)	149
La lucha en Barcelona	151
Escenas del 19 de julio	155
La guerra en el frente aragonés	157
Frentes de Aragón	159
Teresa Claramunt	162
Héroes de ayer. Llácer y Montejo	163

TEXTOS DESDE EL EXILIO

Inquietudes del momento. Sobre la reorganización de la FAI	173
Héroes del pueblo. Durruti	177
Canto a mi España	179
Pasó otro 19 de julio	181
<i>Si vis pacem para bellum</i>	183
La España en cruz	189
Lluvia de flores sobre el cartón. El arte de Violeta Martín	192
La mujer en la vida moderna	194
¡Paso a la juventud!	196
Juan Yagüe, proyector sobre el 19 de julio	199
La mujer en el movimiento libertario español	204
Orientación presente de la economía	206
Mujeres de ayer y de hoy	209
La nueva guardia	211
Tareas urgentes	216
Las españolas emigran también	218
Las mujeres en aquel lejano julio	220
Mujeres de la CNT en España	221
Mayo 1968	223
A la escucha de España	236
La mujer en la lucha social (Conferencia de Lyon)	238

*A Lola Iturbe, en el centenario de su nacimiento.
A Aurora y Helenio Molina, savia de experiencia y sabiduría.
A todos los que han dedicado su vida al Ideal libertario.*

Palabras preliminares

El centenario del nacimiento de Lola Iturbe, el mes de agosto de 2002, ha hecho resurgir el inaplazable deseo no tan sólo de recordarla sino, por encima de todo, de darle la palabra, de que sea ella la que se exprese, con su pensamiento crítico y sus emociones de testigo vivencial de una época pletórica de acontecimientos, puesto que la vida de Lola Iturbe atraviesa casi todo un siglo de luchas sociales, donde la CNT y el anarquismo dieron lo mejor de sí mismos, al identificarse en un pueblo que supo tomar en sus manos su propio destino y ser protagonista de una revolución sin precedentes en la historia; admirable ensayo a pesar de la Guerra Civil y de todas las fuerzas políticas que le fueron adversas.

Agradecemos a Helenio Molina su valiosa cooperación, al transmitirnos sus recuerdos en pequeñas entrevistas, aportando textos inéditos y otros impresos de su madre, así como documentos y fotografías del archivo familiar, tarea en las que ha participado también Aurora Molina. Este material, unido al archivo Fontanillas, nos permite presentar una selección de sus trabajos dispersos, divididos en varias épocas. Asimismo agradecemos la atención en las consultas para la documentación de los textos en el Ateneo Enciclopédico Popular, el Centro de Documentación Histórico Social, la Biblioteca Arús y la Hemeroteca de l'Ardiaca, de Barcelona.

Entre el material inédito, precediendo sus textos periodísticos, van sus *Memorias*, que en realidad son fragmentos que brotan de su recuerdo con el paso de los años, en momentos en que su pluma obedece a esa necesidad íntima de expansión. Resultan como ventanas en la historia abiertas por la propia protagonista, que recogemos y en cierto modo tratamos de colmar respecto a la contextuali-

zación histórica con nuestros trabajos respectivos, y utilizando también como vehículo algunos pasajes de su propio libro *La mujer en la lucha social*¹, donde narra de forma impersonal, a través de algunas de sus biografiadas, la historia y acontecimientos en los que ella no aparece pero donde bien pudo tener tanta participación como las demás.

Lola decía en una de sus cartas con su natural modestia: «Yo ya tengo muchos años y no quisiera que las mujeres de mi libro pasaran al olvido más completo [...]. Borra, si quieres, mi nombre; pero que quede el recuerdo de las que yo nombro»². Nosotras, sin desatender su recomendación, no podemos ignorarla a ella que tanto hizo para recordar a las demás. Su entrega al ideal, los avatares de su existencia y el contexto social en el cual vivió, bien merecen ser actualizados con tinta fresca.

Notas

1. Lola Iturbe: *La Mujer en la lucha social y en la Guerra Civil de España*, Editores Mexicanos Unidos, S.A., México D.F., 1974.
2. Carta de Lola Iturbe a Antonia Fontanillas, Gijón, 12 de febrero de 1988.

***Kyralina*, crónica de pensamiento y acción libertaria**

Así como nuestra autora parte del entusiasmo de la lectura de la obra *Kyra Kyralina*, de Panait Istrati, para adoptar el pseudónimo que siempre la acompañará, fue un entusiasmo similar, a partir de la lectura de los textos de Lola Iturbe, el que hizo que a principios del año 2002 me embarcara, junto con Antonia Fontanillas en la aventura de preparar un trabajo antológico para recordar en el centenario de su nacimiento a una de nuestras mujeres esenciales. Así decidimos recuperar en lo posible su pensamiento a través de sus propios textos y empezamos a revisar toda la documentación disponible, fuera ésta publicada o inédita, manuscrita o transcrita, gráfica o fotográfica. Y definitivamente, se dio paso a un riguroso proceso de selección, transcripción y análisis, cuyo resultado es el trabajo que ahora se presenta.

Han pasado setenta años y todavía me imprime una profunda emoción poder revivir los acontecimientos dramáticos y gloriosos de la Revolución Española a través de las palabras de una de sus protagonistas, Lola Iturbe. Y ello porque los textos de Lola están escritos con el corazón, y cuando digo esto me refiero a la impronta que nos transmite su estilo personal, sincero, reflexivo, empático con las personas y los acontecimientos que relata.

Partiendo de la base que no se ha considerado adecuado para el estudio del estilo de Lola Iturbe un análisis formalista, en tanto que superficial y generalizable, aquí mas bien se trata de ilustrar aquellos aspectos fundamentales que enmarcan su obra.

Lo que importa en la autora no es lo formal de su estilo, directo, claro, conciso, sin mayores dificultades y pretensiones que ser explí-

cito en sí mismo y de aquello que expresa. Lola escucha, mira, recuerda, analiza, se documenta y expresa. Aunque en ciertas ocasiones, dada su personalidad modesta y sencilla, alude a la precariedad de su formación como autodidacta y como obrera siempre en activo, nunca trabajó desde la inmediatez y la superficialidad. Sus trabajos demuestran madurez y reflexión en la ejecución, una actitud ante el mundo y la sociedad.

Desde muy joven, en casa del señor Ponsetí, inició una afición por la lectura que no abandonó jamás. Allí recuerda que era leída toda la prensa política y humorística del momento, además de literatura y poesía, como la de Apelles Mestres o Ignasi Iglesias. Cuando entra en contacto allí con grupos anarquistas, muy pronto empieza a leer a Kropotkin, Bakunin y Reclus. Desde entonces adquiere un nivel de formación extraordinario, y compartirá a partir de sus exilios en París el entorno cultural y militante de Albert Camus, Emilienne Morin o Armand y los individualistas. También formarán parte de su vida Diego Abad de Santillán y su compañera Elisa. Sin olvidar que compartió escenario con los principales militantes anarcosindicalistas, protagonistas de nuestra Revolución, incluidos Durruti y Ascaso, Llácer y Montejo, Francisco Arín y tantos otros¹. En la lucha sindical y la organización obrera cabe destacar su amistad con Soledad Gustavo, Libertad Ródenas, Rosario Dulcet y la familia Pestaña, como nos confirma Helenio Molina. Destaca especialmente además el entorno intelectual y humano de *Tierra y Libertad*, que llevaría a Lola a colaborar con el grupo Mujeres Libres, cuyo grupo inicial estaba formado por Mercedes Comaposada, Lucía Sánchez Saornil y Amparo Poch y Gascón. El colectivo de Mujeres Libres llegó a tener de 28.000 a 29.000 afiliadas y editó una revista del mismo nombre con una presentación extraordinaria, con ilustraciones de Baltasar Lobo y colaboraciones de alto nivel, como las de Etta Federn, Carmen Conde, Mika Etchebere, de las propias fundadoras, y también de Lola Iturbe.

Ella, partiendo de una integridad moral irreprochable que le llevó a actuar desde el ejemplo, siempre entendió su pluma como un arma de propaganda en defensa de las ideas. La utiliza con todos los recursos posibles (crónica, réplica, crítica, argumentación, testimonio) para la difusión y el reconocimiento del anarquismo, movi-

miento al que dedicó su vida; lo que para ella implica ya desde un principio también compromiso y acción sindical, puesto que ya con trece o catorce años, y después de haber conocido a Juan Manent², entra en contacto con el Sindicato del Vestido³ de la CNT, sindicato del que será una de sus militantes más activas.

La recreación en la explicación del detalle minucioso nos sitúa automáticamente en el escenario de los hechos que sus textos recogen, casi a modo de guión cinematográfico nos ayuda a reconstruir los espacios y los protagonistas diversos, con el detalle de la personalidad valiente que se aproxima a primera línea de fuego, con la escrupulosidad del reportero de guerra, para adentrarnos en los acontecimientos inmediatos vividos, a través de los ojos del que convive y sufre en primera persona el transcurrir de los acontecimientos, en ciertos momentos gloriosos y, en otras ocasiones, terriblemente dramáticos.

Con la lucidez de quien en ningún momento pierde el horizonte, la autora escribe con la seguridad y el dominio propios del que sabe perfectamente de lo que está hablando, a partir de un trabajo de documentación, reflexión y sistematización de los propios recuerdos. De esta forma, podemos encontrar en sus textos datos concretos, nombres, lugares y fechas que, aparte de mostrarnos su excelente memoria, nos ayudan a contextualizar perfectamente los hechos históricos que relata.

La autora se aproxima al sufrimiento de los más débiles y da voz a los olvidados, en busca del reflejo de la verdad, recogiendo sus propias palabras y dando en todo momento el necesario aliento al oprimido. Porque, a pesar de todo el sufrimiento vivido, Lola cree fervientemente en la capacidad humana de autosuperación, en el poder transformador de la revolución, en la fuerza regeneradora de la crítica positiva, en la emancipación a través de la capacitación, en la bondad intrínseca del ser humano, que ha de llevarle a la construcción de un mundo mejor. En particular, respecto a la emancipación de la mujer comenta:

Toda la sabiduría de las diversas ciencias y técnicas son enseñadas a las mujeres, sin más limitación que la que determina la posición económica entre las adineradas y las que no

lo son. El principio de derechos igualitarios en la enseñanza fue adquirido y está hoy ampliamente reconocido y practicado. El reconocimiento formal de esos derechos ya es un avance. Mañana habrá que completar ese progreso con la igualitaria repartición de los bienes económicos y de la retribución en el trabajo que hará desaparecer realmente la actual segregación.

Hoy las mujeres han adquirido y van adquiriendo tantos conocimientos en todas las ramas de la ciencia y de la técnica que podemos afirmar que la conquista más beneficiosa y más sobresaliente realizada por la humanidad en la época moderna ha sido la emancipación de la mujer, que le ha permitido su acceso a todos los estamentos y manifestaciones del Arte, de la Literatura, de la Ciencia y de la vida en general.⁴

Encontramos en los textos de Lola unos temas siempre recurrentes, reflejo de su ideal y su profunda implicación social. Así, una y otra vez recuerda a los compañeros y las compañeras encarcelados, torturados y fusilados; denuncia tanto la precaria situación de los niños y de las mujeres obreras, como la de los exiliados; está atenta a las injusticias, sean éstas cometidas en España, en Rusia o en las colonias de las Indias Orientales; y escucha esperanzada las nuevas voces revolucionarias de la juventud⁵.

Por otra parte, la identificación de los textos incluidos en esta antología se ha podido realizar con relativa agilidad, puesto que estos aparecen firmados por la autora con su propio nombre, Lola Iturbe, o habitualmente utilizando los pseudónimos *Libertad* o *Kyralina*, este último adoptado de la heroína protagonista de la novela *Kyra Kyralina*⁶, del escritor rumano Panait Istrati, a quien posiblemente descubrió como escritor en su primer exilio en París, durante la Dictadura de Primo de Rivera.

El espíritu libre y rebelde de Panait Istrati la impregnan profundamente, por identificación y reconocimiento. Ambos coinciden en el elevado concepto de la amistad, en el espíritu autodidacta y en la descripción que José Francés hace del autor: «Conoce el dolor, la miseria, la legítima cólera de los proletarios del mundo, porque ha sido y sigue siendo el proletario insumiso y generoso»⁷. Así como también coinciden en estilo, por la excelente narración, trágica, decidida y apasiona-

da, como diría Romain Rolland: «esta belleza del narrador que da vía libre a su alma oprimida...»⁸

En el caso en que el documento haya aparecido sin firmar, éste siempre ha sido autenticado, a través de la correspondiente identificación por parte de Helenio Molina, hijo de Lola Iturbe; a quien además debemos la aportación de los fragmentos de las memorias y los textos manuscritos.

Entre los documentos que vienen a ilustrar su vida de militante contada por ella misma, encontramos una entrevista del año 1981 realizada a Juanel y Lola Iturbe en Barcelona⁹, donde explican su pasado común como miembros de la CNT y la FAI. También contamos excepcionalmente con el vídeo «...de toda la vida»¹⁰, documental que muestra la participación fundamental de la mujer en la Revolución Española a través del testimonio de Lola Iturbe, junto al de las compañeras Dolores Prat, Sara Guillén, Concha Pérez, Hortensia Torres, Federica Montseny, María Batet, Pepita Carpena, Suceso Portales, Teresina Torrellas e Igualdad Ocaña, también integrantes del movimiento libertario. La imagen de Lola aparece en el cartel anunciador de la presentación del vídeo y a su vez también en la carátula del mismo.

En las imágenes de este documento gráfico, Lola recuerda la explotación que sufrió en su propia carne cuando empezó a trabajar como modista, pagándole 15 céntimos a la semana por un trabajo que consistía en ir a las ocho de la mañana y volver sin hora fija (a las ocho o nueve de la noche), donde el aprendizaje se conseguía con muchos años y a base de mucho sacrificio. Como ganaba muy poco, entonces empezó con el oficio de sastra de pantalones, trabajo por el cual le daban un real a la semana.

Reconoce que siempre tuvo una especie de drama interno por su nacimiento «extralegal» en aquellos tiempos y, en cambio, cómo al empezar a frecuentar los ambientes anarquistas se sentía bien entre ellos, acogida y no discriminada, y esto hizo que empezara a estudiar el anarquismo. Pronto empieza también a desarrollar una dilatada actividad como militante, así ya en los años veinte, con la represión de Martínez Anido, su casa servía de refugio de los perseguidos y de la propaganda. En este último sentido cabe destacar el trabajo realizado junto a su compañero Juan Manuel Molina en la administración

de la revista *Tierra y Libertad*. Lola recuerda como algo sensacional un Primero de Mayo en Barcelona, cuando por primera vez se montó un stand muy grande todo exclusivamente con libros anarquistas de la editorial Tierra y Libertad. Cuenta la anécdota que hubo unas muchachas que cogieron unos folletos del Dr. Lazarte y repetían: «¡La libertad sexual de nuestro tiempo!», algo extraordinario en aquellos momentos. Y Lola observa que «fue la primera vez que el anarquismo salió a la calle no como cosa violenta sino como cosa cultural».

De pequeña figura, pero con una marcada personalidad, sensible, honesta y sincera, los extraordinarios hechos vividos durante la Revolución española marcarán profundamente su vida y también su estilo literario. La exaltación del movimiento revolucionario, los hechos de guerra y el reconocimiento del heroísmo y la memoria de sus protagonistas, se convertirán a partir de entonces en el *leitmotiv* de su producción escrita. Sirva el ejemplo dramático de la valentía de estos personajes modélicos, a los que Lola dirige su atención, la cita:

Que quede siempre en la memoria perenne las miles de mujeres que fueron ejecutadas durante la guerra, no solamente en los presidios, sino las que fueron ejecutadas, como un ejemplo de ellas es el de Soledad Amorós, de Moraví (Alicante), que al ser avisada para ser fusilada dijo: «Permítanme que me vista mejor». Entró en la celda, se vistió bien, se maquilló, y cuando salió al patio a que la fusilarán grito: «¡Compañeras!, me llevan a la muerte. ¡Viva la libertad!»¹¹

Ya Pilar Díez en un artículo para *Cambio 16* de 1988 destacaba, entre las mujeres más sobresalientes de comienzos de siglo, la figura de Lola Iturbe. En él Lola, una vez más, recuerda con emoción los tiempos de lucha y activismo que vivió a partir de su llegada a Barcelona, cuando con catorce años comienza a colaborar con el movimiento anarquista desde el sindicato del textil de la CNT; y, además, se declara a favor de todos los movimientos encaminados a mejorar la situación de la clase obrera y en concreto de la mujer, pero critica las actuaciones de ciertos grupos feministas y declara:

No me gusta nada el mimetismo respecto a los hombres. Y lo que me parece ya un atraso es la simpatía hacia el militarismo, justo ahora que los hombres han reaccionado en contra.¹²

Justo es traer a colación las voces que después de su muerte, acontecida en Gijón el 5 de enero de 1990, recordaron afectuosamente su personalidad y su amplia trayectoria vital. Éste es el caso de la labor biográfica realizada por Antonina Rodrigo¹³, quien recuerda su militancia en un artículo después de su muerte y que, además, recoge su trayectoria vital, junto a la de otras veintiséis autoras de diversa índole, en el libro *Mujer y exilio*.

Manuel Salas¹⁴ destaca a Lola como ejemplo de integridad, generosidad y entrega permanente a sus ideas, así como su contagioso dinamismo y paciente tenacidad y reflexión, al mismo tiempo que ofrece datos de gran interés sobre su itinerario de exilio y anima a la realización de posteriores trabajos sobre su militancia ejemplar.

Fidel Miró¹⁵ recuerda en la amiga recién desaparecida su militancia abnegada y generosa, su actitud solidaria, siempre dispuesta a ayudar a quien lo necesitara, y su constante preocupación por los presos y perseguidos.

La compañera Pura Pérez desde Canadá escribe, en enero de 1990, el poema A Lola Iturbe¹⁶, que a continuación reproducimos:

*Te fuiste en silencio
querida amiga,
dejándonos la tristeza
de tu ausencia.
¡Es tanto lo que te debemos!
A nuestro lado
estuviste,
por el ingrato camino,
marcando tus huellas.
Con tu voz,
con tu pluma;
con el corazón,
las grabaste.
En los días de lucha,*

*en las horas de dolor,
en los días de esperanza...*

También Antonia Fontanillas ya aportó datos de gran interés para la biografía de Lola Iturbe en su artículo «Dolores Iturbe Arizcuren. Una vida ejemplar»¹⁷, que en su trabajo para esta edición viene a completar.

En la prensa extranjera se hace eco de la noticia de su muerte Sara Berenguer, quien con un texto biográfico recuerda a la mujer de gran capacidad de trabajo, idealista consciente, de pensamiento sincero y espíritu inquieto, rebelde y amante de la justicia, generosa y de férrea voluntad, con una vida de sacrificios, de acción revolucionaria sin tregua y lucha permanente contra el fascismo internacional. Entregada a la ardua tarea de indagar y recopilar la memoria de la mujer, para reivindicar su papel en la historia social, ella misma tomó parte activa en la lucha por la alfabetización y la emancipación de la mujer, cualidades por las que Emma Goldman la reconoce como «talentosa y ardiente feminista»¹⁸.

Como ya hemos apuntado, Lola tiene una particular visión del feminismo, expresado en la lucha por la emancipación y la capacitación, contra la ancestral opresión de la mujer, en pro de la igualdad y la justicia social. Pero no acepta una simple emulación del comportamiento masculino por parte de la mujer y aborrece, por ejemplo, la incorporación de ésta a las filas militares, en tanto que acérrima defensora del pacifismo mundial. En este sentido comenta:

Sobre el actual debate —itodavía!— de la supremacía de sexos, más agudizado en España que fuera de ella, estimamos que, ni matriarcado ni patriarcado, sino la pareja humana, cada cual con sus características naturales, unida para la misión de perpetuar la especie y luchar por el mejoramiento incesante de las condiciones de vida.

Ya existen en nuestra sociedad demasiados antagonismos de clase y guerras; no los agravemos con la guerra de los sexos como pretenden algunas feministas.

Otro de los errores que, a mi juicio, cometen gran número de mujeres es el de copiar el modelo masculino en su aspecto más

*negativo: excesos en el uso de bebidas alcohólicas, del tabaco y de la droga, así como el ejercicio de profesiones antisociales, como la de policía o militar.*¹⁹

En esta misma línea y como alegato en contra de todas las guerras, su artículo, irónicamente titulado «*Si vis pacem para bellum*», insiste en la falsedad del axioma «Si quieres la paz prepara la guerra»: «educuemos a nuestros hijos al margen del virus bélico patriotero y nacionalista», nos dice. La guerra jamás podrá acabar con la guerra, si quieres la paz ayuda a construirla cada día.

Sus textos repetidamente denuncian las pésimas condiciones en las que se encuentran las mujeres, sea por discriminación social, laboral o por el injusto reparto de roles. Al mismo tiempo que desprecia la aceptación de la condición de opresión sin rebelión y a la mujer convertida en mero objeto decorativo en una sociedad moralmente confundida por el hipócrita y antinatural puritanismo religioso, defiende la igualdad social y laboral entre sexos y reconoce los esfuerzos que comporta la lucha por tal reivindicación:

Cuando se haya conseguido en España la formación de organizaciones obreras que se ocupen de sus propios y verdaderos intereses, las obreras integradas a ellas tendrán que luchar por esos derechos mínimos que se han adquirido ya en el resto de Europa: la igualdad de salario femenino y masculino: «A trabajo igual, salario igual». La mujer habrá de tener en cuenta esa conquista y capacitarse a fin de realizar un trabajo correcto en su empleo y profesión. Si no está lo suficientemente preparada habrá de asistir a las escuelas de capacitación profesional.

Ya sabemos los esfuerzos que han debido hacer las clases obreras para arrancar a los capitalistas las mejoras que ahora disfrutan, aunque sean mínimas. También la puesta en marcha de la promoción femenina cuesta enormes sacrificios a las mujeres del pueblo. Esa adaptación y mutación hacia nuevas formas de vida se lleva a cabo sin sobresaltos en las clases adineradas [...] En los medios obreros esa transformación raya casi siempre en el drama. Puesto que querer revivir la «Trinidad», esta vez laica, en la persona de una sola mujer, que ha de

ser a un tiempo obrera asalariada, madre que ha de criar y educar los hijos, mujer desdoblada en ama de casa y amante del marido, es imposible. Tantas responsabilidades en una sola persona parecen excesivas y fuera del humano poder; pues si esa mujer cumple bien todas esas tareas se la puede catalogar como la gran heroína social del siglo XX. [...]

Tengamos la esperanza de que la incorporación masiva de la mujer a la vida política, literaria y social, pueda aportar una orientación más humanitaria y equitativa a la misma, lo que le permitirá la realización de sus aspiraciones liberadoras: maternidad consciente, de libre elección, no la impuesta por una determinada moral o por ciega naturaleza. La mujer debe ser «dueña absoluta de su cuerpo y de su voluntad».²⁰

Además de reconocer el derecho al trato laboral igualitario — contratación, derechos sociales, salario— reivindica el apoyo social a la maternidad, como etapa especialmente sensible de la condición femenina. Emprende su particular lucha por la concienciación en este sentido, y ello en un entorno social muy primitivo aún, que margina y excluye sin derecho a réplica a la mujer trabajadora. Al mismo tiempo que defiende la protección de la maternidad, repugna del ejercicio de la prostitución, ofreciendo meditaciones y firmes soluciones, por otra parte bien fundamentadas durante su militancia en Mujeres Libres:

La mujer debe ser dueña absoluta de su cuerpo y de su voluntad. El progreso científico en materia de anticonceptivos es un eficaz aliado de la mujer para conseguir su verdadera liberación. La maternidad deseada dará hijos robustos y evitará muchos dramas a las mujeres. Creo también que la mujer debería prescindir del trabajo salarial durante tres años para poder consagrarse con entera libertad a la crianza y primera educación del hijo. Este debería ser amamantado al pecho si la mujer posee una naturaleza sana. Nadie como la madre para iniciar al hijo en la vida y para que éste se sienta amado y protegido y se desarrolle síquicamente con normalidad. Para la delicada misión de madre la mujer debería recibir una educación casi científica.

Los organismos de Asistencia Social atenderán a la mujer y al hijo, durante el periodo de la crianza. La maternidad, no excediendo de dos hijos no será una carga para la colectividad y liberará pronto a la mujer a fin de que pueda reintegrarse a la producción. En caso de embarazo no deseado, la mujer tendrá derecho a recurrir al aborto legal, practicado con todas las garantías por médicos especialistas en los hospitales. Como se practicó en Cataluña a partir de 1936 y hoy empieza a practicarse en casi todos los países de Europa.

Todos los medios anticoncepcionales deberán ser explicados y puestos a disposición de las mujeres a partir de la pubertad por personas calificadas, médicos y comadronas. Éstos deberán velar por el buen funcionamiento de cuantos centros de divulgación y de prácticas sean necesarios.

Los organismos de Asistencia Social atenderán por igual a la madre, dentro o fuera del matrimonio. La situación de los hijos será siempre salvaguardada por ella. En ningún caso los hijos deberán ser las víctimas de la desunión de los padres. La educación de éstos creará un sentido más amplio de responsabilidad en el hecho de dar la vida a un nuevo ser y evitará en lo posible separaciones perjudiciales al buen desarrollo moral y material de los hijos menores.

Para aminorar los efectos de la prostitución, esa lacra tan difícil de extirpar basta en las naciones de socialismo autoritario, hay tres remedios: 1º El cese de la miseria; 2º La educación y la instrucción; y 3º La libertad sexual.²¹

Encontramos en los textos de Lola una referencia concreta al concepto del feminismo histórico, el cual ella conoce a la perfección, y resulta sumamente interesante cómo observa diversas posturas dentro del propio movimiento y cómo resalta la importancia fundamental de la lucha contra la explotación del trabajo femenino:

¿Fue feminista Maman Jones?

No, en el aspecto de las sufragistas de su época. Éstas derrocharon sus energías por la obtención del voto y porque las mujeres tuvieran acceso a las carreras técnicas y científicas,

monopolio de los hombres. Acción justa y meritoria, pero algunas de ellas se dejaron deslumbrar por el brillo de cargos y categorías y no se preocuparon mucho de la explotación del trabajo femenino. Maman Jones supo atraerse a las mujeres para que participaran en las luchas sociales y movilizarlas de una forma muy original y eficaz para triunfar en ellas.

Las mujeres participaban en los conflictos obreros, huelgas, mítines y manifestaciones para la obtención de mejoras salariales para ellas y sus maridos, y para preservar a sus hijos del trabajo prematuro en minas y fábricas. Pan, trabajo y un hogar decente para cuidar a la familia es lo que pedían aquellas mujeres guiadas por Maman Jones. En aquella época en que las jornadas de trabajo eran de doce horas, las aspiraciones de cuidar solamente la familia y el hogar ya representaba una liberación para ellas.²²

También sus esfuerzos van encaminados a reparar del olvido la enorme deuda histórica respecto al papel social de la mujer y su condición como productora y creadora, siempre marginada en el recuerdo. Y así emprende una ardua labor, pionera y encomiable, de rescate de las figuras femeninas esenciales en la historia del movimiento libertario. Trabajo sistematizado en sus artículos y principalmente en dos de sus textos: el libro *La Mujer en la lucha social y en la Guerra Civil de España*²³; y la conferencia de Lyon de 1975, titulada «La mujer en la lucha social», que se publica aquí por primera vez. Respecto al sentido de su trabajo, con su particular modestia, Lola dice:

¿Por qué escribir un libro? A lo que contesto: Por el deseo de dar a conocer a unas mujeres que en las luchas obreras de España, impulsadas por los libertarios, tuvieron una participación, unas veces heroica, otras brillante, siempre valiente y meritoria. [...]

Sobre las mujeres que ofrendaron lo mejor de ellas mismas para tratar de mejorar la condición humana, y en particular las obreras, se ha escrito poco y son ellas las más merecedoras de admiración y de afecto y las confundo en abrazo fraterno con las que sufrieron persecuciones, torturas y muerte en la gran conmo-

ción 1936-1939 y, en fin, con todas las que dieron sus energías en el combate, en las colectividades, en todos los lugares de trabajo, en las guarderías de niños y que, de una forma u otra, contribuyeron a sostener la lucha contra la opresión del régimen del general Franco.²⁴

Es decir, lo que Lola pretende con su libro y con sus textos dedicados a la mujer simplemente, es que la memoria de tantas mujeres no quede en el silencio y el anonimato porque hasta entonces el movimiento femenino también había sido olvidado incluso dentro del propio movimiento libertario, como ella misma reconoce: «muchos compañeros han escrito libros pero pocos las han citado, pocas mujeres se conocían aparte de Soledad Gustavo y Teresa Claramunt. Yo, en cambio, he querido recoger a otras que han tenido tantas actividades como ellas pero que eran menos conocidas».

¿Hay olvidos? No, en todo caso, conscientes y voluntarios. Con sus palabras Lola reconoce a todas, pero en su recopilación de más de quinientos nombres no caben las que considera comunistas totalitarias o simplemente totalitarias, y no las menciona. Sí reconoce en cambio la capacidad de resistencia ante el sufrimiento, la capacitación incluso contracorriente, la aportación de la mujer a la cultura y a la revolución.

En definitiva, en el sustrato de su pensamiento encontramos el ideal de mujer trabajadora, preparada para asumir las propias responsabilidades y superar los retos del futuro y que, como miembro activo junto al hombre, ha de contribuir, a través de la solidaridad y el apoyo mutuo, a la construcción de una sociedad más libre y más justa:

Hoy los problemas de los trabajadores siguen agudizados y sin solución satisfactoria, sobre todo en España. [...]

El proletariado español tendrá un día que armarse de valor y disponerse a poner en práctica lo que Flora Tristán (1803-1844) escribía en su periódico L'Union Ouvrière: «El obrero no debe esperar de la sociedad la mejora de su condición, que sólo puede ser obtenida por su propio esfuerzo». ¡Qué gran precursora Flora Tristán! Hasta 1860 no resonó la célebre frase de la Internacional: «La emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los

trabajadores mismos», lo que Flora Tristán había proclamado 17 años antes. [...]

En resumen: organizar una sociedad en la que ellos y ellas gocen de las mismas facilidades de acceso a la instrucción, al trabajo, a la cooperación, a la práctica de todos los deberes y derechos instituidos en el hogar y en la sociedad para la expansión y realización de todos sus componentes. Quizá no sea tarea fácil la realización de estas aspiraciones de fraternidad entre los seres. La condición humana no siempre se inclina a practicar el bien. No obstante y a pesar de todo, es por la práctica de la ayuda mutua que el hombre y la mujer vencerán ese sentimiento de ansiedad y frustración que hace desgraciados a tantos seres de la presente generación.

¿Utopía esa generosidad? Tal vez. Pero las utopías fueron siempre un factor de progreso en las sociedades humanas.²⁵

Para concluir, decir que en la presente edición se ha respetado escrupulosamente la redacción de los textos originales. Tan sólo en ocasiones puntuales se ha revisado la puntuación y ciertas expresiones, como por ejemplo, la palabra «reaccionarismo», que se ha substituido por «reacción»; la palabra «plafond», que se ha substituido por «techo»; y la palabra «jerseis» se ha cambiado por «jerseys». Asimismo, se han revisado, en la medida de lo posible, las citas y la toponimia mencionada para una correcta transcripción.

También se ha documentado de la forma más exacta posible el emplazamiento de los textos (nombre de la publicación, título, editorial, lugar y fecha de edición, firma, página o páginas de publicación); y en los textos inéditos se ha indicado la fecha, el lugar y el título o motivo por el que fueron escritos.

Algunos artículos, textos breves y documentos se han tenido en cuenta, aunque no hayan sido incluidos en la presente edición, entre los que cabe mencionar el texto titulado «El 19 Lugió a Barcelona»²⁶; la breve nota «Ascaso cayó en Atarazanas»²⁷, recordando al compañero caído durante la Revolución; los tres artículos titulados «Flash sobre París»²⁸, y «Carta abierta al Presidente Eisenhower»²⁹, comentando diversos aspectos de la actualidad del momento; «Presencia de la mujer»³⁰, que analiza la situación de la mujer en Francia;

las cuartillas leídas por Lola Iturbe en el mitin de la CNT celebrado en Montpellier, en 1944, acto de afirmación antifascista donde la autora aprovecha para insistir en la importancia del papel de la mujer, su emancipación y educación social; la carta a la redacción de ABC de 1955, en la que comenta el artículo titulado «Frontera Anulada»³¹, donde habla de la condición de los exiliados españoles frente al franquismo; el artículo «Maman Jones»³², una síntesis biográfica dedicada a la sindicalista Mary Harris a raíz de la edición francesa de la «Autobiographie» de esta autora; y correspondencia diversa. Cabe indicar además varias publicaciones citadas por la propia autora, como *Acción Social Obrera*, *El Libertario*, *Proa*, *Exilio* y *España Libre* del exilio, en las cuales colaboró y en cuyas colecciones completas pudieran encontrarse otros textos.

Se hace imprescindible recordar el importante papel que tuvieron Lola y Juanel en la redacción y administración de *Tierra y Libertad*, publicación de la que se llegaron a imprimir 20.000 ejemplares, dirigida por Diego Abad de Santillán, y de la que Juanel fue el responsable de administración. Como es de suponer, trabajadores modestos e incansables, fueron ellos los autores de la mayor parte de las páginas anónimas que aparecen en ésta publicación³³. Así como también fueron responsables de las ediciones de *Tierra y Libertad* y de la revista *Tiempos Nuevos*, en la cual colaboraron autores de la talla de Comas i Solà, Julio Senador Gómez o Gonzalo de Reparaz, entre otros.

También merecen especial atención los libros publicados por su compañero Juanel, vínculo omnipresente en la vida de la autora, entre los que destacan, por su carácter biográfico e histórico, *Noche sobre España*³⁴, recopilación de relatos sobre los periodos de encarcelamiento que sufrió en España³⁵; *¡España Libre!*³⁶, trabajo de traducción y análisis que reúne discursos y documentos de Albert Camus sobre el problema español; *El movimiento clandestino en España (1939-1949)*³⁷; y el folleto titulado *El comunismo totalitario*³⁸; así como también la extensa carta biográfica inédita dirigida a Juan Ferrer desde Deuil la Barre, fechada el 15 de febrero de 1971, todos ellos documentos rigurosos e indispensables para el esclarecimiento de unos hechos históricos fundamentales de nuestro país, que también deseo que algún día vean de nuevo la luz.

En todo caso, con el trabajo que ahora se presenta nuestro esfuerzo queda saldado, en forma de diálogo siempre abierto, con la esperanza puesta en que la revitalización de estas palabras, sinceras y fundamentales, contribuirán al esclarecimiento de la historia y encaminarán hacia la construcción de un mundo mejor. Porque en palabras de la propia autora:

*Los españoles de la libertad perdimos la contienda, pero dimos al mundo el modelo de una Revolución originalísima que fundamentó nuevas formas de vida política y social.*³⁹

Sonya Torres Planells

Notas

1. Tal como puede comprobarse en las memorias y los artículos recopilados en esta antología.
2. Lola conoció a Juan Manent en la casa de huéspedes de su madre de la calle Rossic del barrio de la Ribera de Barcelona, donde había ido a parar huyendo de Badalona por la represión de Martínez Anido. Manent fue alcalde de Badalona durante la guerra, es autor del libro de memorias *Records d'un sindicalista llibertari català*, Ediciones Catalanas de París, 1976.
3. Situado entonces en la calle Conde de Asalto de Barcelona.
4. Lola Iturbe: *La Mujer en la lucha social y en la Guerra Civil de España*, Editores Mexicanos Unidos, S.A., México D.F., 1974, pp. 7-8.
5. Ver los textos «¡Paso a la Juventud!» y «Mayo 1968».
6. Panait Istrati: *Kyra Kyralina*. Primera edición, en francés, del año 1923. Editado en castellano, en Barcelona, por Librería Sintés, 1933, con prólogo de Romain Rolland, carta-prólogo de Vicente Blasco Ibáñez y epílogo de José Francés.
7. Panait Istrati, *op. cit.*, p. 210.
8. Panait Istrati, *op. cit.*, p. 9.
9. Revista *L'Avenç*, n.º 39, Barcelona, junio de 1981, artículo de Jaume Fabre y Josep M. Huertas, «Juanel i Lola Iturbe, una vida d'amor i d'anarquia. D'un temps, d'una FAI», pp.16-22.
10. Audiovisual producido y dirigido por Lisa Berger y Carol Mazer en 1986.
11. En Lisa Berger y Carol Mazer: «...de toda la vida», 1986.
12. Pilar Díez: «Aquellas abuelas con sus locas ideas», *Cambio 16*, n.º 855. Madrid: 18 de abril de 1988, p. 34.
13. Antonina Rodrigo: «Lola Iturbe. Una vida militante», *Polémica*, Barcelona, enero 1990, p. 6; Antonina Rodrigo: *Mujer y exilio*, Compañía Literaria, Madrid, 1999, pp. 335-361.
14. *Polémica*, n.º 40, Barcelona, enero 1990, p. 7.
15. *Polémica*, n.º 41, Barcelona, marzo-abril 1990.
16. Recogido en *Polémica*, n.º 41, Barcelona, marzo-abril 1990.
17. Antonia Fontanillas: «Dolores Iturbe Arizcuren. Una vida ejemplar», *El Noi*, n.º 4, Valencia, IIª época, 1996, pp. 10-14.
18. En el artículo de Sara Berenguer: «Lola Iturbe Arizcuren e la luta social», *A Batalha*, n.º 131, enero-marzo, 1991.
19. *La Mujer en la lucha social y en la Guerra Civil de España*, *op. cit.*, pp. 206-207.
20. *Ibidem*, pp. 206-207.
21. *Ibidem*, pp. 207-208.
22. Artículo titulado "Manan Jones", firmado por Lola Iturbe, del que no se han encontrado las referencias de publicación.
23. Publicado en México por Editores Mexicanos Unidos en 1974.
24. Lola Iturbe, *op. cit.*, pp. 8-10.
25. *Ibidem*, pp. 205-208.
26. *L'Aduaneta del Refrattari*, n.º 23, 22-7-1939, p. 4.
27. *El Libertario*, n.º 11, La Habana, 19 de julio de 1960.
28. Publicados en *España Libre*, Nueva York, 16-3-1962, 6-7-1962 y 1964, respectivamente.

29. *España Libre*, Toulouse, noviembre de 1959.
30. Posiblemente publicado en *España Libre*, 21-12-1962, p. 5.
31. Artículo «Frontera Anulada», publicado en el mismo diario *ABC*, el 22 de diciembre de 1954.
32. Artículo del que no se han encontrado las referencias de publicación, firmado como Lola Iturbe.
33. Sobre todo durante los períodos de encarcelamiento que sufrió Diego Abad de Santillán, en los que Lola y Juanel quedaban como responsables de la publicación.
34. *Noche sobre España*, Editores Mexicanos Unidos, México, 1958.
35. Juan Manuel Molina Mateo cumplió, a partir de abril de 1946, siete años de prisión en los penales de Alcalá de Henares, Ocaña, San Miguel de los Reyes, Buitrago y Fuencarral.
36. *¡España Libre!*, Editores Mexicanos Unidos, México, 1966; reeditado por Ediciones Júcar, Madrid, 1978.
37. *El movimiento clandestino en España (1939-1949)*, Editores Mexicanos Unidos, México, 1976.
38. *El comunismo totalitario*, Editores Mexicanos Unidos, México, 1982.
39. Lola Iturbe: *La Mujer en la lucha social y en la Guerra Civil de España*, op. cit., p. 209.

Lola Iturbe y su época. Síntesis biográfica e histórica

Barcelona, en el corazón de la vieja Ciudad Condal, calle Ferlandina, número 10, nace el 1.º de agosto de 1902 Dolores Iturbe Arizcuren. Hija de madre soltera, lleva sus mismos apellidos. Su madre, Micaela Iturbe, tuvo que sufrir el mismo *vía crucis* de toda joven enamorada o víctima de la seducción de un hombre que la deja embarazada. Tuvo una infancia desgraciada. Pese a que los padres tenían una situación holgada, la pusieron a servir desde muy joven y, cuando se apercibieron de su desliz, el padre, sin contemplaciones, la echó de casa. Micaela tiene que abandonar su tierra navarra, Monreal, pueblo cercano a Pamplona, para refugiarse en la gran urbe barcelonesa, donde dará a luz a una hermosa niña que, obligada a abrirse camino en la industriosa ciudad, tendrá que confiar a un honrado y laborioso matrimonio valenciano, con dos chicos y una niña, que pronto sienten nostalgia de su tierra.

Lola, nuestra Lola, no llega a conocer en su primera infancia ni el barrio ni la ciudad que la vio nacer; ni siquiera a su madre. Por suerte o por desgracia, sus primeros años transcurren tranquilos y gozosos en Cerdà, pueblecillo de la provincia de Valencia de donde procede la familia Vidal que la cuida con cariño y que, mal aclimatada a la gran urbe barcelonesa, regresa a su pueblo llevándose con ellos a la nenita que Micaela les ha confiado.

Resulta sencillamente prodigiosa la forma, el relato minucioso que nos hace Lola de su feliz infancia, en ese pueblecito de Cerdà cuando en 1965, a sus sesenta y tres años, acompañada de su hijo Helenio, pisa de nuevo esa tierra que conoció sus primeros pasos y balbuceos; sus correrías de chicuela, junto a «su familia», padres y,

hermanos que considera suyos porque se crió con ellos, porque no conoció otros.

Imagen tras imagen, Lola nos restituye ese pasado de una forma maravillosa. Lo revive, lo goza. ¡Qué memoria la suya! Y, ¡qué emoción, qué afán, cuando llega al pueblo de su infancia y ansiosa salta del coche y empieza a recorrer sus calles...! Nada escapa a su recuerdo... hasta esa hermosa jazminera que embellecía la pared de su casa y aromaba el ambiente con su perfume penetrante y que, al igual que los suyos —los padres muertos, los hermanos dispersos—, fue arrancada de su suelo.

Su casa, la que fue su casa, está muerta, deshabitada. Ni geranios ni clavellinas adornan sus ventanas, que son, sin embargo, la nota que da color y belleza a las callejas del pueblo.

Sin arraigo afectivo que conforte su retorno, siente la congoja de esa ausencia y le consuela saber que «su madre» —que nunca se repuso de su pérdida— murió en Madrid donde la familia, adicta a la causa republicana, se refugió, abandonando el pueblo cuando triunfó el franquismo.

No obstante, todo ello la espolea a recordar, a escribir ese pasado, y nos sumerge en él, con sus alegrías y sus penas.

Nos describe el pueblo y sus costumbres. Las moreras que daban sombra y frutos y bordeaban la acequia —su paraíso infantil— donde chapoteaba a su antojo y extraía trocitos de loza que las reverberaciones del sol convertían, a sus ojos, en piedras preciosas y que eran, además, sus juguetes, simples, ¡pero cuán maravillosos!

Recuerda algunas travesuras con su hermano Higinio, la escuela donde aprendió las primeras letras.

Evoca la inmensa alegría de la fiesta mayor anual, sus preparativos y golosinas; la decoración de sus calles... Es el suyo un recorrido costumbrista interesante y ameno. El único recuerdo triste de su infancia es el de una caída que la dejó coja para toda la vida.

Pero esa vida libre y feliz de salvajilla, en el seno de una familia que la crió y la quería como si fuera hija propia y a la que ella quería por igual, tuvo un desenlace inesperado y traumático que trocó fundamentalmente su vida. No tenía aún siete años.

Su madre, que por razones que se suponen lógicas, dado su trabajo de sirvienta, no pudo ocuparse debidamente de su hija, cuan-

do encontró al fin una casa donde se atrevió a contar su tragedia y la pena de no poder tener su hijita a su lado, consiguió que dicha familia, padre e hija, aceptaran que Micaela trajera su hija a casa.

Fue así que una carta avisó a la familia valenciana de que Micaela iría a buscar a su hija. ¡Terrible drama! Ni Lola ni sus padres adoptivos estaban de acuerdo con que la niña volviera con su madre.

El cambio fue brusco y total. Otras eran las costumbres, las personas, el ambiente. Micaela trabajaba de cocinera en casa de Don Roque Ponsetí, dueño de una lampistería en la plaza Sant Agustí Vell. Allí tenían su domicilio, casa de familia acomodada, de gustos y costumbres burguesas. Ponsetí era un señor ya mayor. Era viudo y vivía con su hija Lola, soltera y enfermiza. El señor Ponsetí se había acreditado como excelente artesano. Hizo mucho dinero, pero también lo dilapidó, porque le gustaba comer y vivir bien. Era en el fondo, un hombre bueno, con cierta cultura, con gusto por la buena literatura y por la música; condiciones estas de las que se benefició Lola pues, tanto la hija como el señor Ponsetí, acogieron a la chiquilla como si fuera de la familia y le brindaron el mejor afecto. Pese a ello, la adaptación de Lola a esa nueva vida fue difícil y traumática. La chiquilla se sentía como pájaro en jaula. Añoraba a su tierra, añoraba a «sus padres». También Micaela sufría lo suyo al verse rechazada.

Barcelona, la Barcelona que empieza a conocer Lola y que irá descubriendo más y más con el paso del tiempo, es una ciudad agitada por continuas convulsiones sociales.

Mientras Lola retozaba aún por los senderos de su bien amado Cerdà, en Barcelona se reúnen las sociedades obreras y constituyen el embrión local de la organización Solidaridad Obrera, que irá extendiéndose y dará nombre a su portavoz *Solidaridad Obrera*, fundada en 1907. Herederos de los mismos principios de la Primera Internacional en España, son sus mismos retoños, que al frente de sus luchas, le insuflan nueva vida, extendiéndose el movimiento regionalmente.

Del 6 al 8 de septiembre de 1908, tiene lugar el Congreso obrero catalán de Solidaridad Obrera que aborda un denso e interesante temario donde, aunque tratado con armonía, se manifiestan tres tendencias que privilegian el interés común. A propuesta de Tomás Ferreros que constata este hecho y pide que en el acto de clausura estén representadas las tres corrientes, hablan, por los anarquistas,

Rodríguez Romero; por los socialistas, Fabra y Rivas, y Inglés por los republicanos radicales. En octubre se publica el proyecto de Estatutos y, a fines de diciembre de 1908, Solidaridad Obrera queda formalmente constituida.

Eran los prolegómenos de la CNT y, según José Negre¹, estaba en vías de preparación un Congreso Nacional, que el estallido de la Semana Trágica dilató hasta su constitución en el Congreso Obrero de Bellas Artes de Barcelona, del 30 de octubre al 1 de noviembre de 1910.

En 1909, los desastres de la guerra de Marruecos y el empeño de la monarquía en proseguirla, anunciando el propósito de movilizar 20.000 hombres, desata la protesta de liberales y organizaciones obreras. Se reprimen los actos de protesta. En Barcelona la indignación va en aumento ante el embarque de los reservistas. El gobierno, seguro de sí mismo, sigue desafiando. El 18 de julio, parte de Barcelona el vapor *Cataluña*, con tropas destinadas a Melilla. Empiezan los grupos de manifestantes al grito de «¡Abajo la guerra!». Las mujeres desempeñaron también un rol preponderante en esos sucesos, para impedir que se llevaran a sus hijos y a sus hombres al matadero.

Como el gobierno no cede, los obreros se movilizan y, en reunión clandestina de delegados de Solidaridad Obrera, se determina ir a la huelga general revolucionaria que debe empezar el lunes 26 de julio. El paro empezó ya en la madrugada. Las tropas, provocativas, realizaron desfiles con equipo de guerra por las Rondas, Paralelo, etc. Eso soliviantó más al pueblo. Se levantaron barricadas, las del barrio del Raval fueron un bastión inexpugnable; se asaltó un cuartel de la calle Sant Sadurní; la ira del pueblo se dirigió a conventos e iglesias que sostenían al gobierno guerrillista. Barcelona, envuelta en llamas, lucha desesperadamente.

La represión fue feroz. Detenciones a granel, ejecuciones, condenas perpetuas; y esta vez la reacción, el clero ávido de su presa, escogió a su víctima y fue inmolado Francisco Ferrer y Guardia, el fundador de la Escuela Moderna. Los que se libraron del encierro fueron desterrados.

Lola Iturbe, con sus ojos azorados de chicuela, no cumplidos aún sus siete años, desde el balcón de la casa donde vivía en la plaza de Sant Agustí Vell y junto a la fuente que hay en el centro de la

misma, vio como mataban a un hombre que, sediento, se acercó a beber. Desde la azotea, vio las llamaradas de las iglesias incendiadas. Fue algo que debió impresionarla fuertemente y más aún cuando, al correr de los años, tuvo conocimiento del alcance de la tragedia que ha pasado a la historia como la Semana Trágica.

Pero junto a esos recuerdos tristes de su infancia, se suceden otras estampas placenteras, como sus pláticas y paseos con el señor Ponsetí, que la inicia en su gusto por la literatura y la buena música, frecuentando teatros, viendo zarzuelas, con sus paseos matinales domingueros que terminaban en la pastelería, para no faltar al tradicional *tortellet de diumenge*.

Lo mismo que en su pueblo de Cerdà, también en Barcelona la llevan a misa; hace la comunión, hasta se le despierta cierto fervor religioso y proselitista; pero, ¡cosa curiosa!, esa educación religiosa no la marcará en absoluto, visto el cambio tan fundamental que tuvo su vida después.

Frecuenta la escuela. La primera no es de su gusto y se niega a ir, hasta que la llevan a la escuela municipal del Parque de Barcelona y allí hace grandes progresos; pero cuando estaba más a su gusto, como las finanzas del señor Ponsetí iban de mal en peor, su madre Micaela la saca del colegio y la pone a trabajar en casa de una modista. Cruel experiencia, porque del oficio no le enseñan nada y la mandan de la Ceca a la Meca, haciendo recados todo el día.

Nuevo ensayo; esta vez de pantalonera. Agradable trato; pero como lo que hacía era confección barata, sale de allí sin haber aprendido gran cosa.

En casa del señor Ponsetí, la situación devino tan dramática que no hubo otra alternativa que abandonar aquel magnífico piso y la linda placita de Sant Agustí Vell, donde transcurrió su más bella infancia barcelonesa.

Esta vez fue su madre Micaela quien, valerosamente, tuvo que hacer frente a la situación alquilando un gran piso en la calle Rossic, esquina Mirallers. Era una calleja estrecha y sombría, entre la calle Argenteria y Banys Vells. Lola, compungida, añoraba la soleada y bulliciosa plaza de Sant Agustí Vell. Ni familiares ni amigos acudieron en ayuda del señor Ponsetí y de su hija Lola, y tuvo que ser Micaela, la criada, quien se los llevara con ella a su casa. Los muebles

que escaparon a la avaricia de los usureros sirvieron para amueblar el nuevo piso, más los que compró Micaela. Era un piso muy grande donde la madre de Lola, para ganarse la vida, abrió una hospedería para servir comidas.

Se acabaron las fiestas, los teatros, la escuela, los paseos, las chocolaterías... Una vida mucho más dura empezó para la niña Lola.

Fue preciso que ayudara a su madre en la limpieza de aquel gran piso; que ayudara a servir la mesa, lavar la vajilla, etc., al mismo tiempo que por las tardes proseguía su aprendizaje de sastra.

Un día fue a visitarles una sobrina del viejo Ponsetí. Pareció conmoverse por su nueva situación e insistió para que se trasladaran a su casa, una torrecita en la barriada de Gracia. Tanto insistió, que el viejo Ponsetí y su hija cedieron. Tan sólo se llevaron dos hermosos armarios, que conservaban vestigios (ropa, vestimenta y joyas) del fasto anterior. ¡Ojalá que nunca lo hubieran hecho! Cuando tiempo después Lola, añorando al buen viejo Ponsetí, fue a visitarles a Gracia, se encontró tanto al padre como a la hija en un estado deplorable, viviendo sin confort ni aseo. Pasaron unos pocos días y una mañana despertó angustiada por la visión de la hija de Ponsetí muerta en el hospital. Tan preocupada estaba que se acercó al hospital de La Santa Cruz y allí vio el cadáver de la señora Lola en el depósito. De allí fue a Gracia, al domicilio donde les había visitado, pero la casa estaba cerrada. Nunca más volvió a ver al señor Ponsetí. Su recuerdo la marcó hondamente.

La madre de Lola cambió su sistema de hospedaje. Suprimió las comidas. Los huéspedes vendrían sólo a dormir y cuidarían el lavado de su ropa. Como eran siete los que había, duro era también el trabajo de lavar la ropa de siete obreros. Lola tenía que madrugar mucho para ayudar a su madre e irse después al trabajo, continuando su aprendizaje de sastra con el señor Bernet. Cuando dominó un poco el oficio, se presentó en otro taller como medio oficiala y así, a fuerza de desenvoltura, de aplicación y de voluntad —de humillaciones también—, yendo de un taller a otro, consiguió dominar el oficio.

Un día, yendo en busca de trabajo, coincidió con otra jovencita que será luego su mejor amiga. Juntas ingresarán más tarde en la CNT y ambas se unirán con militantes libertarios.

Su duro aprendizaje de obrerita sastra; su temprana afiliación al Sindicato del Vestir de la CNT, donde conoció a activas militantes y

compañeros, la fue templando e interesando por la lucha social; en su propia casa encontró el mejor estímulo, pues «a esa pensión acudían gente obrera, hombres de ideas, compañeros expuestos a todas las vicisitudes propias de la agitación social tan característica de la época; esa pensión fue para Lola una especie de escuela libertaria. Allí fue —nos dice su hijo Helenio— donde Lola se fue abriendo a las ideas, tomando contacto con la realidad social de su tiempo. El ejemplo de su madre; el suyo propio, de obrera niña, había de hacerla aún más consciente de la desigualdad social en que la mujer se debatía; explotada como obrera, esclava también en el hogar. Ese atraso mental de la mujer, su inferioridad social, es algo que habría de marcarla profundamente y serviría más tarde de acicate para batallar, a través de sus escritos y de sus actos, en favor de la igualdad de derechos de la mujer; estimulando su acceso a la cultura, su incorporación a la lucha social»².

Entre la larga lista de militantes que conoció Lola en aquella época, recuerda al «más íntimo y fraternal de todos, que habría de influir mucho en mi vida, fue el catalán Manuel Molet, educado, culto, siempre optimista y audaz, mi mayor amigo y maestro». Lo cierto es que Lola, pese al drama interior que arrastró quizá de niña, por ser hija de madre soltera, por no haber conocido ni siquiera sabido concretamente quién fue su padre, tuvo, no obstante, la suerte de disfrutar de la presencia y cariño de hombres que influyeron poderosamente en su formación y que suplieron, ventajosamente, la carencia de un padre.

Antes de que Lola entre de lleno en el quehacer social, la organización obrera a la que pertenece, la CNT, había pasado por diferentes períodos de semilegalidad y de represión, condenada casi siempre a moverse dentro de la clandestinidad. Su secretario general, José Negre, asiste en Londres en septiembre de 1913, a una conferencia sindicalista internacional (Alemania, Holanda, España, etc.) que se proponía hacer renacer la Internacional Obrera. El estallido de la Primera Guerra Mundial, en 1914, malogró esta esperanza que no pudo hacerse realidad hasta diciembre de 1922.

La guerra malogró también las buenas perspectivas que se abrían para la CNT que recién había conseguido reconocimiento legal; y tuvo aún otro impacto más desagradable por la división que generó la posición que adoptaron relevantes figuras del anarquismo inter-

nacional favorables a los aliados como Kropotkin, Juan Grave, Carlos Malato, Mella, Quintanilla, etc.

Aunque España no intervino en dicha guerra, los efectos de la misma se hicieron sentir también. Traficantes y especuladores se enriquecían, mientras el coste de la vida iba en aumento y crecía el descontento popular. 1916 terminó con una gran huelga pacífica, precedida de mítines por toda España, donde compartían la tribuna la tendencia socialista y la anarquista.

Como el gobierno no hizo nada para atender el clamor protestatario, éste fue en aumento y culminó con la conocida huelga del 13 de agosto de 1917.

La situación era angustiosa, la carestía y escasez de subsistencias puso a las mujeres en acción. Fue formidable su actuación. En primera página y en grandes titulares, el diario *Solidaridad Obrera* informaba (21 y 24 de enero de 1918): «Los conflictos del hambre. Grandes mítines femeninos». Jaime Aragó dedica una entusiasta reseña a los que tuvieron lugar en el cine Montaña y en el Centro Racionalista de Sants. Todas las mujeres se expresan valientemente. Algunas son militantes significadas del anarquismo como Rosario Dolcet, Libertad Ródenas, Lola Ferrer y otras menos conocidas, pero tan categóricas y decididas como Pepeta Miralles, Cinta Roigé, María Aguilar y Vicenta Companys. Descalifican la gestión de la Comisión de mujeres (Amalia Alegre y otras) que se entrevistó con el gobernador; rechazan la tasa decretada por el mismo y elaboran una lista de precios a pagar al comerciante entre los que se incluye rebajar el alquiler el 50%. Y no sólo lo acuerdan, sino que lo aplican y, si llega el caso, asaltan comercios o expropián mercancías ocultas. *Solidaridad Obrera*, publica una suscripción a favor de las mujeres presas y heridas. Lola Iturbe escribía años más tarde:

Para la clase obrera resultaba imposible hacer frente a sus necesidades con los precios alcanzados por los comestibles y los míseros jornales que ganaban. En los barrios obreros, las mujeres organizaron grandes manifestaciones que se concentraron y recorrieron Barcelona al grito de «¡Mueran los acaparadores!» y enarbolando grandes pancartas con textos alusivos al abaratamiento de las subsistencias.³

El año 1918 también fue pródigo en acontecimientos más felices. La CNT se vigoriza en Cataluña y celebra el gran Congreso Regional del 28 de junio al 1 de julio, donde estuvieron representados 73.860 afiliados, repartidos entre las siguientes localidades: Badalona, Igualada, Reus, Sitges, Figueres, Ripoll, Vilanova i la Geltrú, Lérida, Granollers, Olot, Manlleu, Roda (Vic), Sant Feliu de Guíxols, Manresa, Mataró, Vic, Sabadell, Palafrugell, Blanes, Cornellà, Terrassa, Calella, Valls, Tarragona y Barcelona que, ella sola, ya engloba unos 55.000. Es el conocido Congreso de Sants, donde se adoptaron importantes acuerdos, entre ellos la integración de los sindicatos de oficios afines en sindicatos únicos de ramo o industria, concretándose la estructura organizativa, mucho mejor constituida para defenderse frente a la patronal y en las luchas sociales⁴.

Se abordan temas como la posible fusión de las dos centrales sindicales en una sola. Se acordó realizar una gran gira de propaganda por toda España para dar a conocer los acuerdos del Congreso y extender la organización, que Lola Iturbe nos describe también:

Los resultados de estas excursiones fueron muy positivos. Los campesinos asombrados de que aquellos oradores no les pidieran nada —ni siquiera votos—, sino que, al contrario, les reconocían el derecho al disfrute de los productos de su trabajo, se entusiasmaron con nuestros hombres y las ideas que defendían. [...]

Los oradores llevaban una buena provisión de propaganda y reglamentos para la constitución de sindicatos y su funcionamiento, y a la terminación de los discursos, convertían el mitin en asamblea y elegían entre los asistentes a aquellos que se hallaban convencidos y constituían la junta administrativa. Se les entregaba los reglamentos y quedaba constituido el sindicato.

Aquellos sindicatos así improvisados, nunca se dieron de baja de la CNT y funcionaron durante muchos años de una manera regular.⁵

El Congreso tampoco olvidó a la mujer. En el mitin de clausura, donde se glosaron los acuerdos adoptados, dice el compañero Rueda de Lampareros de Barcelona:

Voy a tratar uno de los temas que más deben interesarnos. Es el que se refiere a la organización de la mujer.

Ha acordado el Congreso, para dignificarla y dignificarse que en aquellos oficios en que la mujer contribuye con su actividad y su capacidad productiva [...] deben constituirse los sindicatos de resistencia mixtos y dar a la mujer la intervención necesaria en sus Juntas directivas y en sus comisiones de propaganda y de defensa.

Porque la mujer debe tener los mismos derechos que el hombre. Ha demostrado plenamente su capacidad para intervenir en las luchas sociales.

Nuestras compañeras, después de agosto, cuando nosotros éramos perseguidos, acorralados, por la brutalidad del régimen burgués, cuando no podían atender a las necesidades de sus hijos, a causa de nuestra ausencia y a causa más principalmente de la avaricia y egoísmo de la burguesía voraz, supieron salir a la calle y exigir, lo que de buen grado no querían concederles, el pan de los suyos.⁶

El año 1919 fue álgido en acontecimientos y en pujanza organizativa de la Confederación. Sólo Cataluña contaba ya con medio millón de cotizantes. Si comparamos con los representados en el Congreso de Sants, podemos decir que en año y medio había multiplicado por siete sus efectivos. Exponente de su fuerza y cohesión fue la famosa huelga de La Canadiense (Riegos y Fuerzas del Ebro) de febrero-marzo. Imposible detallar la sucesión de hechos que provocaron como reacción una huelga general, ni de otros problemas que se plantearon, ni del acierto o desacierto con que fueron afrontados. Todavía después del *lock out* patronal, iniciado el 23 de noviembre, la Confederación tuvo arrestos para celebrar en el Teatro de la Comedia de Madrid su segundo Congreso, los días 10 al 18 de diciembre.

Fue éste un Congreso abierto, ya que se tenía que tratar el tema de la fusión de las dos sindicales. Acudieron a él, sobre todo de la región Centro (la más débil de la CNT), cantidad de sociedades o sindicatos no federados y que, por la misma razón, figuran separadamente. Estuvieron representados 699.369 adherentes federados y 78.991 no federados.

Como se sabe, después de un largo debate se concluyó que la única solución era que la UGT se integrara en la CNT. No hubo, pues, fusión. Se adoptó la estructura organizativa del Congreso de Sants, a base de sindicatos únicos.

No faltó el tema, claro está, de la enseñanza, ni tampoco el impacto de la Revolución Rusa. Sus abanderados fueron Andrés Nin, pero muy especialmente Arlandis, que cargó con toda su batería, leyéndose documentos interminables; ellos dos fueron los más tenaces defensores de la adhesión de la CNT a la III Internacional, que fue provisional y anulada en la Conferencia de Zaragoza, en junio de 1922. También se acordó que la finalidad de la CNT era el comunismo libertario, lo cual no podía congeniar con la adhesión a la III Internacional.

Los delegados asistentes a dicho Congreso, en el camino de regreso a sus lugares de origen, participan en mítines en las localidades más importantes para informar de los acuerdos del mismo. Según Buenacasa, y por espacio de un año, ése fue el período más brillante de la Confederación, que creció en potencia y efectivos, excepto en Cataluña. Allí la terminación del *lock out* patronal provoca un verdadero desastre; es la desbandada. La patronal ya no piensa en defenderse; ataca. «Paga y arma brazos mercenarios para que asesinen a mansalva a las vanguardias del movimiento obrero. Toman su revancha y van derechos a nuestro exterminio. No hay día en que no caigan uno o varios de los nuestros atravesados por el plomo homicida».⁷

La CNT es perseguida; han sido clausurados sus centros y prohibida su prensa; se les ha negado el derecho de asociación, de reunión y de palabra.

La patronal catalana exigió la dimisión del gobernador Bas, que tendía a una armonización de la cuestión social y se negó a convertirse en asesino de los trabajadores. El 9 de noviembre de 1920 accede a gobernador civil el general Martínez Anido. Fue el comienzo del fatídico binomio Anido-Arlegui, jefe de Policía y la entrada en acción de las bandas del Somatén y del Sindicato Libre, creado por la patronal. Ése es el panorama que ofrece España y especialmente Barcelona, en cuyo escenario florece la juventud de Lola Iturbe.

Su casa en la calle Rossic, tan amplia, no era sólo hospedaje, sino que en momentos de persecución había servido de refugio a com-

pañeros de Badalona. Lola les rinde servicio y se implica más y más. Viene a su encuentro el primer amor, Faustino Vidal, con quien se unirá y formarán parte del mismo grupo de afinidad Germen, del cual ella es la única mujer y donde milita también activamente *Juanel* (Juan Manuel Molina) que es ya un militante bien conocido en 1922, miembro del Comité Nacional de la CNT y secretario de una Comisión de Relaciones Anarquistas.

De su unión con Faustino Vidal nació en 1923 una niña, Aurora. Pero era una alegría envuelta en tragedia, porque su joven compañero padecía una tuberculosis de garganta, y porque a todo ello se añadía el padecimiento por las víctimas de Anido y Arlegui, aunque también se había atentado contra Dato, Regueral y el Cardenal Soldevila.

Lola nos describe el asesinato de Amalio Cerdeño, tanto más doloroso por tratarse de un amigo de su propio grupo. «Ninguno del grupo Germen durmió aquella noche». Cerdeño no murió en el acto y, moribundo, pudo contar ante el juez lo ocurrido; según Lola, fue informado el ministro de Gobernación, y éste destituyó de inmediato a Martínez Anido.

Faustino Vidal muere en los albores de 1924, y comienza a fraguarse entonces una «profunda pasión amorosa» que uniría para siempre a Lola Iturbe con Juanel. Seis meses después se unieron y se trasladan a vivir a Granollers, cerca de Barcelona.

Sobre la trayectoria de Juan Manuel Molina, militante precoz en su Jumilla natal, él mismo escribe:

Ingresaría a los 15 años en el Centro Obrero anarcosindicalista de Jumilla y a los 16 corresponsal de prensa libertaria; a los 18 secretario del mismo Centro y a los 19 colaborador de El Comunista Libertario de Alcoy que precedió a Redención, donde también colaboré, sufriendo ya en esa época, el primero de mis 17 encarcelamientos. Por «presumir», a los 21 años abandoné mi situación acomodada el día que había de incorporarme a filas. A los 21 en Barcelona, con otros «presumidos» como yo, organizando una Comisión de Relaciones Anarquistas que tuvo como preliminar una reunión en Montjuic, a la que invitamos y asistieron lo más representativo de los anarquistas, como Pestaña, Herreros, Rico, Picos, Juan Usón entre otros [...] aquella

*misma noche quedó definitivamente constituida la Comisión de Relaciones con carácter Nacional. [...] Esa fue la Comisión que con diversas alternativas mantuvo el movimiento anarquista organizado en España hasta 1927, que se constituyó la FAI en Valencia.*⁸

Noviembre de 1924. Lola evoca los sucesos de Vera del Bidasoa y sus implicaciones en Barcelona: la detención de Llácer y Montejo. Por el emotivo y detallado relato que hace de este drama Lola Iturbe en su artículo «Llácer y Montejo», incluido en este libro, se podrá apreciar hasta qué punto Lola se vio afectada por este proceso; hasta qué punto dio pruebas de solidaridad, de afecto y de coraje para enfrentarse valientemente con los que le negaban el derecho de entrada en la cárcel para confortar y compartir las últimas horas en sus celdas de los dos condenados a muerte.

La larga existencia de Lola y Juanel es un poema de compenetración amorosa y de entrega al ideal: juntos trabajan, juntos actúan; juntos asumen las vicisitudes que esa lucha conlleva. El activismo de Juanel no puede ya escapar al acoso de la policía, decidida a dar con él. Le esperan en su propia casa, están seguros de su presa; pero Lola, disimuladamente, se acerca a la ventana y atisba su llegada; cuando lo ve, es tal la intensidad de su mirada, que él advierte el peligro y, sin llamar a la puerta, echa a correr. El cerco se va estrechando de tal manera que, como tantos otros perseguidos que la dictadura de Primo de Rivera aventó tras los Pirineos, Juanel marcha a Francia en 1926. Le sigue Lola, que los cruza también, con la nena de la mano y en brazos el pequeño Helenio, nacido de su unión con Juanel. La madre de Lola pasó antes la frontera en tren.

Después de unos meses en Saix y St. Alby, llegan a París en noviembre, donde trabajan los dos y su vida empieza a estabilizarse; pero Juanel no ha cesado sus actividades y es secretario del Comité de Relaciones Anarquistas y conoce la cárcel de La Santé y Fresnes, por incumplimiento de la orden de expulsión, y es conducido a la frontera. Prohibido *Tiempos Nuevos*, sale un solo número de *El Libertario*, donde se informa de estos hechos. En realidad, el título en español está entre paréntesis y la cabecera, en grandes letras: LE LIBERTAIRE, ep. 1, núm. 1, París, 7 de octubre de 1927. Tiene la misma dirección

del desaparecido *Tiempos Nuevos* y apartado de correos a nombre de Berthe Fabert, que fue compañera de Francisco Ascaso. Redactado en español, publica una carta fechada en Bruselas el 25/9/27 del administrador de *Tiempos Nuevos* que termina diciendo: «¡Compañeros! Yo he sido expulsado. Uno más a la larga lista. ¡Qué importa eso! Adelante». Creemos que es Juanel quien escribe. En Bruselas, con Ascaso, Durruti, Callejas y otros publican *La Voz Libertaria* y constituyen el Comité de Defensa Anarquista.

En España, las conspiraciones se sucedían unas a otras, aunque fracasadas. La última, el movimiento inspirado por Sánchez Guerra. El gobierno lo mantuvo en un barco de guerra hasta el mes de octubre y el consejo de guerra lo declaró inocente. Primo de Rivera había terminado su misión. El 28 de enero, el rey lo despidió y se hizo cargo del poder el general Dámaso Berenguer.

Impaciente por reintegrarse a España, Juanel aprovecha las circunstancias algo más favorables que le ofrece este cambio y regresa a Barcelona en los comienzos de 1930. Y vuelta a una actividad intensa. Renace el veterano paladín anarquista *Tierra y Libertad*, que al principio adopta el título alternativo de *Tierra Libre*, Juanel alterna sus ocho horas de trabajo en la Cervecería Moritz y su cargo en la Federación Anarquista Ibérica con su colaboración en la redacción y administración de las ediciones *Tierra y Libertad* (semanario, suplemento, folletos) y con los períodos de descanso, en la cárcel, naturalmente.

Lola recuerda los primeros años de su reincorporación a España, cuando el semanario *Tierra y Libertad* (que pretendió ser diario un tiempo) tenía como director al excelente escritor Felipe Aláiz, que llamó también como colaborador a José Peirats. Este semanario y su suplemento mensual, en forma de revista a partir de 1932, conocería a distintos directores en el transcurso de los años treinta y también muchos avatares y suspensiones, secuestros de tiradas y encarcelamientos de sus abnegados directores, especialmente después del movimiento insurreccional del 8 de diciembre de 1933.

El año 1930, cuando la organización empieza a reorganizarse, fue un año de conspiración. En la malograda sublevación de Jaca, donde fueron inmolados los militares Fermín Galán y García Hernández, abandonados por los políticos conspiradores —como siem-

pre—, también estaban implicados militantes libertarios como Ramón Acín y Francisco Ponzán.

Llega por fin el 14 de abril de 1931, nacimiento de la Segunda República española. Parto sin dolor, pero emborrachado de alegría popular.

Pero lo que más recuerda Lola, y nos lo describe maravillosamente, es el apoteósico 1.º de Mayo bajo el sol republicano. La FAI y la CNT organizaron un mitin en la gran nave del Palacio de Bellas Artes. Ante la avalancha humana, los organizadores del acto aumentan los oradores y unos hablan dentro y otros fuera. Una imponente manifestación se forma después del acto.

Al frente de ella iba un camión lleno de compañeras y compañeros, entre ellos Durruti, que ondeaban enormes banderas rojinegras [...] al llegar a la plaza San Jaime hubo forcejeos para entrar en la Generalidad. Se cerraron los pontones y al poco tiempo un fuerte tiroteo abuyentó a los manifestantes.⁹

Apenas tenía 16 días de vida la recién nacida república y ya mostró cuál iba a ser su táctica para atender las justas reivindicaciones de los trabajadores.

Había también la expectativa del Congreso Extraordinario —conocido como «Congreso del Conservatorio»— que la CNT iba a celebrar después de doce años de silencio o de moverse en la sombra, y que tuvo lugar en Madrid del 11 al 16 de junio de 1931. Además, la CNT había solicitado al Secretariado de la AIT que el IV Congreso de la misma tuviese lugar en Madrid, a continuación del de la CNT, a lo cual accedieron.

La impresión general de este Congreso es la de que la crisis interna de la CNT se halla planteada [...] el llamado manifiesto de los «treinta» en su espíritu más que en su letra, significa una declaración de guerra.¹⁰

Valeriano Orobón Fernández, que se ha reintegrado definitivamente a España, viajando por Barcelona y Madrid y entrevistando a compañeros, razonándoles con espíritu pacificador a unos y a otros,

informa a Rudolf Rocker, del Secretariado de la AIT, de la situación a fines de ese año: «En Barcelona me encontré con síntomas realmente alarmantes. [...] En mi opinión, estos elementos —entre los que se encuentran compañeros muy buenos y capaces— no comprenden correctamente el momento político e histórico actual en España, ni las necesidades tácticas de la CNT [...] la República demuestra hoy más que nunca su incapacidad para resolver la cuestión agraria y el paro, dos espadas de Damocles para el régimen actual. [...] Las grandes ciudades españolas presentan hoy una indescriptible epidemia de mendicidad [...] Esta situación obliga moral y materialmente a un movimiento revolucionario como la CNT a emprender algo que le permita mostrarse a la altura de su misión»¹¹.

Desgraciadamente, ni sus esfuerzos pacificadores ni la sugerencia de una conferencia de militantes dieron resultado y la unificación no se hizo hasta el Congreso de Zaragoza, en mayo de 1936. ¡Ya era hora!

Ante ese panorama, ¿no era acaso normal la agitación social que movía a los trabajadores a frecuentes huelgas al no ser atendidas sus reivindicaciones? ¿Y qué tiene de extraño que terminaran en pacífica insurrección, tan cruelmente reprimida como la del 18 de enero de 1932 y su secuela de deportaciones a África?

España vivía en constante convulsión huelguística y represiva del gobierno. No sabemos en qué medida estos hechos u otra circunstancia cualquiera provocaron la detención de Juanel, ya que, según Lola, todo el año 1932 lo pasó en las cárceles de Barcelona y Murcia, con lo que esto supondría para ella moral y materialmente, al tener que afrontar sola las necesidades del hogar, con los niños pequeños y su madre ya mayor. Aurora y Helenio frecuentaban la escuela racionalista Natura, conocida también como La Farigola. El niño fue muy poco tiempo a causa de un accidente que tuvo. Esta escuela estaba sostenida por los trabajadores del sindicato Fabril y Textil a través de la Comisión de Cultura que la gestionaba. La escuela ocupaba el primer piso y el Sindicato Fabril y Textil de la CNT los bajos, en el número 12 de la calle Municipio del barrio del Clot. Era quizá la escuela racionalista de más solera, debido a su antigüedad y a los avatares por los que había pasado, como el propio sindicato que le había dado vida, allá por el año 1916. Su primer director fue el compañero Martorell, que Buenacasa recuerda como

un buen pedagogo. Después de Martorell fueron Figuerola, Torres Tribó y Juan Puig Elías. En 1938, se encontraba al frente de la institución como director La Buceta, asistido por Camps y las compañeras M. Mercedes Amenós y Pura Pérez (el nombre de pila de ésta está algo borroso pero creemos acertar). En aquel entonces, la escuela se trasladó a una bella finca, «La torre dels pardals»¹².

Cuando Aurora y Helenio empezaron a ir a la escuela Natura, vivían en las Casas Baratas de Horta, que estaba bastante distante de la escuela. Era una barriada curiosa, casi toda habitada por libertarios y que Lola nos describe de esta manera:

*Del grupo de compañeros y compañeras que habitaron las Casas Baratas de Horta, se podría escribir un libro. Ni la iglesia, que no pudo acabarse de construir, pudo ser habitada por los curas, ni el cuartel por la guardia civil. Los habitantes se opusieron y consiguieron sus deseos, viviéndose en aquella barriada sin curas ni guardias. Se hizo la huelga perpetua de alquileres; sólo se dejaron administrar y funcionar los edificios escolares. El vecindario vivía en completa fraternidad. Las noches de verano, sentados en corros a las puertas de las casas, cantábamos canciones revolucionarias.*¹³

Según nos cuenta Helenio, hasta la chiquillería intervenía activamente en la campaña de boicot, reventando las ruedas de los coches de la Guardia Civil o con otras proezas por el estilo.

Una de las características de Lola ha sido su curiosidad y su interés —su pasión acaso— por la lectura, que sería primero de gusto literario, pero también con fondo social y humano como Baroja, Panait Istrati, de quien adoptaría el nombre de una de sus heroínas, *Kyralina*. Es con ese seudónimo que irrumpe en la prensa libertaria. ¿Cuándo exactamente? Es aventurado afirmarlo. El artículo más antiguo que incluimos en esta antología, publicado en las columnas del semanario *Tierra y Libertad*, del 3 de febrero de 1933, se nota bien que es un grito exaltado de protesta y de emocionado homenaje a las mujeres víctimas del crimen de Casas Viejas, uno de los más horrendos que cometió la República para reprimir el movimiento revolucionario del 8 de enero de 1933.

Lola Iturbe, ya definitivamente *Kyralina*, prosigue glosando rebeldías. Solidaria de sus compañeras, contará su visita a la cárcel de mujeres, entre las que encontramos a la que hoy es ya popular por su presencia testimonial en diversos documentales, nuestra compañera Concha Pérez. Reincidirá con su tema preferido: la mujer.

Se atreve a más. Ya no es sólo la pluma, sino también la tribuna. En la segunda quincena de noviembre interviene en un grandioso mitin, organizado por *Tierra y Libertad* en nombre de la FAI y ante una multitud que no cabe en el Palacio de Artes Decorativas de Barcelona, con capacidad para 45.000 personas. Presidido el acto por Alejandro G. Gilabert, participan en el mismo Vicente Pérez (*Combina*), Francisco Ascaso y, seguidamente, Lola lee unas cuartillas: «He aquí un acto magnífico y emocionante, en cuyo esplendor y entusiasmo no podía faltar la voz de las mujeres obreras y anarquistas». Exalta las virtudes de la CNT y la FAI y su finalidad e incita a la participación de las mujeres. Continúa el viejo luchador y buen orador Domingo Germinal, le siguen Durruti y Gilabert, que cierra el acto con las siguientes consignas: «1.^a) En caso de un triunfo fascista, desencadenar la Revolución social en toda la península para implantar el Comunismo libertario; 2.^a) Luchar todos hasta conseguir la definitiva desaparición del Estado, con todas sus ramificaciones autoritarias».

La consulta electoral dio el triunfo a la derecha, máxime después de la gran campaña abstencionista desatada por la CNT y la FAI ante el constante atropello del gobierno republicano y las cárceles abarrotadas de presos sociales. Era cuestión de honor salir a la calle y eso es lo que hizo la CNT el 8 de diciembre de 1933. Pero una revolución no la decreta, no la realiza una organización por más que sea acuerdo de pleno o congreso. Una revolución la realiza el pueblo entero. Así, fracasó de nuevo este movimiento insurreccional, como fracasó el 6 de octubre asturiano, pese a su alianza con socialistas y comunistas, admirable ejemplo de resistencia que se mantuvo 15 días pero que no pudo extenderse al resto de España, ya que en Cataluña fue el gobierno de la Generalidad quien se sublevó y éste tenía a las fuerzas de la CNT en la cárcel. Así les lució el pelo, sin fuerza obrera, el movimiento duró poco y las armas fueron abandonadas en la calle, cosa que aprovecharon los obreros de la CNT para

aprovisionarse y guardarlas para mejor ocasión; y esa ocasión se presentó al fin: nos la ofreció el fascismo al sublevarse en julio de 1936.

Pero volvamos al orden cronológico. Reiteradamente, en el último número del suplemento de *Tierra y Libertad* y después, se anunció el libro de Abad de Santillán, Juanel y Manuel Villar sobre «La insurrección anarquista del 8 de diciembre», pero lo único que realmente existe sobre estos hechos es la información que se da en este número 18, en el cual Isaac Puente, solicitado por la FAI a representarla en el Comité revolucionario residente en Zaragoza, desde la cárcel de dicha ciudad, informa de la represión de que son víctimas los presos. Como protesta se declara la huelga general en Zaragoza, lo que aprovechan los patronos para deshacerse de personal en algunos gremios y entonces la huelga continuó en defensa de los obreros expulsados del trabajo, después de un paro absoluto de más de un mes. Se pensó en ayudar a los huelguistas acogiendo a sus hijos en Barcelona. El gesto de solidaridad fue tan amplio y espontáneo tanto en donativos como en apuntarse las familias para acoger niños en su casa, que no se ha visto otro igual de emotivo y generoso. La gente acudió en masa frente a los talleres de *Solidaridad Obrera* el domingo 6 de mayo, en que se esperaba la llegada de seis autocares. «La policía de la Generalidad, sin pretexto alguno, sin basarse en el menor gesto por parte de la muchedumbre congregada en la calle Consejo de Ciento, procedió a su disolución con los métodos habituales. Se dispararon tiros al aire y resultó un compañero muerto, Salvador Anglada Masferrer, metalúrgico»¹⁴. El local del diario confederal fue clausurado. Lola y Juanel acogieron a una niña de los huelguistas de Zaragoza. Esto ocurrió en mayo de 1934, y en octubre de ese mismo año, la corta revolución asturiana y su horrible represión.

A finales de enero de 1934, Santillán llegó a Barcelona y, algún tiempo después, la Federación Local de grupos de la FAI le pidió que, se hiciese cargo de la dirección de *Tierra y Libertad*. Tanto el semanario como la revista *Tiempos Nuevos*, que apareció en mayo, pese a su gran tirada, sufrían de una honesta pero mala administración y Santillán casi obligó a Juanel a hacerse cargo de ella:

A las pocas semanas de asumir Juanel esas funciones, con su dinamismo ilimitado, con la ayuda de su compañera Lola Itur-

*be, que trabajaban sin descanso, la situación financiera comenzó a cambiar radicalmente y a prosperar. Reforzamos así la actividad editorial, y si no hicimos más no fue por culpa nuestra, ni por falta de medios y de mercado seguro, sino por las continuas interrupciones policiales y judiciales que me dejaban tan a menudo fuera de combate.*¹⁵

El 15 de octubre de 1935, Lola incide de nuevo en las páginas de *Tierra y Libertad* con «Un tema viejo: La educación social de la mujer», artículo con el que participa en la polémica que se inicia entre Lucía Sánchez Saornil y Mariano Vázquez (*Marianet*) en las columnas de *Solidaridad Obrera*. Entre otras lindas cosas dice Lola:

Por fortuna, hay una mujer veraz, no implora, y lanza el «Yo acuso» contra ese ambiente masculino que rara vez se ha preocupado de la emancipación femenina en otros aspectos que no hayan sido la cuestión sexual [...] Los compañeros, tan radicales en los cafés, en los sindicatos y hasta en los grupos, suelen dejar en la puerta de su casa el ropaje de amantes de la liberación femenina.

Claro que también confiesa ella misma su fracaso cuando ha querido entablar conversación interesante con las compañeras de algunos camaradas. La conversación animada y jugosa que mantiene con él, sufre un eclipse al dirigirse a ella, por más que se empeñe y tiene que volver a los temas frívolos.

Se extiende en otros ejemplos y consideraciones, admitiendo que hay una progresión de la mujer en lo cultural y social y son varias las que actúan en nuestros medios, citando nombres de escritoras. Debajo de este artículo suyo hay otro titulado: «Hasta cuándo», sobre la detención de Santillán y Juanel, lo que prueba la frecuencia de sus «vacaciones» carcelarias. Seguramente, a raíz de este artículo de Lola, ya sea por iniciativa de ella o de Lucía Sánchez Saornil, se cruza una correspondencia entre ambas. Una carta de Lucía fechada en Madrid el 10 de abril de 1936 hace referencia a otra de Lola del 24 de marzo. Lucía se excusa de su tardanza y explica que la razón es porque quería darle la buena nueva que en mayo «entre Amparo

Poch, Mercedes Comaposada y yo editaremos en Madrid una revista dedicada exclusivamente a la mujer [...] Así, pues, la demandada se convierte en demandante y en nombre de la redacción, pido tu concurso a la obra de superación femenina que nos proponemos». La respuesta de Lola —sin fecha— es tardía, llega a manos de Lucía el 15 de mayo y en ella se felicita de la idea de la revista y contesta a la demanda que Lucía ha hecho a Santillán, ofreciéndose para la distribución de la misma en Barcelona. De ese cruce de cartas¹⁶ se colige que la iniciativa partió de Lola solicitando su colaboración en *Tierra y Libertad* y Lucía, a su vez, la invita a participar en el nuevo proyecto. Lola dice que ha estado enferma, que escribe sentada en la cama. No sabemos si es esta razón u otra, pero en los tres primeros números de *Mujeres Libres* que aparecieron antes del 19 de julio no hay ningún escrito de Lola. Su primer artículo en *Mujeres Libres* aparece en el 8.º mes de la Revolución (febrero de 1937).

Helenio Molina recuerda, sin poder precisar la fecha, que su madre estuvo muy enferma de los bronquios, se ahogaba y nada podía aliviarla. Temieron por su vida, y Juanel la mandó a Jumilla, su pueblo natal. Lola se embarcó con Helenio hacia Valencia, pero al llegar a puerto ya no les quedaba dinero para proseguir el viaje. Durmieron en la estación y al día siguiente, Lola, muy decidida, se sube con el niño en el autobús de Valencia a Jumilla: «Mire, haga lo que quiera, pero no llevo dinero ahora para el viaje, pero tenga la seguridad que cuando lleguemos a Jumilla se lo daré». Así llegaron a su destino. Las hermanas de Juanel, Rosario, Mercedes y Juana, les acogieron con afecto, aunque se escandalizaban cuando Lola bañaba desnudo al chiquillo al pie del pozo. Jumilla fue su salvación. Los dos o tres meses que pasó allí le curaron el asma definitivamente que, seguramente, era de origen alérgico. Es posible que fuera en la época en que le escribe a Lucía Sánchez Saornil y es posible también que eso le impidiera ocuparse de la distribución de la revista, como les había prometido, pues no deja de ser extraño que ninguno de los dos o tres grupitos femeninos que había en Barcelona la conociera y, aún más, que los tres números de *Mujeres Libres* que aparecieron antes del 19 de julio no estén en ningún centro importante de documentación —ni siquiera en Ámsterdam—, salvo en el Archivo Histórico Nacional de Salamanca.

Así llegaron al 19 de julio de 1936.

¡Al cuerno Tierra y Libertad! —dice Juanel—. No es hora de escribir ni de hablar. Es la hora de la acción. ¡A la calle! [Juanel participó en el último asedio al cuartel de Atarazanas y Lola cuidó heridos en el sindicato del Transporte Terrestre y Marítimo de la CNT, sito en la Rambla de Sta. Mónica.] *Examina el primer número de Soli después del estallido. Creo que está fechado el 21 de julio. Y averigua quién lo confeccionó. Pasaban las horas del día 20 en la casa Cambó, ya CNT-FAI, ni Dios tomaba una iniciativa. Allí nos improvisamos redactores y el primer número lo redactamos aprisa y corriendo, Mateo Santos, Lola y yo, íntegramente. Como el primer y más emocionante documental filmado y comentado, que se ha hecho de la Barcelona humeante, se hizo por el equipo de Mateo Santos, a iniciativa suya y mía y con fondos de Tierra y Libertad, que hasta entonces había sido yo el administrador. Y las primeras octavillas que las avionetas tiraron sobre Barcelona fueron redactadas por Lola, que siempre puso en sus escritos más alma y emoción que yo en los míos.*¹⁷

Efectivamente, la pluma de Lola se había soltado, mojada en emoción, en llanto y alegría. Sus escritos tomaron otro carácter, mas bien reporteril, cazador de imágenes. A mi entender, es el que le va mejor. Aunque nunca habíamos hablado de ello, creo que, de no haber empezado haciendo de sastra, su vocación hubiera podido ser la de reportera. Eso fue lo que hizo durante la guerra, dedicarse a visitar los frentes como redactora de *Tierra y Libertad* y *Tiempos Nuevos*. Nadie como ella nos restituye la imagen y emoción de esos tres días de julio en Barcelona a través de esas estampas suyas y sus mujeres heroicas, que se incluyen en estas páginas.

Después de los hechos de Mayo de 1937, formó parte de la oficina jurídica de la CNT, desde donde intervino en la localización y libertad de varios presos libertarios y del POUM, que estaban secuestrados en las checas comunistas¹⁸.

En 1938, acompañó a la veterana anarquista Emma Goldman en sus desplazamientos al frente y a las colectividades, en uno de sus viajes de estudio de nuestras realizaciones y de entusiasta adhesión a nuestra causa. Fue en el mes de octubre cuando Emma visitó el frente del Este, dirigiéndose primero al sector norte ocupado por el

X Cuerpo de Ejército que mandaba Gregorio Jover, del que era Comisario Juan Manuel Molina. La acompañaban Martín Gudell, Pedro Herrera y Lola Iturbe, de quien dijo Emma en «Visiting the fronts» que era una «talentuda y ardiente feminista»¹⁹.

La catástrofe de la retirada se avecina. Juanel, en el X Cuerpo de Ejército, se encuentra en las inmediaciones de la Seu d'Urgell. Lola, en convalecencia de una operación, reposa en Bellver de Cerdanya. Juanel piensa en salvar su biblioteca y envía al chofer a por ella y, en lugar de libros, regresa cargado de compañeros y compañeras, entre ellas Aurora y Leonor Fernández de las Casas Baratas, que Helenio tiene por sus segundas madres; con ellas venían Aurora y Helenio, seguramente también la abuela, pues toda la familia, excepto Juanel que lo hizo poco después, pasaron la frontera por la Tour de Carol. Van a parar a un refugio de Varilhes, cuyo alcalde socialista —más tarde fusilado por los alemanes— les procura ropa y comida. Juanel, cuando pasa la frontera, es llevado al campo de Vernet, que recibe también ayuda de los refugiados en Varilhes. De ahí logra salir Juanel al cabo de varias semanas y la familia se va a Nimes. Aurora encuentra el amor en el joven Emile Dumas. Juanel piensa que en Aimargues, donde hay una cooperativa agrícola de compañeros, pasará más desapercibido. Y allí acude también Aurora cuando pierde a su compañero²⁰. Luego se trasladan a Montpellier, donde Juanel trabaja de *metayer* (aparcerero) y de algo más, pues «genio y figura...». ¿Cómo va a dejar Juanel de ocuparse de organización si lo lleva en la sangre? ¡Qué importan los riesgos de la clandestinidad! Activo, trata de reorganizar las fuerzas confederales y anarquistas; labor en la que Lola colabora e interviene públicamente en un mitin CNT-UGT en Montpellier, el 19-11-44, y empieza a colaborar en la prensa. Esos primeros escritos en *Exilio y España Libre*, como Durruti, «Canto a mi España» o «Pasó otro 19 de julio», rezuman pasión y emoción, añoranza de un pasado reciente y anhelado: «¡Oh vida, con qué intensidad te volcaste sobre nuestros corazones en aquellos días de epopeya!». Son un canto lírico que sale arrebatado de su alma. La España que ella canta no tiene fondo patriótico. Tiene añoranza de las gestas revolucionarias que allí vivió; de lo que quedó en gestación y aguarda la reconquista.

Al principio de la liberación marchan a Toulouse. Helenio aprende el oficio con su madre y la ayuda. Aurora cuida la casa. El Congre-

so del MLE-CNT en Francia, que tuvo lugar el mes de mayo de 1945 en París, en el cual Juanel presentó su dimisión irrevocable como secretario general, dio lugar a la escisión, que tendrá como órgano de expresión *España Libre*. Enviado a España por esta fracción, se incorpora al Comité Nacional de la CNT de España como delegado permanente del Subcomité de Francia. Pasa la frontera el 1.º de marzo de 1946. Detenido poco después, informa: «Así pues, mi gestión quedó malograda a las cinco semanas de llegar a España y a las tres de haber sido designado Secretario de Defensa»²¹. Fueron, pues, largos años de espera y de angustia para Lola. Casi siete años de espera. Al poco, abandonan Toulouse para ir a París y luego a su *banlieu*: Deuil-la-Barre. Allí nos invitaron a ir un día. Era una casita con parte de jardín, donde Juanel nos preparó una sabrosa paella. Nos habíamos conocido personalmente poco antes. Fue en el Centro García Lorca, de la rue Gracieuse, pegando a la Place Monge, donde se reunía otro desgaje de la CNT, que se dio en llamar «Frente Libertario» —nombre del portavoz pero que en realidad eran todos los disconformes con la forma de actuar de la rue Belfort que, pese a la unidad lograda en 1960-1961 en Limoges, la habían socavado siempre más o menos, sin aceptarla plenamente, máxime cuando el ingrediente juvenil entró en determinada acción—. Fue un día que teníamos asamblea y, cosa rara —porque no solía acudir—, Lola Iturbe se encontraba allí. No recuerdo si tuvimos tiempo de saludarnos siquiera, pues estaba cansada y se fueron tal vez antes de terminar la reunión. Pero me escribió enseguida. Recordaba a mi padre que frecuentaba *Tierra y Libertad*: «¿Era tu abuelo?», decía, y luego hacía planes. Habrá que preparar compañeras para la propaganda, etc.

Fue una lástima que a mí, que iba con mi padre a todos los mítines, no se me ocurriera acompañarle alguna vez a *Tierra y Libertad*, con lo cerquita que estaba de casa. Seguro que Lola me hubiese curado de mis timideces de entonces; además, pese a nuestros quince años de diferencia, hubiéramos coincidido en varias cosas, en la afición al cante, a la literatura y a la poesía; y hasta les hubiera echado una mano en sus trabajos de expedición. ¡Cuántas ocasiones desperdiciadas por ignorarnos!

A partir de nuestro encuentro en París —en mayo de 1977— empezamos a escribirnos. Tanto ella como Juanel habían publicado

sendos libros: Lola, *La Mujer en la lucha social y en la Guerra Civil de España*; y J. M. Molina, *El Movimiento clandestino en España, 1939-1949*, ambos publicados en México por Editores Mexicanos Unidos, México, 1974 y 1976, respectivamente. Lola culminaba así la labor que iniciara ya en los años treinta, interesándose en recoger datos sobre la vida de las mujeres libertarias españolas en especial, pero no únicamente, pues hay un buen plantel internacional e incluso autóctono no libertario, pero que tiende a resaltar la contribución de la mujer en la lucha social, tanto en el plano intelectual como en otras actividades humanas.²²

La perseverancia y curiosidad de Lola no menguan; lee, se interesa por la actualidad, tiene un largo e interesante relato sobre Mayo del 68, así como el texto de su conferencia sobre la mujer, dada en el Ateneo Cervantes de Lyon —trabajos inéditos que incluimos en esta antología—. No milita, pero escribe en *España Libre* de Francia y América, y también en *Espoir*. Tiene una cualidad: no sólo lee, sino que piensa y reflexiona; tiene ese saludable vicio de pensar y dos grandes motivaciones: la mujer y el porvenir de la humanidad, en especial, el de España y el de nuestra organización libertaria. Piensa, sueña... en el resurgir de nuestro movimiento allá.

En 1979, venden su casita de Deuil la Barre y se instalan en Barcelona. Allí siempre que fueron requeridos para ello, aportaron el testimonio de sus experiencias, enalteciendo los valores de nuestra revolución y del anarquismo.

Allí iba a verles yo siempre en mis viajes a Barcelona, hasta que, al morir Juanel, se fue al norte, con su hija Aurora; pero en sus cartas había la congoja de la pérdida de su Juanel y la añoranza de Barcelona. A ella volvieron sus restos cuando las nieves invernales apagaron su último hálito de vida. Fue allá en Gijón, en la heroica tierra asturiana, donde murió, el 5 de enero de 1990, la batalladora y bondadosa Lola Iturbe.

En nuestras cortas entrevistas nunca abordamos la razón de la división orgánica de 1945, que dificultó el que ella y yo nos conociéramos antes. Su fracción optó por la continuidad de la línea de colaboración política que adoptó la CNT en España en 1936. En una carta-requisitoria de Juanel a Juan Ferrer, aquél afirma:

*Yo fui una vez intervencionista, empujados por unas circunstancias históricas y por un saludable instinto de conservación orgánica y personal, como lo fueron los anarquistas en Ucrania y en México, en condiciones parecidas, como lo serían todos y en todas partes, si las circunstancias ofrecieran la posibilidad. Acepté a contrapelo los cargos oficiales que la organización me designó, tal vez para alejarme de mi verdadera vocación que era y es la organización.*²³

Es verdad que el problema a resolver queda en pie: cuando una revolución determina la caída de un régimen, ¿cómo asumir sus responsabilidades los anarquistas y anarcosindicalistas?, ¿cómo actuar y avanzar hacia la reconstrucción social y escapar al propio tiempo a tres peligrosas trampas que nos tiende la historia: la dictadura propia, la participación en el poder y, sobre todo, el riesgo de ser eliminados? Además, debiendo afrontar una guerra, tan real y concreta como la continuidad de la vida económica, como fue el caso en 1936.

La posición más coherente, según mi opinión, es la de José Peirats, entonces y después. En vida y en pensamiento. Evolucionado hacia una posición menos radical, nunca transigió con la colaboración política circunstancial y menos con la dictadura propia.

Ser levadura, motor y fuerza ejemplar en los sindicatos y junto al pueblo, con el pueblo, avanzar, empujar, hacia una mejor sociedad. Ya lo dijo Malatesta en su polémica con Pardillán: «No hay que mixtificar el anarquismo» en el poder; nosotros no seríamos mejores, no escaparíamos a la misma fatalidad que corrompe a los demás.

Mas, por encima de todo, ahí están las vidas rectas y generosas de Juanel y Lola Iturbe. Vidas de acción sin otra ambición que su abnegada entrega al ideal.

Antonia Fontanillas Borrás

Notas

1. José Negre: *Recuerdos de un viejo militante*, Barcelona, 1937, p. 29; y Diego A. de Santillán: *Contribución a la historia del movimiento obrero español*, Tomo 11 (Ed. Cajica Puebla, México, 1965), donde trata en detalle estos temas y acontecimientos.
2. A. Fontanillas: «Lola Iturbe Arizcuren, una vida ejemplar», *El Noi*, Fundación Salvador Seguí, Valencia, 1996.
3. Lola Iturbe: *La Mujer en la lucha social y en la Guerra Civil de España*, Editores Mexicanos Unidos, México D.F., 1974.
4. Datos sacados de la Memoria del Congreso de Sants, 1918.
5. Lola Iturbe, *op. cit.*, p. 66.
6. Memoria del Congreso de Sants, 1918, p. 82.
7. Manuel Buenacasa: *El Movimiento Obrero Español, 1886-1926*, p. 77.
8. Carta de Juan Manuel Molina a Juan Ferrer como réplica a algunas insinuaciones (Deuil la Barre, diciembre de 1970).
9. Lola Iturbe: *Memorias. Fragmentos*.
10. Peirats: *La CNT en la Revolución Española*, p. 59.
11. Carta de V. Orobón Fernández a R. Rucker, Valladolid, 31-12-1931. Documento que agradecemos a José Luis Gutiérrez Molina; léase del mismo Orobón Fernández: *Anarcosindicalismo y Revolución en Europa*, CGT, Valladolid, 2002.
12. Datos sacados de un reportaje en *Ilustración Ibérica*, Barcelona, 1938.
13. Lola Iturbe: *La Mujer en la lucha social...*, *op. cit.*, p. 128.
14. *Tierra y Libertad*, mayo de 1934.
15. D. A. de Santillán: *Memorias. 1897-1936*, Editorial Planeta, p. 190. Libro de consulta para una mayor información sobre las vicisitudes y alcance de esta labor editorial, así como los sucesos de la llegada de los niños de Zaragoza.
16. Cartas que proceden del A.H.N. de Salamanca, A.G.I., Madrid, 432.
17. De una carta de Juan Manuel Molina a Juan Ferrer (Deuil-la-Barre, diciembre de 1970).
18. Testimonio de Lola Iturbe dirigido a un solicitante.
19. Peirats: *Emma Goldman, anarquista de ambos mundos*, p. 272.
20. La misma historia de la madre se repite en la hija y por la misma causa. También el fruto de esa unión es una niña: Violeta. Años más tarde en Toulouse, encontrará el compañero —también como su madre— al que vinculará toda su existencia, hasta ahora, en que la Parca se lo ha llevado: Ramón Álvarez, conocido por *Ramonín*. También más tarde, en Toulouse, Helenio encontrará su Acracia.
21. Informe de Juan Manuel Molina a la militancia en Francia, después de su regreso al salir en libertad (París, junio de 1953).
22. Ese libro, en su larga gestación, pasó acaso por la sugestión de otros títulos, como «Luchadoras» o «Mujeres Heroicas», y conviene disipar un error que atribuye esos títulos a otros dos libros de Lola Iturbe, difundido en el libro *Mujeres Libres. Luchadoras libertarias* (Fundación Anselmo Lorenzo, Madrid, 1999, p. 90; y en su edición francesa, Ed. Los Solidarios, París-Toulouse, 2000, p. 151).
23. Carta de J. M. Molina a Juan Ferrer (Deuil la Barre, diciembre de 1970).

**LOLA ITURBE
MEMORIAS**

Viaje al pasado (fragmentos)

Alcudia. Ya nos vamos acercando a Cerdà. El coche sigue su marcha veloz por la carretera levantina. Luce un sol deslumbrador. El cielo azul tamizado por la gasa del rey del Universo, tan pródigo de sus rayos solares en la región de Valencia. Estamos en pleno mes de agosto y hace un calor sofocante.

El Renault que conduce mi hijo corre y de pronto aparece ante mis ojos Llanera y casi al mismo tiempo veo Cerdà, escrito en una madera cuadrada que está respaldada por unas toscas flechas que son el emblema de la Falange Española que se encuentra aún en el año 1965 en las entradas de las poblaciones de la España franquista.

Desciendo todo lo rápido que puedo del coche. Ya había reconocido el campo y las casas que bordean los dos lados de la «carretera real» que sigue hasta Madrid. En mi infancia, el nombre pomposo de «carretera real» me sonaba en los oídos como algo maravilloso, y a ella corríamos para ver pasar, entre una nube de polvo, los primeros automóviles que las criaturas de Cerdà veíamos pasar por primera vez allá por los años 1907 o 1908.

Ligera y gozosa, atravieso la carretera y entro en una callecita que desemboca en la Plaza Mayor. Estoy en el pueblo de mi infancia. ¿Es un sueño o una realidad? En la plaza, durante una Fiesta Mayor, sobre un estrado de fortuna, rodeada de las notabilidades del pueblo, recité un verso cuando tenía seis años.

Hoy tengo sesenta y tres. Cuando me llevaron desde Cerdà a Barcelona, tenía casi siete años. Más de cincuenta años han transcurrido. Miro a mi alrededor, el pueblo es terriblemente el mismo que cuando lo dejé. Ni una casa de más o de menos. Ninguna mudanza en su aspecto exterior.

Fuera de Cerdà el mundo ha devorado novedades e inventos. Adoptado infinitas transformaciones, mutaciones radicales. Aquí, todo ha continuado quieto, estático, invariable. De la Plaza Mayor sigo andando por la callejuela que cuenta con diez casas a cada lado... y llego a la Plaza de la Iglesia, por hallarse en ella la diminuta y pobre iglesia del pueblo. Estas dos citadas plazas y cinco callecitas componen todo el pueblo.

En la Plaza de la Iglesia se encuentra la que fue «mi casa». Mi memoria ha guardado un fiel recuerdo de ella. No hay el mínimo cambio en su aspecto exterior. ¡Sí, sí, hay uno!, faltan las macetas de los claveles en las ventanas. Mi casa está cerrada. Hace unos cincuenta y dos años* que la abandoné forzada por el destino, acompañada por una madre nueva, desconocida para mí, un llanto amargo que no bastó para reprimir la compra de un vestidito nuevo y unas alpargatas de las más bonitas junto a un cantarito de loza amarilla que fue mi primer juguete.

Llamé a la puerta y nadie me respondió. «Mi casa» está cerrada. Una mujer anciana, encorvadita, vestida de negro asoma a la puerta de su casa, me fija con la mirada sus ojillos y me dice: «Tu eres la hija de la tía Salvaora. Te he conocido enseguida». Sí, sí, soy la misma, respondo. ¡Qué poder la memoria de esa anciana! Nos abrazamos y me inquirí de la suerte de mi familia. Nadie vive en el pueblo. Ni el tío Senta, ni Vicente Vidal, mi padre adoptivo, que murió hace unos años. Mi hermano Higinio vive en un pueblo cercano, Alcudia. Mi madre adoptiva murió en Madrid, al terminar la guerra civil. ¿Por qué en Madrid? La anciana continúa explicándome que durante la guerra mi familia se había distinguido mucho en su apoyo a la República. Al terminar aquélla se refugiaron en Madrid, donde murió mi madre de leche y de adopción. La tía Salvaora no había podido consolarse de mi pérdida y, al poco tiempo de que me llevasen a Barcelona, comenzó a estar enferma y no se recobró nunca. ¡Pobre madre mía!

* Lola visita Cerdà en 1965, pueblo que abandonó hacia 1909 y que por tanto tardará cincuenta y seis años en volver a visitar (no cincuenta y dos, tal como aquí expresa). Más adelante, en «Mi salida del pueblo» confirma además que tenía siete años cuando su verdadera madre fue a buscarla para llevársela a vivir con ella a Barcelona.

Tuve el consuelo moral de saber que mi familia adoptiva había sido entusiásticamente adicta a la lucha por la libertad en la revolución de 1936. Pero toda la familia, mis padres, mi hermano Higinio, mis hermanas Amparo y Vicentica, estaba dispersa, desaparecida.

Sigo caminando por el pueblo. El suelo de las calles de Cerdà sigue siendo de tierra batida. Las casas están construidas con adobes. Las mujeres blanqueaban con cal las paredes. Este trabajo lo hacían cada año también en los interiores que estaban siempre blancos y limpios. Las casas son bajitas. Planta baja y un piso encima. La más grande del pueblo es la de los «nobles». Nosotros, en nuestra infancia siempre la habíamos oído nombrar así. Los habitantes de aquel caserón salían raramente a la calle y nos eran casi desconocidos, dándonos la impresión de seres misteriosos. Después he pensado que serían los ricos propietarios de la casi totalidad de las tierras de Cerdà.

Las ventanas de las casas estaban siempre cerradas y las puertas de la calle también. Ahora es lo mismo. Los moradores en verano viven en el interior, sobre todo a causa del calor tórrido. En la blancura de la cal de las paredes reverbera el sol con su luz cegadora y caliente. Las paredes de las casas queman en las horas del mediodía.

Allá a las cinco de la tarde, los niños y las mujeres salían a las puertas de sus casas. Los niños a jugar. Las mujeres a coser y a charlar entre ellas. Otras veces, sacaban el «necesar», una cajita de madera que contenía peines y un espejito con los que las madres se dedicaban a matar los piojos y las liendres de las cabezas de los pequeños.

Los repechos de las ventanas siguen adornados con los tiestos de los geranios, alhábegas y clavellinas, ellos son una afirmación de vida. Sin ellos, el pueblo ahora, a las once de la mañana, parecería deshabitado. A estas horas y en pleno agosto las mujeres están haciendo sus quehaceres domésticos.

De pronto aparece en las calles una muchacha esbelta, llevando encima de su cabeza una tabla llena de panes cubierta con un lienzo blanco, camino del horno. ¿En qué lugar y época estoy? ¿Es posible que aún puedan verse estas estampas bellas y pintorescas?

Me parece imposible que queden estos rincones de vida y calma, llena de paz y sosiego. Vida mísera de duro trabajo pero sin mayores sobresaltos ni corridas locas hacia los trenes y autobuses. Codazos y

apretones en los metros. Todo ese penoso torbellino para incorporarse al trabajo. La vida de hoy en la grandes ciudades exprime al máximo las energías humanas. Trabajo físico e intelectual, idas y venidas agotadoras de la casa al trabajo. Los fines de semana corriendo con los coches, como locos, por las carreteras. La mujeres sujetas a ganarse un salario y cuidar al mismo tiempo de la casa y la familia.

Aquí en Cerdà todo es quietud. La que fue mi casa está muerta, deshabitada. Frente a ella se encuentra la iglesia del pueblo, diminuta, con las paredes encaladas como las pobres viviendas. Su irrisorio campanario con una sola campanita parece de juguete.

En la casa contigua a la mía sigue habiendo la hornacina encerrando la imagen del patrón del pueblo. Delante de ella pende una cadenita con una lamparita de aceite frente a un cuadro de ladrillos azules de Valencia y en el centro un hueco que cobija la estatuita de San Roque, con el perro que lame las llagas al santo. La lamparita que pende de la cadenita está encendida. Como en los tiempos de mi infancia.

Anduve unos pasos y me encontré en la carretera de abajo. Así llamábamos a las carreteras que circundaban el pueblo: la de arriba y la de abajo. Allí estaban las mismas enormes moreras de mi infancia. Ellas daban sombra a las mujeres que iban a lavar los platos y la ropa al borde de la acequia. Las mujeres iban allá a las cuatro o cinco de la mañana a llenar las jarras de agua. Esta acequia era un paraíso para mí. A ella acudía a chapotear en sus orillas, en las horas de la siesta cuando el sol quema, y también a extraer trocitos de loza que las reverberaciones solares hacían aparecer a mis ojos como tesoros de oro y piedras preciosas.

En la época en que las moreras daban su fruto, todo el suelo se cubría de blancas, gordas y jugosas moras que comíamos todos los chiquillos del diminuto Cerdà.

Llegados aquí, tenemos que consignar el único y gran progreso realizado en el pueblo. Un cobertizo con ladrillos, bajo el que las mujeres pueden lavar de pie la ropa en sus toscas pilas de cemento. En el centro de la pared interior hay una placa conmemorativa del «acontecimiento» firmada por los jefes de la Falange que inauguraron la «obra». Ésta es la única realización del régimen en mi pueblecito de Cerdà.

La jazminera

A la pena de hallar a todos los familiares desaparecidos, los unos dispersos, los otros muertos, tuve que añadir la falta de la jazminera. Ésta era frondosa, recostada sobre una pared. Sus ramajes, con sus tallos fuertes y sus hojitas finas, se extendían a lo ancho y a lo largo de ella. En su floración, sus jazmines eran largos y abultados, blancos, gorditos, delicados, con unas estrías rosadas a lo largo. De un perfume penetrante que llenaba de gozo mis sentidos. Yo los cogía de la planta, cerrados aún en apretados capullos y los ponía en contacto con las jarras de agua. Con la humedad que desprendían, a las pocas horas, se entreabrían los capullos llenando la casa de perfume, entonces, los enfilaba uno por cada lado en una horquilla del pelo y me los ponía en el pecho o en la cabeza.

Entré en la casa y pregunté a una anciana por la jazminera. Sí, ella también la recordaba. La habían arrancado, no sabía cuando. ¿Era tan importante el haber arrancado aquella planta? Se extrañó mucho de mi recuerdo. No podía comprenderlo. Salí de la casa con una nueva desilusión y la certidumbre de la inutilidad de querer revivir el pasado.

Los Reyes Magos

El día de los Reyes, seis de enero, los padres me hacían levantar de la cama al amanecer. Nos vestían con las ropas de los días de fiesta, nos daban un puñado de paja y dos o tres algarrobas. En la carretera real nos ponían en fila, un grupo a cada lado de la carretera, compuesto por todos los niños del pueblo. Al poco rato veíamos aparecer por el centro de la misma a tres caballos montados por los Reyes Magos, Gaspar, Melchor y Baltasar, vestidos con unos trajes muy bonitos. Cubiertos con amplias capas blancas. La comitiva real se apeaba poniéndose enfrente de una fila de niños y le preguntaba al primero: «¿cómo te llamas niño?» El interpelado se adelantaba y decía: «*Tiruli, tiruli, senyor rei ja estic ací, la palla i les garrobes per al seu rosí i els rotllets per a mi.* Me llamo Lola la de la tía Salvadora». Entonces el niño le daba al rey la paja y las algarrobas. Con

una voz cavernosa que el rey ya había empleado antes para preguntar el nombre, le decía: «Toma niño» y sacaba de debajo de la capa una cestita llena de *rotllets* que llevaba el nombre del niño. La precaución de fingir la voz era para no ser reconocidos, ya que los Reyes Magos eran el tío Sento y el tío Pascual que todos conocíamos en el pueblo. La visión de aquellos reyes en carne y hueso, en aquellos años infantiles, nos hacía creer en la realidad de su existencia. Ese día era para nosotros un día lleno de gozo que esperábamos pletóricos de ilusión.

Mis juguetes

Mis juguetes de niña, los trocitos de loza que sacaba del fondo de la acequia. Los veía brillar a través del agua y se me figuraban verdaderas maravillas. En cuanto los sacaba del agua perdían mucho de su encanto, pero seguía jugando con ellos. Otros, los trocitos de madera blancos que encontraba entre las virutas que el carpintero del pueblo tiraba en un ribazo a la salida del pueblo.

Si los niños de hoy (1973) pudieran leer esto creerían que nosotros éramos muy desgraciados por no haber tenido los múltiples y costosos juguetes que, en general, tienen actualmente esos niños. Ojos que no ven... Nada, puesto que no había comercio de juguetes en el pueblo, no se nos podía despertar el deseo ni la envidia. En aquel pueblecito pobre ningún niño los tenía. De vez en cuando, dos o tres veces al año, pasaba algún comerciante vendiendo «molinos», una caña que en la punta tenía unas aspas de papel multicolor con las que corríamos frente al aire para que giraran las aspas. Otras veces eran abanicos japoneses redondos hechos de papeles rizados de colores vistosos. También vendían peonzas, bolitas de vidrio y pelotas. Otro comerciante que los niños recibíamos encantados, era el trapero comprador de pieles de conejo. Los pequeños veíamos a las madres que le daban los trapos viejos y las alpargatas, arruinadas, viejísimas. El trapero nos daba en cambio altramuces, garbanzos torrados, cacahuets y regaliz.

El día de la serpiente

Una mañana, en lugar de ir a la escuela nos fuimos mis hermanos y yo a ver la serpiente.

Mi padre, que era guarda forestal del término municipal de Cerdà contó en casa que un mozo había matado a una serpiente enorme, una boa. Algo nunca visto. Tal noticia despertó nuestros deseos de ir a verla. Allá nos fuimos, claro está, sin anunciarlo a la familia. Fuimos al lugar, cuyo nombre no recuerdo, que estaba muy lejos del pueblo, cosa que ni habíamos calculado. Al anochecer aparecimos en casa hambrientos y maltrechos. En el portal nos esperaba el padre con una cara ceñuda. Al vernos se quitó el grueso cinturón de cuero e hizo pasar uno a uno a sus hijos dándoles una paliza fenomenal con su cinturón. A mí me tocó muy poco. Frágil, pequeñita y coja, se ve que le daba lástima de pegarme con la fuerza que lo hacía a sus propios hijos, todos extraordinariamente robustos. Así salí bien librada de las manos de aquel hombretón violento, pero bueno.

Su hijo Higinio era el más castigado. Recuerdo una de esas palizas que fue terrible. El padre tenía un abecedario en la mano y señalando con el dedo una letra le decía al chico, «*Què lletra és eixa?*» El chico contestaba mal y el padre, improvisado profesor, comenzaba a pegarle con el cinturón pisoteándolo. El caso es que cuando, por casualidad, Higinio acertaba la pregunta redoblaban los mandobles del padre. Fue algo terrible.

La escuela

El local de la escuela no era nada atractivo. Viejo y destartado, para acceder a la única sala que hacía de clase, teníamos que atravesar un corralón y subir unos peldaños. La sala de estudios estaba descuidada, sucia, con las paredes descorchadas. De frente, una vieja mesa y detrás una pizarra. A los lados los mapas, uno de España, otro un «Mapamundi». Este nombre me atraía al mismo tiempo que me sonaba como algo raro. Apenas sabía lo que quería decir pero mapamundi era para mí un nombre hermoso y lleno de misterio.

En esta escuela aprendía a deletrear y hasta me enseñaron un verso que al comprobar que lo decía de corrido con bastante desparpajo, me lo hicieron recitar en un tablado montado en la Plaza Mayor durante las fiestas del pueblo. Mis pobres padres desbordaban de satisfacción y cuando hablaban del acontecimiento decían: «*La xiqueta és molt sabudeta*».

La Fiesta Mayor

¡Qué ilusión, qué entusiasmo sentíamos por la gran fiesta anual! Nuestro goce comenzaba quince días antes de su celebración. Con gran alegría, veíamos a la madre atareada con los preparativos para hacer los *rotllets* y *pastissets*. En la cocina veíamos cestas con huevos, harina, azúcar, almendras, cacahuetes y hojas de papel blanco. Cajitas de cartón y tarros con manteca. Al atardecer, la reunión de grandes y chicos de todo el pueblo, entre montones de papeles verdes, rojos y amarillos. Colores saltones que alegraban la vista. Cortando y juntando estos papeles hacíamos las *cadenetes* para adornar las calles. Luego venía la confección de los farolillos que se hacían con melones vaciados de su pulpa. Desde un orificio superior los chicos, con la punta de una navaja, hacían dibujos, rallando la corteza interna. Algunos resultaban muy bonitos cuando se les ponía una vela encendida dentro. La hilera de farolillos era algo muy hermoso en la oscuridad de la noche. Luego venían las enramadas. Los hombres iban a las huertas a cortar ramajes, hojas de naranjo y de moreras que traían y extendían por el suelo de las calles del pueblo, haciendo un tapiz de verdura que daba gozo de verlo y perfumaba el ambiente, recordándonos que eran las fiestas del pueblo llenas de alegría.

Las campanas de la diminuta iglesia nos llamaban a reunirnos en ella para ir a la procesión, con un vestido nuevo, o limpio. Peinados y calzados con alpargatas para tan solemne acto.

Trabajos del campo

Como tarea campestre nosotros, los pequeños, sólo espigábamos. Recuerdo la era cuando hacían la trilla, redonda, bien barrida, blanca y limpia, destacando su redondel entre la hierba de su alrededor. El montón de trigo dispuesto a aventar. La paja esparcida por el suelo en la que jugábamos como locos. Cuando nos subían al trillo, ¡qué gozo!

La cosecha del azafrán. ¡Cómo recuerdo sus colorines preciosos destacándose de la tierra parda del secano!

Las eras donde ponían a secar los cacahuetes. El día de riego en la huerta. Con sus diversas acequias de agua limpia, bordeadas de verdes y lozanas hierbas. La delicia de chapotear en ellas. El aspirar el perfume de la menta borde.

Los campos de naranjos en flor. Los azahares olorosos, blancos y puros. La cosecha de la naranja.

Los raros días de lluvia en primavera yendo, por la noche, con un saco y un farol a buscar caracoles...

Llegó ya el final de la magia de mi infancia, pobre, descuidada, libre, vivida en el seno de una familia sin lazos de sangre, pero no desgraciada porque ignoraba que lejos, en una ciudad desconocida, tenía a mi verdadera madre que forzada por la miseria, condenada por la moral al uso, se vio en la necesidad de abandonarme recién nacida.

El único recuerdo triste que guardo de mi infancia es el de mi caída, que me dejó coja para toda la vida. Debía ser muy pequeña. Allá lejos, muy adentro de mi memoria recuerdo con miedo unas escaleras de peldaños altísimos que había en la casa. Era una escalera que iba de la cocina a la habitación de dormir y al pajar. ¿Me caí por ella? Por conversaciones que a veces tienen los mayores creyendo que los pequeños no entienden —qué grave error— escuché una conversación en la que hablaban de mi cojera. Parece ser que me dejaron sola en casa y me caí de la cama. Estuve, o debí estar, mucho tiempo en el suelo. Allí me encontraron cuando volvieron. Nadie se preocupó de llevarme al médico —qué lujo—. Crecí andando con dificultad, nadie se inquietó por ello. En mi subconsciente, allá como un sueño lejano, recuerdo la caída pero no de la

cama, sino de la escalera. A los cincuenta años, una vez que un médico me vio el pie me dijo que había sufrido una rotura y que se había soldado como había podido.

Mi salida del pueblo

Un día, cuando tenía siete años, me dijeron que tenía otra madre. Mi verdadera madre de pronto vendría a por mí y me llevaría a vivir con ella a Barcelona.

Mis padres adoptivos no querían entregarme a mi madre e imaginaron una estratagema llena de inocencia, de astucia pueblerina y también de crueldad, para poner dificultades a mi entrega. Le escribieron a mi madre diciéndole que podía venir al pueblo y, si me reconocía entre todos los niños de mi edad, entonces podría llevarme con ella. Mi madre no me había visto desde mi nacimiento. Tendría yo solamente unos días cuando mi madre me entregó a una nodriza que vivía al lado de su piso en la calle Ferlandina. Precisamente la que fue mi nodriza se preparaba en unión de su marido para regresar a su país natal Cerdà (Valencia). Este matrimonio había ido a trabajar a Barcelona. No pudiéndose aclimatar se volvieron a su pueblo y me llevaron con ellos.

Mi madre no me había visto desde mi nacimiento. No era cosa fácil el reconocerme después de siete años. En ese periodo de tiempo una criatura sufre mil transformaciones.

Así, un día, me encontré en el centro de un grupo de niñas de mi edad en la plaza de la Iglesia. Vi llegar hacia los niños a una mujer, bastante joven, gruesa, de cutis blanquísimo y rosado. Más bien hermosa, vestida con una falda oscura y una blusa de piqué blanco.

La pobre mujer estaba azorada, turbada, observando el grupo de niñas, rodeada de numerosas personas, vecinos del pueblo que habían acudido a presenciar el acontecimiento. Mi madre, sin vacilar dijo: «es aquella», señalándome con el dedo.

En efecto era yo. Mis padres adoptivos capitularon.

Lloraron ellos, lloré yo; entre llantos y unos *filla meua* que desgarraban mi corazón sensible de siete años, partí con una nueva madre, hacia un mundo desconocido, otra vida, vestida de nuevo y

calzada con unas alpargatas de las más bonitas. Con un cantarillo de loza amarilla, que fue mi primer verdadero juguete, que no logró calmar mi pena.

En Valencia nos embarcamos hacia Barcelona.

Barcelona

En esta ciudad fui a vivir a la casa de Don Roque Ponsetí Cardona. Este señor tenía una lampistería en la plaza de San Agustín Viejo. En esta época era un menestral que había sido rico. Era un hombre muy alto, erguido, a pesar de sus setenta y ocho años. De cabeza hermosa. El rostro con largas y blancas patillas. Ojos algo ocultos entre las cejas de un mirar dulce y cariñoso. Era viudo. Su esposa fallecida, la Sra. «Laieta», no fue muy feliz con su marido. Así lo oí contar a su hija. El Sr. Ponsetí había gastado el dinero sin tasa, en fiestas suntuosas e idas al teatro en los mejores palcos. Lujo en el vestir y en carruajes. Dádivas a sus amigos, etc., etc. Ella, la Sra. Eulalia, «Laieta» en diminutivo catalán, vivió siempre con el temor de lo que en efecto llegó: la ruina.

El Sr. Ponsetí era originario de Palma de Mallorca. De muy joven fue a trabajar a Barcelona y, de simple obrero, llegó a ser un artesano rico. Se distinguió sobre todo en la confección de faroles de latón y hojalata. Cuando en Barcelona comenzó a utilizarse el gas para el alumbrado público, el Sr. Ponsetí, hombre inteligente, inventó un sistema para alumbrar las fachadas de los edificios. El gas circulaba por unos tubos que tenían pequeños orificios, artísticamente hechos, formando bonitos dibujos, y cuando las llamas del gas aparecían, daban forma y vida al dibujo, resultando una iluminación muy hermosa.

Era muy aficionado a la política y se llamaba conservador. Recuerdo que en el salón de la casa había tres grandes retratos pintados al óleo. Uno, el de D. Práxedes Sagasta, otro el de D. Salustiano de Olazaga, el tercero de Rius y Taulet, alcalde de Barcelona, que en uno de sus viajes a Madrid le dijo al Sr. Ponsetí: «¿Qué quiere que le traiga?», y él respondió: «El título de Proveedor de la Casa Real». Así sucedió, y en la fachada de su casa había un escudo, que se ilu-

minaba varias veces al año, sobre todo el día de su cumpleaños que decía «D. Roque Ponsetí Cardona: proveedor de la Casa Real». A él se debían parte de las iluminaciones de las Casas Consistoriales y de otros edificios públicos, pero sobre todo la totalidad del Palacio de Bellas Artes, situado en el Paseo de San Juan, frente al Parque de la Ciudadela.

El señor Ponsetí, tipo arrogante, de porte señorial, algo fatuo, gastando más dinero que el que tenía a base de préstamos, negándose a prescindir de cierto boato en el vestir y en sus costumbres era, ante todo, un buen hombre, padre de familia ejemplar.

Tenía una hija de cincuenta años, soltera y enferma. Se llamaba Lola; como yo. La señora Lola era una mujer alta, sin belleza, de carácter amable, de humor caprichoso y hasta frívolo. Vivía cuando su salud se lo permitía, inquieta por las visitas que debía a la señora tal o cual. Pendiente siempre de los vestidos que había que reformar o comprar. Totalmente inconsciente de la situación de arruinados que su buen padre trató de ocultarle hasta el momento más extremo. Padeecía de asma, dolencia terrible que la tenía sentada en la cama rodeada de almohadas con el busto erguido y la cabeza levantada para facilitarle la respiración. En aquella época, 1906, no se conocía ningún remedio eficaz para curar el asma. Sólo encontraba alivio en sus accesos de ahogo en las inyecciones de morfina que mi madre, la criada de la casa, le inyectaba a menudo. Entonces la enferma se calmaba y cesaban los silbidos de sus bronquios comprimidos por la asfixia, acabando por dormirse con la cabeza bañada en sudor frío. Estas crisis la obligaban a estar en cama varios días, luego se mejoraba y reemprendía una vida casi normal.

El padre vivía pendiente del sufrimiento de su hija. Desde hacía años la tenía atendida, cuidada por una señora de compañía que se llamaba Taneta. Mujer religiosa que tenía el hijo fraile misionero, no sé en qué país, venía tres días por semana a casa. Comía, rezaba, le contaba cosas de su hijo y remendaba alguna ropa.

También venía doña Lola, la costurera. Retocaba los vestidos de la señora, deshacía faldas enormes, con las que hacía otras prendas, etc., etc. Esta señora era viuda, guapa y muy llamativa. Alrededor de ella oí murmurar cosas incomprensibles entonces para mí. Parece ser que trató de casarse con el señor Ponsetí creyéndole aún rico.

Mi madre tenía mucho trabajo como cocinera. Siempre había invitados en la casa. Todo el mundo, más que nadie el dueño, tenían un apetito excelente y apreciaban la «olla». Las croquetas de gallina o de jamón. Muchos y diversos guisos de carne o de pescado. Todo ello de lo más caro y de lo más fresco. Después venían los postres. La crema con bizcochos o el flan dorado y oloroso. Amén de los pasteles comprados en la tienda. Recuerdo, pues, que mi madre venía de la plaza cargada con un cesto enorme, desde la plaza de Sta. Catalina a la plaza de San Agustín.

Estos eran aún los días que se celebraban fiestas y cumpleaños. El día de la señora Lola, o el de su padre, mi madre tenía un trabajo terrible. Dos días antes había que abrir los balcones del salón. Desenfundar sillones y el enorme sofá. Quitar el polvo a cristalería y dorados. Frotar bien las consolas y figurillas de porcelana que las ornaban. Sacar la vajilla de lujo y guisar, guisar sin tregua para un montón de gentes. Otra cosa que tenía que hacer era fregar con salfumán una escalera que, de la calle, comunicaba a través de un recibidor directamente con el salón. Luego tenía que servir la comida, preparar las bandejas de pasteles para el refresco y merienda de la tarde. ¿Y yo qué hacía? Nada. Estar vestida de fiesta, sentada en la mesa o en el salón, al lado del padre o de la hija; los dueños de la casa.

Los domingos me levantaba y me ponía de gala, es decir, el vestido más nuevo. Luego, si la señora Lola estaba bien, nos íbamos a misa a Sta. María del Mar o a San Pedro de las Puellas. Si ella estaba enferma salíamos el señor Ponsetí y yo. Al terminar la misa, subíamos por la calle de la Platería, atravesábamos la plaza del Ángel para entrar en el «Forn de Sant Jaume» a comprar, casi siempre un *tortell* de crema. Otras veces subíamos hasta el «Forn de Sta. Clara» y lo comprábamos allí. Después pasábamos frente a la Casa Vicente Ferrer, en la calle de Carders hasta la plaza San Agustín. Cuando el señor Ponsetí no se sentía fatigado, al salir de misa, pasábamos por el parque de la Ciudadela antes de ir a la compra ritual del *tortell*.

Algunas tardes de fiesta íbamos al teatro. Padre e hija lo adoraban. Unas veces era al Romea, a ver *Els Pastorets*. Otras al teatro Poliorama o al Principal. Casi siempre al teatro Triunfo, al final de la calle Tiradors, la fachada daba al paseo San Juan. Allí vimos numerosas zarzuelas: *El Rey que Rabió*, *El Barberillo de Lavapiés*, *La Ver-*

vena de la Paloma, La Alegría del Batallón, La Alegría de la Huerta, La Marsellesa, El Conde de Luxemburgo, La Viuda Alegre. A Margarita Xirgu en *La Reina Morta y Terra Baixa*. Vimos también *El Místico* y *La Mare* de S. Rusiñol, y muchas más.

En otras ocasiones se trataba de visitas. La señora Lola me llevaba con ella. Unas veces a casa de sus parientes todos ricos, viviendo en casas confortables sobrecargadas de pesados muebles. Allí, en las casas, nos daban golosinas, pero recuerdo que a la salida entrábamos en alguna chocolatería a tomar chocolate con *melindros*, un platito de crema o de nata, o un *mató*. Estaba enferma, pero ¡cuánto comía aquella buena señora! Una de las chocolaterías que más frecuentábamos era «La Virreina», al lado del palacio del mismo nombre y frente a varias garitas en las que había escribientes públicos que se ofrecían a la gente analfabeta. Las muchachas de servir que iban a hacer la compra al mercado de la Boquería eran sus mejores clientes.

Como he dicho antes, toda esa vida fue después. Unos meses más tarde de mi llegada a Barcelona.

La intrusión mía a aquella casa acabó con la vida monótona de sus moradores. Padre e hija tuvieron una ocupación más, la de distraerse conmigo. Me llevaron en seguida a la peluquería que había enfrente de su casa, en la que el señor Felipe afeitaba cada día al señor Ponsetí. Me cortaron los pelos que andaban muy faltos de ello. Me vistieron de nuevo y me calzaron, ¡qué horror!, con unas botas altas que las llamaban «borceguís» durísimas, de color beige. Yo, que hasta entonces había ido descalza, o a veces con unas alpargatas de cáñamo, iba entonces con los pies presos en aquellos horribles zapatones que me hacían padecer a cada paso, impidiéndome correr, y que acentuaban aún más mi cojera.

Tras corregir mi aspecto exterior de salvajita, me pusieron una cama mullida y limpia en la misma habitación de la señora Lola.

Durante las primeras semanas las comidas no me gustaban. El sentarme en la mesa del comedor era un verdadero drama. Mi madre optó por cogerme encima de ella y hacerme comer la sopa escudella y la carne por la fuerza, entre denegaciones y llantos. Poco a poco fui olvidándome del arroz al horno, de los fritos de tomate y de la paella.

Intentaron llevarme a la escuela particular que una señora regentaba en Las Balsas de San Pedro, al lado de casa. Fui a ella y estuve llorando toda la mañana. Por la tarde me negué a ir. Entonces, mi madre me cogió de la mano, ya en la calle me tiré al suelo y a rastras y empujones me llevó a la escuela. Por la tarde, entre unos terribles sollozos, dije que no volvería más. «¿Y por qué no quieres ir?», me preguntó colérica mi madre. «*Perquè està fosca*» (porque está oscura), le contesté. La mujer desesperada dijo: «Esta criatura está loca».

No, no estaba loca. Lo que ocurría es que nadie parecía comprender que hacía unos días o semanas había dejado el sol de Levante, aquella luz radiante de mi pueblo. La libertad de correr por las calles tranquilas, por el ancho campo hermoso, sin tener que preocuparme de si mi vestido se manchaba o arrugaba. Mis pies maltrechos, acostumbrados a ir sin estuches opresores, la ausencia de toda disciplina...

El cambio había sido demasiado brusco. De mi vida en casa de unos campesinos pueblerinos y pobres, quisieron adaptarme, sin transición, a la vida de una familia burguesa de la ciudad de Barcelona. Poco a poco, entre dádivas y reprimendas fui doblegándome a la voluntad y modos de vida de mi nueva familia. Eso sí, con muchos disgustos para mi madre y para mí. Las penas fueron grandísimas.

Un día, no pudiendo contener mi dolor y con el inconsciente deseo de herir a mi madre, me asomé al balcón que daba a la plaza de San Agustín Viejo y empecé a llorar gritando bien fuerte: «*Esta no és ma mare. Verge dels Desamparats tornam a València*», «*Esta no és ma mare...*», repetía vociferando como una condenada. Mi pobre madre, roja, sofocada por la emoción y el disgusto me sacó a empujones del balcón. Todos los vecinos se enteraron de nuestra situación.

Otro día decidí marcharme a Valencia y me fui de casa. Se dieron cuenta de mi desaparición y comenzaron a buscarme. Tuvieron la juiciosa idea de ir a la estación del Norte, que sabían que yo conocía por estar cerca de casa. Allí me encontraron cuando intentaba subirme a un tren. ¡Me iba, o intentaba irme a Valencia por la estación del Norte!

Ya dije anteriormente cuál fue mi vida en aquella casa, tras ir amainando mi furor inicial. Vivía en continuo contacto con los señores. Con mi madre me relacionaba menos.

Después del fracaso de la escuela de las Balsas de San Pedro, mi madre me llevó a la escuela Municipal del Parque de Barcelona. Para ir a ella ya no hubo llantos. Solamente el camino ya era una gloria, sobre todo en primavera y verano. En este tiempo pasaba por dentro del parque siguiendo la dirección del paseo de la Independencia. En primavera iba recogiendo violetas y otras flores amarillas, cuyos pétalos brillaban al sol como si fuesen pintados con laca. Cada día llegaba a la escuela con un ramito. Una vez se me ocurrió hacer un altar dentro del cajón de mi mesa de escribir con flores y estampas de santos junto a una velilla que encendí. Resultó algo muy bonito. Pero como la tapa de la mesa se mantenía demasiado rato levantada y las niñas venían a admirar mi obra yendo de un lado para otro, la maestra vino hacia mi puesto y desbarató el altar castigándome a hacer de «portera», es decir, a estar sentada frente a una mesa, sola y a la entrada de la clase. Después de unas horas de aislamiento fui reintegrada a la clase.

Las maestras

A las pocas semanas de ir a la escuela, sentía gran cariño por las maestras. La que se cuidaba de nosotras, las pequeñas, se llamaba doña Rosita. Era una joven muy tímida, fina, rubia cenicienta, con el pelo rizado, ojos miopes y unos labios siempre resecos, como agrietados, que se le pegaban al hablar. Recuerdo que nos hacía cantar una canción catalana:

*Ma maneta rosadeta
Ben sabenta en sortirà
Perque faci bona lletra
I no embruti el seu paper.*

La directora se llamaba doña Andrea. Era una señora más bien alta, bien proporcionada de formas. De piel blanca, cabellos grises. Vestida siempre de negro. Viuda, con una hija. Lo que más recuerdo de ella era su mirada penetrante, llena de dulzura y su voz de timbre agradable, que no sé describir, pero que sonaba en mis oídos

como algo pastosa pero nítida, de un tono entre impositivo y, al mismo tiempo, lleno de amor, de dulzura. Era, alternativamente, cariñosa y severa. Religiosa cabal, la vi muchas veces asistiendo a la misa dominical en la iglesia de Santa María del Mar. En la escuela me enseñaban aritmética, historia sagrada, historia general, geografía, geometría y lectura. En aritmética ya empezaba a multiplicar. En gramática, comenzaba a estudiar los verbos.

A través de los años no he olvidado nunca a doña Andrea. Debía ser una mujer extraordinaria. Patriota pero también amante de la libertad. Tal vez esos dos primeros sentimientos, o ideas, le fuesen impuestos por las normas de la enseñanza de entonces. No hay que olvidar que estábamos en plena monarquía alfonsina y que el clero era el rector de los medios educacionales. Doña Andrea nos hablaba a menudo de la libertad. Al parecer le hacíamos poco caso o no entendíamos sus propósitos. Así un día nos dijo: «vuestra libertad termina allí donde empieza la de vuestro semejante». Retuve la frase sin comprender su verdadero sentido. La labor de doña Andrea no fue estéril y años más tarde germinó la semilla del recuerdo con todo su significado. ¡Doña Andrea, cómo la recordaré siempre!

La bandera

Al entrar en la escuela había una gran sala en la que sólo había la bandera. Adosada a un gran mástil se desplegaba, con toda su amplitud, en la pared. Delante de la bandera roja y gualda nos hacían cantar el «Salve Bandera», los días de grandes acontecimientos como el cumpleaños del Rey, etc., etc. Así cantábamos (cito de memoria):

*Salve bandera de mi patria salve
Que en todo tiempo desafía al viento
Como, en triunfo, por la tierra toda
Que llevaron indómitos guerreros
Tú eres el templo donde mi madre reza
Las chozas de los míseros labriegos
La cuna donde duermen mis hermanos
La tierra en que descansan mis abuelos*

*Por eso eres amada en torno tuyo
A través del espacio y de los tiempos
El eco de las glorias españolas
Suena y retumba con marcial estruendo
¡Salve bandera! ¡De mi patria salve!*
(Himno original del poeta Sinesio Delgado)

La noche de los Reyes Magos

La señora Lola y el señor Ponsetí me contaban lo que iba a suceder aquella noche. Hacia la madrugada pasarían los Reyes por nuestra casa y dejarían en el balcón todos los juguetes que yo había pedido. Para eso tenía que dormir bien y, si oía ruido, en ningún caso debía abrir los ojos. Estos Reyes catalanes no querían ser vistos ni oídos. Al revés de mis hermosos Reyes valencianos que había admirado y oído tantas veces. No quise preguntarles y creí firmemente en los nuevos Reyes. Durante la noche estuve nerviosa, con ganas de orinar. Pero, ¡cómo abrir los ojos levantándome si corría el riesgo de enfadar a aquellos Reyes! No pudiendo contenerme más le pregunté, a la señora Lola, con los ojos cerrados: «me puedo levantar a orinar, no abriré los ojos». Aquella buena señora se echó a reír autorizándome a levantarme. Al amanecer, despuntando el día, el señor Ponsetí, su hija y mi madre me llevaron al balcón donde había una gran bandeja llena de tesoros. Un juego de platitos y tazas de porcelana, una muñeca grande, preciosamente vestida de seda amarilla estampada de florecillas de color rosa.

Sé que había otras cosas, pero éstos eran los juguetes que recuerdo como si estuvieran ante mis ojos. Aquel año fue el fin del ensueño de la magia. Al año siguiente sabía ya que tales personajes tan generosos, distribuidores de tantas cosas buenas eran una invención de los padres. Enterré silenciosamente a los Reyes Magos. Pero la hipocresía lo ocultó para no verme privada de sus dádivas. Un año más de recibir juguetes dentro del fingimiento y punto final. Al horizonte asomaban otros rostros menos bondadosos que aquellos fenecidos monarcas.

La religión

Desde muy pequeña me inculcaron la idea de la existencia de un Dios Todopoderoso. Unas veces manso como un corderillo, otras, furioso como un león. Perdonando, algunas veces, con humana y generosa comprensión, y otras castigando con terrible furia. Creía en él, en su madre la Virgen santísima, en todos los santos y ángeles de la corte celestial. Vivía con el temor de Dios y cuando iba a la iglesia asistía conmovida a misas, oficios y sermones.

En el pueblo, mis padres de leche ya habían atiborrado mi pobre cerebro de supersticiones, las apariciones de los muertos, los cuentos de brujas y duendes. Los muertos, más que nada, me tenían aterrada. Al anochecer era incapaz de ir de una habitación a otra. En la oscuridad creía ver calaveras y esqueletos. La noche de las almas (no recuerdo en qué fecha) la pasaba en vela, presa de un miedo terrible. Esta educación macabra dañó para mucho tiempo mi espíritu. A decir verdad, han debido quedar fuertes secuelas allá dentro de mí, pues he guardado una aprensión difícil de dominar a la vista de un cadáver. ¿El terror que siento ante la muerte, terror pánico, imposible de dominar por el raciocinio, será aún la herencia de los cuentos e historias de muertos aparecidos que me contaba mi nodriza?

En Barcelona, en casa de los señores Ponsetí no me contaban historias de miedo. Eran religiosos, pero no supersticiosos. Íbamos los domingos a misa. Celebrábamos fiestas y santos. La Semana Santa íbamos a visitar los monumentos, que tenían que ser siete por aquello de las estaciones que hizo Jesús en la subida al Gólgota. Bien vestidos, lo mejor del vestuario. La señora Lola de negro con mantilla de blonda y empezábamos el recorrido el Jueves Santo. La ciudad estaba completamente paralizada. Toda circulación de coches y tranvías cesaba. Por las calles sólo se oían las pisadas de los transeúntes, que iban y venían visitando los monumentos, o sea, sus altares adornados con flores, cirios y palmas. En las puertas de las iglesias multitud de gentes pobres vendían «farigola», tomillo, espliego y laurel. El perfume penetrante del tomillo invadía la calle impregnándola de una sensación de ilusión y de gozo montañés, primaveral.

Los chicos también íbamos con pequeñas mazas de madera dando porrazos por las puertas, a lo que llamábamos «ir a matar judíos». La religión sabe mantener tradiciones aunque éstas sean funestas. Después, al fin de una ceremonia que decían que se había hecho la luz en el Sinaí, hacíamos ruido con las carrascas que nosotros llamábamos «*xerric-xarrac*», juntándonos para cantar en los portales de los templos una canción que apenas recuerdo...

*El ram, el ram, el ram de la Passió
Obriu, obriu, obriu que volem entrar
A les portes de l'església venen bacallà.*

También cantaba en la iglesia. Mi primera comunión la hice en la capilla de San Cucufate en la calle de Carders, esquina a la de Assaonadors, donde acudía a aprender el catecismo. Como era una discípula asidua y pobre, el cura me regaló un trozo de tejido para que me hicieran un vestido. Mi fervor era tal que catequicé a una amiga de juegos, vecina nuestra cuyos padres eran considerados gentes misteriosas, algo así como anarquistas, porque no iban a misa. La arrastré conmigo al estudio de la doctrina e hizo la comunión a mi lado. El señor Ponsé me compró un rosario de nácar. Mi madre unos zapatos y un velito blanco. La modista me hizo el vestido. Como me dieron algún dinero, era costumbre el hacerlo, me compré un ramo de flores. Pasé un día feliz entre visitas, rezos y muchas golosinas que me preparó mi madre.

Los juegos

En verano los padres de los chicos salían a tomar el fresco a la puerta de sus casas. Los chicos y las chicas nos reuníamos en la plaza Sant Agustí Vell a jugar *als quatre cantons*, al *fet* y al *rotllo*, cantando canciones, algunas muy bonitas que aún recuerdo:

*Tengo una muñeca vestida de azul
Con su camiseta y su canesú
La llevé a paseo se me constipó
La tengo en la cama con mucho dolor.*

*Dos y dos son cuatro, cuatro y dos son seis
Seis y dos son ocho y ocho dieciséis.*

* * *

*Quisiera ser tan alta como la Luna
Para ver los soldados de Cataluña
Salí de Cataluña para servir al Rey
No sé si me descuido de mi coronel
Pasando por el puente de Santa Clara
Se me cayó el anillo dentro del agua
Para sacar el anillo saqué un tesoro
Una virgen del Carmen y un cristo de oro.*

* * *

*En la calle nueva de San Fernando
Hay una fuente de siete caños
El agua es dulce como una rosa
Y es para los niños de Zaragoza.*

* * *

*En Zaragoza ha sucedido
La torre nueva que se ha caído
Si se ha caído que la levanten
Que la levanten los estudiantes
Los estudiantes no saben nada
Ni tienen cuartos para mañana.*

* * *

*Madruga la mañana, madruga la mañana
En el mes de abril, en el mes de abril
Me encontré a unas niñas
Regando el jardín, regando el jardín*

Había otra que cantábamos en catalán. Voy a intentar escribirla:

*A la plaça fan ballades
A la plaça fan ballades
Mare deixeu-m'hi anar
Mare deixeu-m'hi anar
No hi vagis Caterineta
No hi vagis Caterineta
Que el teu pare és a punt d'arribar
Tant si arriba com si no arriba
A la plaça vull anar
El pare arriba, on és la Caterineta
A la plaça a ballar
Son pare agafa les Cordes
I un garrot a cada mà
La primera garrotada
Mig morta la va deixar
La segona garrotada
Morta ja la va deixar.*

Esta canción nos ilustra los métodos de educación de muchos padres que posteriormente se interesaron por el folklore de las canciones infantiles. Tanto como han protestado las juventudes de todo el mundo por la pedagogía actual. Es una lástima que en el afán impetuoso de progresar, se olvide de apreciar el bien ya adquirido. Siempre más allá, de acuerdo, pero apreciando lo ya conquistado.

Los niños jugábamos pero no con toda inocencia. Ya entonces recuerdo que teníamos respectivamente nuestros novios. Entre los juegos nos pasábamos cartas de amor. Inocentes, pero ya empezaba a apuntar el despertar del sexo. Fui mujer cuando aún no había cumplido los diez años y ya sabía muchas cosas. La ingenuidad de los niños de los lugares rurales es algo falsa. El contacto directo con los animales y la fuerte sexualidad de los campesinos, eran una escuela de ejemplos concretos que no dejaban lugar a dudas y que las criaturas asimilaban precozmente.

La Semana Trágica (1909)

Guardo todavía algunos recuerdos. Entonces no comprendí nada de lo que sucedía. En casa oía al señor Ponsetí indignarse por la situación hablando de la guerra de Marruecos y de la sabiduría del señor Maura.

Solamente me inquietaba porque únicamente podíamos salir a la calle a primera hora de la mañana, pasadas éstas empezaban a sonar disparos de fusil y de pistola y nos encerrábamos en casa con las persianas bajadas, pues corríamos peligro de ser heridos si nos asomábamos a la calle. Nuestra casa fue tiroteada conservando muchos años el impacto de las balas en la fachada. Los soldados patrullaban en las calles entre las ambulancias de la Cruz Roja que pasaban recogiendo a los heridos. Enfermos y camilleros iban vestidos de rayadillo rojo y blanco. Un brazal con una cruz roja. Gorra plana con una cruz roja y otra sobre la visera. Una tarde tórrida, un hombre se aventuró a la plaza para ir a beber a la hermosa fuente que había, y hay, en el centro de la plaza San Agustín y le mataron mientras bebía. La ambulancia se lo llevó. Al pie de la fuente quedó un gran charco de sangre.

Nos subíamos al terrado con mucha precaución, pues corríamos el peligro de recibir algún balazo, para ver las llamaradas de los incendios de San Pedro de las Puellas, de San Cucufate y de tantas iglesias. Toda Barcelona olía a chamuscado, a incendio.

Mi madre tuvo la curiosidad de ir a ver el incendio del convento de Las Jerónimas, al final de la calle del Carmen, cuando ya se había levantado la prohibición de circular. Todavía humeaba y la calle estaba oscurecida por el humo y el aire enrarecido de las cenizas. Las camas de hierro de las monjas colgaban de los cables de los tranvías. ¿Por qué mi madre me llevó allí? Años más tarde tuve la explicación.

Nada sabía entonces del martirio de Ferrer y Guardia, ni de la lucha anarquista en defensa de los obreros y soldados. No tardaría muchos años en saberlo.

Mi madre

Micaela Iturbe Arizcuren, había nacido al final de la última guerra carlista, en Monreal, pueblo cercano a Pamplona (Navarra).

Sus padres eran gentes acomodadas. Él se cuidaba de la taberna. Ella de la carnicería. Además poseían tierras. La madre, una mujer enferma trabajando sin parar. Religiosa en extremo, plegándose siempre a la voluntad de su marido, un hombre de carácter violento que se decía liberal. Una paliza que mi madre nunca olvidó fue cuando, siendo muy niña, entraron en la taberna varios carlistas pidiendo algo para comer. Su padre le dijo que en la casa no había nada comestible; al mismo tiempo que mi madre mostraba a los carlistas el corral, y éstos habían cogido una gallina. Ella contaba que había tenido una infancia muy desgraciada. Enferma desde su nacimiento, a los cuatro años aún no andaba.

Más tarde se curó. A los ocho, sus padres, que poseían tierras, dos casas y dos comercios, la pusieron a servir en casa de una familia rica de Monreal. ¿Por qué? Ella hacía responsable a su padre. Mi madre lavaba los platos y como no llegaba a la fregadera se subía a un taburete. Entre los muchos quehaceres de la casa, los amos la enviaban a la escuela, donde aprendió a contar y a escribir. Mi madre tenía una caligrafía muy buena, y escribía con corrección gramatical. Eran tres hermanos, dos de ellos mujeres y el otro varón. El chico era el mayorazgo del hogar, algo así como el sultán. En casa él era el dueño y señor. La hermana que estaba en la casa cuidaba de la ropa y la limpieza, ayudando en las tareas de cocina a la madre, que cuando terminaba la venta de carne, a primeras horas de la mañana, iba a preparar la cazuela de ajoarriero, o callos para la clientela de arrieros que iban de paso por el pueblo. Un día el sultán de la casa enfermó. El mayorazgo se había peleado con una bruja reconocida por todo el pueblo y ella le echó el mal de ojo enfermándolo gravemente. El médico de Monreal, el de Pamplona, todos intervinieron pero Fermín, así se llamaba, no sanaba. Al fin tuvieron que acudir a la bruja para que lo curara. Al parecer ella lo podía todo. La bruja lo había condenado a sufrir unos terribles ataques de visiones terroríficas, de bestias endemoniadas que le mordían la carne y lo hacían revolcarse de dolor. Tendido en el suelo, sufría y gritaba como un

poseído diciendo quién era la que causaba sus males. Todo esto a horas fijas por la mañana y por la noche. Vino la bruja (paso por alto las absurdidades del tratamiento), y lo curó. Por poco tiempo, pues, al año de estar curado y llevando una vida normal, se murió en plena juventud. Entonces mi madre, ya una mujer, volvió a casa. Debo hacer un inciso. La creencia en brujas y duendes estaba tan arraigada en aquellas tierras y épocas remotas, que mi madre se enfadaba mucho cuando me reía de su relato, asegurándome decir la verdad y que ella había presenciado las terribles torturas de su hermano, el tratamiento de su enfermedad y su curación. Siempre afirmó de la manera más rotunda que había sido todo verdad. Nunca la pude convencer con ningún razonamiento de lo contrario.

¿Qué sucedió cuando mi madre volvió a su casa? Nunca me lo dijo. Lo he sabido en parte, muchos años más tarde, por lo que ella había contado a mi nodriza. Tenía once años cuando fui a Valencia a ver a «mis padres»...

Mi madre quedó embarazada, sin novio, sin hombre, sin marido. El que fue su novio, su hombre, y tendría que haber sido, si no su marido, sí, de una manera absoluta, el responsable del hijo que iba a nacer, la abandonó. No pudiendo ocultar más su estado, su padre la echó de casa. La madre y la hermana lloraron un poco aceptando matar moralmente a mi madre lanzándola a ella y al inocente que iba a nacer, a la miseria y al abandono más completo. Tal vez guiarla por los caminos de la prostitución, del suicidio. Todo, todo, antes que sufrir «públicamente» la deshonra de dar abrigo en la familia a una madre soltera. Mi madre se fue lejos, a Barcelona, a ocultar su «deshonra», y allí nació yo.

Cuando mis padres de leche me contaron la historia, me interesé por saber quién fue mi padre. Me dijeron entonces que mi padre había ido a verme a Cerdà, cuando tenía un año y que luego se habían enterado que había muerto.

¿Sería todo esto verdad? No lo sé. Estuve un tiempo preocupada por el relato, muchas veces repetido, que mi madre me había contado de su estancia en casa de un matrimonio catalán, muy rico, que vivían en una torre de San Gervasio. Allí ella había servido mucho tiempo como cocinera. El matrimonio tenía un montón de hijos. La señora, ya muy cansada de tantas maternidades, cerraba su habita-

ción para que el marido no pudiera entrar, armándose un alboroto enorme, entre gritos del marido y sollozos de la esposa. Seguía contando que alguna pobre camarera se había visto obligada a sucumbir a los deseos del señor o irse de la casa. ¿No podía ser ese hombre o bestia exacerbada por el sexo mi padre? Muchas veces me pasó esa idea por la imaginación. Mi madre jamás en su vida me dijo una sola palabra sobre las condiciones de mi nacimiento. Yo tampoco se lo pregunté. ¿Para qué, para hacerla sufrir? Sólo me hizo una confesión. Una vez que necesitaba una fe de nacimiento, me dijo que me habían bautizado en la capilla del convento de Las Jerónimas de la calle del Carmen. Quemado totalmente en 1909. ¿Me llevó por eso a ver el incendio del convento?

Mi madre no volvió jamás a su pueblo. Ni su familia se ocupó para nada de ella. La hermana que quedó en la casa hizo el caldo gordo. Fue la única heredera de todos los bienes de la familia, ya que mi madre había sido legalmente desposeída por sus padres a causa de mi nacimiento.

En la época en que me trajo de Valencia a Barcelona mi madre era más bien hermosa, pero de una gordura exagerada y además con ninguna salud. Siempre la recuerdo enferma. Al poco de llegar a Barcelona, padeció un ataque de reuma que la tuvo postrada en cama varias semanas. Hacía poco tiempo, antes de mi llegada, se había roto una pierna. Fregando un piso quiso pasar la bayeta por debajo de un armario, hizo un gesto violento y se hernió del ombligo. Como estaba tan gruesa los médicos dijeron que la grasa impedía la operación. Verdad o mentira, el caso es que mi madre llevaba una ventrera o faja con elásticos, correas y hebillas que debía ponerse cada mañana. Nunca pudo calzarse ella misma ni lavarse los pies. No podía agacharse. Yo la ayudaba a vestirse, la calzaba y la lavaba. Cuando mis hijos Aurora y Helenio fueron mayorcitos, ellos la ayudaban a vestirse.

También la operaron de una fístula en el ano en el hospital de la Santa Cruz, entre la calle Hospital y la del Carmen. Recuerdo aún la inmensa sala con las camas tocándose entre sí. El olor a ácido fénico. Los cubrecamas rojos. Cristos y demás imágenes. Las monjas con sus campanillas, que tocaban cuando pasaban por la sala, con alguna camilla ocupada por algún enfermo. Un hospital lúgubre,

tétrico, que acusaba la presencia de la muerte y el abandono. «*El corralet*», o sea el depósito de cadáveres, que daba a un patio. Sólo había que entrar unos pasos del lado de la calle del Carmen y, a mano izquierda, aparecía una verja detrás de la cual estaban los cadáveres que nadie reclamaba. Los exponían al público por si alguien los reconocía.

Al poco tiempo sufrió de cataratas e iba a curarse al Dispensario de Santa Catalina, cerca del mercado del mismo nombre. Allí visitaba a los pobres el doctor Barraquer. Mi madre me envió un día a buscar el número para la visita que costaba cincuenta céntimos. Los perdí por el camino antes de tener el número. Por miedo a las represalias, no fui a casa hasta el atardecer. El remedio fue peor que la enfermedad y recibí una buena paliza.

Entre todos esos males, mi madre trabajaba sin parar, cuando la dolencia no la tenía imposibilitada en la cama. En el primer año de mi estancia en Barcelona, estuvo dos meses sin poder moverse de la cama. Dos operarios del taller de lampistería, subían al piso y sentaban a mi madre en la cama para poderla alimentar u otras necesidades.

La ruina (1910)

Las fiestas y aniversarios ya no se celebraron más. El salón estaba cerrado y los muebles enfundados. El señor Ponsetí vivía recluido en sus habitaciones. Descuidó por completo la marcha del comercio. Dejó el control del taller a un encargado poco escrupuloso que se pasaba el día leyendo periódicos y revistas. Mi madre tenía que pedir muchos días el dinero para la compra. Se lo daban cada vez más escaso. Y yo fui la primera víctima.

Cuando más contenta estaba en la escuela, me sacaron de ella y me pusieron a trabajar, a aprender un oficio. Me preguntaron qué era lo que me gustaría ser. No lo sabía pero al azar, no sé por qué, dije que modista. Mi madre comenzó a hacer preguntas y averiguaciones entre sus amistades, enterándose de que una modista que vivía en la calle Alta de San Pedro me podía coger como aprendiz. Nos fuimos allí y subimos a un segundo piso, con principal, lo que

lo convertía en un cuarto. Nos recibió una señora gruesa, tiesa, de gesto agrio, que resultó ser doña Consuelo, mi patrona. Luego supe que había sido maestra de escuela y que había abandonado la carrera porque «no tenía carácter para lidiar con los niños». Otra cosa que supe es que don Trinidad, el oficial de la guardia civil que venía todas las tardes, era su novio. A mí me parecían dos novios completamente ridículos y viejos.

Esta doña Consuelo dijo que no podía pagarme porque iba a enseñarme el oficio muy deprisa, haciendo de mí una buena oficiala modista. Aceptamos la condición de no cobrar nada. El primer día que llegué al taller, tímida, aturdida, coja, calzada con los disgraciosos «borceguís», parecía completamente estúpida y poco simpática. Para empezar, me dieron una escoba y tuve que barrer el taller y el comedor que había que atravesar para ir al recibidor a abrir la puerta. Después de barrer tuve que ir a buscar el almuerzo. Bajar y subir cuatro pisos. Más tarde deshilvané costuras y vestidos. Al poco tiempo me mandaron a comprar hilos, con trocitos de género de muestra. Para ello había que ir a una tienda especializada que estaba en la calle de Portaferri. Para el colmo de mis timideces dolorosas, la tienda era elegante y las vendedoras jóvenes y bien arregladas. De la compra de hilos pasaba a la de las telas, aún más penosa. Tenía que ir a un almacén iluminado elegante, de grandes salas. Servido por dependientes que a mí me parecían grandes señores. Sufría, no pudiendo comprender mi sufrimiento ni decirlo a nadie. Por la tarde, cuando venía don Trinidad, un hombre alto carirrojo, tenía que ir a buscar la merienda para todos. Estaba extrañada de que aquella gente merendaran, muchas tardes, una sardina salada, una arengada con tomate y cebolla cruda.

A fin de semana tenía que ir a devolver los trajes. Para eso tenía que llevarlos dentro de una caja de madera, con una correa para pasarla por el techo. Así, de la Ceca a la Meca corriendo por Barcelona, subiendo y bajando escaleras, con mi pierna y mi pie deformes. Los domingos por la mañana tenía que ir a devolver prendas y a veces llegaba a casa a las tres de la tarde. El único dinero de la semana eran los quince o veinticinco céntimos que me daban las clientas de propina.

Así durante varios meses. Entonces me salió un humor en la nariz que se me fue llenando de costras hasta cerca de los ojos. Mi

madre me lo curaba con agua timolada. Lo que sufrí fue algo indecible. Cuando me decían de ir a los almacenes o veía que me miraban con disgusto me ponía el pañuelo en la cara como si fuera a sonarme la nariz. Al fin, le dije a mi madre que no iba más al trabajo. Me llevó a un médico y con una lanceta me quitó todas aquellas costras de mal, me lo desinfectó bien, y con tres o cuatro curas me restablecí completamente. ¿Fue aquella enfermedad una protesta de todo mi ser contra una situación tan intolerable?

No quise ser más modista. Mi madre me llevó a casa de una pantalonera que vivía en la calle Fenollar, no lejos de casa. La pantalonera era una mujer joven, peinada con ondas y el pelo recogido con un gran moño. Nos dijo que no había recados y que me enseñaría a hacer pantalones pagándome un real a la semana. Fui a trabajar a aquella casa de la calle Fenollar, una vivienda viejísima. El piso de mi maestra pantalonera consistía en una cocina y un comedor-alcoba junto a una diminuta habitación. El suelo era de ladrillos bastos «*rejoles*» que ella fregaba con sulfumán. En el comedor estaba instalada la máquina de coser y un montón de pequeños pantalones por el suelo. Me sentó a su lado enseñándome a poner botones a aquella patulea de pantaloncitos cortos. Al día siguiente, todos ellos amontonados y plegados dentro de un pañuelo grande, a cuadritos marrones y rojizos, un pañuelo de hacer *farcells*, nos fuimos las dos a entregarlos a la calle de Correos. Allí pasé unos meses tranquila, bien tratada. Mi patrona estaba casada con un obrero de la casa Girona. Vivían pobremente pero muy felices. No tenían hijos y en cierto modo yo aparecía como una hija. Poco a poco fui como de la familia. Delante de mí jugaban como dos chiquillos. Algunos sábados el marido le traía un regalo pero antes de dárselo a su esposa, ella tenía que darle un beso en el culo, por encima del pantalón y delante de mí. Ella se lo daba riendo y él le entregaba el regalo. Como formaba parte de la familia iba a comprar carne para el cocido que ponía al fuego. Preparaba la mesa y muchas veces comía con ellos. También me invitaron a la boda de unos familiares. Luego, como era ya muy tarde para volver a casa, dormí en aquella pequeña habitación. Del oficio nada, no aprendí más que a hacer los bajos de los pantalones y coser los botones. La buena mujer hacía confección de la más barata, puntadas largas. En nuestra casa la tragedia de la ruina del señor Ponsetí llegaba al drama.

Personajes serios y malcarados aparecieron por la casa, discutían con el dueño y se marchaban airados. El señor Ponsetí reunió a sus ricos familiares, explicó que le amenazaba la expropiación del género que quedaba en la hojalatería, de los muebles de lujo y del desahucio de la casa. Todos le abandonaron. Entonces la señora Lola fue conmigo, las dos bien vestidas, a visitar a unos amigos que eran íntimos de la familia, poseedores de una gran fábrica de tejidos en la calle Rec-Condal. Nosotras habíamos visitado muchas veces aquella casa. A mi me gustaba ir por las fiestas de Navidad a ver el hermoso pesebre que hacía la hija de los propietarios. No faltaba nada, el camino con la estrella de Oriente que conducía a los Reyes Magos a la cueva de Belén, la Virgen con el niño Jesús en su regazo, San José y los pastores, caminos de verdura y riachuelos figurados, musgo y ramas de un arbusto que daba como fruto las cerecitas de rabos, velillas y lucecitas de colores. Me quedaba embobada encontrando que aquel inocente decorado era una maravilla. El día que hicimos aquella última visita, me enviaron a los sótanos donde estaban los telares, para que esperara allí mirando aquella tremenda nave con montones de algodón, telares a mano, polvo y muchas mujeres trabajando. Miré cuanto pude interesada por aquel intenso tráfico, hasta que me llamaron. Subí, nos despedimos y en la calle vi como la señora Lola lloraba.

Ni amigos ni parientes les ayudaron. Pocos días después el señor Ponsetí cerró la tienda. Se vendieron muchas cosas de la casa. Unos hombres se llevaron todos los muebles del salón y la lámpara central. Los demás muebles quedaron en la casa.

Dejé por unos días el trabajo. Mi madre me dijo que nos marchábamos a vivir a otra casa que estaba situada en la calle Rossic. Nuestra casa hacía chaflán con la calle Mirallers. La calle Rossic tenía una entrada por la calle Argentería, era muy estrecha, casi nos podíamos dar la mano de balcón a balcón. El sol apenas si rozaba el primer piso. Era triste y sombría. ¡Adiós la bulliciosa y soleada plaza de Sant Agustí Vell! ¡Qué pena abandonarla! Allí quedaron mis amigos de infancia, el recuerdo de días imborrables yendo a la escuela del Parque de la Ciudadela. De los juegos infantiles y de las horas amargas de mi llegada a Barcelona. De las gozosas visitas e idas a teatros y chocolaterías. Otra vida más dura me esperaba.

No extrañé ni comprendí mucho el hecho de que íbamos a continuar viviendo juntos el señor Ponsetí, la señora Lola, y mi madre y yo.

Pasó lo siguiente. Mi madre recogió a padre e hija. Con los muebles que la Justicia dejó, camas, sillas, colchones, etc., mi madre pudo amueblar el nuevo domicilio. Otros que faltaban los compró a plazos. Nos instalamos en el piso de la calle Rossic. Cuatro grandes dormitorios, otro más pequeño, una inmensa cocina, un gran comedor y un recibidor espacioso. La casa había sido un convento y los techos eran muy altos. Mi madre abrió una hospedería, sólo para servir comida. Habló con los tenderos del barrio y comenzaron a venir a comer ferroviarios de la estación de Francia.

Las gentes que han sido ricas, después de arruinadas poseen muchas cosas que los pobres no han tenido nunca. La señora Lola tenía aún sábanas, toallas, vestidos pasados de moda pero elegantes, trajes bordados de pasamanería. Algunas joyas que había salvado del fisco, sombreros, lazos y plumas preciosas. Estos tesoros estaban en el armario de su habitación.

Huéspedes y nosotros comíamos todos en la gran mesa del comedor. Seguíamos yendo a misa a Santa María del Mar y dando algún paseo con el padre de la señora Lola. La vida de padre e hija no podía ser más triste en aquel medio pobre, completamente alejado de sus costumbres.

Yo ayudaba a mi madre en la limpieza de aquel enorme caserón compuesto de ocho grandes dependencias. El suelo de ladrillo rojo que fregábamos con un rodillo de esparto. Los cristales, las camas. Poner y quitar la mesa. Lavar la ropa. Por las tardes ir a continuar el aprendizaje del oficio a casa de don Alfredo Bernet en la calle de San Fernando. Esta vez quería ser sastra.

A los pocos meses de nuestra vida en común con los que habían sido los señores de mi madre que, después, fueron recogidos por la criada, cierto día apareció una sobrina del señor Ponsetí, hija de un hermano suyo librepensador que tenía también una hojalatería en la calle de Tallers junto a la plaza de Castilla. Este Ponsetí se avenía muy mal con el nuestro que se decía conservador. No obstante, recuerdo que, una vez, la señora Lola y yo habíamos asistido a una fiesta que el hermano Mateo había dado en su casa, durante la Cuaresma comiendo abundantes carnes para burlarse de los preceptos

de la iglesia católica. A mi me gustó mucho la fiesta quedándome en la memoria una canción que se interpretó en ella titulada *El Sol de la Humanidad*:

*Dejad, dejad que corra el tiempo a su sabor
Que el tiempo es un señor que dice la verdad...*

Les extrañó mucho a padre e hija la visita de aquella sobrina olvidada. Volvió dos o tres veces. La señora Lola le enseñó su armario con la ropa y las joyas. Le mostró el otro de su padre, también lleno de buenas ropas y libros.

Un día llegó y dijo a sus tíos que en nuestra casa no estaban bien, que era una pena para ella el verlos tan caídos y comiendo del buen corazón de su antigua criada. Que ella vivía en una gran torre soleada en Gracia. Insistió mucho y al fin los convenció para que se fueran a vivir con ella una existencia más a tono con lo que ellos habían sido. Ella les dijo que tenía una modesta fortuna que le permitiría dar a sus parientes una vida tranquila, al abrigo de la miseria. Otro gran trauma para mí. Mi otro padre Roque Ponsetí, el anciano lleno de ternura hacia mí y la buena señora Lola se fueron de casa para siempre. Solamente se llevaron los dos armarios que eran hermosísimos. Todo lo demás, imponiéndose a su sobrina, nos lo dejaron en agradecimiento al comportamiento tan generoso de mi madre.

Mi madre hizo el balance de su situación económica. Había perdido no recuerdo cuanto dinero y puso fin a las comidas. Les dijo a los huéspedes que si querían quedarse a dormir solamente, podían hacerlo. Así lo hicieron. No ceo que les fuese fácil el encontrar otra casa donde les sirvieran los cocidos y arroces que mi madre cocinaba con esmero.

Estuve muy apenada de la falta de aquella otra familia. Esperaba siempre su visita que no vino nunca. Ni el uno ni la otra aparecieron más por casa. Un domingo me decidí a ir a verlos a la dirección que teníamos. Mi madre me dejó ir. Entonces debía tener unos doce años. Cuantos acontecimientos ya detrás de mí... Fui a Gracia; padre e hija estaban desfigurados, mal vestidos, en una habitación húmeda sin ningún confort ni aseo. Les habían despojado de todo, ropas y joyas, amenazándoles de trasladarlos a otra casa.

Pasó cierto tiempo, aproximadamente una semana, y una noche me desperté con la angustia de que la señora Lola se había muerto en el hospital de la Santa Cruz. Me levanté por la mañana, obsesionada por mi preocupación y me fui al hospital. En el *corralet*, o sea, en el depósito de cadáveres estaba el cuerpo inerme de la señora Lola. Volví a Gracia y ya no encontré al señor Ponsetí. La casa estaba cerrada. Nunca más lo vi. Atenazada por su recuerdo, un día vi en la plaza San Jaime a un hombre que me pareció ser él. Corrí como una loca, me colgué a su cuello, lo miré y no era él. Mi pena fue enorme. No hacía más que pensar en los días que me llevaba a pasear visitando las torres del palacio de Bellas Artes del que conocía todos sus rincones. En las cuatro torres había unos angelotes. El señor Ponsetí verificaba el buen estado de las instalaciones de gas. Aquel ambiente de quietud, de soledad que había en lo alto de las torres y la visión desde aquella altura de Barcelona me dejaron una impresión deslumbrante e inolvidable. Otro recuerdo imborrable es el de su jardín que conocía a la perfección. En este palacio el señor Ponsetí y yo asistimos a una fiesta en la que el gran Enrique Borrás recitó una poesía original en catalán de Ignacio Iglesias titulada «La Musa Popular». Quedé conmovida por la belleza de la poesía. El señor Ponsetí me procuró el texto y me la aprendí de memoria, y en una reunión que tuvo con varias personalidades en el palacio de Bellas Artes me la hizo recitar delante de ellos. También me dio a conocer las poesías de Verdager que aprecié mucho y me aprendí alguna de memoria.

A él le debo también el gusto y la afición al teatro, a la canción, a la música, a la lectura. Me hacía recitar versos, cantar canciones. Yo conocía infinidad de trozos de música de zarzuelas como *La Viuda Alegre*, *El Conde de Luxemburgo*, *La Princesa de Czardas*, *La Princesa del Dólar*, *Molinos de Viento*, *Maruxa*, *Marina*, *La Dolores*, *La Mascota*, etc., etc. Me enseñó una canción que él decía que era de una zarzuela antigua. Ahora ya no recuerdo el título pero sí alguna estrofa:

*Yo soy del valle de Andorra
El viejo pastor; el viejo pastor
El aire de sus montañas mi cuna meció*

*Mi cuna meció, mi cuna meció
¡Ab del valle! ¡Ab del valle!
¡Ab del valle! ¡Ab del pastor!*

Él me había hecho leer los libros de Alejandro Dumas *Los Tres Mosqueteros*, *Veinte Años Después*, *El Vizconde de Braguelonne*,... Todos me impresionaron de tal manera. Creía tan profundamente en que habían sido hombres de carne y hueso, realmente verídicos, que decidí rezar un rosario para el bien de sus almas. En la iglesia de Santa María del Mar alguien que hubiese sido un curioso observador habría visto a una adolescente de doce años rezar con gran fervor el rosario. Pero lo que jamás habría adivinado es que todo aquel fervor estaba destinado a la memoria de Portos, D'Artagnan, Aramis y Athos. También leí varios *Episodios Nacionales* del gran Galdós y un libro enorme que explicaba la historia del monasterio de Pedralbes. Igualmente leí *El Paraíso Perdido* de Milton. Debo confesar que apenas entendí nada de ese libro pero su lectura me atraía.

No, no podía quitarme del pensamiento a aquel anciano bondadoso que tanto había contribuido a formar mi espíritu y a dulcificar mi vida. Tengo setenta y dos años y lo veo aún en mi interior como si fuese en los años de mi infancia. Lo veo aún y mi corazón siente una gran ternura a su recuerdo.

La adolescencia

Mi madre compró unas camas y tuvimos huéspedes sólo a dormir y lavarles la ropa. Quedé aliviada de servir y quitar la mesa y lavar aquel montón de vajilla. Pero entonces el plato fuerte era la ropa. Teníamos una habitación grandísima, tres camas con tres huéspedes, dos en la otra y uno en cada una de las dos habitaciones restantes, aparte de la nuestra, la de mi madre y yo. Total siete hombres. Siete mudas de obrero; además de las sábanas y toallas. El lunes nos levantábamos a las cinco y media de la mañana, daba igual que fuese invierno o verano, e íbamos al lavadero del barrio con un enorme cesto de ropa. Ese día lavábamos la de color, calcetines, camisas y pantalones azules de mecánico. La ropa blanca la dejábamos toda la noche en la colada

para aclararla al día siguiente. Cuando no podíamos arrastrar el cesto de tan pesado que era, dábamos veinticinco céntimos al hombre del lavadero para que nos lo subiera al terrado. Luego lo tendíamos todo. Bajaba corriendo las escaleras, almorzaba alguna cosa, me aseaba y me iba al trabajo. Seguía aprendiendo el oficio de sastra en casa del señor Bernet que se preocupó de enseñarme bien. Aprendí a hacer los bolsillos interiores de la americana que llamábamos «*els sarrons*». En unos retales me enseñó a hacer ojales. Total que ya podía aspirar a ganar algún dinero. Lo habría ganado en aquella casa. Pero me fui de ella guardando, a pesar de todo, un agradecimiento al señor Bernet.

¿Por qué me fui?

Este señor era hijo de Cassà de la Selva, joven bien parecido y un buen sastre. Cuando tuvo confianza conmigo me dijo que debía hacerle la cama cada día. Era soltero y vivía solo en el piso. Empecé a ocuparme de arreglarle un poco la habitación y, llevada de mi afición a la lectura, a curiosear libros y papeles, así descubrí un libro con hombres y mujeres desnudos haciendo el amor en todas sus variedades. El libro estaba impreso en colores y los sexos bien marcados de rojo y el pubis de negro. Quedé sorprendida y conturbada. Cada vez que tenía ocasión miraba el libro y volvía a dejarlo como lo había encontrando. Un día vino a trabajar como oficiala una joven muy bonita, alta, fina, morena, vestida con el hábito gris de la Virgen de los Dolores. Correa a la cintura y escudo plateado con las espadas de los siete dolores atravesando un corazón. Se llamaba Mercedes. No era buena obrera, pero el señor Bernet no la despidió. Pasaron unas semanas, Mercedes dejó el severo hábito en su casa y venía vestida con una falda estrechísima negra y una blusita de colores muy vistosos. También llevaba rimel en los ojos y los labios bien pintados. Como no se quitaba la falda para trabajar, al cruzar las piernas para coser, nos enseñaba a todos y en particular al dueño sus bien modeladas largas piernas y sus muslos morenos.

Un día, al ir a hacer la cama del dueño, vi salir precipitadamente de la habitación al señor Bernet despeinado y a Mercedes toda azorada, tratando de bajarse su estrecha falda procurando quitarle las arrugas que al subírsela se habían producido. Me quedé asombrada, no sorprendida. Los sorprendidos fueron ellos. Esta sutilidad de juicio se la debo a la anécdota del sabio Littré. Un día que este se

hallaba acostado con la criada de la casa, la esposa abrió la puerta de la habitación exclamando: «¡Oh, qué sorpresa!»; y Littré respondió: «No señora usted está asombrada. Yo soy el sorprendido».

Quedé asombrada y confusa. Miraba insistentemente el libro escondido de las imágenes eróticas. No es que fuese una adolescente ingenua. Ya he dicho antes que los niños de los pueblos rurales saben desde los ocho o nueve años casi todo sobre la sexualidad, pero todo de una manera algo confusa. Sin poder hacer muchas precisiones.

Después de Mercedes, que según rumores había quedado embarazada, llegó otra oficiala muy guapa, una joven rubia de estatura regular. Blanca de cutis y regordeta. Recuerdo que cosiendo nos cantaba *Lucía de Lammermoor*. Esto lo supimos más tarde, ya que ninguno de nosotros conocía esa ópera. Un día nos contó que ella se destinaba al teatro. A mí me extrañó mucho pues tenía una voz de un timbre desagradable. Entonces pensé que tal vez podía ser artista porque era hermosa, tenía mucha voluntad y con el estudio de la interpretación musical podría llegar a algo. A esta futura artista la encontré también en la habitación del sastre.

Algo aterrada de lo que pasaba en aquel taller, fui a confesarme a Santa María del Mar. Le conté al confesor lo que había visto en el taller, sin olvidar lo del libro escondido. Lo de Mercedes y la cantante, me dijo que no lo contara a nadie. Que no debía hacer juicios temerarios sobre el honor de una joven que había llevado el hábito de la Virgen de los Dolores. Sobre el libro me preguntó «si había hecho acciones deshonestas conmigo misma». Éstas fueron exactamente sus palabras que me quedaron gravadas en la memoria y pusieron la primera duda en mi espíritu sobre mi fe religiosa. Tenía entonces trece años, pero, pese a la dura vida que llevaba, mi desarrollo físico había sido rápido y prematuro. Era alta para mi edad pero no crecí más y quedé pequeña. Hubiese sido algo agraciada de no alterar mi silueta una pierna y un pie deformados. A pesar de mi ligera cojera ya me decían bonita y otras cosas los piropeadores callejeros. El ambiente algo galante del taller nos hacía parodiar cosas de las que hacía el dueño. Un medio oficial se atrevió a acompañarme a mi casa. Y mi madre, que salía a comprar no sé qué, me vio y me dio un buen responso, le dijo cuatro frescas a mi adorador en ciernes y ya no volví más al taller del señor Bernet.

Entre los continuos y pesados trabajos caseros, continué mi vía crucis del aprendizaje del oficio. Ningún patrón tenía la generosidad y la paciencia de enseñar el oficio. Había tenido la suerte de que el Don Juan de las Mercedes y de las cantantes, conmovido por mi situación familiar, se tomara la paciencia de enseñarme algo, así pude, al salir del taller, ir a otro diciendo que era medio oficiala. De esa manera me daban a hacer trabajos de cierta categoría. Generalmente los primeros los hacía bastante deficientes, pero si el patrono era algo comprensivo ante mi buena voluntad y me guardaba unas semanas más, era yo la que salía victoriosa.

Creo que en aquellos tiempos no habían escuelas de aprendizaje ni organismos del Estado que protegieron u orientaran a los adolescentes que tuvieran que salir de sus hogares para ganarse el sustento. Recuerdo que esto no sucedía solamente en el oficio del vestir. En las Ramblas barcelonesas, en el llano de la Boqueria existía el *pla de l'ós*. Allí había siempre muchos hombres vestidos con una blusa blanca o gris, llevando bajo el brazo una brocha de pintor atada a un palo largo, que esperaban a que vinieran a contratarlos para algún trabajo eventual.

Mi sistema de encontrar trabajo, como el de casi todos, era leer los anuncios de *El Diluvio*, periódico republicano, y presentarme en el domicilio del demandante. Trabajé en muchos talleres. En uno de ellos, una sastrería lujosísima que estaba en un piso de la plaza de Cataluña, me presenté diciendo saber hacer toda clase de mangas. Me preguntaron: «¿De abrigo y con cargas?» Sí, sí, contesté. Bueno, empiece ya, y me dieron a hacer las mangas de un abrigo que nunca las había hecho. Al mediodía me despidieron. Si hubieran sido pacientes, las de la tarde habrían salido bien. Salí de allí, pero ya había aprendido otro trabajo. Así, a golpetazos de penas y humillaciones, las adolescentes de los años anteriores a la guerra de 1914-18 aprendíamos a ganarnos la vida honrando la máxima de «Ganarás el pan con el sudor de tu frente». ¿Cómo no habían de tener arraigo las ideas de justicia a aplicar en la clase trabajadora? Ya llegaba yo a percibir los ecos de la existencia de unos sindicatos formados por hombres dedicados a mejorar la condición obrera. En *El Diluvio* no leía solamente los anuncios de las demandas de sastras.

Una vez pedía medio oficialas un sastre de la calle del Carmen. Fui allí y, en la puerta de la escalera, cuando yo llegué encontré que había esperando otra joven a la que pregunté: «¿Es Vd. medio oficiala?». «Sí, sí», me contestó. Entonces le dije: «Me marchó, no vale la pena que espere, Vd. ha llegado antes». «Fíjese —me contestó la joven— que el sastre pide en plural». Subimos las dos al piso. El hombre sólo quería una obrera. «Entre Vd.», le dije yo a la joven, etc. Pero el dueño acabó diciendo que nos quedáramos las dos. Así lo hicimos. Del oficio sabíamos casi, casi, las dos lo mismo. Al poco tiempo nos hicimos muy amigas. Unos años más tarde pertenecemos las dos a la Confederación Nacional del Trabajo. Las dos nos unimos con militantes de esa organización.

De esa época guardo un recuerdo. Ah, qué bien conocía el alma humana nuestro poeta Campoamor... «Recuerdo que hoy hace un año que me llamaron hermosa». Un día íbamos paseando y charlando Conchita (así se llamaba mi amiga) y yo. La conversación versaba sobre la emancipación de la mujer. Yo decía que ninguna libertad debía disminuir nuestra feminidad. Un joven, que venía descortésmente escuchando nuestra conversación, se adelantó a nuestro paso y dirigiéndose a mí me dijo: «Señorita, tiene Vd. mucho talento». Le sonreí agradecida y lo he recordado siempre.

Ahora que escribo las frases halagadoras que nos producen un calor agradable en nuestro fuero interno, añadiré otras que resultaron cómicas y sabrosas. Cierta vez la señora Lola, viviendo ya en la calle Rossic, me disfrazó de Manola durante una fiesta de carnaval. Me puso una soberbia falda de seda azul con mucho vuelo. Un corpiño muy ajustado al cuerpo y por encima de todo ello un mantón de Manila blanco con flores bordadas en colores rojos, verdes, rosa y amarillos. En la cabeza, una mantilla blanca de blonda realzada por una gran peineta de concha. Así ataviada estaba completamente transfigurada, y para que el conjunto no desentonara me puse unos zapatos de medio tacón, prestados no recuerdo por quien. El señor Ponsetí se encargó de llevarme al Paseo de Gracia, por las Ramblas y, para el regreso, por la calle Fernando. Andando por las Ramblas ya había notado que un joven nos seguía. Al llegar a la citada calle me volví con disimulo y, en efecto, el joven me seguía haciéndome un gesto con la mirada. Esto duró hasta nuestra casa. Al llegar miré

por el balcón hacia la calle y él estaba allí. Esperó mucho rato y al final se marchó. A la mañana siguiente salí para ir al trabajo vestida pobremente, calzada con mis zapatos deformes. El joven del día anterior estaba esperándome. Me miró con cara de asombro, dio media vuelta sin decirme ni una palabra y se marchó, con paso rápido. Desencanto para él y dolor de humillación para mí.

Haciendo referencia a los disfraces de carnaval, recuerdo los Cosos Blancos del Paseo de Gracia. Éstos consistían en un desfile de carrozas adornadas todas de blanco, representando temas alegóricos de actualidad. Otras veces eran los desfiles de la Rúa. Hombres y mujeres disfrazados. Flores, montañas de confeti, podía coger flores y algunos rollitos de serpentinas de coloridos que me llenaban de ilusión. El Paseo de Gracia estaba cubierto por una espesa alfombra de confetis que me divertía arrastrando con los pies. Las gentes se distraían así. Yo era aún muy niña para discernir otra cosa que el gozo de vivir entre aquellas multitudes.

Volviendo a mi amiga Conchita. Era una joven más bien alta, delgada, de cara alargada, ojos grandes negros de mirada lánguida y húmeda. Rostro interesante aunque no bonito. Tenía una voz agradable, pastosa y cálida. Hablaba un lenguaje pulcro, algo redicha, usando casi siempre expresiones no correctas, rebuscadas. Era romántica, amante de la música, de la poesía, pero todo ello expresado de cierta forma enfática, poco natural, que le quitaba encanto a su persona.

Conchita se unió a Vivancos, un compañero de la Confederación Nacional del Trabajo, afiliado al sindicato de la construcción de Barcelona.

Tras una existencia dura y azarosa propia de las dificultades de una época convulsa, llena de huelgas, plantas y persecuciones, su vida fue marcada por la peor de las tragedias que puedan sucederle a una madre. La pérdida de sus dos entrañables hijos, Eliseo de siete años y, mucho más tarde, cuando Conchita y Vivancos eran viejos, su hija Fenicia de unos veinticinco años.

Un día, encontrándose ella en la cocina de su casa, oyó un alboroto muy grande que se producía en la calle, salió precipitadamente de la cocina, buscó inútilmente a su hijo por toda la casa e intuendo lo peor, con el rostro desencajado, se lanzó escaleras abajo

hacia la calle, apartando bruscamente a los transeúntes que hacían un círculo, se abrazó a su hijo que yacía inerte, aplastado en la acera de la calle, a la que había caído al asomarse a una de las ventanas del séptimo piso donde vivían.

Mucho más tarde en París, su hija Fenicia se enamoró apasionadamente de un desalmado que se hacía llamar Fontenís. Después de varios años de convivencia, el tal Fontenís la abandonó diciéndole que todo había sido un amor circunstancial y pasajero. Fenicia murió del disgusto al poco tiempo de la separación. En esta época tan materialista se sigue muriendo por amor aunque casos como el que explico pasen silenciados, inadvertidos. Rindo tributo a la memoria de la familia Vivancos que, inmerecidamente, sufrió tanto.

Extractos (1984-1986)

[...] Soñando, mi corazón comenzó a latir aceleradamente, me acerqué a ti y temía tocarte por si eras una sombra, pero al fin te toqué y eras tú de verdad, con tu cuerpo sólido que pude abrazar y tocar con vehemencia, tu cuerpo de carne y hueso, firme y sólido. La violencia de sensación de realidad me hizo despertar dolorida y con una congoja terrible. Y ese sueño no lo puedo olvidar. Para ir dominando mi pena, pienso escribir algo sobre tu vida. Vida que desconocen incluso los amigos. ¿Podré hacerlo? Voy a intentarlo. Ello me motivará para seguir viviendo en tu recuerdo. Te has llevado contigo, parte de mi misma, pero la parte que me queda con vida será solamente para recordarte. ¿Quién te recordará con tanto amor como yo? Nadie. Los hijos te recordarán y algunos, pocos, amigos que han caminado contigo unidos por un pensamiento común. Ni yo misma me he dado cuenta de lo que te quería. Lo he valorado después de tu desaparición.

A las puertas de la Editorial de la Escuela Moderna vimos como unos camiones estaban cargando libros. La editorial había sido liquidada y sus fondos adquiridos por la casa Editorial Maucci, terminándose así la más original aventura pedagógica y editorial de nuestro siglo de la que fue protagonista una personalidad fuera de lo común, Francisco Ferrer Guardia. Por los sedimentos intolerantes que dejó

en España el clero y la reacción no se le ha rendido el homenaje de reconocimiento que merecía Ferrer, por su obra y la magnitud de su sacrificio. Ni siquiera creo que han sido publicados en España dos libros admirables que ha dejado escritos su hija Sol Ferrer a su memoria: *La vida y la obra de F. Ferrer* (Librería Feschacher, 1962); y *El verdadero F. Ferrer* (Las dos Sirenas, París, 1947). El gran humanista que fue Albert Camus dice en el prólogo de la obra: «F. Ferrer pensaba que nadie es malvado voluntariamente y que todo el mal que existe en el mundo es causa de la ignorancia criminal perpetuada todavía a través de nuevas y culpables inquisiciones. No obstante, frente a ellas, algunas víctimas como Ferrer vivirán eternamente».

A pesar de que su obra principal fueron las Escuelas Modernas a través de toda España y varias partes del mundo, la Editorial de la Escuela Moderna publicó nada menos que un centenar de obras, dos boletines y un semanario, *La Huelga General*. Los autores de los libros de texto eran de los más esclarecidos científicos de Europa y de España. También Ferrer extendió su obra fuera de España, puesto que existieron las revistas *La Escuela Laica* en Roma y *L'École Renouée* en París. También sucursales en el Canadá y Argentina.

Traté y conviví en Barcelona con viejos militantes, muchos de ellos alrededor del grupo Tierra y Libertad que publicaban el semanario y editorial del mismo nombre: el ponderado, culto e inteligente Antonio García Birlán (*Dionysios*), fallecido en Barcelona a los 92 años el 19 de julio de 1984*. Tomás Herreros, director de la publicación; Juan Usón (*Juanonus*), los principales redactores del semanario. También conocí a la magnífica familia de Libertad Ródenas. Ella, una activa militante y exquisita oradora. Libertad se unió con el excelente escritor José Viadiu. También conocí a Abelardo Saavedra, familia toda ella, hijos y nietos, anarquistas. Las mujeres de esa familia eran todas hermosísimas. Traté igualmente al anarquista Cardenal, que se retiró y tuvo una tienda de cuadros en la calle del Carmen; y docenas y docenas de buenos militantes. El más íntimo y fraternal de todos, que habría de influir mucho en mi vida, hasta que marchó a América, fue el catalán Manuel Molet, educado,

* En realidad Antonio García Birlán falleció en Barcelona el 20 de junio de 1984.

culto, siempre optimista y audaz, mi mayor amigo y maestro. Tenía una sólida formación libertaria y poseía una de las bibliotecas más completas que había visto hasta entonces y me ayudó a construir la mía. Fue uno de esos seres extraordinarios, verdaderos valores casi anónimos que han nutrido las filas de la CNT y del anarquismo. Nos unió una amistad sincera y fraternal que conservamos hasta su muerte ocurrida en Chile hacia 1975.

Así nos familiarizamos con los maestros de la literatura de España y del extranjero: los franceses Romain Rolland, con su maravilloso *Juan Cristóbal*, *El alma encantada*, Gustavo Flaubert, Stendhal, Voltaire, Balzac, A. France, Zola, Victor Hugo, Octavio Mirbeau, etc., etc. Leí a los rusos, Andreiev, Chejov, Tolstoy, Korolenko, Gogol, Ivan Bunin, Turgueniev y, sobre todo, al genial universal Dostoievski. Otros, como el italiano Giovanni Papini, el rumano Panait Istrati, el noruego Enrique Ibsen, el austriaco Estefan Zweig. Estábamos al corriente de la literatura española moderna: desde Benito P. Galdós a Pio Baroja, pasando por Valle Inclán, Unamuno, Pérez de Ayala, Ortega. Los poetas, el primero de todos Antonio Machado, Villaespesa, Rubén Darío, José M. Bartrina, Santos Chocano y hasta Emilio Carrere; el Carrere de *Oración a la Bobemia* y *El Rey Cretino*, no el Carrere de sus últimos años vencido y mercenario del franquismo.

[...] Estábamos en los últimos trallazos del terrorismo. De Badalona vinieron a buscar refugio a mi casa en la calle de Rossic, muy cerca de Santa María del Mar. En esta calle nació y vivió el tenor Emilio Vendrell. En esta vieja calle vivíamos en un piso muy espacioso, ya que en tiempos pasados había sido un convento. En momentos de persecución se habían refugiado en casa varios compañeros de Badalona. Entre los que recuerdo estaban Caballé, Juan Manent, Basterra, Sebastián Canals, herido por los pistoleros de la Patronal en la plaza Real hacia 1920 o 1921.

[...] A finales del año 1922, Juanel era ya un compañero muy conocido y querido en los medios anarcosindicalistas barceloneses y fue nombrado miembro del Comité Nacional de la CNT y secretario de una Comisión de Relaciones Anarquistas, que a través del tiempo y con diversas alternativas, debía culminar con la constitución en Valencia en el año 1927 de la Federación Anarquista Ibérica. En 1922, la CNT había dejado atrás una estela de actuaciones heroi-

cas y terribles. En 1909 La Semana Trágica con el fusilamiento de Ferrer. La conmovión de 1917. En 1918, la excursión nacional de propaganda de los ideales de la CNT por toda España. En 1919 los primeros caídos, Pablo Sabater, El Tero y José Castillo; después, los 104 muertos que siguieron, entre ellos Layret y Boal y los más de 35 heridos, todos víctimas del terrorismo de Anido-Arlegui. Las deportaciones de La Mola (Mahón). Las conducciones por carretera de los presos políticos que eran trasladados a las prisiones provinciales. En 1921 con el atentado contra Eduardo Dato. Y en 1923 con el asesinato de Salvador Seguí, que Juanel conoció y trató. Y también la del gobernador Regueral y el cardenal Soldevila. Todo este tumulto de hechos se desarrolla entre nuestra juventud plena de ilusiones revolucionarias, en medio de la tragedia de la muerte de Faustino Vidal, el padre de mi Aurora, y la ya profunda pasión amorosa que me había inspirado Juanel.

[...] En los primeros días del mes de septiembre (1922) ya supimos la tragedia; el asesinato del compañero Claramonte y de nuestro querido amigo Amalio Cerdeño. A éste, la policía fue a detenerle a su domicilio en la calle Serra Xich, una callejuela detrás de la plaza Sant Agustí Vell. Delante de su compañera lo esposaron y se lo llevaron. No anduvieron mucho, al pasar por la calle de La Espadería, Amalio Cerdeño fue abatido a tiros por la policía que lo conducía. Pero Cerdeño no murió en el acto y moribundo tuvo la valentía de declarar ante un juez lo ocurrido: la aplicación de ley de fugas. Se informó al ministro de Gobernación Sánchez Guerra, y este digno funcionario destituyó fulminantemente al asesino Martínez Anido. Ninguno del grupo Germen durmió aquella noche. Juanel, consternado por lo sucedido, fue a casa de Cerdeño a dar ánimos a su desconsolada compañera. ¡Qué osadía la de ir a aquellas horas a ese domicilio que podría estar vigilado por la policía!

[...] Ahora sí, estamos en 1924. Murió consumido por una tuberculosis de garganta mi compañero Faustino Vidal. Yo, a los pocos meses, me uní con Juanel y nos trasladamos a vivir a Granollers. Vivimos unos meses de miseria y de trabajo hasta llegar al 23 de octubre de 1924, fecha de la tragedia del intento de asalto al cuartel de Atarazanas. Juanel había ido cuatro días antes a una reunión tenida en Barcelona. El día antes del proyectado asalto, Juanel reci-

bió un comunicado de Juan Montejo diciéndole que se había malogrado el asunto y que no se desplazase a la citada ciudad. «Ya te explicaré dentro de dos días lo que ha ocurrido», decía el comunicado. El día 8 de noviembre de 1924, a primeras horas de la mañana *La Vanguardia* llegaba a Granollers con la terrible noticia. Montejo y Llàcer habían sido detenidos y puestos a disposición de la justicia militar acusados de la muerte de un policía. Llàcer y Montejo habían ya sido informados del fracaso del intento revolucionario por los hechos ocurridos en Vera del Bidasoa que costaron la vida a Enrique Gil, Santillana y Pablo Martín, que se suicidó tirándose por una ventana de la cárcel. J. Montejo y J. Llàcer se acercaron al cuartel de Atarazanas para ver si se notaba alguna agitación inusitada. No notaron nada anormal y se alejaron; pero fueron observados por una pareja de la secreta que los siguieron y ocurrió el drama que ya ha sido relatado muchas veces.

[...] Pero no cesó la amenaza de Malillos, jefe de Policía de Barcelona, contra el fugitivo, Juanel. A mediados del mes de marzo de 1926, mi madre pasó a Francia con el tren, y yo pasé a pie la frontera por Puigcerdà, llevando de la mano a mi nena Aurora de tres años no cumplidos y en brazos a mi pequeño Helenio de dos meses y medio.

Fue el final de unos breves años vividos con una intensidad vertiginosa. Ilusiones de ideales de libertad y fraternidad, actividades en los grupos libertarios y en la CNT. Atender en sus necesidades a los presos de la localidad y fuera de ella, cuando éstos eran conducidos, trasladados a pie por las carreteras, apuros económicos y trabajo. Porque nosotros éramos auténticos trabajadores cuando los patronos tenían a bien el darnos trabajo y estábamos siempre en contacto con los obreros de los sindicatos, para ayudarles en sus luchas reivindicativas. En ninguna manera se nos podía acusar de activistas asalariados. Nunca Juanel, ni los otros compañeros, recibieron dinero alguno de la organización y sí muchos sinsabores y fatigas. ¡Qué diferencia tan enorme entre nosotros, que nos acusaban de ser pistoleros y terroristas, con la actual red de terroristas que cubre nuestro mundo en 1985! Los actuales, manejan millones, tienen sus campos de instrucción con un profesorado idóneo. Raramente, por no decir ninguno, sabe lo que es el trabajo en un taller o una fábrica, ni lo que es un jornal raquíptico, ni la disciplina obliga-

da de un horario fijo. Nuestros «terroristas», cuando tenían ansia de procurarse medios de ataque, para ir preparando la revolución, eran autodidactas que estudiaban en pobres libros a su alcance. Así, perdieron la vida tantos compañeros y otros quedaron mutilados para siempre. Entre los muertos recuerdo al apellidado Gasclá, que le estalló la bomba cuando iba montado en una bicicleta en una calle cercana a la comisaría de Policía de la plaza Palacio. Otra muerte fue la de R. Benavente, en la explosión ocurrida en el piso de la calle Toledo. Aquí, Juan Bautista Acher, el dibujante y poeta, quedó con la mano inútil al estallarle el artefacto que manipulaba. Otro muerto fue el compañero *Braulio*, o sea Balgiri Prieto Robles. Éste fue el que preparó la granada FAI. Cuando la fue a probar a Las Planas, le estalló en la mano y lo destrozó. Éste, de oficio metalúrgico, y R. Benavente, modista. Todos auténticos trabajadores.

[...] La CNT y los grupos anarquistas quizás fueron demasiado generosos. Tal vez algo inconsiderados al lanzar a tantos hombres al sacrificio: 108 muertos y más de 34 heridos, que alguno murió después de un tiempo a consecuencia de las heridas. Éste fue el balance de aquellos años de luchas sangrientas entre los elementos del sindicato mal llamado «Libre» y las autoridades a su servicio, como Malillos, Anido y Arlegui. Después del último asesinato por la «ley de fugas» hay que contar con los ajusticiados por los hechos de Vera de Bidasoa y Atarazanas que fueron cinco más a añadir a la lista de los sacrificados en la guerra social. Ésta también se cobró las vidas de Bravo Portillo, el conde de Salvatierra, Regueral, Dato y el cardenal Soldevila.

Francia

En Saix, departamento del Tarn, mi hijo Helenio cumplió tres meses. El 12 de junio de 1926 ya residíamos en St. Alby y, el 19 de noviembre, en Drancy (París). Juanel, en este mismo año, militando muy intensamente en el movimiento anarquista fue nombrado Secretario de la Federación de Grupos Anarquistas de Lengua Española en Francia. A los pocos meses, Juanel fue detenido y encarcelado en la prisión de La Santé. Al mes fue excarcelado y expulsado de

Francia. Al no presentarse en la Gendarmería, el día señalado para la expulsión fue de nuevo detenido y conducido a la terrible prisión de Fresnes (no exagero al calificar de terrible esa prisión; Francia, hasta después de la guerra —1939-44— no modificó y humanizó sus prisiones). En Fresnes, Juanel estuvo detenido dos meses y, al salir liberado, fue conducido por los gendarmes franceses a la frontera belga. Nuevamente quedamos separados. Yo en París, con mi madre y mis dos hijos, Juanel en Bruselas buscando trabajo.

Toda nuestra vida ha sido el imposible afán de armonizar la lucha con un cierto orden en nuestra vida familiar. En Barcelona ya dejamos truncado ese proyecto. Nuestro porvenir económico se ensombreció para siempre. Entonces, en París, a primeros del año 1928, hartos de sufrir habitando los cinco de la familia en una *chambre* de hotel, Juanel, en unión de Agustín García, que más tarde murió en un campo de castigo en el Sahara, lograron construir dentro de un lote de terreno dos casitas, una para cada familia y hasta teníamos el goce de poseer un diminuto jardín. Allí en Drancy, Rue Gabrielle, quedó abandonada para siempre nuestra querida casita y su jardín. Una fatiga más a añadir ya al largo rosario de ellas, y nos encontramos de nuevo reunida la familia en Zuen, pueblecito que un pequeño tren unía a Bruselas, y a recomenzar nuestra vida de trabajo. Juanel se colocó de albañil para construir puentes de ladrillo en la compañía de Ferrocarriles Ostende-Bruselas, y yo a mis eternos pantalones.

[...] Juanel, además de trabajar se relacionó enseguida con los expulsados que se reunían en la Casa del Pueblo en Bruselas. Allí nos encontramos con compañeros italianos que habían huido de la Italia de Mussolini; con rusos libertarios, el más conocido y apreciado era Nicolás Lazerevich, militante muy activo capacitado y buen polemista. Con los compañeros vascos Erguido y el pintor Pedro Campón Polo; con el madrileño *Fotingo* —no recuerdo su nombre—, con Buenaventura Durruti, Francisco Ascaso, Liberto Callejas, Emilian Morín y otros muchos que siento no recordar sus nombres. Juanel colaboró en la publicación *La Voz Libertaria* que se publicó en Bélgica; también en *Acción Social Obrera* de Sant Feliu de Guíxols; en *Cultura Obrera* de Palma de Mallorca; en *Tierra y Libertad* de Barcelona, que en aquellos años pudo reanudar su publicación

con la dirección del escritor Felipe Aláiz. Juanel asistía a todas las reuniones, manifestaciones o actividades para estrechar las relaciones con el movimiento libertario que luchaba dentro de España contra la dictadura de Primo de Rivera.

[...] Después de nuestra reincorporación a España, llegamos al año 1931 de grandes acontecimientos. El primero, la Sublevación de Jaca, seguida del fusilamiento del capitán Fermín Galán y el teniente García Hernández. Esta sublevación ocurrió el 13 de diciembre, y en ella estaban también implicados algunos anarquistas. Las conspiraciones estaban a la orden del día y la CNT participaba en ellas. Al poco de llegar a Barcelona, Juanel fue nombrado Secretario del Comité peninsular de la FAI, cargo que desempeñó hasta 1935, a excepción del año 1932 que lo pasó en las cárceles de Barcelona y de Murcia. Volviendo al 14 de abril de 1931, triunfo de la República. Alegría de España. Las multitudes en la calle. Las puertas de los presidios se abrieron de par en par. «¡Viva la República!» era el grito sonoro y cálido de los españoles. En mayo, es decir el primer 1.º de Mayo de la república llegó y fue un día de difícil olvido. La FAI y la CNT celebraron un mitin en la hermosa y monumental nave del palacio de Bellas Artes. No había ni un claro. La multitud permanecía de pie apiñada, cuerpo contra cuerpo escuchando con entusiasmo a los oradores. Los organizadores del acto, entre ellos Juanel, ante esta avalancha humana decidieron doblar los oradores, unos hablaban dentro del palacio y otros se trasladaron a la calle. Después se organizó la manifestación más imponente que yo he presenciado en mi vida. Al frente de ella iba un camión lleno de compañeros y compañeras, entre ellos Durruti, que ondeaban enormes banderas rojinegras. Al llegar la manifestación a las Ramblas, el camión entró en medio del paseo y la multitud lo siguió. Al llegar a la plaza San Jaime hubo un forcejeo para entrar en la Generalidad. Se cerraron los pontones y al poco tiempo un fuerte tiroteo ahuyentó a los manifestantes.

[...] Llegamos al 19 de julio. A las cuatro de la madrugada dejamos el local de Tierra y Libertad y nos fuimos a la calle. Al poco rato ya se oyeron las sirenas de alarma de las fábricas y las multitudes enardecidas asaltaron los comercios de armas, cuando las tropas fascistas ya salían de sus cuarteles. Panicello se fue por su lado; Juanel fue a reunirse con los jóvenes del grupo Germen. Yo me fui al local

del sindicato del Transporte Marítimo, situado en las Ramblas, cerca del teatro Principal. A las nueve de la mañana, Juanel fue apresado por las tropas sublevadas en la plaza de la Universidad, junto con Ángel Pestaña y otros compañeros. Más tarde, Juanel y demás presos fueron liberados por la Guardia Civil y el pueblo. Al lado de Juanel cayó muerto Plácido López (*Platanero*), del grupo Germen, y en la calle Robador, en otro tiroteo, quedó sin vida Obregón, secretario de la FAI de Barcelona. Juanel, al ser liberado, siguió la lucha en el Paralelo, y a las dos de la mañana regresó a *Tierra y Libertad*. Modesto Cubas y otros compañeros, que siento no recordar sus nombres, subieron a un camión e instalaron una ametralladora en su parte trasera y haciendo marcha atrás rociaron con la ametralladora el sitio más vulnerable del cuartel de Atarazanas, propiciando la rendición incondicional de los militares sublevados. Unos momentos antes había caído el querido y gran compañero Francisco Ascaso, en cuya sangre aún fresca yo empapé un número de *Tierra y Libertad* que conservamos en casa durante varios meses. Después del triunfo, Juanel formó parte con Manuel Villar del Comité de Abastecimientos. Tras ejercer ese trabajo fue nombrado por el Gobierno de la Generalidad, y el visto bueno de todas las organizaciones anarquistas, Subsecretario de Defensa de Cataluña, cargo que desempeñó hasta los hechos de mayo de 1937 en el que, por orden del Presidente Luis Companys y con la aprobación escrita de todos los comités de la CNT y de la FAI, Juventudes Libertarias, etc., hizo entrega del mando militar de Cataluña al general Pozas, flanqueado de su Estado Mayor comunista.

En 1938 fue nombrado oficialmente Comisario del Tribunal Militar del Ejército del Este. Cargo que rechazó de plano. Hasta el final de la guerra desempeñó los cargos de Comisario del XI y X Cuerpos de Ejército.

[...] Al llegar a Francia, el 10 de febrero de 1939, Juanel puso un telegrama a Marianet, Secretario de la CNT, y otro al Presidente de la República, solicitándoles su traslado a la Zona Centro-Sur de España, solicitud que le fue denegada. A las pocas semanas fue nombrado por el Secretario del Movimiento Libertario en Francia, delegado para los Asuntos de España, en relación con la actuación clandestina de la CNT, cuya gestión permitió salvar y pasar a Francia

gran cantidad de militantes. Entre 1940 y 1943, siempre a la cabeza de los medios españoles de la CNT y con la Resistencia francesa, fue detenido cuatro veces. A mediados de 1943, asistió al primer Pleno clandestino de la CNT en Francia, en el cual se creó la Organización. Al mes siguiente, en el segundo Pleno, fue nombrado Secretario General de la CNT y del Movimiento Libertario en Francia. Durante su gestión se celebraron ocho Plenos nacionales y se organizaron todos los militantes en doce regionales. En 1944, a la liberación de Francia, en el primer Pleno nacional de la CNT-Movimiento Libertario en Francia, de nuevo fue nombrado Secretario General de la CNT-ML, hasta el Congreso de París de mayo de 1945 en el que presentó su dimisión irrevocable. En este mismo año se produjo la escisión de la CNT y Juanel quedó afecto al Subcomité Delegado de la CNT de España.

ANTOLOGÍA

**CRÍTICA Y PENSAMIENTO
RUMBO A LA REVOLUCIÓN**

Heroínas

¡Salud, valerosas compañeras, primeras heroínas de la gran revolución española! ¡Salud, mujeres sublimes que gallardamente y valerosamente habéis sabido ofrendar la libertad unas y la vida, otras, a la gran idea, la madre Anarquía!

Yo te admiro y te amo compañera de Casas Viejas. Tu recuerdo vivirá imperecedero en la mente de todos los anarquistas, tu bello y valeroso gesto será un incentivo y nos servirá de ariete para destruir la cobardía que amordaza el ánimo a las que no supimos seguirte en idéntica lucha.

¡Compañera heroica! ¡Brava campesina! Yo te ofrezco en estas modestas líneas todo mi amor de madre y todo mi fervor y entusiasmo de anarquista.

Moriste como una espartana. La humildísima choza destruida por el incendio de los Sicarios fue tu baluarte de luchadora, el incendio que calcinó tus huesos y devoró tu generosa sangre servirá para iluminar la senda de la lucha y de la rebelión a los anarquistas.

¡Choza miserable de Casas Viejas! Moderna Belén, nueva cuna de redentores libertarios.

¡Jornada de Casas Viejas! Página sublime y trágica de la revolución ácrata escrita con sangre de luchadores firmes y valientes, yo os saludo con el corazón estremecido y desbordante de emoción.

Los primeros estallidos de la revolución han sido pletóricos en heroísmo y en generosidad, Sallent, Rinconada, Casas Viejas, Pedralba, ejemplos vivos de la grandiosidad y humanismo de nuestro ideario. En todos los pueblos donde ha ondeado el pabellón rojo y negro se han vivido más que momentos de violencia y de odio, momentos de confraternidad y de paz.

Los cantos gozosos y vibrantes de las compañeras de la Rinconada llenaban las calles de la aldea miserable, y escarnecida por todas las iniquidades de una alegría fecunda y esperanzadora de libertad y justicia. La mujer española, casi recién arrancada al ominoso poder del clericalismo, despierta altiva y consciente a la verdad.

Con un entusiasmo insospechado aparece en la escena de la revolución de una forma concreta, activa y rotunda, no como una comparsa sino como figura central y de gran relieve.

Podemos decir seguros y firmes que la revolución avanza, que es un hecho tangible, ya que la mujer se convierte en su más decidida defensora y luchadora.

El porvenir se presenta preñado de promesas alentadoras.

ESOS NIÑOS SON NUESTROS

Los niños huérfanos de Casas Viejas han sido llevados a Cádiz e ingresados en las escuelas municipales. Esos niños hijos de nuestros hermanos libertarios, víctimas sacrificadas por el furor asesino de unos bárbaros, han pasado, ¡oh, qué escarnio!, en poder de sus victimarios. No, la CNT no debe permitir que se nos arrebaten esos niños, ¡nuestros niños! Aunque lo ignoramos, nos suponemos que se le habrán puesto toda clase de trabas a la comisión que se dirigió a Casas Viejas, para auxiliar a nuestros compañeros o a sus familias.

No obstante, nuestro empeño no debe cesar hasta haber conseguido volver a nuestro seno a estos pequeños.

Hagámoslo por el prestigio de nuestras ideas y por la memoria de esos héroes campesinos caídos en defensa y por el amor a nuestra causa.

Seamos dignos de ellos, no consintiendo ver sus propios retoños bajo la tutela de un poder que los fusiló sin piedad alguna.

Tierra y Libertad, n.º 101, Barcelona, 3 de febrero de 1933.

Firmado: *Kyralina*.

La rebelión del *Zeven Provinciën*

Para apreciar con toda su amplitud el origen, las raíces, del hondo y trágico episodio de la sublevación del *De Zeven Provinciën*, es necesario hacer un poco de historia, de la explotación y tiranía tan inhumana que ejerce el Imperio Holandés sobre sus colonias de las Indias Orientales.

La Holanda que nos ocupa dista mucho de ser el país dulce y soñador de los poéticos molinos de viento y sus candidas mujeres, tocadas con los gorros de alas blancas semejantes a grandes y perfumadas magnolias.

Esta estampa convencional y de exportación queda ensombrecida por la verdadera, que deja pálida a la ya popular, por sus crueldades, del «Tío Sam».

Las Indias Orientales habitábalas en un lejano pasado un pueblo trabajador e inteligente, cuyo comercio, riqueza y desarrollo marítimo se hicieron famosos en Occidente.

Su flota considerable cruzaba la isla de Sonda, en la India y en la Malasia, y otros países asiáticos, enlazando las ricas plantaciones de Java con los metales preciosos de Sumatra.

La paz y la abundancia reinaban en todo el país, hasta el momento en que, después de una guerra, se introdujeron los holandeses en el Archipiélago.

En el 1602, la Compañía de las Islas Orientales, fundada para la explotación de esas colonias, empieza su tarea inicial prohibiendo toda actividad marítima a los indígenas y adjudicándose esta compañía el exclusivo monopolio de los transportes marítimos e ínterisleños. Si algún barco desobedecía estas órdenes, era inmediatamente incendiado.

Ya aniquilada por completo la flota indígena, los invasores se interesaron por la producción del interior.

Todos los cultivos fueron arrancados, obligando a los desgraciados indígenas a cultivar sólo aquellos productos que la compañía intrusa permitía, y que exclusivamente beneficiaban su interés comercial.

Finalmente, después de una época de infamia y corrupción, en la cual el hambre aniquiló a poblaciones enteras, la Compañía de las Indias Orientales, debido a sus enormes dispendios (gastos militares, gastos políticos para comprar a los jefes indígenas y de esa forma poder contar con gobiernos leales), se declaró en quiebra a fines del siglo XVIII.

Entonces, mediante el pago a la compañía de la cantidad de 134,7 millones de florines, fueron compradas las Islas Orientales por el Estado holandés.

El Estado se limitó a seguir el mismo sistema de explotación que su antecesora; no obstante, introdujo una nueva modalidad en la administración: envió a las islas unos emisarios con el fin de controlar la explotación.

Estos señores estaban provistos de un poder absoluto y se conducían con los indígenas como autócratas irresponsables. Si el enviado del gobierno lo creía necesario, hacía trasladar de localidad pueblos en masa, para acoplarlos al cultivo de otros terrenos.

El informe oficial cita infinidad de veces que las mujeres indígenas daban a luz en pleno trabajo. Es inútil el describir toda la crueldad y horror de esa época. Basta consignar que perecieron ciudades enteras y regiones que habían sido florecientes y ricas se trocaron en horribles cementerios.

La explotación de las islas le permitió a Holanda el desarrollo de una industria potente y la creación de una vasta red de caminos de hierro.

Ahora llegamos a un punto interesante: fue preciso que pisara esa tierra vejada y explotada un anarquista, para que se pusiera coto a los desmanes y a la ambición sin límites del capitalismo.

En 1860, se publicó en Ámsterdam un libro titulado *Max Havelar o las licitaciones de café de la Compañía Neerlandesa*, escrito por Eduardo Daues Decker, que lo firmó con el pseudónimo de *Multatuli*, palabra que en latín quiere decir «uno que ha sufrido mucho».

Este libro era una protesta contra la inhumana política colonial, y tuvo la virtud de interesar y emocionar a la opinión pública, que se levantó airada contra el gobierno en nombre del principio de libertad del trabajo.

El capitalismo aparentó conmovirse por este generoso movimiento y concedió a sus coloniales la libertad de trabajo. En realidad, los móviles que le indujeron a hacer esta concesión eran bien distintos.

Holanda estaba en pleno florecimiento y tenía necesidad de buscar más expansión para sus mercados y, al mismo tiempo, como le hacían falta esclavos para sus fábricas, se los procuró con el único medio que ha empleado siempre el capitalismo: la expropiación.

¿Cuál es la situación actual de las colonias holandesas? Deplorable. A la antigua explotación de tipo feudalista le ha sucedido la moderna, a base de salario, ambas igualmente injustas.

Hoy los indígenas ganan 4,50 francos los hombres, y 3,50 las mujeres, y además, el Estado, oficialmente, las obliga a servir de prostitutas después de cumplir su jornada legal de trabajo, ya que los machos son 10 veces más numerosos que las hembras.

De 100 hombres, 7 saben leer y escribir, y no hay UNA mujer entre 200, que no sea analfabeta.

Los impuestos cobrados a los neerlandeses han pasado de 86.900.000, en 1919, a la elevada cifra de 173.400.000 florines en 1924.

La mortalidad oscila entre un 50 por mil.

Esta es la verdadera situación de los neerlandeses, agravada ahora por la crisis económica que mina todos los Estados y que Holanda intenta evitar en lo posible estrujando y rebajando los salarios de sus obreros y de sus funcionarios coloniales.

Pero la socialdemocracia, con su política acomodaticia y soporífera, no ha podido evitar que el pueblo oprimido levante bandera de insurgencia.

Con motivo de las continuas disminuciones de salarios existía gran malestar entre la marina holandesa. El 31 de enero, 40 marinos se niegan a hacer su servicio. Estos son en su mayoría europeos. El 3 de febrero son detenidos 425 marinos por idéntica causa. Estas detenciones arbitrarias junto con la disminución de salarios fueron el móvil de la sublevación del navío de guerra *De Zeven Provinciën*. La tripulación, compuesta de 44 marinos europeos y 187 indígenas, apresó a los 16 oficiales que había a bordo y se hizo a la mar, huyendo del puerto de Oleh Leh, del norte de la isla de Sumatra.

Hasta el día 10 navegaron felices aspirando la brisa vivificadora de la libertad. Entonces lanzaron un radio notificando a las autoridades la causa de su protesta, añadiendo que no habían hecho violencia alguna contra los oficiales del navío y que si el Gobierno les garantizaba su libertad estaban dispuestos a entregarse en el puerto de Sourabaya, hacia el cual se dirigían.

A esta actitud tan digna el Gobierno contestó con el envío de 5 navíos de guerra y 8 aviones militares con órdenes severísimas de no parlamentar con los rebeldes y atacarles duramente a muerte.

La escuadrilla gubernamental cumplió admirablemente la orden. La primera bomba que estalló en el *De Zeven Provincien* causó 18 heridos y 25 muertos, en su totalidad muchachos de dieciocho a veinticinco años.

Ahogado en sangre ha finalizado el bello gesto insurgente del bravo navío holandés. Un jalón más en la historia brillante y heroica de los trabajadores y una ignominia y un baldón más en la sombría y sangrante historia del Capitalismo infame.

Suplemento de *Tierra y Libertad*, marzo de 1933. Firmado: *Kyralina*.

La cárcel de mujeres (mayo 1933)

El domingo al visitar a nuestros hermanos alojados en la fortaleza de la Modelo, nos comunicaron que habían detenido a cuatro compañeras. Prometimos visitarlas y el miércoles cumplimos la promesa.

[...] La Ronda de San Pablo, una de las vías más populares de la ciudad condal, se ve deformada por un viejo y enorme caserón que avanzando hacia la calle parece querer amilanar con su fealdad a la inquieta juventud femenina barcelonesa. Este edificio tan antipático es la cárcel de mujeres donde, de forma arbitraria, han sido encerradas nuestras jóvenes camaradas.

Son las diez de la mañana. Un nutrido grupo de compañeros y compañeras charlan animadamente en la puerta de la cárcel, esperando la hora de entrada.

Al fin abren un sucio portalón de madera y avanzamos por un corralón indecente y lleno de montones de basura, de ortigas y de cardos silvestres que nos conduce al interior de los locutorios.

Nos recibe la directora del establecimiento, mujer de unos cuarenta años, de rostro severo, maquillado y antipático.

Los galones que ostenta en sus brazos le acaban de restar toda feminidad a su persona. Parece hasta increíble que una mujer pueda degenerar hasta el extremo de ocupar puestos de esta índole.

—¿Vienen ustedes a visitar a las «comunistas»?

Así las llaman aquí a nuestras compañeras, que tras breve espera irrumpen con alegría por el corredor de comunicación.

El sucio locutorio, tan repugnante unos momentos antes, adquiere una súbita belleza por la presencia de los rostros bellos y juveniles de nuestras compañeras.

Hablamos con ellas a grito pelado y entre risas. Su optimismo infunde alientos al más pusilánime.

—¿Cuántas sois las detenidas sociales? —preguntamos a una morerita inteligente y vivaracha.

—Somos siete —nos responde—: cuatro de Granollers; una de Sabadell y dos de Barcelona.

Les decimos que somos de *Tierra y Libertad* y que nos interesa conocer los motivos de sus detenciones, inmediatamente, todas se apresuran a satisfacer nuestra curiosidad.

Marina y María José son dos hermanas que fueron detenidas por la calle, cuando se dirigían tranquilamente a su trabajo.

Magda Pericas tenía su casa vigilada en la que penetraron un pelotón de guardias de asalto, que con su habitual pericia revolviéron la casa de arriba abajo, sin resultado satisfactorio para ellos.

Pero al no poder arramblar con ningún trofeo de guerra se llevaron detenida a la citada compañera.

Encarnación Casals fue detenida en la calle y conducida al Ayuntamiento, donde la querían obligar a que dijera el nombre de unos compañeros y como se negó a darlo, por el lógico motivo de ignorarlo, mantuvieron su detención. Merece consignarse el hecho que al ser conducida esta joven a presencia de la Guardia Civil, ésta tuvo muy poca delicadeza con ella, atreviéndose a decirle ciertas alusiones tan groseras que la hicieron ruborizar.

Matilde Escudé, conserje del Ateneo Libertario de Sabadell, está detenida por repartir manifiestos. Esta compañera creemos que está sujeta a proceso. Las restantes están a disposición de la autoridad gubernativa.

Concha Pérez y María Pujades se hallan detenidas por coacciones a raíz del paro por solidaridad con los obreros del puerto.

En los ojos de todas ellas brilla la luz del gran entusiasmo que sienten por nuestras ideas.

—¿Os tratan bien aquí?

—Sí, nos tratan bastante bien. Pasamos el día juntas charlando, ora alegremente de temas triviales, ora con seriedad sobre temas de la revolución y del anarquismo. Cantamos canciones revolucionarias y tomamos baños de sol. No es mala vida, ¿verdad? Cuando volváis no os olvidéis de traernos el periódico y libros, que aquí no tenemos nada que leer.

El tiempo de la visita ha transcurrido veloz como un relámpago. Ya la directora toca un timbre anunciando su fin.

Nos despedimos con un alegre «¡salud, compañeras!». Al salir noto con alegría que he tenido que guardarme las frases de aliento que llevaba embotelladas. ¿Frases de aliento a estas muchachas? ¡Vaya una equivocación! Ellas nos dan quince a raya en cuanto a valentía y entusiasmo.

* * *

Apenas extinguidos los rescoldos de la hoguera de Benalup, casi inacabadas las convulsiones revolucionarias del 8 de enero, estalla de nuevo una poderosa erupción de lava candente del formidable volcán de la España revolucionaria.

El 8 de enero tuvo sus mártires y heroínas, Josefa Franco y *La Libertaria*, entonces también las cárceles de algunas provincias sirvieron de albergue a numerosas mujeres.

El último movimiento ha tenido también su grandiosa epopeya femenina.

Sofía Perovskaia ha tenido una discípula española. El odio acumulado en las entrañas de la madre proletaria que ve a su tierno hijo sucumbir a la muerte minado por la anemia, ha tenido un gesto

expansivo, audaz y justiciero.

A raíz de la última huelga, la prensa nos da la noticia de varias detenciones de mujeres.

En Utrera fue detenida María Luisa Cobos, cuando se hallaba en el sindicato charlando con unos compañeros. Estuvo 70 horas sometida a una rigurosa incomunicación.

En Vitoria ha sido una mujer la que hizo el gesto gallardo de arrancar el precinto del sindicato clausurado. Esta valerosa mujer, que se llama Leonor Fernández, también fue detenida.

En Albaicín se detuvo a una mujer por cantar canciones rebeldes. ¡Ah! Si pudieran hacer enmudecer para siempre la voz de la rebeldía popular, pero esto no lo conseguirán jamás.

La mujer española, que hasta ahora ha vivido apartada de las luchas sociales, ingresa ahora en los vastos núcleos anarquistas, desbordante de entusiasmo y arrojo.

¡Juventud femenina, bienvenida seas al seno de Acracia! La senda de la lucha es escarpada y penosa, pero tu juventud poderosa y riente vencerá todos los obstáculos.

Tierra y Libertad, n.º 117, 26-5-1933. Sin firmar, autenticado por Concha Pérez y Helenio Molina (hijo de Lola Iturbe).

Frente al fascismo

A las mujeres de las Juventudes Anarquistas.

Días de prueba, momentos de lucha, horas de serena reflexión y pronta acometividad, son los que vivimos.

En el panorama mundial se acusan los relieves sombríos de las dictaduras que, con sus leyes despóticas, tienen al Proletariado amordazado y hambriento.

Todos los países que poseen la fama de ser los más civilizados, se hallan en la actualidad sometidos al látigo del dictador de turno.

En ningún momento de la historia —como en el presente— han sonado tanto a fanfarria huera y destemplada, los conceptos altiso-

nantes de «Democracia», «Humanismo», «Civilización», «Justicia», «Libertad», «Fraternidad», «Igualdad». Conceptos sublimes que en el presente régimen, no tienen otra realidad que la de ser esgrimidos en los mítines por cualquier político sin escrúpulo con el fin de encumbrarse.

En España, la República implantada, con cincuenta años de retraso, no ha hecho otra cosa que seguir embrollando todas las cuestiones planteadas entre el ciudadano y el Estado, entre el obrero y el patrono.

En el terreno económico no ha podido, ni sabido, resolver ningún problema, porque ha sido inaugurada en una época de decadencia de la economía capitalista. Y en el aspecto social han sido superadas las leyes más despóticas.

El «disparo sin previo aviso», la creación de los guardias de asalto, los 325 muertos por la fuerza pública, el llenazo total de las cárceles y presidios de toda España, las condenas a cadena perpetua con que han sido castigados los infelices de Castilblanco, los flamantes *escamots*, la no menos flamante Ley de Orden Público, la recompensa de ascensos otorgados a los guardias civiles que se han distinguido en los hechos sangrientos desarrollados en toda la Península, todas estas innovaciones y prebendas las debemos a la joven República.

Mirad, compañeras el espectáculo tan desolador que ofrece el mundo capitalista, agitado y convulsionado por una vorágine de infames autoritarismos.

Frente al brutal empuje del fascismo debemos preparar nuestro plan de ataque y de defensa contra ese serio peligro que amenaza con destruir lo más preciado del ser humano: la libertad.

Vosotras, compañeras de las juventudes anarquistas deberíais intensificar vuestras actividades, en pro de nuestros queridos ideales. Muy simpático y digno de todo aprecio es el trabajo que realizáis en los grupos artísticos, que se dedican a recaudar fondos, para aliviar la situación económica de los presos y otras actividades revolucionarias y de propaganda que lleváis a cabo en los ateneos. Todo eso es —repito— muy simpático y meritorio, pero precisa hacer algo más práctico. No creáis, queridas y jóvenes compañeras, que trate desde este sencillo trabajo de daros un consejo o lo que toda-

vía resultaría más antipático: una lección. No; sencillamente os expongo una sugerencia mía, que la considero de interés.

Yo creo que sería más conveniente que os apartarais un poco de este aspecto un tanto romántico de las ideas y dedicarais vuestros esfuerzos a un estudio variado y profundo de las mismas.

La Rusia nihilista nos ofreció infinidad de ejemplos de mujeres obreras que, a través de grandes sacrificios, ingresaban en las universidades y se forjaban por su propio impulso una cultura amplia y poderosa, que luego ponían al servicio de su causa, logrando de esa forma ganar infinidad de adeptos.

Para desarrollar la cultura y la inteligencia vuestra, jóvenes compañeritas, nosotros poseemos viejos métodos que precisan usarse y remozarse con asiduidad.

Uno de estos que pueden llevarse a cabo en el Ateneo, en la gira o simplemente en las reuniones de afinidad, en cualquier hogar, son las lecturas comentadas, mejor que asistir a oír una conferencia deficiente es la lectura de un buen libro.

La lectura colectiva y comentada es muy útil, de esta forma cuando se llega a un capítulo que es de difícil comprensión, siempre hay un camarada que tal vez pueda proyectar luz sobre el asunto. También de esta forma, se adquiere la costumbre y la agilidad para expresarse con soltura ante varias personas. Este sistema iría forjando compañeras aptas para la tribuna, de las cuales —aparte de dos o tres excepciones— carecemos completamente.

Una mujer en la tribuna despierta más interés que un hombre, y este interés y simpatía sería aprovechado en bien de nuestras ideas.

Precisa que la mujer anarquista se destaque de una forma rotunda, en el sindicato, en el Ateneo, en la tribuna pública, en el periódico, en todos los sitios, desde los cuales se puede influenciar sobre el ánimo y la inteligencia de los rezagados.

Ahora mismo, se ha emprendido una campaña «pro-amnistía». ¿Quién mejor que una mujer podría explicar el sufrimiento tan grande de ver injustamente encarcelado, al hijo o al hermano, o al amante? Sin embargo raramente en estos mítines se oye la voz protestataria de las mujeres.

A nuestros Ateneos han afluido gran número de muchachas ansiosas de conocer y laborar en nuestras luchas, no se ha sabido

aprovechar debidamente esta afluencia simpática de mujeres en nuestros medios y han sido en parte absorbidas por las relaciones amorosas, que fatalmente terminan en el matrimonio y por consecuencia en el hogar común, cementerio de las libertades de ambos.

Una gran parte de culpa de que ocurran estas calamidades la tienen los compañeros. Cuando tratan con una mujer, les interesa más en el aspecto de hembra que en el de compañera. En general sólo les hablan a sus sentidos pasionales, raramente a su intelecto.

Precisa pues, una mayor seriedad en nuestros medios, las mujeres no deben esperar el más mínimo estímulo para enriquecer su personalidad de parte de ningún hombre. A fuer de simpatizantes de la Anarquía deben recurrir a su propio esfuerzo.

Nuestras compañeras han demostrado cumplidamente estar dotadas de un gran espíritu de lucha y de sacrificio. Ahora mismo durante esta etapa de furor represivo, cuando todos los hogares anarquistas han quedado huérfanos del apoyo masculino, ellas han luchado sin queja y con bravura, contra la miseria, contra el hambre que amenazaba a sus hijos. Lo único que deben intensificar es el entusiasmo por el estudio; las jóvenes de nuestros medios deben también fortalecer su organismo por medio de un razonado método gimnástico, las excursiones a la playa o montaña deben intensificarse tanto como nos sea posible. Las visitas a las exposiciones de arte, a museos, a los conciertos musicales, el cine y el teatro selecto, todos estos medios contribuyen al enriquecimiento de la cultura.

Cultivo serio y continuado de la inteligencia y del músculo, muchachas fuertes e inteligentes nos hacen falta para hacer avanzar con rapidez nuestras doctrinas. Es necesario que de estas simpáticas juventudes surjan mujeres que sean verdaderas militantes y propagandistas de nuestro ideario.

Compañeras: apartaos un tanto del ambiente hogareño, estudiad, sed fuertes, introduciros pública y destacadamente en nuestras luchas. El aporte valioso de vuestras fuerzas al movimiento anarquista hará retroceder el espantajo brutal del fascismo y acelerar la realidad de nuestras concepciones.

Tierra y libertad, n.º 134, Barcelona, 22 de mayo de 1933.

Firmado: *Kyralina*.

El comunismo anárquico libertará a la mujer

La violencia, la fuerza bruta durante las épocas pretéritas ha sido y sigue siendo en el presente el eje fundamental sobre el que ha reposado la seguridad de los estados. Pero a pesar de todas las trabas, la Humanidad continúa su marcha ascensional, en penoso zigzag, pero avanzando siempre, ansiosa de liberarse de sus opresores.

Una de las páginas más sobresalientes que ha escrito el pueblo en su lucha contra los déspotas ha sido la de la Revolución Francesa. Sin embargo, aquel pueblo tan revolucionario y heroico no supo aprovechar las enseñanzas que les prodigaron sus enciclopedistas y se apresuraron de llevar al Poder a nuevos amos. Pereció el Poder de la aristocracia fatua, holgazana y despótica, pero en su lugar se entronizó otro Poder tan tiránico y tan explotador: la Burguesía.

La nueva casta de déspotas, hallábase imbuida de los mismos prejuicios de Patria, Orden, Religión, Familia, y por esta razón los beneficios que concedieron al pueblo fueron muy mezquinos. Uno de los mayores crímenes que se ha sostenido hasta el presente es el tener a la mujer sometida a la esclavitud más ignominiosa, tanto en lo económico como en lo moral.

La moral burguesa sólo es tolerante con el hombre, al que concede cierta libertad sexual, pero con la mujer se muestra severa e inflexible. Sobre las resignadas espaldas de la mujer carga un farrago absurdo de prohibiciones que la privan de gozar ampliamente uno de los goces más intensos del ser humano: el amor. Su exuberante sensibilidad no debe permanecer por más tiempo privada de esta legítima expansión y se impone que en breve sea una realidad la libertad sexual de la mujer.

En el hogar proletario es hoy la mujer una verdadera bestia de carga. Parece hasta increíble que soporte tanto sufrimiento y tanta humillación sin protesta ninguna. En el siglo pasado, vivía más en armonía con las doctrinas que le predicaban los moralistas burgueses; era una esclava a la que proporcionábanle un marido que cubría

las necesidades de la familia y ella cumplía la misión tradicional del culto al hogar, a la familia, y a la religión cristiana.

Hoy el maquinismo ha lanzado al paro forzoso a los hombres. La burguesía que detenta las máquinas acepta gozosa el progreso material que la beneficia extraordinariamente, pero se muestra reacia a la evolución del pensamiento y de la moral del pueblo, porque ve en ello un peligro para su permanencia.

Al no evolucionar la moral y producirse esta gran crisis de trabajo, vemos a la mujer doblemente esclava de sus deberes, porque si durante siglos ha sido objeto de todas las tiranías como mujer, hoy sufre la explotación más infame como productora.

La burguesía de hoy arrincona al hombre, acepta todavía de buen grado a la mujer porque le resulta más económica y hasta en algunas profesiones le produce más rendimiento.

He aquí, pues, la doble o triple esclavitud que se impone a la mujer: cuidado del hogar, que es todo un pesado fardo de trabajos, como el lavar, guisar, limpiar, coser, planchar, atender a los hijos, ser un modelo de virtud sobre el que reposa el honor de la familia, satisfacer todas las necesidades del marido, y encima de todas esas calamidades tiene que ser el sostén económico de la familia. Cosa que no logra tampoco, después de tantos trabajos, porque su salario es tan irrisorio que no le alcanza ni para pagar el pan que consumen durante la semana.

La prostitución

Otra de las ignominias que la moral burguesa ha impuesto a la proletaria es la prostitución. Esa moral tan severa que mira con desprecio la unión libre de dos seres que se aman, que condena con rigor a la madre soltera, acompañada de la miseria sórdida que existe en los hogares de los proletarios, son las causas que arrastran al burdel a la juventud.

El momento actual de profunda crisis de trabajo, produce un enorme contingente de prostitutas. Las calles de las grandes urbes se ven invadidas de numerosas mujeres de todas las edades que, con miradas provocativas y con gestos lúbricos, se ofrecen al mejor postor.

La prostitución es una fosa nauseabunda donde perecen ahogados en la indignidad, el vicio y las enfermedades venéreas, los tipos más selectos, físicamente, de la juventud femenina obrera. Tipos que la lujuria arranca a la maternidad, quedando para reproducir la especie más inferior.

¿Qué podemos hacer frente a ese aluvión de seres desgraciados y embrutecidos? Aniquilar la miseria, ya que ella es la gran causa que produce tan lamentables efectos.

No creo que jamás se haya dado el caso de internarse en un burdel o plantarse en una esquina, a ninguna millonaria a pesar que muchas de ellas son erotómanas furibundas. Todos los vicios pueden satisfacerlos esas mujeres en la suntuosa y cómoda morada, sin que trascienda nada al exterior.

Antes, para arrancar a una mujer del prostíbulo, se le podía decir que trabajase, que ahorrara su inteligencia y sus brazos para algo más digno; pero ahora, figuraos que todo ese ejército de mujeres dijese, ¡queremos dignificarnos y trabajar!, y bien, ¿dónde? El trabajo es escaso y expoliado para admitir nuevos refuerzos en sus filas.

El aborto clandestino

La burguesía no es prolífica por razones de egoísmo económico.

Si posee una cuantiosa fortuna y la tiene que dividir en varias fracciones al legarla a sus vástagos, resultará que ninguno de ellos podrá ostentar un fausto adecuado. Pero si pasa íntegra a unas manos entonces tendremos a un verdadero ricachón que podrá sostener todos sus vicios y lujos y saborear todos los placeres.

Para conseguir ese fin tan deleznable, la burguesía cuenta con toda clase de facilidades. Siempre encuentra la señora un médico discreto y competente que le instruye en los métodos anticoncepcionales y si tiene algún percance o preñez indeseada la cura y atiende con solicitud y discreción. ¡Para algo vale el dinero!

En los medios obreros la cosa varía su aspecto. El aborto clandestino causa casi tantas muertes entre las obreras como la tuberculosis, y esta nueva lacra social no quieren verla los médicos timoratos ni los gobernantes cerriles.

La burguesía necesita esclavos y, naturalmente, no los va a crear de su propia sangre. Antes del maquinismo los necesitó para el trabajo y la guerra, hoy los necesita para formar las grandes armadas de guardias de asalto, guardias civiles y policía, al servicio del Estado que les protege contra la insurgencia de los elementos sanos del pueblo.

Por eso le conviene mantener a la obrera en la ignorancia de los procedimientos que la librarían de una preñez torturante.

Cuando la obrera se siente preñada y da una mirada a su hogar desmantelado, a los niños famélicos y al compañero que taciturno y sombrío regresa derrengado de buscar trabajo inútilmente, esta mujer es capaz de hacer los más grandes disparates y como la comadrona o el médico, después de mil aspavientos, le piden una cantidad de dinero que no posee, desesperada se entrega a las manipulaciones de la amiga o procede ella misma sirviéndose de los medios más brutales, purgas o fricciones capaces de aniquilar a un caballo, o se introduce en el cuello del útero troncos de perejil, hojas de hiedra, horquillas de moño, agujas de hacer ganchillo, y otras barbaridades por el estilo que inevitablemente producen la enfermedad y algunas veces la muerte.

El comunismo libertario

Sólo el régimen comunista libertario puede dar una solución magnífica y humana al problema de la emancipación femenina. Con la destrucción total de la propiedad privada, sucumbirá también esta moral tartufa que padecemos, seremos libres hasta el límite de no dañar la libertad ajena. El cariño y el respeto al prójimo serán la única moral aceptable. Gozaremos del amor en completa libertad de nuestras apetencias, respetando todas las variadas formas de convivencia amorosa y sexual.

La mujer será la más beneficiada en el cambio porque, si quiere habitar los grandes hoteles comunales, pondrá fin al terrible fastidio del trabajo doméstico. Terminadas sus horas de trabajo en la profesión que más le agrada y que además serán muy leves, quedará libre para entregarse al estudio o al recreo.

Entonces la máquina puesta al servicio de la colectividad simplificará el trabajo y en lugar de ser la competidora del hombre será su más querida colaboradora.

El trabajo será la ley vital del comunismo libertario.

Ninguna mujer se venderá porque no será materia cotizable como los garbanzos o el vestido. Por venderse a un hombre, éste no le podrá dar dinero porque su circulación quedará anulada, ni adquirir objetos de vestido o alimentación, ya que la entrega de éstos en los almacenes de aprovisionamiento se efectuará exclusivamente por méritos de trabajo, el deber de producir concederá el derecho a consumir. De forma que la prostituta, la mujer comprada, no existirá, la libertad de poder satisfacer plenamente ambos sexos las necesidades sexuales, hará innecesaria la comerciante del sexo.

La colectividad por el interés de no tener que alimentar a muchos enfermos o inválidos para el trabajo, procurará que la salud en general sea lo más satisfactoria posible. Para ello proveerá a sus componentes un trabajo reposado, una sana alimentación, y vivienda higiénica.

La vejez será atendida con solicitud y cariño, en las grandes colonias de reposo, donde los ancianos y las ancianas vivirán en completa libertad de acción.

Los Hoteles de Puericultura, edificados en plena naturaleza serán la morada sana y riente de la infancia que crecerá robusta entre las caricias del sol y de la brisa.

Los grandes centros de Eugenesia y Sexología, instruirán a las juventudes en las cuestiones sexuales y en los medios de practicar la maternidad consciente.

El aborto será legalizado, practicado con asepsia y competencia no ofrecerá los peligros que hoy ofrece en la clandestinidad.

La asistencia a las clases de Eugenesia y Sexología serán consideradas de necesidad tan ineludible como el estudio de la gramática y la aritmética.

La mujer, en estado de preñez, quedará relevada de todo trabajo y la colectividad dará satisfacción a todas sus necesidades, durante el periodo de embarazo y lactancia; terminado éste volverá a reintegrarse al trabajo, fuente de la que manará la felicidad colectiva.

De estas generaciones de mujeres libres, sanas y sabias, nacerá la humanidad fuerte y plétórica de vida que impulsará las colectividades hacia formas de convivencia humana cada vez más perfeccionadas y armónicas. Hacia la Anarquía...

Suplemento de *Tierra y Libertad*, junio de 1933.

El atraso de España y los campesinos

La agricultura es la base de la verdadera riqueza de la nación; por eso esta rama del esfuerzo humano tendría que acaparar la atención más especialísima por parte de los que rigen los destinos de los pueblos. Sin embargo, no es así.

En España, el problema del campo está totalmente abandonado. Los pueblos campesinos que debieran desconocer el hambre, aunque conocieran la carencia del lujo y del confort, son los que más sufren el terrible suplicio del hambre insatisfecha.

Durante la monarquía, al rey juerguista, tan amante de divertirse en los cotos andaluces, le fue imposible ocultar al país el manchón miserable y lacerante de las Hurdes.

En aquel entonces, la prensa gráfica cesó por unos momentos de ofrecernos las «fotos» de la España de pandereta y reprodujo los cuadros de horror y miseria que tenían lugar en el corazón de la «grandiosa» y «conquistadora» España. Sin embargo, alguien se atrevió a decir: «Todavía España es Hurdes» y tuvo mucha razón.

La República en sus comienzos agitó como banderín de lucha la frase de Costa, «Escuela y Despensa», para captarse las simpatías de los campesinos, a los que prometió que con la Reforma Agraria se pondría fin a todas sus miserias.

Pero los campesinos, desconfiando de las promesas halagadoras del Gobierno, empezaron a protestar, a mostrar al desnudo todas sus miserias, a gritar bien alto a la faz de la nación todas sus esclavitudes y todas sus ansias de reivindicación. Y entonces el Gobierno recurrió a un remedio heroico. En lugar de facilitarles la «Escuela y

la Despensa» formó un ejército de pretorianos y los distribuyó por las campiñas españolas. Al grito «¡Tenemos hambre y sed de justicia!» contestaron los sonidos macabros de los máusers de la Guardia Civil.

La sangre campesina, empezó a correr con abundancia, regando y fecundando los campos con su líquido precioso, de cuyo riego nacerán potentes, hermosas y vitales las rojas amapolas de la Revolución.

Un periodista burgués se lamentaba días atrás, desde las columnas de un diario del mismo matiz, de la «barbarie» de los campesinos que incendian los cortijos y los bosques, dando con esa táctica una puñalada a la riqueza nacional. Dice el articulista: «el árbol es la fuente del bienestar» y a continuación llora a lágrima viva porque la fiesta del árbol ya no se celebra con la pompa de antes. Eso me hace recordar aquella anécdota que nos cuenta Julio Senador sobre la citada fiesta.

Se celebró en Valladolid con toda solemnidad la fiesta del árbol, a la que concurrieron todas las altas personalidades de la ciudad que con sus propias manos plantaron unos hierbajos. En medio de esta aparatosidad oficial, un niño asistente a la fiesta no pudo retener las materias fecales y las depositó allí mismo, y dice el célebre escritor: «¡Nos pareció que aquel niño era el único que había estado a la altura de las circunstancias!».

No; los campesinos no ignoran el valor del árbol, ellos saben perfectamente que es su mejor amigo, pero saben también que, en los crudos inviernos cuando carecen de leña y de carbón, no tienen más remedio que cortarlos de las fincas del propietario, para no perecer de frío, y no olvidan tampoco que el respeto a la propiedad del amo no aminorará un ápice su miseria, sino que sólo sirve para perpetuar su esclavitud.

Cuando desaparezca la propiedad privada, base de todas las injusticias y sea trocada en colectiva, como en el Comunismo Libertario, entonces reinará el respeto más absoluto y se pondrá la máxima inteligencia en el cuidado y cultivo de la tierra porque beneficiará a la colectividad entera.

Tierra y Libertad, 13 de octubre de 1933. Firmado: *Kyralina*.

Los derechos del niño

Con el título de los «Derechos del niño», existe el artículo 43 de la Constitución republicana, que trata sobre la necesidad y la forma de ejercer una atención y protección seria y persistente sobre la infancia.

No hemos leído —lo confesamos sin rubor— integralmente el capítulo aludido, pero se trata de proteger al niño, por mediación de asilos, institutos, maternidades, hospitales, etc., etc., es decir, toda una gama variada de la fría caridad oficial estilo de aquella que practicó el señor don Juan de Robles.

España es uno de los países que tiene más abandonada esa trascendental cuestión del cuidado de la infancia. Sin embargo, el gobierno del flamante y nuevo régimen se esfuerza en aparentar que se halla al mismo nivel de falsa cultura y modernidad de otras naciones.

Este afán de paralelismo los ha inducido a elaborar ese Estatuto del Niño.

Como siempre, el Estado huye de abordar esta cuestión atacando las causas, porque esto implicaría su muerte, y opta por soslayarla atendiendo a los efectos que le ofrecen menos riesgos.

De esta forma, en realidad no soluciona nada, pero en apariencia, para los ciudadanos ingenuos y para las burguesas sensibleras, existe oficialmente en la Constitución y votado con toda solemnidad el artículo 43, que velará por satisfacer todas las necesidades de la infancia y hasta dará lugar para que estas damas luzcan sus sentimientos y sus trajes en los modernos y republicanos comités del «Sello Pro Infancia», que son una imitación servil de la Fiesta de la Flor, ridícula, ñoña y completamente inútil.

Esta clase de beneficios, concedidos de esta forma, es obligar a los seres en los umbrales de la vida a tender la mano a la caridad humillante.

Lo mínimo que debería hacer la sociedad burguesa es el evitar a los niños esa vergüenza, procurando a los padres los medios necesarios para poder alimentar y educar convenientemente a sus hijos.

En España no faltan asilos, la clericalia nos dotó de ellos espléndidamente y parece que la república quiere aún multiplicarlos, pero después de tanto asilo, de tantos presupuestos para higiene, de tantas inspecciones oficiales, de tanto aparato y alharacas dedicando loas de encomio a la «maternidad sagrada», mueren en nuestro país 600.000 niños por año y según las estadísticas corresponden la mayor parte a la clase proletaria, entre estos la mortalidad es de un 40 por 100 mientras que en las clases burguesas es solamente de un veinte por cien.

En estos datos vemos con claridad la insuficiencia y la inutilidad de la caridad oficial para resolver el magno y aterrador problema de la salud infantil. Y para reafirmar aún más nuestro criterio, citaremos unas palabras pronunciadas por un doctor sobre la labor que realizan los equipos móviles de Puericultura. Estos equipos son de reciente formación y, como su nombre indica, recorren los pueblecitos rurales dando instrucciones a las madres, inspeccionando a los niños y dando conferencias públicas para elevar la cultura de las mujeres en puericultura. Pero dice el doctor López Arjona: «se descubre un grave problema ahora que la campaña va bastante avanzada, y es que hacer puericultura no se reduce solamente a dar consejos; las madres necesitadas poco pueden hacer por sus hijos, aún cuando quisieran, si su medio económico no se lo permite. Nosotros hemos observado que el 21,59 por 100 de los niños asistentes a este centro son necesitados y que deben tener para su desarrollo alimentos y medicamentos, que si no se les administran van camino de la muerte».

Los médicos de los hospitales públicos pulsan mejor que nadie los estragos que la miseria causa en los organismos fatigados y anémicos de las madres solteras y sus pobres hijos. Ellos, si no estuviesen en su casi totalidad atados de pies y manos, por los convencionalismos sociales o vendidos a los poderosos, serían los que lucharían con más brío por la pronta realización de nuestros humanitarios ideales, de solidaridad y equidad. Su labor sería simple, bastaría tan solo con que pusieran al descubierto el infame y absoluto abandono en que está sumida la fracción más vital del país, o sea, los trabajadores.

Hoy día el hambre es una cosa ya vulgar que no vale la pena ya ni siquiera de comentarlo; antes todavía podía servir de tema para

escribir un cuento o una novela que hacía derramar abundantes lágrimas a los sentimentales.

Hoy su vulgaridad lo hace insensible.

Decía el campesino de Hinojosa de Calatrava: «en los pueblos no muere la gente de hambre pero muere de una enfermedad que tiene un nombre tétrico: tisis»; éste es el porvenir que les espera a los trabajadores, que aún de vez en cuando trabajan y tienen medios para comer cada día, pero de una forma deficiente e insuficiente, que les va minando las energías y acercando a los abismos de la terrible enfermedad. Ante esta perspectiva creo que es preferible el carecer de un mal mendrugo de pan y sucumbir rápidamente a la muerte.

El niño de la campesina del anterior citado pueblo que viene fotografiado en *Estampa*, si pudiera, con seguridad que se asombraría de que en la Constitución existiera un artículo que tratase de los derechos del niño. Como también se asombrarían la pobrecita florista de la calle de Alcalá y el infeliz niño que comía inconscientemente el betún de una caja, mientras veía a sus tres hermanos abandonados alrededor de su pobre madre muerta y el desgraciado niño asesinado en los brazos de su madre en Arnedo y el numeroso ejército de los «niños grises» de las inclusas españolas, infames presidios de la infancia, y los millares de niños de la ciudad y del campo que vagabundean por calles y plazas, sucios, hambrientos y depauperados en medio del abandono más completo por carecer de escuelas, siendo candidatos a la degeneración, futuros ciudadanos que irán a engrosar las filas del crimen y del servilismo.

El problema de la mortalidad infantil no se resuelve con paliativos más o menos eficaces, que puede llevar a cabo cualquier gobierno. Para resolver esto es necesario subvertir totalmente la sociedad presente que fomenta la procreación inconsciente y múltiple, para luego hundirla en la miseria y trocirla por la sociedad anárquica que tendrá clara conciencia y responsabilidad del deber que le incumbe de atender debidamente todas las necesidades de los seres, conscientemente procreados, que nazcan en su seno.

Tierra y Libertad, 27 de octubre de 1933. Firmado: *Kyralina*.

La Rusia revolucionaria y la Rusia diplomática

La desgraciada Rusia, embrutecida, salvajemente oprimida y torturada, fue lanzada por las ambiciones del Zarismo a la gran guerra de 1914. Quebrantado el imperio zarista por los estragos de la guerra ruso-japonesa y por las propagandas que sin cesar realizaban en todo el país los elementos anarcosindicalistas y socialistas, los ejércitos del Zar fueron batidos.

Al desastre que ocasionó esta nueva guerra se debe en gran parte que triunfase en octubre de 1917, en la tenebrosa Rusia de los Zares, la gran conmoción de la Revolución rusa, uno de los episodios más importantes que registra la historia de nuestros días.

Desgraciadamente, esta revolución, que nació con tanto brío, empujada y realizada por el pueblo esclavizado, que obraba a impulsos de las propagandas anarcosindicalistas, no siguió su recta y esplendorosa trayectoria de verdadera emancipación de la clase obrera y campesina.

La Rusia revolucionaria, la que creó los soviets libres, los comités de fábrica, los comités de vivienda y las cooperativas libres, abandonó estas normas, de cariz más libertario, y empezó a centralizar todas las funciones bajo el férreo control del soviet gubernamental y absorbente.

El pueblo, que por unos momentos respiró profundamente el aire vivificador de la libertad, se encontró, tras un breve periodo de lucha liberadora, subyugado por los nuevos déspotas.

A la «Okрана», organización policíaca al servicio del Zarismo, que manchó con sangre de los revolucionarios todos los ámbitos de la inmensa Rusia, le sucedió la «Checa», nuevo organismo policíaco y represivo, feroz defensor del régimen soviético, cuyos crímenes han superado a la vieja y zarista «Okрана».

Los anarcosindicalistas de Kronstadt fueron los verdaderos héroes y realizadores de la revolución.

El 24 de octubre anclaron en el río Neva, frente al Palacio de Invierno, los acorazados constantianos *Amur* y *Aurora*, que abrie-

ron fuego sobre el Palacio de Invierno. A las cuatro de la madrugada de aquella memorable noche se presentó a bordo del *Amur* un delegado bolchevique que era portador de un mensaje que decía así: «Queridos cronstantianos: el Palacio de Invierno no se rinde. Si vosotros no lo tomáis por la noche nuestra situación será muy crítica». Y la escuadra cronstantiana, apoyada por el ejército de los anarcosindicalistas que ondean la bandera rojinegra, se apoderarán del Palacio de Invierno a las cuatro de la madrugada.

En pago de aquella magnífica gesta, los anarquistas de Kronstadt fueron a los pocos meses asesinados en masa, y los asesinatos y las represalias han continuado hasta hoy.

La Dictadura del Proletariado ha ido, con rapidez vertiginosa, hundiéndose en el fango del centralismo tiranocida. En Rusia sólo ha habido y hay un cerebro que funcione y emita sus pensamientos con entera libertad: el cerebro de Lenin y de Stalin.

El ideal de la Dictadura roja consiste en hacer de la inmensa Rusia un vasto cuartel de autómatas uniformados. En Rusia, la fobia militarista ha llegado incluso a militarizar a los niños y a las mujeres, pero esta locura napoleónica de formar grandes ejércitos ya no sirve, como en los primeros días de la revolución, para defensa de la misma.

Los ejércitos formidables, las grandes fábricas de gases asfixiantes, la colosal armada aérea —que es la segunda del mundo— y marítima, todo ese fantástico material humano y mecánico está preparado para asolar al mundo con la nueva guerra que apunta en el horizonte.

La Rusia que en los primeros tiempos de la revolución sufrió estoicamente la época de hambre horrible por no querer transigir con las claudicaciones que intentaban imponerle las demás naciones, la vemos hoy pactando amigablemente con las potencias fascistas.

La Diplomacia, sucia arma de la que se valen los Estados capitalistas para trapichear los asuntos de orden internacional, ha sido adoptada por los soviets. La ex revolucionaria Alejandra Kollontai, trocada en elegante embajadora, es un ejemplo vivo de nuestro aserto.

El único baldón que le faltaba a la Rusia soviética era el pactar con la Dictadura fascista de Alemania cuando los comunistas alemanes son perseguidos y acorralados como fieras selváticas.

Otro de sus pactos vergonzosos es el de la Santa Sede, en los momentos en que el catolicismo intenta retrotraer al mundo al oscurantismo.

Los bolcheviques han llenado de lodo la magnífica gesta realizada en 1917 por el pueblo ruso, y que nosotros los anarquistas, amantes y verdaderos defensores de la total emancipación de los seres humanos, no queremos dejar pasar aquella memorable lucha sin dedicar un comentario, un recuerdo a los anarquistas que en ella sucumbieron.

Suplemento de *Tierra y Libertad*, noviembre de 1933, pp. 393-395.

Firmado: *Kyralina*.

Figuras femeninas de la revolución

España ha sido pródiga en producir mujeres de temple valeroso y revolucionario.

La historia nos cuenta las palabras llenas de dolor y coraje que pronunció la madre de Boabdil, al llorar éste con amargura por la pérdida de la hermosa ciudad de Granada: «Llora como una mujer, ya que no supiste defenderla como hombre», exclamó, arrogante la mora. Años después y en Zaragoza, tierra de la rebeldía y de la fortaleza, Agustina de Aragón dispara con denuedo y sin tregua su cañón hasta sucumbir a la muerte contra las tropas de Napoleón, que pretendían imponer su estúpido vasallaje a los bravos aragoneses.

Transcurre el tiempo y Mariana Pineda que bordó la bandera republicana, ofrenda gustosa su vida por la república.

A través de los años, las aspiraciones del pueblo se han ido elevando, puliendo; concretándose en el anarquismo y de ese sector de la sociedad es de donde han surgido una pléyade de luchadoras, dignas y superadas sucesoras de aquellas heroicas mujeres.

Con motivo de las últimas convulsiones sociales que han estremecido a esta España de las luchas libertadoras, han aparecido en las luchas insurreccionales del anarquismo un gran número de compa-

ñeras que han ofrecido a la causa de la Revolución todo el tesoro de su juventud, de su inteligencia, de su belleza y energía; es decir, su propia vida.

Ya en el pasado movimiento del 8 de enero en Benalup de Sidonia, en la gloriosa choza de Seisdedos se desarrolló una trágica lucha contra la fuerza pública, en la cual pereció achicharrada entre las llamas la joven Manuela Lago. María Silva, también testigo del horrible hecho, logró fugarse de la choza incendiada y salvar su vida por una verdadera maravilla, ya que los guardias al darse cuenta de la huida de la joven dispararon sobre ella sus fusiles.

La intervención femenina en nuestras luchas va siendo cada vez más amplia y adquiriendo mayor potencia revolucionaria. Antes, aparte de algunas figuras destacadas y de positivo valor para la propaganda oral y escrita, cesaba la influencia femenina en nuestro movimiento. Ahora, nos faltan estas figuras de relieve, pero en cambio contamos con una totalidad de compañeras que soportan, estoicas y animosas, toda suerte de trabajos y privaciones que la continua persecución de sus familiares les ocasiona, y en un gran número, que actúan con valor e intensidad en los momentos de rebelión.

Esta actitud decidida y valerosa les ha reportado grandes quebrantos. La cifra de las mujeres condenadas a penas severísimas se eleva a una cantidad tan respetable que con seguridad no habrá sido jamás cuantificada en su totalidad.

Quisiéramos citarlas a todas en este trabajo, pero son tantas que no podemos hacerlo.

Sin embargo, he aquí el nombre de algunas: Basilia Bretón, condenada por atentado a la forma de gobierno a once años.

Matilde Loscertales, la animosa compañera zaragozana, siempre dispuesta a serle útil a la causa, a diez años. Isabel Aragón, otra valiente compañera, a once años. Concepción González, de Monforte de Lemos (Lugo), condenada a pena de ocho años. Josefa Andreo, de Murcia, condenada a dos años, once meses y once días. Catalina Cámara, de Bujalance, a seis meses. Nieves Gracia e Isabel Logroño a seis meses y a 500 pesetas de multa. Remedios Collía a cuatro meses.

Esperanza Castelltort, hija del alcalde de Albalate de Cinca, detenida en la cárcel de Huesca bajo la inculpación de haber intervenido activamente en la revuelta, ha sido absuelta por el Tribunal de

Urgencia. Esperanza Castejón, otra valiente compañera cuya simpática fotografía ha venido en la prensa gráfica, que la presenta como una temible revolucionaria. Pura Sara, a tres meses de arresto. Mercedes Llonch, a cuatro meses y 500 pesetas de multa. Dolores Lerín, María Castañeda y Francisca Santos que fueron detenidas en compañía de los compañeros del C. N. están a disposición del Tribunal de Urgencia, que seguramente se mostrará severo con ellas.

La actitud de nuestras compañeras aragonesas ha sido tan brillante, tan heroica, que hasta los periodistas burgueses entre infamias y burlas no han podido ocultar su asombro y admiración por su conducta. Un periodista de *la flor de Lis* intenta desfigurar y empañar la intervención de nuestras compañeras de Zaragoza en los hechos revolucionarios, diciendo que, al ocultar en su seno las pistolas, estas mujeres sólo obraron impulsadas por su amor hacia sus novios. No, señor plumífero; usted se equivoca.

Estas jóvenes de 18 años obraron de esta forma no a impulsos del amor hacia un hombre, sino a impulso, a entusiasmo y convicción razonada de una idea generosa que se halla incrustada en su cerebro y en su corazón y por la cual nuestras compañeras de Aragón no han regateado esfuerzos y sacrificios.

¡Jóvenes camaradas femeninas presas en las crueles redes de la justicia histórica; esposas y madres angustiadas, que habéis quedado solas en las aldeas sublevadas maldiciendo a los sicarios que han matado o ahuyentado a vuestros deudos y que han barrido con la metralla las calles y las plazas que, por unas horas, estuvieron invadidas por la alegría de una nueva vida: en nombre de la Anarquía y de la Revolución, recibid un cálido saludo!

Tierra y Libertad, n.º 146, 16 de febrero de 1934. Firmado: *Kyralina*.

La educación social de la mujer

Nuestra querida compañera Lucía Sánchez Saornil ha publicado en las columnas de *Soli* un trabajo muy atinado y, sobre todo, muy veraz, aunque un tanto amargo, sobre la educación sociológica de las mujeres en nuestros medios.

El tema es muy sugestivo, pero un tanto anticuado entre los anarquistas. Sin embargo, nuestra compañera nos lo presenta totalmente remozado y caracterizado de un fuerte matiz de originalidad y audacia.

Hasta ahora, la mayoría de las compañeras que escribían en nuestras publicaciones sobre la educación femenina habían empleado casi siempre un tono quejumbroso y de repetidos llamamientos de SOS a los compañeros, para que las ayudaran a remontar la andanada de ignorancia y de timidez en que se hallaban colocadas y de la cual «ellos» han sido los primeros responsables.

Por fortuna, hay una mujer veraz; no implora, y lanza el «yo acuso» contra ese ambiente masculino que rara vez se ha preocupado de la emancipación femenina en otros aspectos que no hayan sido la cuestión sexual.

Los anarquistas, propulsores de las nuevas ideas de liberación de los seres humanos, son los que tienen una responsabilidad más directa para que las compañeras que conviven con ellos gocen de un margen de respeto, de libertad y de tiempo para instruirse. Cosas raras de disfrutar con un hombre imbuido de concepciones reaccionarias. Sin embargo, ¿ocurre siempre así? Yo me atrevo a afirmar que no.

Los compañeros tan radicales en los cafés, en los sindicatos y hasta en los grupos, suelen dejar en la puerta de su casa el ropaje de amantes de la liberación femenina, y dentro se conducen con la compañera como vulgares «maridos».

He conocido a varios compañeros que, a pesar de no trabajar ellos, y la compañera sí, al llegar a su casa le exigen que tenga la comida hecha, la casa limpia, la ropa ídem y bien cosida y planchada, y los niños que vayan como pimpollos, sin reparar en que la compañera viene exhausta del trabajo de la fábrica o del lavadero. Y después de

todo esto, «como las mujeres no comprenden y además son unas charlatanas», no vale la pena de hablarles de las inquietudes sociales, o de los asuntos que durante el día le han ocupado en la tertulia de los compañeros, o en el sindicato, y que, por otra parte, han sido tratados con el primer botarate de la esquina que viste unos pantalones.

Me produce casi siempre una impresión penosa el conocer a la compañera de algún camarada. Casi siempre las conversaciones animadas, jugosas e interesantes sobre diversos temas, que haya tratado con él, sufren un eclipse, al tratar con ella, y por más que me empeñe en derivar la conversación a los anteriores derroteros, tengo que retroceder a los temas frívolos o estúpidos.

De esto no quiero hacer responsables exclusivos a los hombres. Las mujeres tienen buena parte de culpa. Pero en éstas tiene un atenuante por la tradición, y, por lo mismo, necesitan un estimulante que las introduzca a conseguir su mejoramiento y su libertad.

Entre los campesinos, el cuadro resulta más desolador. En muchos pueblos todavía priva el criterio de que, a la mujer, maldita la falta que le hace el saber leer y escribir, y son varias las casas en donde los compañeros tienen una orientación social bien definida, adquirida en los mítines y en las lecturas y, en cambio, sus mujeres son una nulidad aterradora.

No obstante, conocí a un modesto campesino de un villorrio insignificante que enseñó a leer y a escribir a su compañera, y hasta le vi hacer otra cosa más asombrosa. Una vez que su compañera estaba fatigada por la jornada del duro trabajo del campo, se arregló con naturalidad las mangas de la camisa y se puso a lavar la ropa. Esto le valió el remoquete de «Marica» entre las comadres; pero ellos, ajenos a la chismorrería del barrio, proseguían su vida de apoyo mutuo, de comprensión, de amor y tolerancia.

En la capital han surgido durante estas últimas épocas, numerosas jóvenes ávidas de conocer nuestras ideas y de luchar por ellas. Algunas han naufragado en la camaradería amorosa, o mejor dicho en el mariposeo amoroso. Al llegar a este punto, quiero hacer una salvedad. No es que yo sea una mojitata o enemiga de la amplia libertad de amar, cada cual según sus gustos y anhelos. Nada de eso. Pues bien, cuando veo a un activo y buen militante bregar en una asamblea por llegar al buen acuerdo, o lo veo activar en el periódico

co o en los comités, o exponer sus ideas en el trabajo, o su vida en la lucha cotidiana con la autoridad, me tiene sin cuidado la parte amorosa o sexual del individuo.

Otro tanto quisiera de las jóvenes compañeras, que amaran como les placiera, pero que en los sindicatos, o en los grupos y en casa, se mostraran interesadas en los múltiples problemas que aquejan al mundo del trabajo y los cuales tendrán que ser afrontados por ellas, al igual que sus hermanos de lucha, los hombres, en un plazo no muy lejano.

Las féminas, a pesar del dogal masculino, van progresando en el orden instructivo y sociológico. Son varias las compañeras que actúan en nuestros medios, ya sea dentro de los sindicatos, ya sea dentro de los grupos, con tanta competencia como los hombres y en general se nota una alza en el deseo de saber y documentarse en las ideas liberadoras.

En el aspecto periodístico, tenemos plumas tan valiosas como las de Amparo Poch, Soledad Gustavo y su hija Federica Montseny, Lucía Sánchez Saornil, Antonia Maymón, Ana Martínez, Palmira Sanz, Mercedes Poch, y otras menos valiosas, pero que en nada desmerecen al lado de las plumas masculinas que llenan a diario las páginas de nuestros periódicos con su prosa machacona e insulsa.

Son minoría las mujeres que escriben y escriben menos pero, en compensación, son más originales que muchos compañeros. Entre las compañeras que escriben ninguna ha tenido el mal gusto de seguir la moda de invertir en la firma las letras de su nombre o apellido, cosa tan en boga entre los camaradas. Si tratan de guerra, no se les ocurre emplear este titular tan manido de «¡Guerra a la guerra!», sino un epígrafe tan sugestivo, sonoro y original de Amparo Poch: «Frente al Gesto Bélico». No dan la consabida tabarra diaria de aquellos artículos que dicen invariablemente: «Vivimos unos momentos de peligros», «El capitalismo en su agonía», etcétera, etc., o aquellos otros: «Despertad juventud amodorrada, despertad de ese letargo suicida. Sed bravos como las fieras, bramad, etcétera, etc.». En una palabra, son más originales y sobre todo más discretas, cuando escriben es porque tienen «algo» que decir, en caso contrario enmudecen, y en paz.

Tierra y Libertad, 15 de octubre de 1935. Firmado: *Kyralina*.

ESTAMPAS DE REVOLUCIÓN Y DE GUERRA

Mujeres heroicas (I)

Apuntes de la Revolución.

En la estación férrea de un pueblo de la línea de fuego, se destaca en el reflejo de la luz lunar, la silueta esbelta y enérgica del centinela. Su belleza y agilidad de líneas me impresiona, e interrogo. Sí, no me equivoqué. Es una mujer. Y ella va y viene, con su fusil al hombro, y se mantiene enhiesta y serena, con la atención tensa, ojo avizor para prevenir un posible ataque del enemigo.

La muchacha valerosa, bella y hermética, no quiere hablar conmigo. Y hace bien. Yo sólo soy una mujer de retaguardia, que voy a la caza de emociones del frente, con la estúpida y baldía intención de amargar la vida a algún cándido lector, o emocionar a alguna niña más o menos cursi, y ella, con muy buen sentido, se muestra hostil y reservada. No hay duda que es una mujer inteligente.

No obstante, supe algo de ella. Había venido a España para asistir a las Olimpiadas, y éstas se convirtieron en unas Olimpiadas de sangre, en unos torneos trágicos y magníficos en los cuales se disputaba a dentelladas lobunas la libertad y la dignidad de todo un pueblo... Y ella, nuestra camarada, no quiso ser espectadora pasiva de la gran batalla, y con todo el ímpetu de sus 20 años bellos, sentimentales y bravos se lanzó a la lucha.

Carmen, querida compañera, ¿de qué fuente oculta procedía tu rebeldía, tu gesto enérgico y tu amor tan encendido por la causa de la libertad?

Tus ojos negros decían algo enternecedor y sublime que tú te empeñabas en ahogar siempre. ¿Por qué? Yo creo haberte interpretado a pesar de lo poco que te vi.

Las almas inmensas y pletóricas de generosidad como la tuya huyen del público, de lo espectacular y vano, y sólo se entregan a las fructíferas soledades de los hechos reales y tangibles, que sirven de norte y acicate a las almas débiles.

* * *

Pasa el tiempo y la muchacha que hacía guardia en la estación está en plena batalla. Los obuses del quince pasan silbantes por encima de su iluminada cabeza. De su garganta, reseca por el humo de la pólvora, sale una voz alentadora y sonora que grita: «¡Camaradas, adelante; no vaciléis, adelante siempre!».

Las granadas enemigas siguen estallando a su alrededor: la fusilería arrecia. La mujer sigue avanzando. ¡Camarada...! La granada enemiga, violenta y odiosa, estalló sobre su pecho y deshizo en mil pedazos aquel cuerpo bello, y aquel corazón ardiente cesó sus latidos y aquella voz enérgica enmudeció para siempre aventada en la inmensidad del espacio y en el fragor de la lucha.

Tierra y Libertad, n.º 4, Barcelona, 6 de febrero de 1937. Firmado: *Kyralina*.

Mujeres heroicas (II)

19 de julio. Es el amanecer de la gran incógnita que va a decidir de una vez para siempre la tenaz pugna entre la libertad y la esclavitud. La mañana histórica, umbral de la liberación del pueblo, se presenta espléndida.

Las Ramblas barcelonesas se hallan invadidas por grupos de gente distinta a la de los otros amaneceres. Hoy no es el juerguista derrengado, ahíto de vicios, ni la pobre prostituta de coloretos mustios, los que transitan por la popular vía barcelonesa. Hoy son los hombres y las mujeres del trabajo y de las inquietudes ideológicas los dueños y señores de la calle.

Los motores de los aviones runrunen sobre nuestras cabezas. El ruido seco y continuado de las ametralladoras se oye con muchas intermitencias. La fusilería no cesa un solo instante.

La lucha está ya en todo su apogeo. Las ambulancias de la Cruz Roja comienzan un ir y venir sin tregua ni descanso. En el intervalo de algunos altos en el fuego, la bandera blanca se agita y se adelanta ondeada por los sanitarios, que no cesan de recoger heridos. Los caídos se cuentan ya por centenares.

Del bar han sido retiradas las mesas y las sillas. Las mujeres del pueblo preparan vendas, yodo y algodones. Los hombres asaltan un hotel de lujo y trasladan sus colchones al bar. El hospital de sangre improvisado está ya en condiciones de atender a los que caen en la lucha. El trajín es enorme. Los lamentos de los heridos nos parten el corazón. Todas las mujeres rivalizan en curar y socorrer a los combatientes.

Una muchacha de rimel y coloretos se refugia asustada en el hospitalillo. Su aspecto de *demi-mondaine* delata su género de vida. Está confusa y sobrecogida. Los disparos la trastornan y entre exclamaciones de Jesús, María y José, le van transcurriendo las horas. En los ratos de tregua, la charla insulsa y frívola que sostiene con los hombres, no dejan ya ninguna duda acerca de su modo de vivir.

Pasan las horas; la batalla es cada vez más encarnizada. La muchacha va cambiando de aspecto, se va poniendo a tono. El dolor y la sangre de tantos heridos comienzan a despertar sus sentimientos. Ya no habla de insulseces. Observa, mira y atiende a todo lo que ocurre a su alrededor, esforzándose en comprender aquel mundo para ella tan extraño.

La noche se avecina, pero no trae la calma. Ahora el cañón comienza a funcionar; su ruido bronco estremece el espacio.

La mujer de la Rambla ya no se levanta ni invoca a Jesús y María. La grandeza del momento ha logrado arrastrarla. Su corazón afina su sensibilidad y, en un arranque atrevido y generoso, se lanza a la calle. Unas lágrimas de coraje resbalan sobre sus mejillas y, con voz angustiada, grita: «¡Canallas!; han matado a uno de los “nuestros”». Ha dicho «de los nuestros». Ha comprendido que, en efecto, «los suyos» eran los que daban su sangre generosa para redimirla a ella, a ella también.

El hospital de la línea de fuego está atiborrado de heridos. Enfermeras abnegadas van de un lado a otro con sus vestidos blancos, atendiendo a éste, alentando a aquél, curando a otro. El combate es duro. El avance cuesta muchas víctimas, y las ambulancias del campo de batalla no cesan de traer heridos.

Los sanitarios, rendidos, piden ayuda y refuerzos para recoger a los que quedaron desangrándose en espera de socorro. La muchacha de la Rambla —que ya no usa rimel— se ofrece voluntaria a ir con las ambulancias a la línea de combate.

El coche de la Cruz Roja avanza por la carretera, protegido y semio-culto por los grandes plátanos que la rodean. Las chozas miserables de los campesinos van derrumbándose carcomidas por el incendio. Los estampidos son ensordecedores. Una humareda espesa y asfixiante hace irrespirable el aire. El coche se detiene y descienden los sanitarios con sus camillas.

La muchacha de la Rambla —que ya no usa rímel— se inclina y venda a un herido. Con mimos de madre le incorpora y le da de beber mientras sus compañeros lo instalan y se lo llevan. Su actividad no tiene un momento de reposo; va de un lado a otro restañando sangre y alentando a los caídos. Su figura blanca, llena de heroísmo y de ternura, sigue curando y consolando a los combatientes, ajena al tremendo peligro que la amenaza. Súbitamente recuerda algo. Se incorpora y lanza una mirada hacia atrás. El fuego es tan intenso, que sus compañeros han tenido que replegarse, y ella está allí sola y rodeada de estampidos y de ayes de dolor.

Por unos instantes, piensa en retroceder para ponerse a salvo de aquel infierno de metralla. Pero ya es tarde. Una garra de hierro se posa sobre su seno. Está en las líneas enemigas.

Aquel amor a los hijos del Pueblo que le amaneció el 19 de julio en el hospitalillo improvisado, le había crecido tanto, que la hizo avanzar demasiado.

Publicado en *Mujeres Libres*, VIII mes de la Revolución (sin otra referencia cronológica de publicación, aunque el octavo mes a partir de julio de 1936 correspondería a febrero de 1937).

Firmado: *Kyralina*.

Mujeres heroicas (III)

Un barrio cualquiera del Madrid obrero y un hogar cogido al azar entre miles, ya que la vida de esta madre recoge y sintetiza el vivir de las mujeres madrileñas.

Por una habitación de una casa de la plaza de la Cebada se pasea de un lado para otro una mujer aún joven, de finas líneas y ojos tristes. Está inquieta. Por la escalera se oyen voces infantiles. Dos lindas cabecitas asoman por la puerta y gritan:

—¡Mamá! Ya llegaron las patatas. Baja pronto que Pedrito te guarda la «cola».

¡Ya voy, demonios! Y tú, Juanín, ¿Cómo te has puesto tan sucio? ¿No sabes que no tenemos jabón?... ¡Ay, qué pejuguera de chicos! Bueno, entrad y encima de la mesa tenéis un pedazo de pan y un poco de leche. Coméroslo.

—¿Y tú ya has comido?

—Sí... es decir, no tengo gana.

La madre se envuelve en un mantón y, ligera, desciende las escaleras.

En la calle hay una algarabía de mil diablos. Las mujeres, nerviosas de tan largas esperas, se alborotan por la más leve cosa. La madre aguanta estoica un plantón de cinco horas. Salió a las diez de la mañana y regresa a su casa a las tres de la tarde.

Los chavales, después de jugar con las cacerolas y saltar encima de las camas, han dejado la casa hecha una pocilga. Y lo peor es que se comieron el pan y se bebieron la leche y... ¡Demonios de chicos ya vuelven a tener hambre!

Al poco rato, la familia se halla comiendo las patatas logradas. La madre, como de costumbre, está desganada y mira como engullen sus pequeños.

—Mamá, ¿cuándo vendrá el padre?

No sé, hijo mío, pero creo que vendrá pronto.

La madre, lentamente y con disimulo, lleva los platos a la cocina; deja caer una lágrima y piensa: no seas necia; otros tan bravos y tan

buenos como tu Pedro han caído y caerán. No hay que afligirse. Sólo a costa de sangre y sacrificios lograremos vencer a esa canalla.

Después, compone su rostro y vuelve hacia donde parlotean sus chicos.

—Mamá, el abuelo Juan dice que a los hijos de la señora Petra se los llevan a Alicante. Dicen que allí no se oyen tiros y que los chicos pueden comer todo lo que quieren. Nos han dicho que si tu nos dejas podríamos ir todos juntos.

—¡Bueno, no me deis más la tabarra! Ya veremos. Ahora, bajaos un poco al patio y dejadme que descanse.

La madre reclina la cabeza sobre la mesa y dormita agitada por pesados sueños.

Se oye el zumbido de los aviones. Las explosiones suenan muy cerca. La madre aterrorizada corre a la calle. ¡Ay, madre mía! Pero sus hijos están ahí, cobijaditos bajo el portal, con sus caritas lívidas de pánico.

En la calle se oyen lamentos y gritos desesperados. La madre se dirige a ver de dónde parten y de quién son. Ha caído una bomba dos casas más abajo, en casa de la Teresa, que corre dando alaridos con su pequeño en brazos chorreando sangre.

La madre regresa a su portal, coge a sus pequeños y sube hacia el piso. Se sienta y medita. En seguida llama a su Pedrín y le dice:

—Hijito, ve a casa del abuelo Juan y de la señora Petra. Vais a marcharos con ellos a Alicante.

Los autocares están llenos de niños entre alegres y llorosos. Las madres, desde abajo, alargan sus manos hacia los pequeños para abrazarlos una vez más. La madre de Pedrín todavía tiene a sus tres hijos en el suelo. Vacila. Un camarada pasa y los sube al coche. La madre le deja hacer. El dolor la aturde, pero no quiere llorar delante de sus nenes. Luego, resignada, murmura: ¡No, a ellos no hay que sacrificarlos! ¡Que se marchen!

Ya se fueron los peques. La madre penetra en su hogar, quieto, desarreglado, frío. Ahora ya es libre. Sale otra vez a la calle, va a ofrecer su trabajo a la causa antifascista.

Es de noche, Madrid, completamente a oscuras, ofrece un aspecto inquietante. De los frentes cercanos llegan hasta el centro los estampidos de las bombas y la fusilería. En cortos intervalos el cañón

retumba sobre la ciudad envuelta en tinieblas. Los facciosos lanzan sobre Madrid un feroz bombardeo de revancha.

Las bengalas iluminan su radio de acción con claridades diurnas. Los reflectores nuestros, con sus ojos monstruosos y sus caminos de luz localizan los pajarracos facciosos. Las baterías antiaéreas del pueblo disparan contra los aviones. Envuelto en llamas cae un avión faccioso.

Sobre el asfalto de la calle, la madre yace muerta. La metralla la tendió de bruces en aquel suelo que ella no quiso abandonar; en aquel suelo tan querido en que vio florecer la certidumbre de la victoria.

Publicado en *Mujeres Libres*, n.º 8, X mes de la Revolución (sin otra referencia cronológica de publicación, aunque el octavo mes a partir de julio de 1936 correspondería a abril de 1937).

Firmado: *Kyralina*.

La lucha en Barcelona

16 de julio, viernes. En los Sindicatos, en las redacciones de nuestra prensa y en las reuniones, se ven rostros serios. Durante las noches, no se duerme. Con actitud atenta se vigilan todos los movimientos del enemigo.

En Marruecos ya ha estallado el movimiento, y Franco y sus huestes son dueños del territorio. La noticia se ha sabido extraoficialmente; pero es cierta.

—¿Hay armas, camarada?

—Pocas; pero no te preocupes, ya encontraremos.

17 de julio. Otra noche de tensión y de espera, pero de actividad. Los militantes del Transporte Marítimo han hecho una buena labor. Saben la llegada de un barco con armamento, y, con audacia, se incautaron de las armas. Juan Yagüe, muerto por la gloria de la Revolución, anduvo aquella noche derrochando energías.

La noticia de las armas trascendió a la policía y al Gobierno. Son las cinco de la madrugada y las autoridades van al Marítimo para adueñarse de ellas.

En las Ramblas hay animación. Infinidad de compañeros afluyen allí por si fueren necesarios sus servicios. Ascaso, el heroico, anda metido en el asunto. Le interrogamos:

—No hay novedad. Hemos podido salvar parte de ellas —nos contesta, con aire sereno.

De pronto, pasa una camioneta de transporte de leche. Allí van las armas. Pero algunas se salvaron.

18 de julio. A las nueve de la noche se presenta Durruti en la redacción de *Tierra y Libertad*. Venía entusiasmado, radiante, y nos dijo, con una sonrisa inolvidable:

—Estad alerta, camaradas. A las doce, en Construcción. Allí ya os darán instrucciones de lo que hay que hacer. Yo, por mi parte, ya estoy preparado. Mirad.

Y nos mostró dos pistolas que llevaba pendientes del cinto.

Noche de efervescencia; idas y venidas; reuniones; expectación y entusiasmo; mucho entusiasmo.

19 de julio. Ya es de día. Los bandos militares fueron arrancados. Los aviones runrunen sobre el cielo barcelonés. El tiroteo en toda la ciudad es enorme. Por fin, dan la cara los fascistas. La batalla amenaza con ser dura y larga. Las armerías son asaltadas. La cristalería de sus escaparates alfombra la calle. Se reparten armas cortas, largas, escopetas de caza, pistolones de tiempo de Mari-Castaña, pisto-litas de jugar los chicos, puñales, cuchillos en fin, todo cuanto se consideraba aprovechable para la lucha.

En la plaza Cataluña se combate para rendir la Telefónica. En la plaza de la Universidad, la Guardia Civil entabla batalla con las tropas de la reacción. En las barriadas obreras se pelea con encono. En Sants la lucha fue tremenda. Las tropas de Pedralbes salieron de sus cuarteles, pero al llegar a la plaza de Badía fueron batidas y vencidas. En el hotel Ritz se hicieron fuertes los facciosos, así como en varios conventos e iglesias. En Atarazanas la lucha es de las más encarnizadas. Los militares, amparados por un enorme paredón solidísimo, son casi inexpugnables. Allí se hace fuego desde primeras horas de la mañana. A los revolucionarios se les ametralla con abundancia de municiones desde el cuartel, desde el vetusto edificio de la Auditoria Militar, de la casa Italiana de Navegación, del Banco de España, y desde la iglesia de Santa Madrona. A las nueve de la mañana, varios

soldados y oficiales aparecen en medio de la Rambla. Los camaradas dan la voz de alerta. ¡La tropa avanza!, pero de pronto se ve a los soldados y los jefes mostrar un pañuelo blanco de paz. Otra vez la voz de los camaradas: «¡No disparéis, compañeros, que se entregan, se pasan con nosotros!». Y a los pocos momentos, soldados y trabajadores se abrazan entre gritos de entusiasmo y lágrimas de emoción. El momento fue de una grandiosidad inenarrable. Recomienza el tiroteo. Los facciosos, iracundos, disparan sin cesar, pero nuestros hombres no son mancos y responden con energía.

En Capitanía General, Goded resiste sin grandes energías. Un par de certeros cañonazos deciden la contienda, y el general se entrega a las pocas horas de iniciarse el tiroteo y de haber bajado del avión que lo trajo de Mallorca.

Rendido el primer baluarte del militarismo, todo el vasto y sólido almacén construido durante el bienio negro se bambolea y se derrumba. Son las once de la mañana del 19 de julio, y la Telefónica está ya rendida. También el hotel Colón. Más tarde se rinde la Universidad. El fascismo, de hecho, está ya batido en Barcelona. Los asaltos a las casas en que se hicieron fuertes los facciosos, a las de los potentados, los incendios de iglesias y conventos, se suceden continuamente. Hacia el anochecer, grandes hogueras iluminan la ciudad. Aparte del resplandor del fuego, Barcelona está envuelta en la oscuridad más absoluta. Grupos de camaradas armados patrullan por las calles. Se oye sin cesar la consigna: «¡CNT!, ¡CNT!», acompañada de algún viva y del tiroteo de Atarazanas.

20 de julio. La batalla sigue en Atarazanas. El domingo, por la tarde, los militares izaron bandera blanca, pero cuando los camaradas se acercaron, hicieron una descarga. Muchos cayeron, pero los demás no desmayaron. La revancha de los nuestros no se hizo esperar. Al poco rato era emplazado un cañón, que disparó su metralla sobre los traidores. La iglesia de Santa Madrona, así como la casa de Italia fueron quemadas. En la mañana del 20 de julio se reconcentraron todos nuestros camaradas para batir el último reducto de la facción. Todos se comportaron como valientes. Ascaso perdió la vida aquella mañana memorable. No podía suceder de otra manera; luchaba como un iluminado, a pecho descubierto. Aún después de muerto, conservaba en su rostro la sonrisa del triunfo y la placidez del deber cumplido.

Todos se comportaron como buenos: los anónimos y los conocidos. Durruti, que fue ligeramente herido, García Oliver, Riera, Carreño, Ortiz, Martínez, Patricio Navarro, Ruano, Aurelio Fernández, Gordo, Manzana, los muchachos de nuestras Juventudes, la camarada Concha, y Palmira, la compañerita Pilar Negrete, que fue herida en una barricada; otra compañera joven cuyo nombre desconozco, que desafiando a las balas no cesaba de ir y venir dando de beber a los combatientes. Fue una lucha en la que todos estuvieron a la altura del momento histórico.

Finalmente decidió y culminó la contienda la gesta realizada por los compañeros del camión. Este vehículo, revestido de colchones, ya manchados de sangre de anteriores luchas, y conducido por el camarada Subías, dentro del cual emplazaron una ametralladora, que fue disparada por el ametrallador improvisado Enrique Carrión y los camaradas Juanel y Cubas, provistos de fusiles, avanzaron por las Ramblas abajo hacia el puerto, y al estar frente a la parte vulnerable del cuartel, dispararon con precisión la ametralladora. Los camaradas que avanzaron a pie, protegidos por el camión, secundaron la labor de la ametralladora. A los pocos momentos el enemigo izó la bandera de rendición; pero esta vez era verídica y definitiva.

Publicado en *Mujeres Libres*, n.º 10, II año de la Revolución (sin otra referencia cronológica de publicación, aunque el segundo año a partir de julio de 1936 correspondería a la edición extra del 19 de julio de 1937). Firmado: *Kyralina*.

Escenas del 19 de julio

En la barricada ondea la bandera roja y negra. Los hombres de la misma están sudorosos, desgreñados. Están bellos; más, sublimes. Con los ojos radiantes de entusiasmo y de fe, con sus frentes erguidas, su pecho al descubierto y con sus fusiles al hombro y los correajes improvisados. Ayer eran oscuros trabajadores del taller y del Sindicato. Hoy ya son héroes. Han entrado en los umbrales de la Historia. Son los guerrilleros de la Libertad.

* * *

20 de julio. Atarazanas.

En el hospital de sangre hay una actividad febril. Mujeres del Pueblo restañan sangre y vendan heridos. Los lamentos de los mismos se confunden con los estampidos de los disparos de la calle.

De pronto traen a Durruti herido. Viene con los ojos encendidos, con el pelo crespo pegado a las sienas. De su pecho de gigante mana un insignificante hilillo de sangre. Su camisa blanca está de ella maculada. La mujer del Pueblo le da un beso, le lava la herida y lo venda. La herida no es grave; es una débil rozadura de bala, pero sobre el corazón.

Parecía que las balas facciosas sabían de la grandiosidad de aquel corazón y le buscaban, le acechaban y afinaban su puntería para destrozarlo. Y lo lograron.

* * *

La armería está con las entrañas al aire. No ha quedado un rincón de la misma sin violar. En su lugar o tirados por el suelo hay objetos de valor; el Pueblo sólo buscaba armas; por eso quedaron allí abandonados. Una mujer joven carga sobre sus hombros delicados toda clase de armas largas que ha podido coger y marcha alegre voceando: «¡Camaradas! ¿Queréis fusiles? ¡Tomad fusiles!».

Después salta ligera dentro de una barricada; sentada en la arena del suelo, reparte su botín. Contenta se yergue. Ella quiere disparar y dispara. «¡Échate al suelo, compañera!»; pero la advertencia llega tarde; un balazo en la cabeza abatió para siempre a la mujer que repartió fusiles.

* * *

Ascaso, con pupilas brillantes y las mejillas encendidas, dispara sin tregua, sobre el enemigo que se bate agazapado tras los fuertes murallones. Se combate en Atarazanas desde hace veintiocho horas, sin descanso y con coraje y los ánimos de los camaradas están, por momentos, más tensos e irritados. Con breves intervalos las ambulancias de la Cruz Roja recogen heridos y también muertos.

Ascaso, tan fino, sentimental y nervioso, no puede seguir más tiempo sometido a aquella situación y, exasperado, se levanta y exclama: «¡Compañeros, hay que atacar de firme! ¡Vamos a rodearles por la retaguardia!».

Con el arma presta al disparo, avanza seguido de un grupo de valientes camaradas. Durante un corto trecho marcharon protegidos por los barracones, pero éstos pronto se terminaron y hubo que salir a luchar a pecho descubierto. Ascaso no reparó siquiera en el peligro y con arrojo siguió avanzando, avanzando siempre hasta que los balazos múltiples de la ametralladora facciosa doblegaron para siempre, hacia las piedras de la calle, el cuerpo exánime de nuestro hermano Ascaso, el anarquista generoso, enérgico e infatigable.

* * *

Martes ya terminó la lucha. Tan sólo los «pacos» emboscados siguen disparando alguna vez. Barcelona está en plena gloria del triunfo. Los autos, con sus banderas rojinegras, ondeando al viento y repletos de hombres armados, desfilan raudos por la ciudad.

El entusiasmo desborda por doquier. La palabra *camarada* es pronunciada con unción; los transeúntes se hablan unos a otros sin conocerse, tuteándose y llamándose camaradas. Una ola de amor y solidaridad parece que inundó la ciudad barcelonesa.

Ningún objetivo a conseguir, ninguna empresa a emprender se hizo imposible; todo era posible, todo era fácil y hacedero para aquellas multitudes abigarradas, alegres y enardecidas por la victoria que, en medio de vítores de triunfo, transitaban por las calles de la Barcelona, confederal, revolucionaria y heroica.

Tiempos Nuevos, n.º 7-8, julio-agosto de 1937. Firmado: *Kyralina*.

La guerra en el frente aragonés

Para conocer algunos hechos de las operaciones pasadas, me dirijo, en Barbastro, a la Delegación de la 127.^a Brigada, de la 28.^a División. Esta Brigada fue la antes llamada «Columna Roja y Negra», que al comienzo de la guerra marchó a las islas Baleares. En ella iban el entusiasta camarada Juan Yagüe, Gilabert, Donoso y un fuerte grupo de buenos compañeros. Después marcharon a Aragón. En el primer ataque que emprendieron allí, murió Juan Yagüe, con dignidad y con bravura, como había vivido siempre.

La «Roja y Negra» siguió tomando parte en todas las operaciones del norte de Huesca. Loperzana, Estrecho Quinto, Monte Aragón recuerdan bien a estos hombres. Ahora, organizada dentro del Ejército Popular, bajo el mando del comandante Máximo Franco, se trocado en la gloriosa Brigada 127.^a.

En la Delegación encontramos a varios compañeros. Pablo, el intendente, sale presuroso en aquel instante. Hay que llevar melones a los compañeros de las avanzadas.

Interrogamos a un joven que fue militante de nuestras JJLL.

—¿Podrías decirme algo de las últimas operaciones?

—Mira, compañera, esto es muy delicado. Lo mejor es atenerse a la discreción de los partes oficiales.

—Bien, conforme, pero cuéntame siquiera algún detalle de la lucha, para estímulo de los Juanitos, Pepitos y Salustianitos de nuestra retaguardia.

—Bueno, te voy a referir dos hechos sucedidos en la toma de Las

Crucetas. Se trata de una posición de gran valor, magníficamente fortificada por los facciosos y defendida por requetés y falangistas. Costó mucho tomar esta línea de defensas que cerraba el paso a Zaragoza por el norte. Aquello era un infierno de pólvora y de fuego. Un tanque nuestro se adelantó impotente. El fuego enemigo lo volvía a nuestras líneas, pero las voces de nuestros camaradas alentaban a los conductores del tanque y éste llegó hasta la trinchera enemiga, barriendo con las ametralladoras la hendidura de la misma y machacando con su formidable potencia las alambradas facciosas. Así fueron nuestras Las Crucetas.

—¿Y el hecho segundo? —Inquiero yo.

—Pues mira, una cosa de las que más me han impresionado últimamente ha sido la muerte heroica de dos compañeros capitanes en una de las más duras acciones recientes. Avanzaban delante de las fuerzas por una interminable llanura pelada, a pecho descubierto, sin una matuja para protegerlos. Nos arrastrábamos por el terreno y, a la vez, íbamos fabricándonos, con piedras y terrones duros, pequeños parapetos para disparar. Así llegamos hasta las alambradas facciosas. Los camaradas capitanes, sin preocuparse del horrible fuego, comenzaron a derribar las alambradas a golpe de fusil; una ráfaga de ametralladora los dejó muertos, colgados sus cuerpos sobre el alambre a medio cortar.

El gesto doloroso del compañero me hace cambiar de conversación.

—Oye, ¿es cierto que tenéis bajo la protección de la 127.^a una guardería de niños?

—Sí, la tenemos instalada en lo que se llama «Torre del americano», y en la guardería, una escuela. Cuidamos 70 niños, refugiados de varios frentes. El maestro, camarada Castro, regenta esta guardería-escuela. Los mayorcitos pueden incluso prepararse en segunda enseñanza. Hace poco, para atender en todos los aspectos a estos pequeños, hemos hecho una colecta en la Brigada y hemos recaudado 10.000 pesetas.

No nos asombramos. No nos asombra ningún heroísmo, ninguna generosidad, ninguna delicadeza de estos hombres.

Nos despedimos y regreso hacia esta compleja Barcelona, confortada con el recuerdo de estos camaradas que en vanguardia saben

luchar como héroes y en retaguardia portarse como hombres conscientes, ejemplares.

Publicado en *Mujeres Libres*, n.º 11 (sin otra referencia cronológica de publicación, aunque corresponde a otoño de 1937). Firmado: *Kyralina*.

Frentes de Aragón

Siétamo aparece ante nuestra mirada, mostrando a la claridad de un sol primaveral sus casas cañoneadas, medio destruidas por la metralla y ennegrecidas por los incendios. Las huellas de la guerra son bien patentes y prueban que las luchas sostenidas en este pueblecito debieron ser duras y cruentas.

Hoy domingo Siétamo vive unos momentos plácidos, las muchachas y los niños nos sonríen al pasar y nuestros milicianos francos de servicio confraternizan con los habitantes del pueblo.

Camino adelante, Monte Aragón luce con orgullo sus torreones, hoy en poder nuestro, y Huesca, la ciudad que debemos y podemos tomar, se divisa ante nosotros a unos miserables kilómetros.

Está tan cerca de nuestro alcance que se nos figura absurdo que no se pueda franquear esta leve distancia e ir a ver con nuestros propios ojos todo aquel mundo formado de curas, falangistas y militares, monjas y pueblo esclavo, que a unos metros de nosotros viven una vida tan distinta, llena de fanatismo y de horrores.

La realidad, enemiga de las abstracciones, nos invita a virar nuestro vehículo y a bordear prudencialmente el cerco apretado y asfixiante que sufre la patria del inquisidor Arbués.

Grañén

Pasamos por Grañén, y la actividad entusiasta y hasta febril que reina por doquier nos dejó suspensos y maravillados. Es día de fiesta, pero el generoso pueblecito aragonés, consciente de sus deberes de gue-

rra, trabaja arduosamente. La iniciativa infatigable de un buen y modesto camarada ha puesto en movimiento hombres, máquinas y talleres al servicio de la cruzada liberadora. Todo el aspecto de la población da una sensación de vida y actividad, que preludia el vencimiento total del enemigo.

El hospital, en lo que cabe (dado que es un establecimiento provisional y de avanzada), está perfectamente atendido. Las tabernas y cafés, sin tóxicos ni licores. En definitiva, un pueblo digno de nuestro encomio y digno de servir de ejemplo a otros menos activos.

Seguimos ruta. Vicien, Castillo de Angiolillo, y de nuevo aparece ante nosotros, como una tentación, Huesca. A nuestra izquierda se yergue un picacho pardusco y poderoso, en cuya cima flamea nuestra enseña rojinegra. Los fascistas la ven sobre sus cabezas como una pesadilla.

Huerrios

Viramos por un camino estrecho. Vamos flanqueando, a pocos metros de distancia, las posiciones enemigas, y llegamos a Huerrios.

Este es un pueblo batido constantemente por la artillería enemiga. No obstante ser tan castigado, no está totalmente evacuado. A nuestra derecha se sostienen todavía unas paredes que se ofrecen a nuestra retina con sus boquetes remendados con piedras y sacos.

Entramos, y nos salieron al encuentro un viejo y una joven, los únicos moradores de Huerrios. Ante nuestro asombro y demanda del porqué seguían habitando aquella casa, nos contestó el viejo que aquella casa la había construido con sus propias manos y que, por lo tanto, estaba dispuesto a morir en ella.

La joven nos enseñó un montón de balines que recogió del último obús que perforó la pared de la cocina, y luego nos dijo, muy resuelta: «Yo no tengo miedo a estos canallas; por lo tanto, aquí aguardo, al lado de mi anciano padre, la derrota de los fascistas o nuestra muerte».

La muchacha, esbelta y enlutada, pone tal acento de energía y decisión en sus palabras, que hacemos grandes esfuerzos por dominar nuestra emoción, que al lado de estos temperamentos tan fuertes, parecía sensiblería de opereta.

La hazaña de los facciosos al derribar estas pobres viviendas, no tiene nada de particular; los obuses no han tenido que perforar gran cosa en aquellas miserables construcciones.

Creo que hemos sido un tanto injustos al mencionar tan repetidas veces los bombardeos de Madrid, sin recordar ni citar estos sufridos pueblos de Aragón, que han sabido resistir estoicamente la metralla enemiga.

Milicianas auténticas

El barro pegajoso de la trinchera nos hace desistir de nuestra marcha. A nuestro regreso nos cruzamos con una joven, casi una niña, que vestida de pantalón y calzada de gruesos zapatones, avanzaba trinchera adelante, saltando con agilidad los baches fangosos.

Camelia Fernández, nuestra miliciana, es una animosa muchacha que ostenta sobre su pecho una insignia dorada del Comunismo Libertario y que ha corrido con ella casi todos los frentes de Aragón. Esta camarada forma parte de una Sección Volante, y con la misma se desplaza a donde las exigencias de la guerra la destinen. Ahora está en Huerrios, alentando con su juventud y su ánimo bien templado a los firmes y valientes muchachos que defienden con tesón estas posiciones de avanzada.

De madrugada regresamos. Tenemos fe y confianza en estos hombres que quedan a nuestra espalda en los parapetos y en las trincheras. Sabemos que ansían pelear fuerte y duro, pero la retaguardia no debe olvidar que para ello precisan lo que todos sabemos, y que mientras no lo tengan, no podrán desarrollar sus energías. Hoy más que nunca nos urge despejar esta situación, un tanto empeñada y agravada por la pérdida de nuestra querida Málaga.

¡Aragón! ¡Aragón! No olvidemos Aragón. Él puede ser el preludio de un resurgir que nos conduzca al exterminio de esta maldita casta que, en el pasado y hoy, ha llenado de sangre proletaria el suelo de esta España revolucionaria.

Tierra y Libertad, n.º 5, sábado, 20 de febrero de 1937, p. 5.

Firmado: *Kyralina*.

Teresa Claramunt

La juventud de ahora apenas conoce su nombre y, sin embargo, Teresa Claramunt representa cerca de cincuenta años de agitación revolucionaria y de propaganda anarquista, a prueba de las más duras persecuciones y en una época en que ella era, se puede decir, la única mujer revolucionaria.

Sin haber recibido ninguna instrucción, supo adquirir por sí misma la necesaria. Hacia 1884 inició ya su acción social en Sabadell, donde había nacido, y a partir de esta fecha intervino en todos los movimientos obreros de carácter revolucionario. En 1888 y 1889 estuvo emigrada en Portugal, junto con su compañero. Hacia el año 1893, época de gran agitación revolucionaria en Barcelona, fue presa, junto con Domingo Mir, a la salida de un mitin celebrado en el teatro de la Gran Vía, en el que ambos habían tomado parte. Desde entonces las detenciones se sucedieron: cuando el atentado del Liceo, el de Cambios Nuevos. Inútil relatar los padecimientos a que en estas prisiones se vio sometida. Ella los sobrellevaba con gran energía. Cuando en Montjuic los verdugos del fatídico capitán Portas comenzaron a someter a tormento a los presos sociales, Teresa, al saberlo desde la cárcel de mujeres, empezó a protestar excitadísima. A las doce de aquella misma noche Teresa fue conducida al castillo siniestro, esposada; con su ropa a cuestas y acompañada de dos parejas de la Guardia Civil. La metieron en un calabozo lleno de miseria desde el que oía los lamentos de los compañeros presos que en los calabozos «O» eran sometidos a tormento. En aquel célebre proceso se pidieron veintiocho penas de muerte y cincuenta y siete perpetuas, entre las que había una para Teresa Claramunt. Las sentencias fueron menos terribles que la petición fiscal; Teresa fue solamente desterrada. Londres, Roubaix, París. En 1898, Teresa pudo volver a España, a continuar sin descanso la lucha. Durante el año 1901 Teresa Claramunt y Leopoldo Bonafulla publicaron un periódico de lucha titulado *El Productor*. En 1902 y por tomar parte en varios mítines con ocasión de una importante huelga en el ramo

Fabril y Textil, Teresa fue detenida nuevamente. Otra vez en libertad y otra vez a la lucha. Presa en Andalucía, presa en Aragón. En este último encarcelamiento —1911— contrajo una parálisis de la que ya nunca se curó.

Después de bastantes años pasados en Sevilla donde, a pesar de su estado, tomó parte en algunos mítines anarquistas, la nostalgia la volvió a Barcelona en 1924. En los últimos años de su vida de enferma, no tenía otra ilusión que poder asistir a la Revolución antes de morir. Por pocos años —murió en 1931— no alcanzó a vivir los momentos actuales.

Mujeres Libres, n.º 12, Barcelona, mayo de 1938. Firmado: *Kyralina*.

Artículo inspirado en la necrológica de Soledad Gustavo (*La Revista Blanca*, «A Teresa Claramunt», 1 de mayo de 1931).

Héroes de ayer Llàcer y Montejo

Mes de noviembre de grandes recuerdos históricos. La defensa de Madrid. La muerte de Durruti. La Revolución rusa. La muerte del querido abuelo del anarquismo español, Saavedra, y del asesinato de nuestros compañeros Llàcer y Montejo.

Fue hace catorce años. El día 8 de noviembre de 1924. La sublevación de Atarazanas y el intento de Vera de Bidasoa fracasaron. A las pocas horas, tras encarnizada persecución en la que se cruzaron algunos tiros entre perseguidos y perseguidores, fueron detenidos en la cochera de tranvías de la Ronda de San Antonio nuestros compañeros Llàcer y Montejo, acusados de delito de sedición.

Se les trasladó a la Jefatura de Policía. A Montejo se le hizo responsable de haber causado la muerte de unos de los agentes que le persiguieron. A Llàcer no le pegaron. A Montejo los vergajazos terribles le arrancaron a tiras toda la ropa y dejaron su cuerpo surcado de horribles heridas. Estas, que no se cuidaron de curar, le causaron hondo suplicio, a nuestro compañero, hasta su ejecución.

Noche del 10 de noviembre de 1924. Barcelona bullía cascabelera, ajena al drama, que entraba en su fase patética, en el case-rón de la calle de Entenza. Las radios callejeras chillaban sus *couplets* de moda. Las luces multicolores de los anuncios comerciales brillaban jugando al escondite, con los ojos cándidos de los barceloneses. Recuerdo siempre con congoja, la alegría desenfadada y frívola de aquella noche tan triste para mí y para los compañeros. Después de atravesar los barrios céntricos, maldiciendo a toda aquella barahúnda de gentes y cosas chillonas e indiferentes a la situación social, llegamos a los parajes solitarios y oscuros de la cárcel Modelo. Allí cambiaba por completo la decoración. Del ambiente de sainete de los barrios del centro de la ciudad, pasábamos, sin bruscas transiciones —como es cosa clásica entre españoles—, al del drama que se iba a desarrollar en una calle de la periferia.

La Modelo y alrededores estaban a oscuras. Tricornios y más tricor-nios en las esquinas. Soldados de vigilancia en los puntos estrat-égicos y, por doquier, muchas sombras, al parecer de embobados transeúntes, pero, en realidad, de agentes secretos.

Llegamos frente a la garita de vigilancia en la entrada de la Mode-lo. Íbamos la familia de Montejo y yo. La de Llàcer, por hallarse en la Jana (Castellón), no pudo llegar a tiempo, ya que a ambos compa-ñeros se les juzgó por el fuero de Guerra y tan sólo estuvieron dete-nidos dos o tres días.

Un guardia civil nos cerró el paso. Una nube de aquellos sospe-chosos transeúntes nos rodeó con caras foscas.

—¿Adónde van? —nos preguntaron.

—Somos los familiares de los condenados a muerte y venimos a visitarles.

—Pasen.

Un grupo de periodistas intentó agregársenos con el objeto de penetrar en el interior de la cárcel. Fueron descubiertos y se les prohibió, de una manera tajante, la entrada. Aquel hecho tan mons-truoso no se quiso que constara en los anales del periodismo de una forma explícita. Sobre él se tendió el manto del misterio y del olvido. Y cuanto más rápido mejor. La crueldad alfonsina no queda-ría, de esta forma, tan patente.

Fernández Valdés, conocido por *El Chato*, nos salió al encuen-tro, así como el abogado defensor, señor Trigueros. Ambos actua-ron en el Consejo sumarísimo.

El tipo antipático de Valdés se nos acercó...

—¿Quiénes son los familiares? —preguntó.

—Nosotros —respondimos.

—Vamos a ver, ¿hermanos, padres?

Entonces hubimos de declarar el grado de parentesco. Yo era una prima de Montejo. El Chato tuvo en aquel instante el único des-tello de inteligencia de toda su vida y dijo:

—Ésta —refiriéndose a mí— no es parienta. ¡Que no entre!

Esto despertó en mí el coraje y la audacia. Me acerqué a Valdés y, agarrándole por la chapa de latón de su cinturón de militar, me encaré con él y con ojos chispeantes le dije:

—¡Haga lo que usted quiera; pero yo he de entrar a ver a los reos!

La fiera se quedó un momento suspensa, asombrada de mi arran-que.

—¡Que venga una matrona y registre a esta mujer! —gritó con voz destemplada.

Al momento cumplieron por dos veces la orden, con todo refina-miento y escrupulosidad, y, finalmente, se me dejó entrar.

La sala llamada de los abogados se hallaba llena de militares, Hermanos de la Sangre, guardias civiles y leguleyos. En el centro de la misma, los «hermanos» habían levantado un altar, iluminado con sendos cirios, que esparcían ese olor tan especial, propio de los velatorios y de las iglesias. El altar, con sabio cálculo, se había situa-do enfrente de las celdas de los condenados. Las puertas de aqué-llas tenían que permanecer abiertas, por órdenes superiores, a fin de que los reos, de grado o por fuerza, pudieran presenciar la sar-cástica ceremonia de la misa. Nos adelantamos con el ánimo sobre-cogido de rabia e impotencia, por no poder desbaratar con un pun-tapié todo aquel tinglado de falsa y cruenta religiosidad.

Un «hermano» nos acompañó a la celda de Montejo. Tuve al momento ante mi vista, y segundos después entre mis brazos, al citado compañero. Éste era, unos días antes del Consejo sumarísi-mo, un mozo de 19 años, moreno, robusto, de aspecto simpático,

de ojos negros, de mirar dulce y algo ingenuo. Después de los breves días de tortura, se había transformado en un ser enflaquecido, sangrantes las espaldas y el pecho. Vestido de restos sucios y colgantes, de lo que fueron sus modestos y limpios vestidos de obrero. Las botas sin cordones y los pantalones sin cinturón que le sujetaran por haberle sido arrebatadas dichas prendas por los policías, daban a su tipo una fisonomía de dejadez y de abandono, que patentizaba, al mismo tiempo, las crueldades a que había sido sometido. En aquel instante supremo, sus ojos tenían una mirada de asombro y de dolor.

—¡Hermana! ¡Hermano! ¿Ha fracasado, pues, todo?

—No —respondí, mintiendo a sabiendas.

—La familia y el abogado me han dicho que, probablemente, nos concederán el indulto.

—Puede ser. Pero bien sabes tu que todo «indulto» es una farsa de tus verdugos para congratularse con tu familia.

—Sí; no espero nada. En algunos momentos el dolor físico de mis heridas me ha hecho vacilar. Ahora tú, es decir, el recuerdo de las ideas y de los compañeros, me reanimáis. Ya soy fuerte. Vencemos y yo moriré como un hombre. Toma, Lola; aquí tienes una carta para Juanel y otra para mi novia. Son las postreras líneas escritas por mi mano.

Éramos entonces muy jóvenes para poder vivir con serenidad aquellos momentos tan intensamente emotivos, y aunque él estaba posesionado con fervor de su papel de héroe y yo del no menos importante de mujer fuerte, que en aquellos momentos representaba a todo nuestro Movimiento, no pudimos resistir nuestra avalancha de dolor que ponía un estrecho nudo en nuestras gargantas juveniles y, al fin, cerrando la puerta de la celda para que aquellos señores no gozaran con nuestra amargura, rompimos ambos a llorar, abrazados como dos niños. Afuera se oían sin cesar los golpes que daban para construir el tablado, en donde, el verdugo de Burgos debía ahorcar a los reos. Eran las cuatro de la mañana.

No es cierto lo que se dijo, que Montejo confesara y comulgara. Ya he dicho que el altar estaba frente a su celda, y que la puerta de ésta tuvo que permanecer abierta. Por lo tanto, el preso y nosotros hubimos de presenciar, en parte, la ceremonia religiosa. En cambio es

cierto que los «hermanos» abusaron del quebranto físico de Montejo y de la tolerancia de un hermano suyo, que todavía creía alcanzar, con pequeñas dejaciones, el indulto del condenado. Los «hermanos» zarandearon de lo lindo a aquel joven de 19 años, para hacerle claudicar de sus convicciones. Puedo asegurar, como testigo presencial de aquel hecho, que no lo lograron. Envalentonados por los correctos modales de aquel niño o por la tolerancia de algún familiar suyo, los ensotados intentaron salir airoso de trance tan comprometido. Así, al comulgar, el sacerdote, en la misa, se acercó a nuestro compañero, y abriéndole la boca le introdujo a viva fuerza lo que ellos llaman la sagrada forma. Protestamos y se nos amenazó con la expulsión fulminante de la cárcel y con la detención y proceso. Háganse cargo los lectores del régimen de terror de aquellos estados de guerra, con que se sometía al pueblo en el periodo borbónico.

Entré más tarde en la celda de Llàcer. Era un hombre de 26 años, bien parecido, de proporciones físicas armoniosas. No le pegaron, y su organismo, sin quebrantos, pudo tener energías morales para sobrellevar aquella condena a muerte. En el juicio hizo unas declaraciones tan atinadas y tan valientes que impresionaron a todos cuantos le oyeron. Así, en su celda de condenado a muerte, estaba sereno, fuerte y magnífico en su arrogante actitud. Sus ojos tenían un mirar centelleante; sus mejillas estaban coloreadas. Nadie ni nada delataba en él al hombre que de una manera inexorable tenía que morir dentro de breve rato.

Un momento antes de mi entrada, los Hermanos de la Sangre habían colgado de su celda un crucifijo, el cual, en medio de gran estrépito, fue a parar por sus manos al centro de la gran nave de afuera. Estaba solo. A los «hermanos» no les fue simpático, como es natural, aquel sacrílego.

—¡Lola! ¡Llàcer! ¡Amiguita mía! Viene tu visita a las mil maravillas. El abogado me está instando para que haga testamento a favor de mi compañera. Dice que si no hago esto, se cobrarán de mis tierras los leguleyos para pagar las costas a que he sido condenado por el Tribunal Militar. Tú ya sabes cuán enemigo he sido siempre de la propiedad, de las herencias y monsergas de esta clase.

—Mira, Llàcer, tienes un hijo y tu compañera bien sabes que quizás en estos momentos esté dando a luz [como así era] a otros vás-

tagos tuyos. Si se han de aprovechar estas gentes vale más que se beneficien los tuyos.

—¡Aceptado! ¡Voy a hacer testamento!

El abogado le entró recado de escribir y, rápidamente, redactó su voluntad postrera. Además de la distribución de bienes, recomendaba a su compañera que diera una instrucción libertaria a sus hijos.

Las cinco sonaron en el reloj de la cárcel. Abrazos y forcejeos de voluntades que no querían desmayar en aquellas horas supremas a los dos luchadores, y a la calle; unos, con el corazón transido de dolor; otros, hacia la muerte. El alba clareaba ya sobre la ciudad. Los ataúdes estaban preparados para recibir a sus eternos huéspedes. Montejo, fuerte, con paso firme, se dirigió al cadalso. Antes de poner el cuello en la argolla, gritó:

—¡Viva la Anarquía!

Llàcer, valiente hasta la exageración, fue el último en morir. Al poner el pie en el tablado de la muerte, preguntó al ejecutor de la Justicia:

—¿Eres tú el verdugo?

Al recibir la respuesta afirmativa, regó con un escupitajo máximo el rostro del verdugo de Burgos. Éste se vengó de la afrenta, torturándole con saña, que hizo la agonía del héroe lenta y cruelísima.

Así terminó un episodio de las luchas del anarquismo contra la opresión. La actitud resuelta de aquellos compañeros eliminados por la justicia monárquica, que tantos estragos causó en España, ha tenido millares de imitadores. De sus propias familias, no han sido pocos. El hijo de Llàcer, que contaba seis años cuando aquel fue ajusticiado, fue, más tarde, profesor racionalista en su pueblo natal, La Jana (Castellón). El 19 de julio se alistó voluntario en las columnas confederales. En la retirada de Aragón perdió la vida o cayó prisionero de los facciosos. Su atribulada madre no ha sabido más de él. Del parto que ésta tuvo cuando Llàcer estaba en capilla nacieron dos niños muertos a causa de la impresión dolorosa que recibió la madre con la noticia de la muerte de su compañero. He aquí una familia destruida por el turbión de la lucha contra el despotismo.

La familia Pérez-Montejo ha seguido siendo un ejemplo de hogares de nuestros clásicos compañeros, tan modestos, tan anónimos,

ricos en generosidad y solidaridad para con las ideas y sus hombres. El sobrino de Montejo, Amaranto Pérez, discípulo de la «Farigola» del Fabril, es hoy maestro y activo militante del Sindicato de Profesiones Liberales. En la actualidad, ocupa en nuestro Ejército del Pueblo, el cargo de inspector de las Milicias de la Cultura. Y para broche final, acaba de morir en el frente del Ebro el teniente J. Montejo, sobrino de aquél. Éste ha hallado la muerte al intentar recuperar una posición que nos había arrebatado el enemigo. Una bomba de mano lo hirió gravemente, y a las dos horas expiró entre los brazos de los sanitarios.

¡Gloria a nuestros caídos! Vaya en esta fecha memorable mi recuerdo sentido y férvido para aquellos y todos los luchadores que en tierras de España han dado y dan su sangre y sus vidas en defensa de las libertades del Pueblo.

Solidaridad Obrera, Barcelona, 16 de noviembre de 1938.

Firmado: *Kyralina*.

TEXTOS DESDE EL EXILIO

Inquietudes del momento. Sobre la reorganización de la FAI

No obstante los fallos que hayamos podido constatar durante nuestra gloriosa revolución, el Anarquismo quedó después de ésta, y aún más después de la última hecatombe guerrera, la más sólida y magnífica afirmación de la máxima integridad de los valores morales del ser humano. El Anarquismo como concepción moral de superación y posible perfección del Individuo, no podrá jamás —a mi juicio— hundirse en el fracaso, en la nada. El Anarquismo es el afán de libertad y de adquisición de conocimientos útiles y beneficiosos al hombre, de las generaciones pasadas y presentes, que en línea de arranques impetuosos unas veces, o de desfallecimientos decadentes otras, en penoso zigzag, pero recuperando el equilibrio y la firmeza siempre, se dirige hacia una concreción suprema, la de mejorar al Individuo y la Colectividad. Yo interpreto el Anarquismo en todo cuanto de fraternal, humano y comprensivo tenga el ciudadano hacia su semejante. Para mí, es todo cuanto han gozado de beneficioso las comunidades humanas en Libertades, Ciencias y Artes y toda conquista del orden que sea, que tienda hacia el Bien común.

El Socialismo Libertario es una teoría perfecta: a pesar de los grandes progresos, del culto que se profesa a la inteligencia, relegando casi siempre el sentimiento; pese a las corrientes de sabio practicismo de beneficio particular, aun en detrimento del conciudadano, normas que privan en la mayoría, o casi la totalidad de los ambientes sociales; más tarde o más temprano, si se quiere encontrar el verdadero norte de las relaciones humanas, se tendrá que mirar hacia las doctrinas de Paz y de Concordia del Anarquismo. Éste, no es sólo teoría, sino también una práctica de realizaciones inmediatas ya que numerosas aportaciones de orden social que han elevado el nivel moral, económico e instructivo de los pueblos, han sido partículas de esa fecunda matriz, del Socialismo Libertario.

La nueva Federación Anarquista Española —ya que lo de Ibérica debería modificarse— debería ser integrada por hombres aptos para la nueva etapa de realizaciones constructivas.

Compañeros de cultura y capacidad, para ir aplicando de una forma sabia, dosificada en las posibilidades, multiforme, seria y eficaz, las normas impregnadas de Anarquismo a todos los estadios, adonde nos lleven —quizás— las futuras intervenciones sociales y hasta políticas, de la próxima etapa de nuestra vuelta a España.

Habrà quien tema en la posible intromisión o dictados de la FAI cerca de los grupos que tengan —tal vez— que intervenir en los organismos del Estado. Para evitar esto, los componentes de la FAE deberían comprometerse solemnemente a usar exclusivamente los métodos de la captación y persuasión honrosos y leales.

Tal vez algunos compañeros crean que este criterio mío peca algo, ¿cómo diré?, tal vez de angelical o de ilusorio, pero yo insto a los compañeros a que mediten y verán la conveniencia y la salud orgánica, en que: una vez recuperada nuestra libertad de acción y de movimiento, dentro de la normal lucha de la libertad contra la opresión, hemos de hacer por propio instinto de conservación, todo cuanto podamos para sanear, adecentar y dignificar el módulo funcional de nuestro movimiento interno. La cordialidad, la confianza y el respeto al compañero deben presidir todas nuestras relaciones.

En una asamblea alguien habló de una FAI —casi siempre de exportación capitalista— compuesta de salteadores, de gente inculta y hasta asesina. Sin negar de una forma rotunda esa aseveración, hay que serenarse y meditar lo difícil que era controlar con la debida escrupulosidad y acierto un movimiento tan vasto, de unas características tan especiales, que se movió en la clandestinidad casi siempre y que tuvo que defenderse y actuar contra el imperativo de una situación de agresión constante a la libertad. No hay que acusar sólo a la FAI de sus métodos de defensa, sino que hay que buscar los móviles de violencia y atropello de que usaron siempre en España la Burguesía, el Clericalismo y el cerrilismo de nuestros políticos arcaicos y necios.

Los métodos de violencia que hubo que emplear como defensa de la FAI, atrajeron hacia su seno a ciertos elementos que debieron usarse, sin poder ser demasiado exigentes con ellos sobre su pureza moral. Hay que consignar que no sólo en la FAI se incrustaron

esos elementos, también existieron dentro de las J. de D. [Juntas de Defensa] de los Sindicatos.

¿Pobreza de cultura? Falta de elementos instruidos y capacitados para poner en práctica las ideas y para desarrollar una elevada y útil propaganda. ¿Que existió el grupo de la «Escoba» o el de los «Fills de Puta»? Sí; hubo esto y más. Pero la raíz de esta anomalía hay que buscarla propiamente en el mezquino nivel cultural de que sufre el proletariado español, puesto que esos militantes emergieron casi siempre de las entrañas del pueblo obrero.

No obstante, hay que consignar y hacer justicia a una pléyade de militantes, autodidactas casi todos, que llegaron a forjarse una cultura superior, entre la vorágine de una lucha cruentísima, amenizada con intervalos penosos en las cárceles, en las deportaciones y los palos de la Jefatura de Policía.

Bien está que recordemos, para corregirlos, los fallos de la «Escoba», de los «Fills de Puta», o el «Arroja la Bomba», o de los Ateneos sórdidos. Desde luego, haciendo la salvedad, de que en el grupo «La Escoba», por ejemplo, hubo magníficos compañeros como en el de los «Fills» hubo la gloria del Sindicalismo que se llamó Seguí. Pero paralelo a esos desaciertos, más de forma que de fondo, no podemos olvidar ni omitir el derroche de energías bien empleadas, el heroísmo de muchos de nuestros mejores militantes, el espíritu de sacrificio y el afán de superación que privó en muchos de ellos y que se expandió a los grandes núcleos populares y llegó a impresionar a muchos intelectuales independientes de gran valía.

En el aspecto propagandístico y cultural, acude a mi memoria el esplendor de la Editorial Tierra y Libertad. Ésta tomó tan gran auge que llegó a ser un serio motivo de temor de competencia con las grandes casas Maucci y Sopena. La FAI llegó a tener tal fama y respeto que adquirió, para enriquecer la colaboración de sus publicaciones, a elementos de tan sólido prestigio nacional en el mundo de las letras, como fueron Julio Senador, Gonzalo de Reparaz, Alberto Carsi y el gran sabio Comas y Solá.

Resumiendo y para concretar y terminar: creo debe reorganizarse la FAI con la modificación de «Federación Anarquista Española»:

1.º Aun cuando el Anarquismo deberá, quizás, sufrir modificaciones de orden táctico y hasta doctrinal, en el sentido que, *aun dentro*

de nuestra posible intervención en la Administración Pública, no se trata de disminuir la eficacia de una doctrina de lucha, porque el individuo, por su posible mejoramiento, cultural, educacional, moral y físico, vaya prescindiendo paulatinamente, del sistema del castigo y coacciones de fuerzas externas, para comportarse en hermano con su semejante, por propia y libérrima convicción e iniciativa.

2.º Porque hoy más que nunca, después de lo que se ha pisoteado la dignidad humana por el imperio de las ideas totalitarias de opresión, hay que robustecer con más energía, la concepción de individualidades fuertes, completas, de una característica y personalidad que puedan hacer frente y resistir los aluviones de los dictadores mesiánicos. A las mentalidades de masa, de rebaño, o de montón, expuestas siempre a ser juguete de toda clase de Dictaduras, se las ha de combatir con el agujón vigoroso de las recias individualidades.

3.º Porque dentro del concierto de todo un pueblo, de una Constitución legal, dónde todas las concepciones tendrán libertad de expresión y de organización, no pueden los anarquistas quedar al margen de este beneficio, siempre que usen de los métodos legales y nobles de la propaganda y de la persuasión.

4.º Porque en la nueva fase, que tal vez deberán emprender los compañeros libertarios, hará falta que éstos puedan contar con una base y apoyo orgánico que les sirva de sólida orientación.

5.º Como la CNT, todavía lleva en sus máximas «La CNT tiene como finalidad el Comunismo Libertario». Esta premisa es la afirmación de que no puede existir un organismo social carente de un norte ideológico, fundamentado en una moral social, en estrecho maridaje claro está, con la función de economía. Lo Político, lo Social y lo Económico debe ser un triunvirato unido y armónico.

No se puede fomentar una organización amorfa basada solamente en las necesidades del individuo como asalariado. Hacer del hombre, o creer que el hombre es un ente sin ninguna aspiración ideológica o moral es una concepción falsa. Cada individuo es un ser complejo, de múltiples facetas y aspiraciones de orden moral y material. Sufre como asalariado y tiende a liberarse de la miseria, y para ello no podemos impedir que cada uno tenga sus interpretaciones o preferencias, y una forma propia de apoyar una marcada política, u orientación social para aminorar sus padecimientos y mejorar su nivel de vida.

Conscientes, pues, de que el Socialismo Libertario es beneficioso para todas las clases del Pueblo, debe reorganizarse la nueva FAI con carácter constructivo, ponderado pero batallador, para que pueda ser nervio y poderoso armazón moral de la CNT.

Texto inédito presentado por Lola Iturbe en los coloquios clandestinos de la FAI, en Montpellier, el año 1943.

Firmado: *Kyralina*.

Héroes del pueblo. Durruti

Bruselas 1923. La Casa del Pueblo, hogar acogedor, reúne a toda la militancia expatriada por la dictadura de Primo de Rivera.

Durruti, Ascaso, Callejas, Alfonso Miguel, Magriñá, Antonio Rodríguez, ¡y tantos otros!..

Época de verdadera camaradería, cordial y cálida, de un afecto a toda prueba. ¡Qué felices éramos entonces! Luchábamos con un entusiasmo ciego, fervoroso. Durruti, recién liberado de la cárcel francesa animaba nuestras tertulias con su palabra exuberante, ingeniosa, llena de ideas y conceptos, amenizada con sabrosas anécdotas vividas por él en sus largas andanzas por el mundo.

* * *

1.º de Mayo de 1931. Mitin monstruo en Bellas Artes. Parlamentos fogosos, multitudes frenéticas de entusiasmo. Banderas, banderas.

El rojo y negro puso un incendio de color en las calles barcelonesas.

Aplausos, ¡Viva la FAI!, ¡Viva el Comunismo Libertario!, ¡Viva la Confederación! Las gargantas se quedaban roncas, secas. Barcelona entera inundó las calles en manifestación.

En la plaza de la Constitución, la multitud vibra de vítores y cantos. De pronto... suenan los máuseres. Los caballos de la Guardia

Civil despejan la plaza. Arrecia la fusilería y el gentío huye. Aquella quedó limpia de gente, desierta, sin un alma... Arriba, subido en un farol está Durruti. Tiene el gesto de querer arengar al pueblo, pero es tarde, él solo ha quedado allí. Unos pocos, protegidos por un camión, hemos podido presenciar el temple del luchador.

* * *

¡1936! Atarazanas. Muerte de Ascaso. Lucha encarnizada, feroz. La militancia barcelonesa en bloque dispara sobre el enemigo. Hace barricadas. Se bate con fiereza. Ya hay muertos, ya hay heridos. Durruti llega al improvisado hospital de sangre. Está herido en el pecho. Su camisa está maculada de sangre.

Las balas fascistas ya le rondaban el corazón.

¡Noviembre 1936! ¡Madrid está en peligro! ¡Hay que salvar la capital de España!

Los cañones fascistas disparan sobre la ciudad. Los incendios iluminan el cielo de la capital. Por varias arterias, conduciendo al centro de la villa, los temibles moros. Alemanes e italianos, con armas modernas, y poderosas, engrosan el ejército de Franco. Los Capronis cruzan vertiginosos lanzando su carga mortífera sobre Madrid.

Momentos de tensión, de angustia. Firmes. No pasa nada ¡No arredrarse! ¡No pasa nada! Surgieron para contener la ola invasora, unos hombres. Val, Mera, Hernández y toda la energía arrolladora de todo un pueblo dispuesto a cerrar el paso al invasor.

¡Toda España a defender Madrid! ¡Hay que defender Cataluña en Madrid! Y allí fue Durruti.

Llegó en los días álgidos y fervientes de la defensa. Ocupó su puesto, un puesto de honor, el del peligro. Y frente a las posiciones del Clínico, las balas enemigas silenciaron para la eternidad el corazón del HÉROE DEL PUEBLO.

Durruti, hermano, compañero. Moriste en plena gloria en el plenilunio de nuestra lucha. A los que han sobrevivido, les ha tocado todavía beber la amarga cicuta del alto el fuego; ¡qué de muertos, de humillaciones y de dolores hemos tenido que presenciar y que sufrir! Pero... «Siempre a la tormenta sucede la bonanza y a la nocturna sombra la majestad del sol».*

Y henos aquí, Durruti: rehechos de nuestros jirones. Nuevamente en pie, en la brega de nuevo, para conseguir tus caros ideales por los cuales moriste.

* Versos de la poesía *La patria de mis sueños*.

Exilio, n.º 14, Mauriac, 3 de noviembre de 1944. Firmado: *Kyralina*.

Canto a mi España

«Una nación que cría hijos que buyen de ella por no transigir con la injusticia, es más grande por los que se van que por los que se quedan».

A. Ganivet

¡Qué nostalgia que siento de mi España! ¡Qué hambre y sed de volver a ver su cielo, de tostarme y quemarme con su sol, de pisar firme su suelo! ¡Tierra de España!, ansío pisarla, primero fuertemente, a taconazos duros, con dominio, para advertirla de mi presencia. ¡La exiliada vuelve! ¡Y la libertad también! ¡Que se entere la tierra de mis sueños! Luego mis pies la hollarán despacio, más suave, como si fueran calzados con escaupines de terciopelo blanco. Mis ojos arrumbarán la altivez y se harán dulces y tiernos para acariciar mi suelo y mis rodillas se tornarán flojas y humildes hasta que mis labios lo besen, con material cariño.

Tuve que huir de mi España cuando la iniquidad la abarcó toda; cuando su sol quedó ensombrecido por el mar de las camisas negras. España que había sido «en las desdichas grande» cayó esta vez en la mayor desdicha, sin grandeza. Huimos yo y mi vida, batidos, pero no vencidos, por los amargos vericuetos del exilio.

Llevé mis tesoros de recuerdos bien guardados en mi alma, para gozar de ellos cuando mi vida no fuese vida, de vez en cuando, enferma de añoranza, de morriña, y entonces despacito, con primor y orden, voy mirando mi cinta cinematográfica.

Veo mi pueblecito valenciano, azul, naranja, dompedros, nardos y jazmines, arrozales y azafrán. Luego, en mi adolescencia, Barcelona la mediterránea, con su mar, su Tibidabo y Montjuic, su barrio gótico. La religión católica traducida en piedras de arte. Sus sindicatos, sus barriadas obreras. San Martín, Sants, San Andrés, Horta. ¡Las banderas rojinegras al viento cruzando raudas las calles de la Plutocracia catalana!

Yo era entonces una Verdad anchurosa y activa. Mi profesión de fe, mis ideales, podía derramarlos generosamente y profusamente sobre mis almas gemelas. Ahora ¿a quién hablar?, ¿dónde propagar y convencer, sin sentirse el rostro cruzado por la indiferencia?

Antes de mi condena me sentí hermana del mundo. Me emocioné y pensé en Víctor Hugo y Laurent Thaillade, en Dickens y Carlyle, en Gogol y Kropotkin. Pero hoy, ¡con qué unción tan fervorosa leo y releo a Galdós, a Unamuno, a Ganivet o a Mella! ¡Qué sonoro y hermoso es el castellano! Sólo la mística de sus frases inunda de lágrimas mi ojos.

Cuando me liberen volveré a mi España y toda esta ansia mía, ¿no se trocará en decepción amarga?

Quizá me sentiré extraña en mi tierra y en algún atardecer de otoño repita con Machado la tristeza de su verso: «Aguda espina dorada, quien te pudiera sentir en el corazón clavada».

España Libre, Toulouse, 1947. Firmado: *Kyralina*.

Pasó otro 19 de julio

«La vida se paró en seco». No podía ser menos. Fue el momento grandioso, la eclosión, la madurez, el estallido de la acción, de un sueño, de un anhelo, que había sentido el pueblo español, ansioso de renovar formas de vida, de enterrar injusticias y de hacer carne y realidad la fraternidad de los esclavizados.

¡Cómo recuerdo el sol cascabelero, cálido y acariciador de aquella mañana inolvidable! ¡Qué suavidad de brisa! ¡Qué oleada de intensidad azul, sobre nuestras cabezas! ¡Qué música extraña, sobrecogedora, tonante y esperanzadora, sonaba en los cielos y en las calles de nuestra Barcelona confederal! Eran los aviones de la rebelión y de la fusilería del Pueblo en armas contra el Opressor.

¡Oh vida, con qué intensidad te volcaste sobre nuestros corazones en aquellos días de epopeya! Después... recuerdos dolientes de las bajas gloriosas de los grandes militantes como de los humildes, de los anónimos, hombres y mujeres del pueblo. Fusilamientos en masa, torturas, puerto de Alicante, Albaterra, primeros campos de concentración, cárceles. El vencimiento, la derrota, el éxodo, nuevamente, el desprecio de nuestra dignidad. ¡Un pueblo que había hecho su código de moral de la dignidad humana! Y luego la muerte, de nuevo la esclavitud de los campos de concentración, en las Compañías de Trabajadores, otros en los Campos de Alemania, otros en los sufrimientos amargos, callados, ignorados y sin gloria de las enfermedades contraídas de rodar por el mundo carentes de medios de salud; otros en las batallas de los Campos de Guerra. Otros en lejanas tierras del Nuevo Continente y hasta para que no quedara lugar en la Tierra que no fuese honrado con la sangre de los luchadores españoles, las aguas del Atlántico fueron también abrigo de un refugiado ilustre... Pero no todo está aventado; pese a la indiferencia del obrerismo internacional y de las democracias del Mundo, no está todo pisoteado y destruido. Quedamos *aún y en pie*, poderosos núcleos de combate. Que tenemos como máxima gloria el haber sido factores, grandes o chicos, de aquella sublimi-

dad del 19 de julio y como tesorero norte reconquistar a España para que en ella alumbre de nuevo la antorcha de la vida digna en la Libertad.

Madres de nuestra España

Madres de militantes. Cómo os recuerdo, afanosas, animosas y fuertes en las penosas esperas de la Jefatura de Policía, en el Palacio de Justicia del Paseo de San Juan, en el doloroso víacrucis de la calle Entenza. Qué dura vida de heroico y abnegado sacrificio. Pasar en silencio las penalidades económicas del mísero hogar, trabajador español, y correr, correr siempre, intensamente, hacia el auxilio del hijo, casi siempre preso, otras desterrado y otras maltrecho por los golpes de los polizontes en algún cuartelillo de la Guardia Civil. Volar siempre hacia él, con el paquetito de la ropa de nardo, recosida y planchada, con el cestito de la comida, limpia y frugal, y con la dulce sonrisa del «no te apures hijo, nosotros vamos bien». Mentira sublime para permitirle al hijo sosiego de espíritu y fuerza moral para mantenerse erguido ante sus carceleros. ¿Tiene la madre conciencia de un ideal? Una veces sí, casi siempre no. ¿Era Emilia Abadía una militante anarquista? No. Era simplemente una mujer del pueblo. ¿Que de dónde sacó esa fuerza espartana para seguir el martirologio de sus hijos Francisco Ascaso y Domingo? Misterios de la Naturaleza que a veces siembra virtudes en corazones humildes que debiera haberlas armonizado con fuerzas de cerebro y de carácter. Jamás pintor o escultor ha podido encontrar ni en la famosa «Niobe» el acento del gran dolor, del callado y augusto gesto de esa madre humilde campesina ante el cadáver de un héroe del pueblo, su hijo, muerto en la apoteosis de la Revolución.

Y ésas fueron las madres de libertarios que conocí. Pero ahora hay también otras madres que no conozco. Que no puedo escribir ni de sus gestos ni sus rasgos. Pero sí de sus acciones. La Jefatura, el Palacio de Justicia, la calle Entenza. Todos aquellos antros de tortura que yo conocía externamente, se han multiplicado. Se han vuelto más densos y más crueles en toda España. Y así sé de otras madres, que tratan de nuevo por caminos de dolor hacia las mazmorras fran-

quistas, de llevar el consuelo del repetido «hijo no te apenes, estamos bien». No conozco a esa madre de Vicente Díaz, el Benjamín de Alcalá de Henares, que estuvo condenado a muerte y seis años de presidio, ni a esa otra que camina cada semana treinta kilómetros para ir de Madrid a Alcalá a ver a su hijo... y esa Madre que tenía a su hijo en Badajoz y ella mísera y exenta de dinero no podía coger el tren y caminaba cincuenta kilómetros cada semana para ver a su hijo preso, cincuenta de ida y cincuenta de vuelta. Testigos del hecho afirman que ni una semana faltó al hijo preso en Badajoz la visita de aquella Madre sublime y mártir.

¡Madres españolas a las que conocí y a las desconocidas! Quisiera dedicaros todas las frases épicas, grandilocuentes, ditirambos y elogios de que tan rico es nuestro idioma castellano, pero eso me parecería ampuloso y poco sentido. Así mi corazón se acerca hacia el vuestro, o hacia vuestro recuerdo, en profundo y sentido ósculo de amor y Fraternidad.

España Libre, Toulouse, 2 de agosto de 1947. Firmado: Kyralina.

Si vis pacem para bellum

He aquí la fórmula que rige hoy, como ayer, la política de los gobiernos de las llamadas «grandes potencias».

Recién salidos de la última gran matanza mundial, apenas transcurridos unos segundos en el gran cronómetro de la vida de los pueblos, de nuevo afanosamente, se ensayan aviones de velocidades locas, se experimentan rompehielos submarinos y sobre todo se perfeccionan y almacenan las bombas atómicas. Paralela a esta acción, se procede también de una forma cautelosa, pero sabiamente organizada y técnicamente sofisticada, a la precreación de una nueva psicosis bélica.

De la guerra 1914-1918 subsistió en los pueblos una fuerte vitalidad que creó una corriente de repudio y condenación, de los métodos guerreros, para dirimir las discordias, no de los pueblos

en sí, sino de sus dirigentes, la mayor parte de las veces. Testimonio de aquella energía moral, de execración de la guerra, fueron aquellas obras magníficas que se titularon *Sin novedad en el frente* de Remarque, *Los que teníamos doce años* de L. Reun, *El fuego* de Barbusse y otras. Estas obras conmovieron multitudes, agruparon voluntades, crearon organizaciones, surgieron grandes individualidades que se consagraron a las propagandas pacifistas, parecía en fin, que la Paz iba a ser defendida y sostenida por poderosas defensas. Todo este humano afán y ardorosa lucha, la barrió el Fascismo.

De esta última gran matanza se ha salido con el ánimo exhausto, embrutecido, aplanado, dominan aún fuertes rencores, odios de muerte, ansias aún no saciadas de nuevas orgías de sangre. No ha quedado fuerza espiritual para hacer renacer en las conciencias los efluvios beneficiosos de la concordia, ni el ímpetu condenador de la masacre. Así, ante esta mortal placidez de las grandes masas ciudadanas, se pueden dar al mundo noticias como la siguiente, sin que ocurra el más mínimo accidente: «Chicago, 22 de julio. –Guardando el secreto de la fuente de información, Mr. Robert Hutchins, Presidente de la Universidad de Chicago, ha declarado que las reservas que poseen los EEUU de bombas atómicas de “nuevo modelo y más perfeccionadas eran tan importantes como para poder destruir las ciudades más grandes del Mundo”». El mismo ilustre doctor relata lo siguiente: «Sobre los 245.000 habitantes que tenía Hiroshima, más de 100.000 fueron muertos, otros 100.000 fueron heridos de más o menos gravedad. Un testigo ocular cuenta que, durante su huida se cruzó con gentes que tenían las cejas completamente calcinadas y de sus rostros y manos se desprendía la piel a colgajos. Otros, por los efectos de terribles dolores, avanzaban con los brazos en alto. Sobre ciertos individuos se les quedaron los efectos de las terribles quemaduras como dibujadas sobre la piel, la camiseta o los tirantes y sobre las espaldas femeninas, las flores de sus vestidos de tela estampada. Otro testigo vio un grupo, el rostro enteramente carbonizado, las órbitas de los ojos vacías, los ojos hechos piltrafas resbalaban por las mejillas. La boca era solamente una llaga». Espeluznante, ¿verdad? Pues este relato espantoso resbala fríamente sobre la embotada sensibilidad de los presuntos sacrificados. ¿Cómo se puede dar publicidad a tales horrores, sin que la conciencia universal estalle en un gesto de

viril condenación? Si en las multitudes de los presuntos sacrificados quedase un destello de vigor siquiera, en su simple condición de seres vivos no se podrían propagar impunemente tales noticias, ni escribir ni hablar con multiplicada banalidad sobre la «nueva guerra».

La época del dominio del Fascismo, más o menos acentuado en todo el mundo, ídem del Nacionalismo exacerbador del fanatismo patriota, los años de guerra, la costumbre de la ciega obediencia en cuarteles, campamentos y campos de concentración, factores todos que han posibilitado una tremenda mengua, un aminoramiento, una casi destrucción de la potencialidad del carácter y de la dignidad humana, en masas colosales de ciudadanos.

Nuestro presente caótico, pleno de perturbaciones y de odios, se caracteriza, sobre todo, por la carencia de voluntad, de una enérgica oposición al Mal en un *laissez faire* aterrador. ¿Repetiremos el angustioso «¿Qué hacer?» del gran pacifista Tolstoi? Sí; y con más aumentada intensidad de doliente agobio.

¿Qué hacer? Primeramente reconcentrarnos en nosotros mismos y procurar hallar un claro, en la espesura inextricable de esta selva de actitudes, opiniones y apetitos tan dispares, anacrónicos e irreconciliables. Ver de iluminar nuestro propio cerebro y, seguidamente, trazarnos una línea de acción, que tenga como norte y fin, la Paz. Recuperemos moralmente y, sobre todo, ver si aún nos quedan riquezas en el manantial de las lágrimas, si aún pueden nuestros ojos llorar y nuestro corazón contraerse ante el dolor ajeno.

Después... no perder la fe en el ser humano. Esforzarse por creer siempre que si el hombre no es bueno, puede llegar a ser mejor. No desesperar en la lentitud o casi nulidad del progreso moral del mismo. Estudiar y profundizar las causas de ese fanatismo nacionalista, qué ha podido producir en medio de la eclosión de maravilla del progreso material y científico el horror inconcebible de las torturas y matanzas humanas, en los ya casi olvidados campos de concentración de Alemania.

Después. Perder el miedo al semejante. Tenerle miedo es suponerle intenciones agresivas, es creer que puede atacar y entonces se piensa en la defensa, en armarse para la misma. Cosa que a la recíproca, piensa también el otro, armándose también, a su turno, para el mismo fin.

Recordar siempre que hemos venido al mundo para enriquecer y embellecer todos los matices que den amplitud, vitalidad, y esplendor a la vida. No para crear y perfeccionar armas y motivos de destrucción de ella.

Valorar más el conocimiento y la confraternización y la similitud de intereses que tiene el vivir cotidiano de un ciudadano español con el francés, del ruso con el inglés, etc., que las opiniones sobre los mismos nos den los portavoces oficiales de sus respectivos Gobiernos. Éstos no hacen más que presentarnos el aspecto de estos pueblos, sobre esta base: «Innumerables conferencias internacionales que se efectúan casi cada mes, no son otra cosa que las convulsiones epilépticas del sistema atrozmente incurable de los Estados-Naciones, al cabo de algunas semanas surge siempre una nueva crisis en el curso de la cual, la opinión “pública” reclama públicamente otra reunión de los dirigentes con la esperanza de que se produzca el milagro. Un acuerdo entre los Gobiernos nacionales para la curación de la enfermedad. Cada vez se obtiene un comunicado vacío, insignificante, un emplasto de alivio momentáneo pero un mes más tarde se recrudece otra crisis y para resolverla no se encuentra otra fórmula que reunirse de nuevo en otra conferencia» (E. REVES, en la «Anatomía de la Paz»).

Esta opinión acertadísima y de una actualidad y realidad patentes, debe sernos aleccionadora. Los presuntos sacrificados deben meditarla y no deben adherirse como la hiedra al muro de sus respectivos Gobiernos, que siempre están dominados por miras rapaces, arcaicas y empecinamientos de un nacionalismo pernicioso.

Un acercamiento, un conocimiento menos somero de las aspiraciones e intereses de los trabajadores de distintas naciones. Una intensificación de intercambios de Arte, Cultura, de productos industriales y agrícolas, prescindiendo, en lo posible, de ingerencias estatales; de colectividad a colectividad, de cooperativa a cooperativa, de sindicato a sindicato. Esto sería de un valor real y de un verdadero provecho para los intereses pacifistas de los pueblos. La verdadera y sólida Internacional por la Libertad y la Paz tendrían en esta acción su base más poderosa, firme y segura.

Hay que desterrar y matar la abulia cósmica que nos domina. Recuperar nuestra personalidad de seres volitivos, conscientes y

libres. En nuestras actuaciones sociales, vayamos recobrando libertad de movimientos, cada día más al margen de la zona de especuladores de mercado y gestores de masacres, disfrazados con los pomposos aderezos de «Salvadores de la Patria», «Luchadores de la independencia nacional», etc.

Trabajemos con verdadero ahínco para que la abolición de las fronteras sea una realidad. De natural están ya abolidas por los progresos materiales de las formas modernas de locomoción y transporte. Lo que ayer fue considerado como una aspiración utópica del Anarquismo, es hoy ya, adoptado y propagado como una medida salvadora por políticos y estadistas de distintas ideologías. Expresiones de este deseo unificador de los pueblos, sin merma de sus características de cultura propia, es, en parte, ese movimiento de unidad de Europa, preconizado hasta por el ultra conservador W. Churchill. Lo del viaje por Europa sin pasaporte de Bevin. El reciente convenio de abolición de aduanas entre Bélgica, Holanda y Luxemburgo. La reciente reunión de los Diez y seis con sus comités de asuntos técnicos, económicos e industriales, esbozos tímidos, poco valientes, con finalidades tal vez adversas, pero con concepciones de origen libertario, que el Capitalismo nos va arrancando y haciéndolas suyas a su manera, para prolongar más su subsistencia. Deber del Socialismo libertario internacional sería no dejarnos llevar de nuestra órbita esos tesoros, y utilizarlos en provecho nuestro y no para vivificar concepciones viejas, débiles y perniciosas.

Hoy la frontera sólo subsiste con fines bastardos de especulaciones financieras y para atizar la discordia nacionalista. El auge maravilloso del Progreso lo debe destruir para liberar el tránsito de productos necesarios a la vida de ambas naciones limítrofes y para su fructífero común y racional desarrollo.

Veamos también la forma de ser comprensivos, de no exigir un demasiado rápido bienestar, máximo, cuando se ha colaborado a la destrucción masiva de las poderosas fuentes de riqueza atesoradas con tanto esfuerzo por parte de los trabajadores. Creo que sería más conveniente sufrir con más estoicidad las miserias de la postguerra que provocar situaciones tirantes entre gobernados y gobernadores, con el fin de que éstos no tengan pretextos de desórdenes que les den margen para ir acelerando la otra matanza que nos con-

duciría irremisiblemente, al reverdecimiento y consolidación de los regímenes autocráticos. Ensayemos de nuevo de rehacer una convivencia social pacífica y liberadora. Guardando siempre ante nosotros la visión exacta de las posibilidades que limitan nuestras aspiraciones. Sacrificio que podemos hacer en aras de una paz efectiva y duradera.

Eduquemos a nuestros hijos al margen del virus bélico patriote-ro y nacionalista.

Procuremos que nuestras mujeres se salven también de la epidemia del Militarismo. Que no sufran la ofuscación de los atuendos militares. Que comprendan que los bustos femeninos están siempre más agraciados bajo las livianas telas de seda o de percal, que aprisionados bajo las rigideces de una guerrera de soldado y que su fina sensibilidad e inteligencia tiene más sabia y humana aplicación en valorizar las Artes, la Enseñanza, la Ciencia, la Literatura, el Trabajo y la crianza de los hijos, que colaborar en empresas de destrucción y de muerte.

Si a pesar de esta prudente y generosa conducta, los mastodontes del poderío mundial intentan llevarnos a una nueva matanza, no aceptemos sacrificios contrarios a nuestros intereses. Sacrifiquemos antes, en provecho propio y en el de los trabajadores del mundo. Aceptemos una sola guerra: la guerra social.

El axioma «si quieres la Paz prepara la guerra» es falso y desmoralizador. Nobel también creyó que «la guerra acabaría con la guerra» pero se equivocó. La bomba atómica, el horror más grande que ha conocido el mundo, no parece que haya tenido su epílogo en Hiroshima, antes bien, se muestran nuevos deseos de nuevas y más destructivas pruebas y aplicaciones. Y no olvidemos que, por mortífera y horrenda que sea un arma de guerra, siempre se hallará un genio maléfico que encuentre un móvil, o una idea, para fanatizar y exaltar la mente y el corazón de los hombres para lanzarlos al sacrificio de una muerte que le han dicho que es heroica, honrosa, liberadora y salvadora de sus semejantes.

España Libre, Toulouse, 30 de agosto de 1947. Firmado: *Kyralina*.

La España en cruz

Estos días mi sensibilidad, un mucho anquilosada, se ha sentido bruscamente sacudida en una vibración extrema e inusitada. ¿Qué me ha sucedido entre el largo rosario de días de sopor y mi enérgico despertar? Acabo de leer *El mundo de ayer*, de Stefan Zweig. Sus páginas están impregnadas de la intensa nostalgia de días pasados y dichosos, de la infinita amargura de verles alejarse y difuminarse en un crepúsculo sereno para enlazar con amaneceres de días nefastos, trágicos, en los que se negó a hombres, niños y mujeres, toda libertad, seguridad y respetos de la dignidad humana.

¿Quién no recuerda hoy a Stefan Zweig, sus sueños de confraternidad universal... y la cohorte larga, muy larga, de los millones de asesinados y torturados en los campos de concentración? ¿Quién tiene presente, vivo en la memoria, al maravilloso escritor, mejor, al hombre honrado, tremendamente verídico consigo mismo, que no escribió solamente para estremecer a sus lectores y gozar él mismo de la gloria y de la tranquilidad que le proporcionaban sus cuantiosos derechos de autor, sino que, todo alma, penetrado hasta las entrañas del momento crucial de aquella época en la que perecieron tantos valores espirituales, sin fuerzas ya para resistir lo que él creyó una pérdida definitiva, se hundió voluntariamente en el mundo de las tinieblas eternas?

Debió morir en la misma ofuscación desesperada con que murieron nuestros heroicos compañeros en Alicante y en Madrid: Modesto Cubas, suicidándose al entregar a los fascistas la 33 División; Mauro Bajatierra, luchando dentro de su casa asediada por los franquistas triunfantes en la capital de España. Suicidio consciente y voluntario fue también la muerte de los generales Aranguren, Escobar, Pérez Salas, negándose a abandonar España. Todos ellos debieron sentir la amarga punzada del «¿para qué?» y ante la creencia del triunfo definitivo del fascismo, prefirieron la muerte.

Como Stefan Zweig, también se suicidaron en la playa de Alicante nuestros hermanos Máximo Franco y Evaristo Viñuales y cientos

de otros. Los libertarios españoles oteaban ansiosos la línea del horizonte esperando el barco que debía conducirlos bajo otros cielos más clementes; pero en el horizonte sólo aparecieron las naves negras del fascismo, conduciendo soldados que venían a matarles o a apresarles y ante la visión del encarcelamiento a perpetuidad o, lo que era más seguro, la ejecución, prefirieron el suicidio.

¡Oh, pobres atormentados de sueños de libertad, idealidad, de moral, de sentimientos fraternos, de arte, de poesía, de música! Hicisteis mal en mataros, aunque en el mundo de hoy ¿tienen acaso mucha validez esas aspiraciones? Tal vez el discurrir de una vida normal os habría conducido a experimentar la igual sensación de pérdida, de inutilidad, a la amarga conclusión del derrumbe de los anhelos generosos.

La lectura de *El mundo de ayer* la enlacé con la de *Testamento español* de Arthur Koestler. Y la angustia recommenzó. Ante mi mente desfilaron los cuadros de la cárcel de Málaga; las noches de «saca», los pasos precipitados de los carceleros, el ruido de cerrojos, de puertas que se abren y cierran presurosas, las letanías del cura, los gritos de «¡Madre!», el susurro de cantos revolucionarios... y al rato el trac, trac, trac, de los fusiles. Y aquel niño de 14 años que había que fusilar. ¿Cómo se las iban a componer para que no llorase y gritase? Resolvieron el problema emborrachándole para ejecutarle.

Creo que sufro una pesadilla y que tal vez Koestler ha exagerado un poco la nota trágica. Pero no, no ha exagerado. Tengo docenas y cientos de testimonios de esa época de desenfreno criminal. Pienso que habré de cambiar de lecturas. Mi cerebro está obsesionado de tan dolorosos recuerdos y, justamente, estos días, un hecho inespereado ha venido a exasperar estas impresiones.

Ha llegado de España un compañero: Antonio Izquierdo. Ha venido a visitarnos y está ante nosotros. Sonriente, algo tímido, pálido. Sus ojos son bondadosos e inteligentes. Las visiones de mis últimas lecturas se han materializado. Antonio Izquierdo fue detenido y juzgado cuando tenía 14 años. Le pedían la pena de muerte, pero lo absolvieron. No por mucho tiempo, pues a los 18 años lo volvieron a detener, a juzgar y esta vez lo condenaron a muerte. Pasó seis meses en la angustia diaria del peligro de ser ejecutado. Más tarde le fue conmutada la pena de muerte por la de reclusión perpetua.

Ha pasado 16 años en prisión. Ha estado en casi todos los presidios de España y en las subsiguientes cárceles de tránsito, para llegar finalmente al Sanatorio Antituberculoso de Cuéllar, sanatorio para presos. Ha sufrido la ablación de un pulmón y a consecuencia de esa operación —casi siempre experimentales en los presos— le ha quedado la mano derecha completamente inválida. ¿Falta algo a este vía crucis sin justicia?

Hemos hablado de los amigos que han quedado diseminados por todos los presidios de España. Todos ellos cumplen condenas de 20, 30 y más años. Rememoramos: ¿resistirá Nicolás Mallo, con su tuberculosis ósea; Carrasquer con su ceguera y sus perturbaciones gástricas; César Broto cojo y que hace unos meses se cortó los dedos trabajando en una sierra; Manolo Martínez enfermo del pecho; Horcajada, Bruno Rodríguez ya ancianos; Miguel Monllor, Enrique Mazos y tantos otros de una y otra tendencia, todos magníficos militantes de la CNT?, y todos ellos separados del mundo, sometidos a un aislamiento feroz, sin que para ellos exista Cruz Roja, ni Cuáqueros, ni Cáritas, ninguna organización de carácter humanitario que se acuerde de esos muertos-vivos de las prisiones españolas.

Antonio Izquierdo está ya libre, entre nosotros y no le faltará el calor espiritual y fraterno. Todos le queremos, pero él medita, está triste. Piensa que allá en aquellas prisiones quedó su salud y con su mano inútil le va a ser muy difícil abrirse paso en la dura selva del trabajo. Su salud de los años mozos se consumió de resistir tantos años de encierro.

No tengo la pretensión de que algún potentado del mundo democrático lea estas líneas. Ninguno de ellos tiene interés en recordar la epopeya española del 1936 al 1939, en la cual las fuerzas liberales y libertarias fueron las primeras que se enfrentaron en el mundo con las enormes del fascismo. La democracia anémica y vergonzante ha relegado al más completo olvido a los pioneros españoles.

Tampoco las organizaciones obreras que se mueven dentro del marco de las democracias se muestran muy interesadas por nuestra tragedia.

Somos el movimiento más sacrificado de la tierra. No obstante, aún queda en muchos de los nuestros energías suficientes para pro-

seguir la lucha por la recuperación de nuestros puestos de combate en el interior de nuestra desdichada España.

España Libre, Toulouse, febrero de 1958. Firmado: Lola ITURBE.

Lluvia de flores sobre el cartón. El arte de Violeta Martín

VIOLETA, así, en limpio español y no haciendo secreto de su abo-lengo libertario y de la condición de obreros manuales de los suyos, ha celebrado una exposición en la Galerie Boler, 237, rue St. Honoré, en el centro del París elegante, de la aristocracia del dinero y, a veces, también del arte. Ésta ha tenido tanto éxito que, prevista para quince días han tenido que aplazar dos veces su clausura.

¡Qué cosa tan magnífica que Violeta se haya introducido, por decirlo así, casi de matute en ese ambiente de lujo refinado, algo *tapageur*, de las lámparas de cristal, de los mullidos tapices y de los lienzos de maestros consagrados, como Buffet y Picasso! Y, no es sólo esto, sino que, además, ha sabido despertar la admiración de los críticos y competentes del arte de la pintura y de la decoración.

Confieso humildemente que soy profana del arte llamado abstracto, surrealista, cubista, hecho parte de él a base de trozos verticales, horizontales, diagonales, trazos indefinidos de cosas y seres, de elucubraciones mentales o del subconsciente, que me es imposible descifrar. Así, pues, cuando me encontré dentro del pequeño salón, donde unas luces tenues iluminaban sabiamente unos cuadros llenos de poesía, salpicándolos de pétalos y margaritas, de rosas, de narcisos y violetas, de hojitas de helecho y de diversas plantas, todo ello con su tinte tamizado, suave, de flor seca, me sentí como transportada a un jardín oriental, en contacto con un efluvio de tierra regada, en un éxtasis de lo bello y de la paz del espíritu. Allí no había en la línea, en la concepción, en el tema nada violento, nada de raro o incomprensible. Se percibía bien que todas

aquellas figuras hubiesen sido hechas por una muchacha de dieciocho años. Todo en ellas respiraba el verdor de la juventud.

Todas las líneas, todas las figuras, toda la decoración están trazadas con vegetales, hojas, flores y pétalos. Nada de lápices ni de pinturas. ¡Pero que bien esta adolescente ha sabido producir, como ella dice, *la métamorphose du bouquet*! ¡Cómo ha trasladado a los cuadros ese arte sutil ingenuo, lleno de jugosa frescura y de tierno humorismo! No puedo olvidar el cuadro titulado *Equilibrista*. ¡Qué humorismo más lleno de gracia, de ingenio y de originalidad el de la figurita de la mujer atravesando el hilo atado al cuello de una jirafa a cada extremo! ¿Y los patos? ¡Qué gracia tienen sus gordas panzas y sus cuellos larguiruchos!

Cincuenta cuadros ha presentado en la exposición. En todos, vemos animales, personas, plantas y paisajes, cantando una égloga a la paz campesina y a la naturaleza. Violeta tiene un sentido inmanente del arte que lo esparce a manos llenas sobre sus creaciones.

No quiero poner punto final sin dedicar unas líneas al que presenta la exposición, Helenio Pérez, otro muchacho, hijo de libertarios, poeta y literato, el cual tejió una verdadera filigrana literaria y poética en el texto del catálogo y algunos de los títulos de los cuadros.

Todo esto es muy alentador. Espero que estas juventudes sean siempre los cultos y sólidos militantes de nuestras ideas, cuya belleza han sabido llevar ya al arte y a la literatura.

Estos muchachos artistas, hijos de libertarios, pueden tender la mano a otros artistas y libertarios también, como Vivancos, y formar una entente de cordialidad que remoce y vivifique nuestro Movimiento.

España Libre, Toulouse, abril de 1958. Firmado: Lola Iturbe.

La mujer en la vida moderna

Estamos muy lejos de aquellos días en que la señora Kollontai fue a México a ocupar el cargo de Embajador de la Rusia soviética. México acogió con júbilo a la flamante embajadora y la llamó la «señora ministro» por carecer el idioma del femenino apropiado para designar como era debido tal carrera. Desde entonces acá, se ha hecho ya cosa corriente el ver a las mujeres desempeñar la difícil tarea diplomática. A la Rusia, que asombró al mundo, le seguía la India con la hermana del Pandit Nehru, América con Luce Bruce, Hungría con Anna Kethly, una de las heroínas de la última epopeya húngara, la gran Golda Meier representando a Israel y otra en Yugoslavia.

En Francia, la actividad de la mujer es extraordinaria. Dos mujeres han sido ministros: una de Sanidad y otra del ministerio de la Reconstrucción. Muchas son jefe de servicio en la Policía o están en puestos administrativos de gran responsabilidad. En todos los altos cargos de la máquina gubernamental, se encuentran las mujeres que trabajan con una actividad e inteligencia a toda prueba.

Infinidad de profesiones llamadas liberales van siendo ejercidas por ellas. En Francia hay 3.700.000 mujeres que son jefes de empresa. Así lo ha afirmado en una conferencia Mme. Edmont Foinant, presidenta de Femmes Chefs d'Entreprise. Éstas se hallan repartidas dentro de las ramas más diversas del comercio y de la industria. La historia nos consigna el hecho extraordinario de una mujer que fue, en 1520, jefe de los Chantiers Maritimes de Marseille.

En la abogacía, se calcula que la quinta parte de los abogados del Colegio de París son mujeres. Algunas también son magistrados. En 1950, Mme. Lucie Tinay fue nombrada para el Conseil de l'Ordre.

En la enseñanza hay ya 13.850 mujeres contra 15.650 hombres. Esto, en los liceos. En la Segunda Enseñanza, ganaron ellas 898 puestos contra 837 los hombres. En la Facultad de Lyon, una mujer es catedrático de Filosofía, título ganado por oposición. Las primeras catedráticas en Ciencias fueron Marie Curie, Premio Nobel en 1900 y, en 1911, de Física y Química, y su hija Mme. Irene Joliot

Curie, también Premio Nobel. En 1947, también fue nombrada catedrático de Literatura en la Sorbonne, Mme. Jeanne Marie Durry.

Ejercen de médicos 3.000 mujeres. En el Ministerio de Sanidad son Jefes de Servicio, inspectores. Jefes de Servicio de algunos hospitales. Este ministerio está completamente llevado por la iniciativa femenina. Éstas, han ganado por oposición los títulos de profesores en la Facultad de Medicina de París. Mme. Rondon es director del Instituto de Higiene; ésta es la sola mujer que forma parte de la Academia de Medicina de París. Fue nombrada en 1946.

Conducen automóviles 8.000 mujeres. Son directores de diversos teatros de París, 30 mujeres.

La aviación cuenta actualmente con el récord del mundo con Jacqueline Auriol. *Parachutistas* como Colette Duval con 15.000 metros; Renée Ronseau con 8.000; Claudette Bigillon con 3.030, salto sin inhalador. Sofía Dubois, premiada con la Copa Femenina. Aviador de la base de Biscarrose y *parachutista* con 16 saltos a su activo.

Las mujeres publican en Francia revistas de gran valor artístico y educativo: *Femmes, Femmes de France, Elle, Marie Claire*, etc. etc. Gozan de un prestigio enorme en las Letras ya que son grandes escritores y tan numerosas que la lista se haría interminable. Tiene asimismo gran influencia en las artes pictóricas de belleza, peinados, *esport*.

Ésta es la sociedad femenina que podríamos llamar dorada, la de las clases medias y las ricas. Las profesiones que hemos citado, por ser las más brillantes, más o menos remuneradas, son de las que dan realce a las personas que las profesan. La mujer aparece así a la vida pública, adornada, aureolada de belleza, de inteligencia, dotes de su propia condición, enriquecidas además, por las de tenacidad y energía que antes fueron patrimonio exclusivo del varón.

Se habla mucho de que la mujer de nuestros días ha conseguido liberarse de no sé cuántos yugos. Si se entiende por liberación, por emancipación, el hecho irrefutable de la afluencia femenina a la participación a toda clase de actividades sociales, podemos afirmar que la realidad sobrepasa a toda aspiración.

Pero, ¿y en los medios obreros? ¡Qué contraste el de la mujer embajador o ministro, con la obrera de los talleres, fábricas, limpieza de ferrocarriles, pinturas de obras en construcción, etc., vestidas

con su mono grasiento, su cigarro en la boca y sus manos deformadas! Las obreras, atraídas por el ejemplo de las mujeres de los medios privilegiados, también quieren la igualdad con el hombre; pero sus hombres, sus iguales, son los obreros manuales, los desheredados de la sociedad. Así, pues, la emancipación de estas mujeres se traduce en doble o triple esclavitud, la del duro trabajo de la fábrica o del taller, al que hay que añadir el de la casa y el cuidado de los suyos. El trabajo asalariado, la maternidad y el cuidado del hogar.

Así, pues, no es sólo como mujer que ella debe buscar su emancipación, es en su clase, es como obrera, que debe procurar por el mejoramiento de sus condiciones de existencia, luchando al lado de su compañero, por la elevación del nivel de vida, que aminore su miseria y sus fatigas y la libere de la terrible servidumbre que es aún, en la época presente y en estos países supercivilizados, la vida de los trabajadores manuales.

Para la mujer rica, la de los medios favorecidos económicamente, la emancipación es un adorno más a su personalidad; para la obrera, es un eslabón más a la larga cadena de sus múltiples actividades y obligaciones.

España Libre, Toulouse, mayo de 1958. Firmado: Lola Iturbe.

¡Paso a la juventud!

Recuerdo este titular tan manoseado y que ya tiene tufillo de clasicidad y que ahora lo empleo yo, por no encontrar otro tan lacónico y que exprese mejor mi pensamiento. En los tiempos que afirmo gloriosos, los años que precedieron de cerca a la República, nuestros semanarios se vieron invadidos de numerosas firmas juveniles que encabezaban sus artículos con el consabido «Paso a la juventud», u otra cosa por el estilo. Nosotros que aún jóvenes, ya éramos un tanto maduros, nos sonreíamos, escépticos de aquel aluvión de literatura juvenil.

Un tanto a regañadientes y con algún «a la escuela tendrían que ir esos chicos y no estar dando conferencias o escribiendo artículos».

No obstante, el buen sentido se impuso siempre, y sabiendo que teníamos necesidad de grandes refuerzos para transformar la vida de los españoles, se les abrieron las puertas de par en par, y una nueva generación, engrandeció nuestras filas y así, hasta nuestros días.

Recordamos con tristeza a muchos de aquellos jóvenes que quedaron en el camino, así, V. Azaleón, que tanto valor habría dado a la organización y a los generosos héroes del 19 de julio; los dos López, Cabrerizo, Obregón, Senderos, Alfredo Martínez (más tarde en los hechos de Mayo), Monteagudo, J. Muria. Y en otros hechos a Raúl Carballeira y Amador Franco asesinados. El otro también glorioso Franco y Viñuales, muertos en Alicante y tantos otros!...

Los jóvenes que nos quedan con vida de aquella época, tienen hoy cuarenta y tantos años. Así, Asensio, R. Álvarez, G. Alonso, L. Ros, Figueras, Merino, Chiapuzo, Bernat, Miró, F. Leiva, J. Fontaura, Berbegal, Clape, Peirats, Durán, Izquierdo, G. Pérez, A. Rocas, Aladino Clemente, Páramo, Trabal, Fuentes, Aransáez, Liqui y compañera. Sin olvidar a Broto, Enrique, Mallo, Martínez (presos). Todos ellos reforzaron la vieja guardia, los forjadores de los Sindicatos y de la FAI y han sido, y son todavía hoy, sostenes valiosos de nuestro movimiento.

Veinte y tantos años de dispersión y de exilio, pesan sobre nuestro movimiento. Han nacido de aquellas juventudes otros hijos, pero éstos, por desgracia, no han tenido el Sindicato, o el Ateneo, para formarse moralmente. Se han criado en un ambiente de derrota, oyendo a los padres con machacona insistencia cantar sus proezas y, las más de las veces, sus amarguras, las deserciones, los malos pasos de sus amigos, todo lo desagradable de la lucha sin la contrapartida de lo excitante y valioso de la misma.

¿Estos jóvenes medio franceses, o americanos o de otra nación, están completamente huérfanos de nuestras ideas? No; por fortuna hay muchos de ellos que son verdaderos compañeros de sus padres en las mismas.

Lamentamos siempre el no haber podido rehacer la continuidad de los efectivos de combate por carecer de un ambiente apropiado. Es una verdad relativa pero es el caso que volvemos a tener juventudes. Más o menos valiosas, más o menos numerosas, pero toda ella susceptible de recuperación y desarrollo. No lograremos esto dejando a nuestros hijos al margen de las actividades orgánicas. En lugar

de hacer de los chicos un auditorio de nuestras proezas o fracasos, debemos llevarles con su nula preparación de militantes a la Organización ya sea ésta pobre, o reducida y en el seno de la misma, instruirlos y organizarlos, no como oyentes espectadores, o meros alumnos. Hay que darles paso a las cargos más notables y responsabilizarlos de ellos.

Remozar nuestro movimiento con una materia nueva, un tanto desligada de nuestras amarguras internas, de nuestras enemistades y de nuestros rencores recíprocos.

Dar a nuestro movimiento una tregua de serenidad y de reposo a la nunca bastante bien ponderada militancia que arranca desde principios de siglo hasta nuestros ajetreados días.

No nos dé aprensión el que lo hagan mal o deficientemente. Es por el ejercicio de la actuación por el que encontrarán como encontraron sus predecesores, el camino del acierto y la sabiduría.

Agrupemos a nuestros pocos o indoctos juveniles, en el supuesto que sea así, pues seguramente serán más numerosos de lo que pensamos, y a lo menos tan doctos como éramos nosotros en sus tiempos, y llenos de generosidad los viejos, les dejemos vía libre y les digamos de corazón: ¡Paso a la juventud!

¿Y si, en acción de gracias, se les ocurriese cometer alguna divina locura, la de hacer en España algunas proezas como las que oyeron contar a sus padres?

España Libre, Toulouse, noviembre de 1958. Firmado: *Kyralina*.

Juan Yagüe, proyector sobre el 19 de julio

ATARAZANAS: Sol de domingo brillando sobre las aguas serenas del puerto, sobre las cosas y los hombres. Estos se hallaban en plena fiebre de combate. Fuego de fusilería ensordecedor. Gritos, unas veces de maldición, otras de triunfo. Rumores de marejada humana y súbitos silencios para preparar una estrategia más eficaz para vencer a los atacantes, la casta del privilegio que no quiere soltar su presa milenaria. El poder. En las calles, se dirimía el 19 de julio, tal tremenda contienda entre la Opresión y la Libertad.

Los defensores de ésta, eran ya muchedumbre. Una llamada ardiente, apasionada, hecha por una minoría de hombres, el alma encendida por un ideal, los arrastró a jugarse cara a cara sus vidas contra sus enemigos los fascistas: desdoblamiento del explotador, del sacerdote no sacerdote y del militar al servicio de la reacción.

Juan Yagüe anda entre esta multitud ardorosa y combativa que dominando la agresión se disponía para el alumbramiento de una nueva forma de convivencia humana. Él estaba radiante, jadeante de emoción, los ojos iluminados por el entusiasmo. Lo vi, y pasó por mi imaginación la vida de aquel hombre. Hacía unos años que lo conocía. Venía a *Tierra y Libertad* a coger periódicos invendidos. Otro tanto hacía con otras publicaciones nuestras, y cargándose de enormes paquetones, se iba a distribuirlos a las tripulaciones de los barcos anclados en el puerto, sobre todo entre los que arribaban de América del Sur entre los que tenía muchos amigos. Él también había sido marino y navegado por todos los mares del mundo, propagando por todo él las ideas libertarias. Era en extremo delgado, tenía ojos de fiebre, estaba siempre afónico del continuo perorar. En todo momento hablaba de las ideas, viviendo completamente para ellas. Consumiendo sus energías físicas y morales en su propaganda. Acabada su tarea de reparto de prensa, llegaba al anochecer al local del periódico extenuado, muerto de fatiga, exhausto de voz y entonces se acostaba sobre un montón de *Tiempos Nuevos* y *Tie-*

rra y Libertad (no teníamos cama para darle) y dormía unas horas para reemprender la misma tarea al día siguiente.

Unos días antes de la tremenda convulsión de julio, fue Juan Yagüe el que, en sus andanzas por el puerto, descubrió un barco con un cargamento de armas. Avisó a los compañeros y éstos se apoderaron del armamento, gracias a éste, la defensa contra la agresión pudo contar con un buen refuerzo.

Naturalmente Yagüe estaba aquella mañana del 19 de julio entre sus hermanos combatientes. En un rato de calma entró en el local del Sindicato del Transporte Marítimo, se encontró conmigo y me dijo: «Ven, verás lo que estoy haciendo. ¡Algo estupendo!» Nos fuimos y nos adentramos por unas calles mudas, desiertas, en las que se percibía una quietud de angustia. Entramos en un taller de mecánica. Sobre unos tableros había unos objetos de formas redondas. «Ves, ison bombas! Bombas que estoy preparando para luchar contra los fascistas». Lo dejé allí, sólo, cargando aquellos artefactos de una forma rutinaria con lo que ponía a cada momento su vida en peligro.

Unos días después tomó parte en la expedición a las Islas Baleares. A su regreso marchó al frente de Aragón. En Aragón (no puedo recordar el nombre del pueblo. ¡Maldita memoria!) lo encontré un anochecer. Entramos en una casa de campesinos. No había más luz que la del resplandor de un gran fuego de leña en la chimenea. La habitación estaba llena de humo de tabaco. Varios milicianos se hallaban tendidos por el suelo, con todo su armamento. Yagüe era entonces jefe de Milicias. Aquella noche lo vi todavía más magro, más exaltado. Me dijo que estaban preparados para atacar un pueblo a la madrugada.

¿Era Quinto? Confieso que no me acuerdo. Me despedí de él con una emoción inacostumbrada. Unas horas más tarde me llegó la noticia de su muerte en aquel combate.

Juan Yagüe, toda una vida consagrada y sacrificada a las ideas libertarias. Jóvenes, sabedlo y recordarlo. A mi memoria acuden como homenaje a él, unas estrofas de la canción *Juventud* que compuso el compañero Jacinto Toryho:

* Juan Yagüe murió en la toma de Estrecho Quinto y Monte Aragón, ya en la Columna Roja y Negra.

*Anarquista fiel y generoso
Esforzado luchador
A quien ni el tiempo ni el martirio
El entusiasmo apagó
Las Juventudes te recuerdan
Y de tu vida aprenderán
Viva por siempre
La anarquía que es el sol
Sol de justicia social*

Jóvenes, conoced estas figuras de nuestro movimiento, ellas os alentarán en el camino de la lucha y quizás os transmitan lo mejor de ellas: su entusiasmo y su convicción. En la nueva etapa en que la contienda se prevé muy difícil, os hará mucha falta esa fe, esa convicción profunda indispensable para hacer triunfar una idea.

Os hará falta, además, una preparación cultural muy sólida. Durante el periodo del 36 al 39, acusamos un fallo en las capacidades orientadoras de nuestros militantes. No tuvieron éstos los medios para prepararse debidamente para llevar a cabo una buena ordenación en la marcha de las complejas sociedades modernas tan múltiples y precisas.

No obstante, las realizaciones en el orden de Economía de Defensa y culturales fueron considerables y hasta grandiosas a pesar de sus imperfecciones. Hay que tener en cuenta que la casi totalidad de estos hombres tuvieron la cárcel por universidad. Otros, aprendieron por propia iniciativa, un poco atropelladamente, en libros y conferencias. Muchos sacrificando las cosas más indispensables en el orden material para tener dinero para comprar libros y horas al descanso corporal para su lectura y estudio. Les guió un instinto certero para saber elegir entre la diversidad de ideas, las más razonables, las más humanitarias y generosas pero que exigen también un gran sacrificio para propagarlas. Estas generaciones fueron los pioneros de las experiencias y de inmolación.

Muchos aún de la nueva juventud serán sacrificados. Por desgracia aún habrá que derramar sangre para que vuelva a regir en España un clima de libertad. La estupidez de los hombres que dirigen la política y que no respetan más ley que la fuerza bruta, nos obligarán al com-

bate. Pero si triunfamos en éste, a vosotros, jóvenes con cultura, os debería corresponder la tarea de las realizaciones las más perfectas, espléndidas y audaces posibles en la vida social de nuestro país. Para ello necesitaréis estudiar mucho. Ya que tenéis para instruiros universidades en lugar de cárceles, aprovechadlo bien. Aprended, si queréis, la fabulosa ciencia de la Economía y de la Mecánica moderna, pero que vuestros conocimientos técnicos vayan hermanados con una buena formación moral. Cuidar mucho de enriquecer vuestro espíritu con conceptos de libertad. Sed hombres lo más completos posible, lo más difícil de ser. Si la capacidad intelectual de los gigantes de la ciencia moderna, de la energía nuclear y de los audaces cohetes de la exploración del Espacio, fuese pareja a una formación moral libertaria, en el mundo se viviría ya, una vida más equitativa y libre dentro de las posibilidades humanas. Éste es el gran razonamiento que se hacía Kropotkin en una época en la que no existían tantos adelantos como en la presente.

Leed mucho, sobre todo a Proudhon, Bakunin, Kropotkin. Más cerca de nosotros están los faros luminosos que fueron en sus vidas y continúan siendo en sus obras, Rodolfo Rocker y Max Nettlau. Estudiadlos. En cada una de sus páginas encontraréis maravillas de sabiduría; aprended por vuestra propia voluntad. Nettlau dijo: «Nuestras doctrinas no se enseñan. No se puede más que suscitar las cuerdas vibrantes del individuo y entonces formará sus propias ideas según las energías de su ser, las necesidades de su naturaleza, y se le prevendrá contra los errores, sin querer dirigir su conciencia. Realizar la libertad en sí mismo y alrededor de sí mismo, realmente el objetivo de su despertar por la propaganda y esa actividad será apoyada por la enseñanza, el estudio y las facultades críticas apoyadas en la experiencia».

Estudiad también la Revolución. Kropotkin decía de ella «que era la madre de todos nosotros». Asimismo conoced a Fourier, Saint-Simon, R. Owen, los buenos escritores que aún nos quedan, el realista Santillán, el poético y humano *Dionysios*, el gran literato Ramón Sender. También un libro que acaba de aparecer en París titulado *Jeu-nesse du Socialisme Libertaire* del gran escritor Daniel Guerin.

Como también nos dijo en una conferencia Luis Mercier, nunca como ahora es de tanta actualidad, está tan remozada, la idea del Socialismo Libertario. En un mundo fragmentado entre dos grandes

tendencias, la dictadura comunista y la democracia burguesa, no hay solución satisfactoria a los problemas de vida en las colectividades humanas. La primera porque limita, castra la personalidad; la segunda porque diluye aquélla en una serie de concepciones arcaicas, mezcladas de sofismas religiosos, que hacen del hombre o de la mujer un ser híbrido sin aspiraciones de nobleza espiritual. Frente a esas dos concepciones igualmente viejas e ineficaces, se ofrecen robustas, completas en su compleja estructura de variaciones, las concepciones del Socialismo Libertario.

Sobre las divergencias que separan nuestro movimiento, debemos recordar una respuesta que dio Max Nettlau a E. Relgis, cuando éste le interrogaba sobre unas diferencias entre el Socialismo y el Humanitarismo. Decía Nettlau: «Entre los humanitaristas* y los anarquistas no habrá ninguna divergencia si, tanto unos como otros, evitan caer sobre el influjo de cualquier concepción que considerasen como única, perfecta y que quisieran imponer a otros. Este no es el caso de los verdaderos anarquistas y no será el caso de los verdaderos humanitaristas. Estos últimos —como yo los creo ver en su persona— son amigos del Socialismo integral. Los unos y los otros han visto la insuficiencia y el peligro del exclusivismo de las concepciones y de las acciones incompletas, unilaterales. Éstas llevan a la intolerancia, a la violencia y a la guerra».

Jóvenes: loor a Juan Yagüe y a todos nuestros caídos el 19 de julio: Francisco Ascaso, Cabrerizo, Juan López y P. López, a todos los compañeros que murieron en la guerra y los que han muerto a lo largo de nuestro doliente exilio. Formad de nuevo vosotros los nuevos grupos de combate y de cultura. Lo primero para transformar a España, lo segundo para adquirir la sabiduría de todo lo que atañe al bienestar material y a los conocimientos morales sin límites en los horizontes de la libertad.

España Libre, Toulouse, de julio 1959. Firmado: Lola Iturbe.

* Actualmente utilizamos la palabra «humanistas».

La mujer en el movimiento libertario español

En el caso de nuestra vida, llena el alma de la congoja opresiva y amarga por nuestro declive como fuerza organizada y de eficacia combativa, tuvimos la idea de recopilar estos recordatorios de nuestras militantes, y de otras, que no siéndolo nos dieron simpatía y apoyos en nuestras viejas luchas para hacer conocer y reafirmar las ideas libertarias en nuestro país. La divulgación de las actividades sociales de ese ramillete de mujeres anarcosindicalistas y del sacrificio de vida de algunas de ellas, bien merece la justicia de rendirles público homenaje de gratitud y reconocimiento. Repito: honor, justicia y gratitud para todas ellas.

No pudiendo o sabiendo ofrendar a nuestras ideas libertarias otros valores, otras actividades, les hemos dado esas notas biográficas, pobres quizás, incompletas seguro, pero sí llenas de fraternal amor. Nuestra mayor satisfacción sería saber que han sido leídas por la juventud. Si así ha sido, nuestro esfuerzo está ya recompensado, pues habrá conocido la energía y generosidad para con nuestro movimiento de sus precedentes militantes, y quizás el ejemplo de ellos los incite al conocimiento y engrandecimiento del mismo.

No ha habido por nuestra parte finalidades especulativas de otro orden que las citadas anteriormente y sobre todo, la difusión de nuestras ideas.

Hay quien ha querido interpretar que nuestros artículos han sido un trabajo de *éclairceurs*, una avanzadilla de reconocimiento en el terreno de nuestra desunión. Otros, que se han llenado las bocas de palabras no sentidas, a ciertas personalidades de nuestros medios, para ver si su sensibilidad reacciona favorablemente a la unidad, ante la exaltación de hechos y conductas. Esto último, está fuera de nuestra moral. Lo que se ha dicho de esas mujeres ha sido fuertemente sentido y completamente honrado.

Lo de la unidad de nuestro movimiento, ya se habla de ello, digamos que buena falta nos está haciendo. Creemos que después de trece años de discordias y de una lucha fragmentaria e ineficaz para

combatir al franquismo, no estaría fuera de lugar el que enviásemos al diablo, ya de una vez, los odios, las enemistades y la inoperancia, y aprovechemos rápidamente las energías que nos queden, para unir, recrear una sólida organización que estudiase los problemas de nuestras ideas y el combate a Franco. Unidad sin mezquinería; sin más condición previa, que el firme propósito por parte de todos de derribar a Franco, fidelidad a las ideas libertarias, e inteligencia en la acción a desarrollar. No obstante estas consideraciones que se derivan de una interpretación, sobre la utilidad de nuestra unificación, a fuer de sinceros, afirmamos que los publicados artículos, fueron en su mayoría escritos en los dichosos y fructíferos años de nuestra absoluta unidad. Personalmente tenemos sufridos desdenes de alguna de esas mujeres que hemos descrito, pero eso no cuenta en nuestro ánimo, no se puede ofuscar el pensamiento de quien siente nuestras ideas, símbolo de todas las compensaciones y de las justas tolerancias. Generalmente, los historiadores han ignorado las heroínas del pueblo, las verdaderas, las que han luchado la batalla de la vida de los trabajadores libertarios. Batallas contra la miseria, la moral al uso y las autoridades. Aquellos, sólo nos han exaltado a las reinas y a las santas, o a lo sumo, alguna que otra heroína popular como Agustina de Aragón o Mariana Pineda. Entre nosotros se han citado con entusiasmo a las grandes figuras intelectuales del extranjero como María Lacerda Da Moura, Gabriela Mistral, Rosario de Acuña, Selma Lagerlof, Maria Storppes, Leda Rafanelli, Maria Montessori, las rusas Vera Figner, Sofía Perovskaia, o las francesas Severine, Curie y Louise Michel. También los comunistas han lanzado al mundo unos nombres de españolas, Dolores Ibarruri, Lina Odena y varias otras. ¿Y las militantes del anarcosindicalismo español? Hubiera sido una injusticia y un grave error para la continuación de nuestro movimiento, el haber dejado esas militantes nuestras, valores auténticos, en el silencio y el olvido.

Y al poner punto y final en nuestros trabajos, queremos también distinguir con nuestra mención, a las esposas, hijos y familiares de los políticos, intelectuales y militantes de la República, que han sabido sobrellevar el exilio con valentía y dignidad.

Citamos para terminar algunos nombres de compañeras meritísimas que omitimos en nuestro primer trabajo, Conchita Dávila, la

compañera de Mariano Vázquez, la excelente escritora Carmen Aldecoa que en unión de su compañero G. Malo, trabaja intensamente en la propaganda de nuestras ideas en América. Las militantes, Natividad Mulet, Carmen de Morey, Simona Buenacasa (fallecida en el exilio), María Carrión, Paquita Manso, Suceso Portales, Sol y Trinidad Ferrer, ésta última ya fallecida. La primera, autora de la excelente biografía de Ferrer, la segunda, seguidora en su vida de las ideas del padre. Retrocediendo muchos años, acude a mi memoria, la grandiosa y bella silueta de Isabel Hortensia Pereira que fue compañera de Salvador Cordón. Volviendo a nuestros días, Alfonso Bueno, que tanto sufrió en el campo de exterminio de Buchenwald. A las compañeras que no hemos podido citar por hallarse dentro de España, aún en lucha activa contra el régimen franquista. Quedan todas estas y las de nuestros precedentes trabajos, dentro del arco acogedor que forman nuestros brazos levantados, dándose fraternalmente las manos sobre nuestras cabezas. Saludo emotivo, y simbólico, de nuestra querida Confederación Nacional del Trabajo.

España Libre, Toulouse, septiembre de 1959. Firmado: *Kyralina*.

Orientación presente de la economía

Antecedentes: a través de la lectura de ese monumento de la geografía universal que es *El Hombre y la Tierra* o de cualquier otra obra sería que trate de lo mismo, hemos visto que uno de los factores más poderosos de la evolución de las especies ha sido la lucha por la existencia.

En los albores de la humanidad, el instinto de conservación lleva al hombre primitivo a procurarse los medios de subsistencia de una manera natural y desordenada. La caza, la pesca y el consumir los vegetales comestibles allí donde la naturaleza los prodigue constituyen las fuentes de riqueza que cubren sus necesidades.

La historia de la geografía es, a veces, la historia de las civilizaciones y, llegadas a un estado de madurez muy alto, las hubo que pere-

cieron por la ambición de dominio y más que nada por no haber sabido proteger, conservar y acrecentar los bienes de la naturaleza.

Ya cerca de nosotros, las razas mejores se distinguen por su capacidad de organización en los aspectos esenciales de la vida: el trabajo, la cultura, el comercio, los medios de transporte, etc., etc. Una de las causas principales que determinan esta evolución es el aumento de la población y otra, de no menos trascendencia, el alza lenta pero constante del nivel de vida del individuo; pese a la permanente explotación del hombre por el hombre.

Tiempos Nuevos: el fulminante progreso de las ciencias en general y de la Medicina en particular, que se produce desde hace más de dos siglos, ha trastocado y variado profundamente las nociones anteriores de la Economía y de la Sociedad. Las revoluciones industriales a que periódicamente está sometida la producción, modifican, alteran y cambian por completo las formas de elaboración, de consumo y de distribución de los bienes materiales. En este orden de cosas, hemos de corregir la omisión malintencionada de muchos economistas burgueses que se olvidan, sistemáticamente, del imperativo social-revolucionario, palanca de elevación del poder adquisitivo de los trabajadores (Revolución inglesa, Revolución francesa, fuertes corrientes reivindicativas del siglo XIX y del XX).

Este adelanto prodigioso de la industria ha creado el mayor desequilibrio de todas las épocas. En efecto, guardando las proporciones necesarias al estudio de periodos históricos diferentes, en el siglo XVI había mucha menos diferencia entre un artesano de la capital de un país próspero y un campesino árabe, que la que hoy existe entre un obrero especializado de los países del norte de Europa y un mísero trabajador agrícola del Cáucaso.

La desproporción entre el desarrollo social de los obreros de diferentes naciones es debida a la injusta acumulación del dinero llevada a cabo por los potentados del comercio y de la industria, pertenezcan éstos a la zona del dólar o a la del rublo.

La independencia económica de algunos países latinoamericanos y la de otros de Medio Oriente y de África, tiende, queramos o no, a descongestionar el centralismo capitalista (ruso o americano) promotor de las mayores injusticias que dividen el mundo en dos: países prósperos y países míseros.

La Planificación remedio de muchos males: en medicina se le está dando a la prevención el papel más importante en la protección de la salud de los seres humanos. La prevención de la economía es la Planificación. No en la forma vertical y de provecho particular que la hicieron los Estados burgueses, sino como reguladora de la vida de un pueblo, de una región, de un país y de un continente. Todas las guerras han visto la rápida realización de sendos proyectos que, a breve plazo, han revolucionado la producción industrial de las naciones. ¿Por qué no poner un poco de ese ahínco y de ese empeño para una mejor distribución de los productos de consumo entre las masas laboriosas?

Para ser eficaz la Planificación ha de ser total y hasta retrospectiva; es decir, histórica, con el fin de conocer mejor las imperfecciones del pasado y poder superar el porvenir. Decimos total porque de lo contrario sería injusta. Un plan, un proyecto de reforma, de realizaciones o de producciones encaminado, solamente, a la solución del problema de una industria o de una ciudad no es, ni más ni menos, que lo que se viene haciendo hasta ahora y que, en el organismo de un país, crea zonas de presión y de depresión, protuberancias de abundancia y huecos de restricciones con sus consiguientes perturbaciones demográficas. Este inminente trabajo de estadística debe englobar todos los aspectos de la vida de un país, sin ser centralista, ya que ha de tomar su arranque, primero, en el hombre, para poder ocuparse después del pueblo, de la capital de la región, etc., etc., Esto es, de lo simple a lo compuesto, del individuo a la colectividad.

A pesar de que aún no hemos mencionado para nada al sindicato, a nadie escapará la importancia del mismo como elemento de información y de coordinación para la puesta en práctica de planes de producción que han de prever, en detalle, las necesidades del mañana y satisfacerlas, no de forma paradisíaca, pero sí en función de los medios que se dispongan, de una descentralización de capitales y de una distribución más justa y ecuánime que la actual.

Todo esto está muy lejos de la arcaica «toma del montón», aludida al principio, y podría ser objeto de otro escrito.

España Libre, Toulouse, noviembre de 1960. Firmado: Lola Iturbe.

Mujeres de ayer y de hoy

Estación del Este, París. De unos autocares bajan unas mujeres jóvenes, vestidas modestamente, casi con pobreza, pero limpias y hasta coquetas. Sus maletitas enfundadas con vistosas telas, seguramente con el piadoso fin de ocultar su vetustez, contrastan con el equipaje que llevan algunos hombres que les acompañan compuestos por sacos y paquetes sórdidos. Todos ellos son españoles que van a trabajar a Alemania.

La joven que espero me ha reconocido y llega sonriente:

—¿Es usted Laura?

—Sí, soy yo. ¡Cuánto te pareces a tu madre! ¿Cómo está? ¿Cómo va la vida en España?

—Pues, mire usted, mi madre allá se ha quedado en el pueblo. La pobre aún trabaja a pesar de sus achaques. Supongo que sabrá lo que sufrió en el lío de la Guerra Civil. Después de presenciar el fusilamiento de mi padre y el de mis abuelos, que los mataron en la puerta de su misma casa, a ella la metieron en la cárcel. En ella nació yo. Después dijeron que mi madre no estaba casada por la iglesia y que no tenía derecho a guardarme y me entregaron a una familia que eran mucho de Franco.

—¿Y qué había hecho tu madre durante la guerra?

—Pues mire, porque mis abuelos y mi padre fueron de un sindicato que mi madre llamaba «la Ceneté». Mi madre estuvo un año condenada a muerte y nueve años en la cárcel. Cuando fue puesta en libertad llegó al pueblo. Por casualidad fui a casa de una amiga y allí encontré a una mujer delgadita con cara de enferma que me cogió en brazos llamándome «ihija mía!», me llevó con ella a la casa y allí hemos estado hasta ahora.

—¿Y tú vas a Alemania y dejas a tu madre sola?

—¿Qué quiere que haga yo allí? Tampoco la podía ayudar gran cosa y, además, estoy harta de ganar cuatro perras en casa de la viuda de un coronel. Y luego tengo que casarme, comprar muebles, alquilar un pisito.

—¿Y no te duele salir de España, así sin más ni más, sólo para ganar dinero?

—A mí me es igual estar en España que en la China. La cuestión es recoger alguna perra. Yo tengo en Alemania a Juan, mi novio. Tengo suerte de conocer a alguien allí, pues mire, toda estas chicas no conocen a nadie. Ninguna sabemos alemán ni cosa que se le parezca, ¡iválgame Dios!, pero todas estamos decididas a vivir mejor y ganar dinero.

El tren está a punto de salir. Nos despedimos. La joven se va a Alemania. Instintivamente siente un sobresalto. Me acuerdo de los «*Verboten*», «*Ausweis*», «*Achtung*», los himnos guerreros, las pisadas de las botas de los soldados, los aviones, la guerra... No, hoy Alemania es la paz, la prosperidad económica. Pero ¡cuánto sufrirá esta muchacha de Freganal de la Sierra perdida en la selva del idioma germánico! ¡Qué lástima de coraje empleado para conquistar en el extranjero un jornal y unos medios de vida!

La mujer española, la de los pueblos sobre todo, tan casera, tan poco activa, tan apegada al terruño, ha tenido que hacerse fuerte, acuciada por la necesidad extrema, y salir en manada hacia el mundo para subsistir. Solamente por este imperativo, pues ignoran todo lo que es el régimen actual de España y carecen en absoluto de inquietudes morales y sociales. El tipo del emigrante económico que sólo aspira a ganar un buen jornal, vestir bien y divertirse.

Según datos oficiales hay hoy en Francia 400.000 españoles. 6.000 son muchachas del servicio doméstico. En Alemania hay 40.000, en Inglaterra 6.000, en Suiza 12.000, en Bélgica 5.000 y hasta para la lejana Australia han salido numerosos aviones llenos de chicas para servir.

Marta sufrió nueve años de presidio y perdió a su marido y sus padres luchando por hacer de España un país libre, abierto a todas las conquistas sociales. Su hija no sabe nada de todas esas ambiciones. El ambiente de la escuela religiosa y de la calle le modeló un espíritu cerrado a esos horizontes y sólo sabe que ha de tener un piso más bonito que el de la vecina, vestir mejor que ellas, tener un marido tan burro como el de ella e ir a misa sin creer en Dios, por estar bien con los señores del pueblo.

España Libre, Toulouse, febrero de 1962. Firmado: *Kyralina*.

La nueva guardia

No es muy numerosa pero, para nosotros, ofrece el más alto interés. Los «viejos» como ellos nos llaman de una forma despectiva aunque no exenta de un tono familiar, y, hasta quiero creer, de cariño, auscultamos todas las palpitaciones del corazón de esta nuestra promoción juvenil del momento. Seguimos atentos sus inquietudes, movimientos, pensamientos y actos, ya que ellos representan, en cierto modo, la prolongación de lo que fueron para nosotros los años mozos, primaverales y fecundos. Son también el eslabón que une, que refuerza, que alarga la cadena ascensional hacia un mañana que anhelamos sea siempre mejor y, quizás, hacia la posible culminación de nuestras ideas de socialismo libertario.

Nosotros, los viejos, les cedemos gustosos y esperanzados los puestos de combate, ya que los jóvenes que vienen a reemplazarnos son, para nosotros, la más codiciada y feliz recompensa a nuestra vida azarosa de militantes y exiliados. Nos retiramos sosegados a zonas que requieren menos movilidad, pero nunca podremos dejar de desplegar una gran actividad de sostén moral afectivo y de consulta.

Nos duele, claro está, que se intente imponer una ruptura con el cese de la trabazón normal que debe ligarnos a los jóvenes. Son guiones de nuestra propia vida que se pretende desintegrar y aventar. Para los jóvenes es distinto, al menos en apariencia. La ruptura significa para ellos vivir sin tutelas, más o menos molestas, su propia existencia, gozar plenamente la sensación de independencia, de madurez, de enjuiciamiento y de seguridad. Con mucha frecuencia olvidan que se forjaron una personalidad moral e intelectual gracias al influjo y a la obra de sus progenitores y maestros. Ufanos y orgullosos creen descubrir a cada instante cosas nuevas, insospechadas, concebidas exclusivamente por ellos solos y se tornan soberbios, aunque de una soberbia inofensiva y llena de petulancia bien propia de la juventud.

Así, en el curso de la existencia humana vemos reproducirse por un instante el rompimiento de una generación con otra. El fenómeno se va repitiendo invariablemente. Engaño, espejismo, error, puesto que

los díscolos de hoy, los jóvenes intrépidos con concepciones que ellos creen nuevas, pronto son arrastrados por la loca y acelerada carrera que es la vida y se encuentran rápidamente en su propio ocaso. En la concatenación del vivir humano y no puede ser de otro modo.

En nuestro caso, no olviden los jóvenes que al alcanzar su momento de madurez, encontraron ya una organización sólidamente estructurada y en marcha, a través de avatares sin fin, después de haber sufrido un desastre que hubiera hecho naufragar para siempre a cualquier otra colectividad que no poseyera una osamenta tan poderosa y bien estructurada como la nuestra. Ella fue creada y conservada por los viejos y los jóvenes-viejos, pues las juventudes que integraron nuestra organización en los años de la guerra-revolución tenían entonces 20 y 30 años y hoy pasan de 50. Su consecuencia nos debería llenar de orgullo, ya que, tanto en el interior como en este interminable exilio, ha habido muy pocas defecciones, ya que las bajas habidas lo han sido, casi en su totalidad, por los imperativos de la muerte.

Tengan también presente los jóvenes que nos queda mucho camino que recorrer. Juntos tendremos que afrontar la difícil y espionosa etapa de una posible reintegración a España y lo debemos hacer todos de común acuerdo, aunque estemos situados cada uno en el puesto de nuestras posibilidades físicas.

¿Que existen nuevos problemas? Siempre los hubo. Acordémonos a últimos y principios de siglo el debate entre comunistas anarquistas, colectivistas e individualistas y más tarde los problemas que se plantearon con las Federaciones de Industria, la Alianza con la UGT, los treintistas y la FAI y, para culminar, las divergencias del exilio. Y es ley de vida que así ocurra. Siempre a lo largo de ella se presentan nuevas situaciones, nuevas concepciones ideológicas y científicas que nos obligan a analizar, a enjuiciar, a revisar, a superar nuestras tácticas de combate para obtener resultados más fecundos.

Creemos que algunos de nuestros jóvenes se encuentran dentro del marco de estas inquietudes. No descubiertas por ellos, pues algunos viejos hemos meditado sobre ello, *en âme et conscience*, hace ya muchos años. Será muy oportuno recordar estas frases de Malatesta sobre el particular: «La ciencia, investigación de la verdad con métodos positivos racionales y experimentales, no se imagina nunca el haber encontrando la verdad absoluta y se contenta con

aproximarse laboriosamente a ella, descubriendo verdades parciales que considera como provisionales y revisables».

Ateniéndonos a este sabio pensamiento en el momento actual, creemos, pensamos y exponemos honradamente, sin acrimonia ni desdén para quien no opine como nosotros, que nos encontramos en un momento que nos interesa estudiar y decidarnos sobre un dilema que ofrece dos posiciones claves: nuestra integración voluntaria y definitiva al exilio o la de poner en juego todas nuestras energías y recursos para intentar la recuperación de España.

Adoptando la primera, se puede aceptar toda la integridad y la pureza anarquista inmarcesible. Es muy digno el que piense así. Como internacionalista convencido, se encuentra ante un pueblo tan suyo como el que perdió y, por lo tanto, se puede dedicar a propagar el anarquismo sin paliativos ni frenos, a crear grupos más o menos numerosos, a publicar algún periódico y revista, a celebrar alguna conferencia, etc., etc., y a esperar nuevos adeptos al correr de los años. Que conste que nos parece muy loable esta actitud y la respetamos de todo corazón.

La segunda, que consiste en el intento de recuperación de España, es algo más complejo y exige más actividad, más inteligencia y más firmeza para hacer algo práctico sin perder las esencias ideológicas de nuestro origen. Así, sin disminuir nuestra íntima, fuerte y segura concepción que con Malatesta definiríamos así: «La sociedad anarquista no puede ser mas que una sociedad de hombres que cooperen voluntariamente al bien de todos». Bien anclada en nosotros esta máxima, buscar nuevos horizontes de combate, agenciarnos nuevos refuerzos, no desdeñar opiniones para cooperar en tareas comunes, buscar los factores de coincidencia entre todos los elementos opositores al régimen franquista. Aprender a conocer la España actual. Tratar de conocer el terreno y sus habitantes. Como ha dicho un arrepentido fascista y exilado actualmente: «Aprendamos a pensar en español». No discriminemos sobre el hombre y fijémonos solamente en el sentido de la frase. Ésta quiere decir que debemos ajustar la actuación y sus módulos a la fisonomía de nuestro país en la actualidad. Los elementos de la intelectualidad están muy avanzados en conocimientos, aunque en sentido que nosotros quisiéramos puntualizar y clarificar. Los unos, atraídos por el comunismo, y los otros, con una mezcolanza

rara y confusa para nosotros, mezcla de cristianismo y, estamos tentados de decir, anarquismo. Ellos lo denominan así, pero no es tal, porque en el fondo se trata de la defensa intangible del nuevo Estado. De una u otra forma, los intelectuales sienten la vibración de nuevas inquietudes. Pero el pueblo..., aquel pueblo tan sabio en problemas sociológicos y humanitarios, con un sentido libre de la vida que nos dejamos, no existe, está extinguido. Hoy el obrero español no puede leer ninguna publicación que lo oriente en la selva intrincada de patrañas fascistas. No puede ir a la reunión del Ateneo de la barriada, que lo ilustraba; no tiene el local del sindicato en donde se bañaba en ideas de libertad y de justicia; no puede asistir a mítines ni conferencias. El obrero actual de España trabaja, trabaja mucho, va al cine, al fútbol y a los toros, vive como puede y al llegar al límite extremo de no poder conseguir ni siquiera eso, cosa que sucede con frecuencia, emigra para ganar dinero.

Deberíamos conocer esta vida de cerca, tratar de trabajar en lo posible sobre el terreno, estar atentos a todas las manifestaciones que puedan producirse contra el régimen, protestas más o menos abiertas, sobre todo las huelgas. Si hubiéramos estado preparados en las últimas que adquirieron una amplitud inesperada, hubiésemos podido orientar y reforzar al interior y quizás la magnífica acción de los huelguistas habría tenido un desenlace más fructífero. Si bien no abunda el caso del obrero ilustrado y rebelde, no hay que olvidar que, a pesar de la sangría represiva y de la cortina de humo de la propaganda embustera de los dirigentes y plumíferos franquistas, los obreros logran de vez en cuando dar una nota de vitalidad y de descontento que sería útil poder canalizar en el momento de la acción.

Mientras escribo estas líneas, no puedo apartar de mi mente las terribles condenas de que han sido víctimas nuestros jóvenes. Ayer mismo, acusados de haber participado en la publicación de *Juventud Libre*, dos jóvenes han sido condenados a once años de presidio, sin que afecte gran cosa al mundo que se llama democrático, libre y cristiano. Esto viene a reforzar mis aprensiones del escaso resultado que se obtiene por tanto sacrificio. El militante joven representa una esperanza del porvenir, es un tesoro que no tiene equivalente, al que conviene preservar de sacrificios definitivos. Los comunistas pueden improvisar un militante con unos cuantos guiones y consig-

nas sobre cosas concretas y de fácil asimilación. Los nuestros es distinto; tienen que forjar su formación moral e intelectual con gran esfuerzo; compulsar, estudiar filosofías, corrientes ideológicas, analizar y orientarse entre el peligroso fárrago de la propaganda comunista y las contradictorias y confusas concepciones del capitalismo moderno, para elegir las ideas libertarias que, de haber sentido común en el mundo y verdaderos deseos de confraternidad en la comunidad humana, podrían ser dique al comunismo.

Los viejos comprobamos con tristeza que no tendremos las energías de antaño para intervenir con eficacia en la lucha que nos planteará una eventual vuelta a nuestro país. Ahora más que nunca necesitamos la aportación de estos jóvenes para que luchen y propaguen nuestras ideas en el concierto de la nación. Esto sin demagogias ni estridencias, de una manera persuasiva y generosa, sin amenazas de eliminación del adversario, sino aprovechando todas las fuerzas y energías compatibles para ir tendiendo a crear un clima de concordia entre los españoles, siguiendo siempre una línea ascensional hacia nuestros ideales. Firmeza sí, pero también tolerancia y comprensión para el que no piense como nosotros.

Y, para ir dando fin a este trabajo, repetimos que la sabiduría de los viejos es la de ir cediendo nuestro sitio a los jóvenes, con desprendimiento, pero recomendándoles que cumplan su misión con tanta pericia, entusiasmo y espíritu de sacrificio como el que empleamos nosotros. Pueden y deben ejercer plenamente toda su libertad y actividad de militantes, sin relegar por ello al desprecio y al ostracismo a los combatientes activos de ayer.

«No se muere completamente cuando nuestros esfuerzos han contribuido al progreso de la Humanidad. Nos integramos a la energía cósmica, pero nos proyectamos con nuestras obras en el tiempo. De hombre a hombre, de generación en generación, los que han practicado tan noble tarea entran en la inmortalidad»*. Así, pues, continuamos este lazo de unión y fraternidad de hombres y generaciones y, con la mano tendida, ponemos punto final.

Espoir, diciembre de 1962. Firmado: *Kyralina*.

* *Cahiers du Socialisme Libertaire*.

Tareas urgentes

Por ser un hecho a todas luces evidente vamos a limitarnos a registrar, sin muchos comentarios, la honda crisis que sufre el antifascismo español que lo ha tenido inhabilitado para cumplir su destino histórico. En veinticinco años no ha sabido encontrar las fórmulas positivas que le permitieran luchar victoriosamente contra el régimen de increíble tiranía que sufre nuestro pueblo.

El Movimiento Libertario no ha sabido escapar a esa crisis crónica y exhaustiva que lo ha venido devorando y que, de no intervenir una reacción vigorosa, compromete muy gravemente su porvenir.

Olvidándonos de que estamos trasplantados a un clima artificial, en un terreno que no es el nuestro, no hemos sabido reaccionar para liberarnos de esa servidumbre y hemos perdido miserablemente un cuarto de siglo debatiéndonos en luchas intestinas, empleándonos casi exclusivamente en mantener orientaciones puramente rutinarias y entidades complicadas, siempre en alarmante descenso, que sólo pueden satisfacer a los que en el subconsciente se conformaron con la derrota, renuncian a la lucha y esperan a extinguirse sin sobresaltos.

Mientras nos hemos ido consumiendo en ese *fare niente* —salvando heroicas excepciones—, Franco y sus seguidores han ido aniquilando sistemáticamente a nuestra generación de luchadores del interior y ha conformado y envilecido la mentalidad de unas clases trabajadoras que siempre fueron las más esclarecidas y luchadoras del mundo.

Hay algo en nuestra estructura que ha fallado y falla. Y ha de ser tarea primordial y urgente estudiar las causas de ese fallo para corregirlas ya que en ello reside la esperanza definitiva de salvar a la CNT.

No es que seamos pesimistas. El poderoso Movimiento Libertario, tan profundamente enraizado en la clase trabajadora española y, por consiguiente, en la vida nacional durante ya un siglo, no puede desaparecer si no es por nuestra torpeza y nuestra complicidad. A pesar de la tremenda poda causada por las represiones san-

grientas y de los que nos han abandonado inexorable y sistemáticamente cada día, en el área peninsular y esparcidos por el mundo, quedamos suficiente masa de militantes para operar el resurgimiento que propiciamos. Pero esto ha de ser pronto, pues la marcha vertiginosa del tiempo y de los acontecimientos no admite dilaciones.

Para ello urge romper con el inmovilismo. Hay que suprimir actividades y expedientes secundarios; hay que abandonar las diversiones rutinarias; hay que renovar, rejuvenecer y vigorizar el equipo o los equipos representativos, dotándoles de acuerdos y orientaciones concretas que los sitúen en condiciones de cumplimentar rigurosa y rápidamente los acuerdos que se adopten; hay que suprimir esas barreras mentales, más difíciles de franquear para algunos que los Pirineos que siempre nos han separado de la España libre y combatiente; hay que secundar —en vez de interferir y entorpecer— al gran número de militantes que en el interior se han salvado todavía del naufragio, los cuales, nos consta, con nuestra comprensión y ayuda, levantarán una CNT capaz de enfrentarse con éxito al régimen de Franco que contribuirá a restablecer las libertades y los derechos del pueblo español.

¡Actuar por y para la liberación de España!

¡Ésa ha de ser nuestra divisa!

España Libre, Nueva York, 1964. Sin firmar.

Artículo autenticado por Helenio Molina.

Las españolas emigran también

Las estaciones francesas están siempre llenas de obreros españoles, llegados a Francia en busca de mejores salarios, cargados de maletas, bultos y capazos, apiñados alrededor de sus equipajes, charlan entre ellos, pero se les nota cohibidos, apartados de la oleada del público. Parece como si no pudiesen ocultar un pudor inconfesado de verse tratados con condescendencia, sí, pero un poco a la manera como se trata al pariente pobre por las autoridades, patronos y empresas que les acogen.

Cuando los contemplo, yo también me siento dolorida y humillada por ellos. Sobre todo al ver que entre estos grupos de emigrados hay tantas mujeres que los acompañan con niños de pecho en los brazos y otros de la mano.

Sí, la mujer española también emigra. Ella, tan casera en otros tiempos, con tanto amor a sus muebles, a sus ropitas, a sus costumbres, abandona sus amores, rompe con sus hábitos de vida y emigra... Cruza las fronteras a correr la aventura de la búsqueda de un salario más remunerador. Unas veces en unión de su marido y otras, las más, sola, con el único estímulo de su coraje.

¿Emigra la obrera española impulsada por el afán de conocer idiomas, países, diferentes modos de vida, o por madurez de personalidad? No. Sale de nuestro país, de la España hermosa y soleada, acuciada por las necesidades materiales insatisfechas y por el ambiente social de asfixia y abandono que sufre la clase obrera, falta de verdaderas organizaciones sindicales que se ocupen de la defensa de sus intereses.

Por estas causas salen ellos y ellas al extranjero. Antes de expatriarse hicieron mil esfuerzos para evitarlo. Trabajaron sin contar las horas en su oficio y fuera de él. Todo fue inútil. Su bajo salario sólo les permitía comer parcamente, abstenerse de todo confort casero y vestirse y vivir con decencia, gracias al doble esfuerzo de la mujer que, fuera de las horas de su trabajo, en la casa se afanaba por limpiar, coser y lavar sin descanso.

Las obreras cada vez van siendo más numerosas en España. Empiezan a sentir la falta y la necesidad de una organización obrera fuerte y poderosa como la CONFEDERACIÓN NACIONAL DEL TRABAJO que no tuvo más objetivos, en toda situación y momento, que la defensa de los intereses de la clase obrera a cambio de la persecución constante de sus militantes que unas veces fueron encarcelados y otras asesinados.

Por ello vamos leyendo ya en la prensa de España quejas y protestas formuladas por las trabajadoras. La periodista Aída Fuentes dice: «Las obreras españolas están descontentas de los organismos oficiales que no responden. No sabemos quiénes nos representan en ellos y ante quiénes tenemos o debemos presentar reclamaciones». Y agrega: «A la mujer obrera no se la respeta ni se la considera». A continuación publica la estadística siguiente: «Hay en Asturias actualmente 278 obreras sin seguros sociales. 277 que tienen categoría inferior al trabajo que realizan. 244 con un salario inferior al legal. 277 que trabajan horas extraordinarias, sin que se les paguen. 470 trabajando horas extraordinarias sin que les paguen lo reglamentado. 405 figurando un mínimo de salario y cobrando más. 570 sin facilidad para obtener permisos. 1.023 que no tienen buenas relaciones con sus jefes. 75 que no son atendidas en caso de reclamaciones y todas ellas con la inseguridad ante la defensa de sus derechos».

Estas protestas y malestar social de las obreras astures puede ser aplicado a la mano de obra femenina de toda España. Las mujeres empiezan a comprender que los sindicatos verticales se ocupan con más fervor de la política de permanencia del Estado franquista que del mejoramiento de la clase obrera. Los intereses vitales de ésta, que son la obtención de mejoras y salarios que les permitan una vida cómoda y sana, el acceso a la cultura y el respeto de ideas y creencias, fue siempre obra de los sindicatos, al margen del Estado, creados por y para la defensa de los asalariados. El más caracterizado de ellos es la CONFEDERACIÓN NACIONAL DEL TRABAJO que en el pasado realizó una acción eficaz y gloriosa y que, en la actualidad, la prosigue clandestinamente dentro de España y que en el futuro volverá a ser lo que fue consagrándose a su generoso y exclusivo fin: el de la elevación social, cultural y económica de la clase trabajadora.

Mi Tierra, París, febrero de 1965. Firmado: *Libertad*.

Las mujeres en aquel lejano julio

Recuerdo un sol brillante, tan hermoso. El cielo de un azul límpido, sin una nube. La brisa marina, tan pura. El ambiente de expectación de que va a ocurrir algo insólito, grave, en las calles barcelonesas. La muchedumbre, comenzando a circular por ellas en hora tan mañanera. El ronroneo de unos aviones. El ruido de pasos de la gente sobre el pavimento que ningún vehículo apagaba. Voces, gritos... y de pronto el ruido de la fusilería. El entusiasmo de los combatientes, su heroísmo y, en seguida, la sangre de éstos regando el empedrado de las calles.

Las mujeres tomaron parte en la lucha. Numerosas, combativas, heroicas algunas. ¿Quiénes fueron ellas? ¿Cómo se llamaban? Como los nombres de los combatientes oscuros quedaron en el anonimato para la eternidad. Su memoria será perenne como militantes de organizaciones tan gloriosas como la CNT y la FAI.

¿Cuántos supervivientes quedan de aquella epopeya? ¡Qué importa! Al cruzar la frontera, forzados por la derrota, morimos todos como combatientes.

Lo que ha seguido ha sido trágico. De vez en cuando algún fulgor, un ramalazo de energía; muchos que entran en los presidios, otros que mueren por la causa. Y sigue la ronda de los años, en lucha siempre contra los vencedores... pero también entre nosotros mismos.

Tengo la esperanza de que cuando regresemos a España, las compañeras pondrán todo su talento en estudiar y comprender la mentalidad actual de las obreras españolas, la vida de la mujer en general, para tratar de ir desintoxicándolas de las influencias nefastas del régimen (no olvidemos que la Falange femenina ha contado con quinientas mil afiliadas) y orientarlas hacia ideales de libertad.

La situación tan compleja del mundo de hoy exigirá de nuestras militantes más instrucción, más competencia en el conocimiento de los problemas nuevos que comporta la incorporación masiva de la mujer al trabajo en todas las ramas de la sociedad. Mucha más instrucción de la que tuvieron aquellas compañeras de los Sindicatos

de la época heroica de la CNT. Tendrán que enseñar a las españolas, no solamente a luchar al lado del hombre, a sustituir al hombre, sino a aprender de éste lo que ha creado de bueno, de humano y de libre. Forzar a las sociedades humanas a una vida de esclavitud, de miseria física e intelectual, será siempre un acto reprobable, condenable, sea éste inspirado, consentido y ejecutado por un hombre o una mujer. Y el papel capital de las mujeres debe ser precisamente el contribuir a regenerar las sociedades injustas.

Recordemos a todas aquellas mujeres que lucharon en el 19 de Julio. Que nuestras jóvenes, al sucederlas, les rindan homenaje, pero que procuren adquirir más cultura y mucho coraje para regenerar y adecentar la vida de la española de hoy y de mañana.

Asturias, París, julio de 1965. Firmado: Libertad.

Mujeres de la CNT en España

Son muy numerosas. Ya conocíamos muchas de entre ellas, ahora hemos hablado con varias. Unas ya en los umbrales de la ancianidad, otras más jóvenes entre los cuarenta y cincuenta años que fueron todas en el pasado las militantes juveniles antes y durante la guerra y la revolución.

En las constantes, rápidas y repetidas preguntas y respuestas, nosotras sobre sus problemas, ellas sobre los nuestros, en un ambiente de confraternidad entusiasta, nos contaron algunas de sus actividades. Visitan a los presos, aún numerosos, distribuyen la solidaridad que se recauda para ellos en los lugares de trabajo dentro de España y la que les llega de los compañeros del exilio. Visitan también a los familiares de los detenidos para darles ánimo y confianza.

Dedicadas espontáneamente a esta labor son varias y siguen siendo el ya clásico tipo de la compañera del militante y militante ella misma, hecha toda de espíritu de sacrificio, de solidaridad, siendo capaz de soportar, durante largos años, las vicisitudes de todo orden que acompañaron siempre la vida azarosa del militante en activo.

Hay algunas muy cultas que siguen al día, en lo posible (el libro es carísimo en España), la lectura de libros, revistas y publicaciones, políticas, sociales y filosóficas del extranjero. Todas ellas en relación continua y fraternal. Una de las cosas que más me ha agradado es el comprobar esa trabazón amistosa que existe entre ellas. Hay también diversidad de apreciaciones sobre los problemas, siempre el de nuestra común liberación, exilio e interior, pero la coincidencia se produce y la amistad acorta las distancias.

Todas guardan fresca y viva su convicción en las ideas, pese a la pesada y tupida red de la propaganda oficial del régimen que oculta y desfigura los acontecimientos sociales y políticos y llena de sofismas y malabarismos los estudios que se publican sobre temas de Derecho, de libertad y de aspiraciones sociales.

Antes de la confrontación teníamos el temor de un choque de nuestros respectivos puntos de vista. No ha sido así. Llenas de alegría hemos comprobado la absoluta convergencia común. Ellas viviendo veinticinco años en el interior de nuestro país y nosotras veinticinco años fuera de él.

No siendo posible verla personalmente vimos una reciente fotografía de Paquita Román, hecha en Alcalá de Henares, rodeada de otras presas. Aunque delgada tiene buen aspecto. Nos dijeron que guardaba buena moral y que decía que la experiencia de estos años de encarcelamiento le había sido muy provechosa para la afirmación de su personalidad. Su solo sentimiento es el de haber causado tanta pena al bueno de su padre.

Hay una compañera que merece citación a parte. Se trata de una maestra de escuela, benévola. No cobra nada por guardar y enseñar a leer y a escribir a chicos de cinco a ocho años. Hemos sentido una emoción intensa a la vista de su escuela pobre y diminuta, con una blancura de muros que hierde los ojos así como la limpieza de las funditas de los respaldos de las sillas de los niños. Frente a aquella miseria que oculta su fealdad a fuerza de jabón y trabajo; ante esa mujer que logra la humana obra de evitar que esos hijos de obreros anden por la calle entre el polvo y la basura, expuestos a los contactos con la golfería no pudimos contenernos y dimos libertad a las lágrimas.

¡Compañeritas de España que habéis sabido conservar tantos valores morales entre ese ambiente de señoritas frívolas, de chicas

de «Las Vistillas», de muchachas que sólo ambicionan el casamiento de lujo, la compra del piso, de los muebles; corazones roídos por la fiebre de las comodidades caseras, la vanidad y la religiosidad falsa y ramplona! Vuestro mérito es grande y nuestra emoción al recordaros desde las columnas de este periódico lo es mucho más.

Texto transcrito a máquina, posiblemente publicado en *España Libre* de Nueva York, fechado en 1966. Autenticado por Helenio Molina.

Mayo 1968

En el Boulevard Saint Germain una muchedumbre, jóvenes en su mayoría, se empujaban para abrirse paso. Había entre aquella fronda humana muchas jóvenes vestidas con minifalda y pantalones vaqueros, cabellos largos en ellas y en ellos, patillas o larga barba. En muchos, un descuido natural o afectado en el vestir, en otros el *négligé* más completo.

En la acera del jardín de los restos antiguos del monasterio de Cluny, había un gran tablero y sobre él un joven melencólico peroraba. Muchos transeúntes se detenían a escucharle atentamente. El tráfico de vehículos estaba interrumpido. Toda la calzada estaba obstruida por los nutridos grupos que escuchaban a los improvisados oradores callejeros.

Una buena parte del empedrado que había sido arrancado ya estaba reparado y grandes trechos de viscoso y negro asfalto se adherían a las suelas de los zapatos de los viandantes. Las rejas que protegían las bases de los árboles se hallaban rotas y amontonadas en discretos rincones. Los árboles habían sido cercenados y resaltaban a la vista sus cortes blancos, lisos y pulidos. Los que los aserraron debieron usar habilidad y herramientas adecuadas para realizar aquel trabajo.

¿Qué huracán pasó por allí? Éste no fue climatológico, fue humano. Por todo el Barrio Latino había las huellas de las luchas de la juventud estudiantil en rebelión contra el Gobierno del general De

Gaulle. Boulevard Saint Michel, rue Gay-Lussac, Saint Jacques, Le Goff, Carrefour de Saint Germain des Prés, École de Médecine fueron lugares en donde hubo lucha entre estudiantes y policía en aquella que fue llamada «La noche de las barricadas»: la noche del 10 de mayo, de incendios de cócteles molotov, de las palizas, de las bombas lacrimógenas; noche en que se popularizó el nombre de *walky-talky* y en la que hubo 800 heridos.

Cruzamos el Boulevard Saint Germain, siempre presos entre una gran muchedumbre y llegamos a la Sorbona, ocupada por los estudiantes. En la amplia acera de su entrada había un montón de cenizas y papeles medio quemados; libros húmedos y chamuscados, que algunos aún podían leerse, eran afanosamente buscados y llevados por los paseantes. Supuse que los llevaban como recuerdo histórico, algo como aquello de las piedras de la Bastilla. Confieso que tuve deseos de rebuscar en el montón y llevarme mi papelote. Todo provenía de un incendio que tuvo lugar días antes en los sótanos de la Sorbona, en plena ocupación estudiantil. El incendio, al parecer, no fue intencionado.

Unos pasos más adelante, paquetes de periódico en el suelo. Chicos y chicas que iban y venían, ofreciéndolos a voces: *L'Enragé*, *Le Pavé*, *Action*. Otros pedían solidaridad en metálico para proseguir la propaganda. Pudimos entrar, por fin, en la Sorbona.

La inmensa sala que meses antes había visitado y admirado como un templo de la Cultura con sus venerables estatuas y sus decorados antiguos, apareció a mi vista como un incendio de colores rojos y negros, verdes agresivos. Una percalina el frontispicio; fondo negro y letras rojas, CNT-AIT. En los muros pasquines, pasquines y cuadros; uno de ellos *La Gioconda*, con el rostro de André Malraux, ministro. En el ambiente un griterío ensordecedor. Movimiento. Mucha juventud con pelambreras. Máximas, la primera «*L'Imagination au pouvoir*». Un gran letrero con la efigie de Mao. En el puesto de propaganda, unos jóvenes reparten hojas con textos que ponen a Mao por las nubes. Aquí leemos esta inscripción «*Suscription pour les C.R.S. (Compañías de Seguridad) pour les achever*» [Suscripción para acabar con los cuerpos de seguridad].

Subimos unos peldaños de la inmensa sala. A mi izquierda había una puerta en la que se leía «*Garderie pour enfants*». Al otro extre-

mo, al final de un amplio corredor volvimos a subir unas escaleras y nos hallamos en el precioso anfiteatro Richelieu, cuyos techos y muros estaban adornados de bellas pinturas. Estaba abarrotado de público; mujeres, muchas mujeres y niños. Observé el hecho y pensé que era una temeridad el traer niños a este ambiente electrizado de pasiones en el que podían producirse toda clase de accidentes. Después, observando los rostros de aquellas madres tan atentas a los discursos me convencí que las madres habían llevado conscientemente a sus hijos para que presenciaran un momento trascendental de la vida de su nación que, al recordarlo de mayores, podrían decir con orgullo: «Yo estuve allí».

En el estrado había una gran mesa y a su alrededor unos jóvenes que por medio de un magnetófono retransmitían una conferencia del sabio Jean Rostand sobre la paz. Otros muchachos acomodaban a los entrantes en los asientos vacíos. Algunos dormían fatigados sobre los bancos. Escuchamos la conferencia y salimos.

Bajamos los escalones y enfilamos un largo corredor. Siguen los letreros: «*Visca Catalunya Lliure!*», «*Plus je fais la Revolution, plus j'ai envie de faire l'amour*» [Cuanto más hago la revolución, más ganas tengo de hacer el amor]. En uno de ellos una chica decía que era muy feliz fornicando con el hombre de su gusto. Otro letrero pedía un voluntario para hacer la limpieza (que, a decir verdad, hacía mucha falta). Otro, que nos hizo sonreír, recomendaba al visitante de hacer el amor allí mismo, en el suelo, sin avanzar un paso más adelante. A nuestra derecha, en la puerta cerrada, había escrito «*Katanga*». Más tarde supimos que allí acampaban mercenarios que habían hecho la guerra en aquel país. Luego los katanguenses fueron expulsados de la Sorbona por los mismos estudiantes. A nuestra izquierda se hallaba la Secretaría de la CNT española. [...] A los lados, en el suelo, cubos llenos de agua y grandes cestos llenos de pan. Sobre un banco de madera dormía una muchacha. La miré. Era muy bonita.

Entramos en el patio de la Sorbona. El ambiente era inenarrable. Aquel ruido ensordecedor debía parecerse al de las cataratas del Niágara o al paso de la Marabunta. La muchedumbre nos asfixiaba. Yo, que soy pequeña, andaba sumergida por hombros y cabezas. Sólo podía ver el cielo. Avanzando llegamos a poder ver los *stand* de propaganda que se hallaban instalados a lo largo del patio. Discursos,

griterío, hojas, periódicos, libros, muchos libros, fotografías y dibujos de las efigies de Trotski, Lenin, Che Guevara y Mao, Mao sobre todo. También vimos un puesto de exposición y venta de propaganda anarquista. Allí estaba expuesto el *jupon noir* de Luisa Michel, la falda negra que vestía. Una mujer voceaba *Le Monde Libertaire*. Subida a la estatua de Victor Hugo una muchacha discursaba. El público no le hacía mucho caso, pero ella seguía hablando de la miseria que sufría la clase obrera.

Cuando salimos a la calle vimos un espectáculo curioso. En un rincón, no muy visible, había un enorme montón de tapaderas de plástico de los cubos de basura. Habían servido de escudos de protección en las luchas contra la policía. A la salida, grupos de jóvenes voceaban los periódicos.

Nos encaminamos hacia la calle École de Médecine. En esta calle había otro edificio de la Sorbona en cuya verja de entrada había un gran letrero: «*Antenne Chirurgicale*» sobre una insignia de la Cruz Roja. Este local sirvió de hospital de sangre. Allí llevaban a curar a los manifestantes heridos en la noche de las barricadas, para sustraerlos a los peligros de identificación y detención. Algunos heridos se paseaban por el patio con la cabeza vendada o con esparadrapos en la cara.

Continuamos nuestra peregrinación. Llegamos al teatro Odeón. A todo lo largo de su fachada un letrero: «*Théâtre occupé*». En las estatuas que emergen de su techo había banderas rojas y banderas negras de los anarquistas. Otros jóvenes, más melnudos que los que ocupaban la Sorbona, se paseaban debajo de los pórticos voceando prensa subversiva. Nos pidieron un franco de entrada. Lo dimos y entramos.

El teatro es muy hermoso, de estilo clásico, con palcos circulares tapizados de terciopelo granate con adornos de metal dorado. La lámpara central es hermosísima. Las pinturas del techo muy buenas, de colores suaves y atractivos. Todo es armonioso, las dimensiones, las pinturas y el estilo arquitectural.

Al penetrar nosotros el teatro se hallaba lleno a estallar por un enorme gentío. Un vaho y una espesa humareda de tabaco nos azotó el rostro. Por todo había letreros: «*Interdit de fumer*». Y tenían razón. No sé la hecatombe que se habría producido de ocurrir un

incendio en la circunstancia tan especial de la ocupación del teatro. En el escenario unos jóvenes discursaban. ¿Es que esos muchachos han estado privados del habla que ahora usan de tal ejercicio con tanta euforia y desesperación? Después de unos breves instantes de respirar aquella atmósfera cargada de pasiones de protestas y griterío salimos a la calle. A otro mundo.

Primeras reflexiones

Me pareció observar en el aspecto de la Sorbona ocupada un reflejo de la casa CNT-FAI en los primeros días que nosotros la ocupamos en julio de 1936. Su ambiente de movimiento frenético, de pasión y de fraseología enardecida. Existía algo de similitud en el gesto exterior de la revuelta. Es posible que esta analogía, nacida de un exaltante recuerdo era sólo el decorado de la *mise en scène*. Lo nuestro fue mucho más profundo, más grandioso. Fue una Revolución. Nuestros milicianos no llevaban pelambreras y vestían el mono azul de los obreros, llevando por encima el correaje con la pistola al cinto y el fusil al hombro. No se trató entonces de la lucha contra la policía armada de matracas y de bombas lacrimógenas, sino de hacer frente a poderosas fuerzas militares, bien entrenadas y equipadas con sólido armamento al servicio del fuerte poder de la reacción.

Por una veneración mística que yo siempre he sentido ante los centros de enseñanza y cultura, a los cuales no pude asistir, ni de chica ni de mayor, me pareció ver que, con el decorado revolucionario de la Sorbona, se había cometido en cierto modo una befa, un ultraje a un edificio, más que a un principio para mí tenido por venerado, el más fundamental: la educación e instrucción del ser humano.

Un aspecto de la ocupación me produjo admiración y emoción sincera. El ver a la juventud, sobre todo femenina, desligada de las futilidades y frivolidades del cotidiano vivir, luchando con resolución y entusiasmo en defensa de una causa social y política que exigió de ellas muchos sacrificios de todo orden.

Estudiada con más detenimiento, la algarabía de la ocupación era el aspecto un tanto folklórico. Al interior, en las salas de ambiente más sosegado, estudiantes y profesores estudiaban la creación de nuevos

métodos escolares en función de la modernización de la enseñanza, febrilmente y con tal tesón y continuidad que un profesor que vivió ese clima de la Sorbona se preguntó: ¿Cuándo comen y duermen esos muchachos? Allí nadie se ocupaba de la comida que consistió en bocadillos durante semanas enteras.

Fue famosa la actividad que se realizó en la Escuela de Bellas Artes en la producción de material de propaganda, redacción e impresión de periódicos, manifiestos, dibujos, pinturas y pasquines. ¡Qué derroche de energías y de talento! Esas jornadas no se olvidarán fácilmente porque fueron representativas del esfuerzo que es capaz de realizar el ser humano cuando es impulsado por la fuerza motriz de un ideal.

En la Sorbona ocupada dieron espectáculos los más grandes artistas franceses; y conferencias notabilidades de las ciencias, las letras y la política, entre ellos Jean Rostand, Leprince-Ringuet, Jean Paul Sartre, Luis Aragon, el premio Nobel Jacques Monod, al que también se le vio en la calle la noche de las barricadas, asistiendo a los estudiantes heridos, Jean Maitron, gran historiador y sociólogo, Gaston Leval, Daniel Guérin, una monja Francisca Vandermesch, directora de la revista *Échanges*. Estos nombres son sólo una muestra, pues fueron muchas las personalidades de gran valor intelectual que hablaron aquellos días en la Universidad que fundó el monje Robert Sorbon en 1253.

Durante unas semanas fue una fiesta del intelecto; una explosión de entusiasmo por conocer las nuevas ideologías de vanguardia. Marcuse fue el gran símbolo de la juventud. La euforia de la Universidad se comunicó a la calle. Todo el mundo sintió la necesidad de exteriorizar sus opiniones. El ágora de los helenos revivió en la Francia de 1968, toda convulsionada por el acontecimiento.

La prensa escrita rivalizó en artículos enjundiosos sobre los problemas de una sociedad con ansias de transformación, abundantemente ilustrados con fotos emocionantes y bellísimas con las imágenes de la juventud enardecida desfilando por las calles. Las muchachas enarbolando banderas libertarias. ¿Y los pasquines? Sobre todo los de la radiotelevisión fueron verdaderas obras de arte. Revistas enteras los reprodujeron. El número de libros que aparecieron en poco tiempo relatando los acontecimientos fueron incontables. Más de cincuenta en las fechas que escribo estas líneas (noviembre de 1968).

Primeros chispazos

¿Pudo prevenirse la explosión de mayo? Las opiniones son divergentes. El malestar, la agitación de los medios universitarios era muy aguda en los últimos años. Recordemos las revueltas estudiantiles en los Estados Unidos y en Europa. Dice la profesora Jeanne Durry (*Le Monde*, 11-12-1968): «La catástrofe de mayo pudo haberse evitado si los precedentes ministros de Instrucción Pública hubiesen podido contar con los créditos que le han sido atribuidos al señor Edgard Faure. En ese caso las facultades habrían sido dotadas, año tras año, de los locales necesarios que los profesores reclamaban *en vain a coeur et a cri*. Una facultad que en 1968 llega a tener 41.000 estudiantes, como la Sorbona-Letras, es un monstruo que no debió haber nacido jamás y que no puede conducir nada más que a las revoluciones».

A las convulsiones de mayo precede la revuelta universitaria de Nanterre. Ésta no surgió tampoco por generación espontánea. La agitación estudiantil de esa universidad ya se había manifestado en varias protestas. ¿Motivos? Ya los hemos apuntado: repercusión de los movimientos estudiantiles de América y Europa. Los que aducía la profesora Durray: defectos del profesorado y la necesidad de adaptar la enseñanza a las nuevas necesidades de la sociedad industrial y tecnológica y otros más poderosos: la influencia y presión que ejercía sobre la juventud universitaria la propaganda marxista, y también en muchos más un sentimiento de frustración ante tanto sacrificio en los estudios para tan inciertas posibilidades de ejercer. Y también un desencanto ante esta misma sociedad que no valora la personalidad humana en toda su integridad.

La encuesta dirigida por el ministro Missoffe para tomar el pulso a la juventud, reveló ya muchos signos que debieran haber alarmado a educadores y gobernantes; sobre todo a estos últimos. Entre protestas, más o menos intensas, más o menos minimizadas casi siempre por el Gobierno, llegó la conmoción del 22 de marzo en la Universidad de Nanterre. El nombre de Daniel Cohn-Bendit, estudiante de 23 años que se denominaba anarquista, llegó a ser conocido del gran público. El Gobierno y la prensa en general no dieron mayor importancia al acontecimiento, aunque en Nanterre ocurrieron hechos muy serios, se quiso dar la impresión de que era una algarada de muchachos que

no tenía importancia. Sin embargo, el ministro de Instrucción Pública, Missoffe, ya había tenido algún disgusto con Cohn-Bendit.

Recuerdo que por aquellos días un profesor de Nanterre, cuyo nombre he olvidado, se quejaba de un artículo publicado en *Le Monde*, del poco o ningún respeto con que los alumnos trataban a sus profesores. El profesor decía que una vez fue interrumpido durante una clase e interpelado por un estudiante que le preguntó qué conocimiento tenía de las doctrinas de Mao.

¿Movimiento imprescindible el de mayo? No tanto si se hubiese prestado más atención a los síntomas alarmantes de tanta protesta.

Las fuerzas subversivas de Mayo

PSU (Partido Socialista Unificado), SNES (Sindicato Nacional de Enseñanza Superior), UNEF (Unión Nacional de Estudiantes de Francia) y la UEC (Unión de Estudiantes Comunistas). Estas fueron las organizaciones mayoritarias detonantes de la explosión. A ellas se agregaron los llamados grupúsculos: UJCML (Unión de Juventudes Comunistas Marxistas Leninistas), PCMLF (Partido Comunista Marxista Leninista de Francia), JCR (Juventudes Comunistas Revolucionarias), FJR (Federación de Juventudes Revolucionarias), Movimiento 22 de Marzo, MAU (Movimiento de Acción Universitaria), EUS (Estudiantes Unificados Socialistas), OCI (Organización Comunista Internacionalista), CRER (Comité de Relaciones de Estudiantes Revolucionarios), CVB (Comité del Vietnam de Base), CAL (Comité de Acción de los Liceos), CREOC (Comité de Relaciones de Estudiantes Obreros y Campesinos). A estos hay que agregar los grupos de *Le Monde Libertaire*, Grupo Luisa Michel, CNTF (Confederación Nacional del Trabajo Francesa). Intervinieron también, muchas veces a pesar de sus dirigentes, la CGT (Confederación General del Trabajo) —comunistas—, CFT (Confederación Francesa del Trabajo), CFTC (Confederación Francesa de Trabajadores Cristianos), FO (Fuerza Obrera) y CGC (Confederación General de Cuadros)*.

* Relación de un artículo de Pierre Vianson-Ponte, publicado en *Le Monde*, 26 de noviembre de 1968.

Enseñanzas a retener

La experiencia de mayo demuestra las posibilidades existentes para desintegrar el complicado mecanismo de una sociedad fuertemente industrializada y un Gobierno sólidamente implantado como el de Francia en 1968.

La fuerza que confiere la sólida unión de obreros, técnicos, intelectuales y agricultores se reveló en mayo de una eficacia tremenda para desorganizar la máquina estatal.

Por unos días, Francia estuvo al borde de una verdadera revolución, producida por el enorme poderío de las citadas fuerzas unidas. Éstas pudieron lanzar diez millones de trabajadores a la huelga. Las centrales sindicales que paralizaron toda Francia fueron, durante más de un mes, los árbitros de la vida nacional y tuvieron en las manos sus resortes económicos. Y se constató también que la Francia de la Revolución con su gran lema de «Una e indivisible», no ha logrado imponer esa divisa, después de dos siglos de existencia y se halla políticamente fraccionada por tendencias dispares. ¿Llegará Francia, con sus antagonismos irreconciliables al *impasse* trágico de la España de 1936?

La política del general De Gaulle

Francia llevaba en 1968 diez años sometida a las presiones e influencia de la Rusia comunista. Todas las actividades de la nación, políticas, culturales y artísticas han sido contaminadas por la ideología marxista-leninista y ello con la complacencia del general De Gaulle, que se recreó viendo ascender la marea con el secreto designio de utilizar diques de contención en el momento más propicio a fin de aparecer como el salvador de la *France Eternelle*.

En todo caso, su inconmensurable orgullo debió sentirse lastimado. La lealtad de los militares a su persona la tuvo que pagar a base de sufrir la humillación de tener que liberar al general Salan y a los hombres comprometidos en la OAS y de pedir auxilio a las fuerzas americanas.

Cese en la unidad de objetivos

La multiplicidad de grupos y organizaciones que se lanzaron a la subversión reclamaron al principio simples reformas universitarias. Bien pronto hicieron conocer otras aspiraciones más ambiciosas. No se reclamaban ya reformas parciales, sino una transformación completa de la sociedad. *Había que hacer la Revolución.*

Francia, que hasta entonces de una manera general vivía más o menos satisfecha de su suerte y que parecía tan sólidamente organizada en sus estructuras político-sociales, pasó súbitamente, casi sin transiciones, al resquebrajamiento de todo su andamiaje. Todos los grupos sociales se tornaron *contestataires*, ¡hasta la policía!

Los estudiantes la emprendieron *contra la sociedad de consumo*. Ella era la gran responsable. ¿Eran también consumistas los *smicards* (salario mínimo), los ancianos, los habitantes de los *bidonvilles*? Lo cierto es que al tomar amplitud nacional la contestación y englobar tanta diversidad de opiniones, surgió el problema: ¿qué modelo adoptar para la orientación y transformación del nuevo régimen? ¿El modelo soviético, el chino, el cubano, el ucraniano o el libertario español? No era fácil escoger un modelo dado el maremágnum ideológico de mayo.

Las centrales sindicales, que habían dado al Movimiento su verdadera importancia con el paro de los ferrocarriles y los servicios públicos, comenzaron a alarmarse del extremismo de los estudiantes. La prueba la tuvimos la tarde del 13 de mayo con la manifestación monstruo convocada por las organizaciones sindicales. Según datos de la prensa, concurren a ella más de 800.000 manifestantes. En los barrios de la *cintura roja* de París se hizo una gran propaganda con altavoces para que asistieran a la manifestación los obreros. ¿Se contentaría aquella marea humana enardecida sólo con un paseo por París o se lanzaría al asalto de los edificios gubernamentales, aprovechando aquellas horas de exaltación, para dar comienzo a una verdadera Revolución?

Lo cierto es que se vivieron unas horas de *suspense* verdadero.

El ministro del Interior, Christian Fouchet, en su libro sobre los sucesos de mayo, decía: «Tuvimos que llamar la atención a los periodistas de radio y televisión para que moderaran el tono de las infor-

maciones. Si las radios no cesan ese tono tan exaltado de la información el régimen va a derrumbarse».

Y De Gaulle, hablando con André Malraux un tiempo después de los ecos de mayo decía: «*En mai, tout m'échappait. Je n'avais plus de prise sur mon propre gouvernement. Bien sûr ça a changé quand j'ai pu faire appel au pays*» [En mayo todo me escapaba. No podía ejercer ningún control ni sobre mi propio gobierno. Ciertamente esto cambió cuando pude hacer el llamamiento al país].

El *suspense* finalizó a las 5 de la tarde del día 13 cuando la muchedumbre de manifestantes llegó a la estación de Saint Lazare y se le dio la orden de disolución por los jefes conductores. Las organizaciones obreras cambiaron su actitud revolucionaria y se bifurcaron en la lucha por reivindicaciones económicas y las negociaciones de Grenelle comenzaron.

Cuatro años después de mayo, Georges Seguy da a conocer en su libro el texto de las conversaciones con Georges Pompidou, durante mayo en Grenelle. Y agrega: «...*Pour ma part, je peux vous assurer d'une chose: Je préfère être simple fonctionnaire d'un gouvernement communiste, que premier ministre d'une France dominée par les américains*» [Por mi parte puedo asegurar una cosa: prefiero ser simple funcionario en un gobierno comunista que primer ministro de una Francia dominada por los americanos].

Mayo de 1968 ¿fue una revolución?

No lo creo. Aunque la conmoción fue tan intensa y sensibilizó a toda la nación, la verdadera prueba de fuerza no tuvo lugar. Tanto por parte del Gobierno como de las fuerzas subversivas hubo una gran moderación en los enfrentamientos. ¿Qué reacción habría tenido el Gobierno si los estudiantes y los obreros hubieran intervenido armados con fusiles y pistolas, en lugar de cócteles Molotoff y tapaderas de cubos de las basuras? ¿Qué habría sucedido si de buenas a primeras el Gobierno hubiese sacado a las calles de París los tanques del Ejército, como ha hecho la Rusia soviética en casos semejantes?

Creo que mayo fue una tormenta que ya había agitado a la juventud del mundo no comunista. Juventud que se debate en presiones

de ideologías diversas que buscan su norte o esperanza en el mejoramiento de las actuales condiciones de vida.

¿Existieron en mayo-junio influencias anarquistas?

Se puede afirmar que sí. Los anarquistas, como ya digo al comienzo de este trabajo, estuvieron en la ocupación de la Sorbona y participaron en la lucha. A lo largo del desarrollo de los acontecimientos entre las múltiples tendencias ideológicas que apasionaban a la juventud impulsándola a descubrir nuevas rutas de convivencia social, comenzó a emerger con mayor claridad la existencia de tendencias anarquistas. El anarquismo surgió a la superficie de la vida pública en una sociedad capitalista-demócrata, sin la cohorte de truculencias y atentados terroristas del pasado. Los nombres de Kropotkin, de Proudhon y, sobre todo, de Bakunin, circularon copiosamente. Se comentaron en artículos y conferencias sus teorías. Las ideas anarquistas no fueron consideradas solamente como antaño, sinónimo de violencia y caos. Fueron examinadas muy seriamente por escritores, profesores, periodistas y estudiantes como una teoría filosófico-social susceptible de respuestas para posibles nuevas estructuras de convivencia humana. Hasta el *gauchismo* tuvo su tinte anarquizante. En la copiosa bibliografía del movimiento de mayo varios escritores han profundizado en el conocimiento de los principios bakuninistas. Citemos algunos nombres: Bloch-Lain, Cyrille Carnevon, Guy Michaud. Éste dice en un párrafo de su libro sobre mayo: «Las ideas que se estudiaron y debatieron en mayo y en las nuevas estructuras que se propusieron como modelo, se notó un gran interés por el resurgimiento de las grandes corrientes libertarias, bien ancladas en la mentalidad francesa, como son las teorías sobre el federalismo de Proudhon».

Como conclusión, podemos afirmar que los comunistas, encuadrados en las nueve organizaciones que tomaron parte en la subversión, no lograron imponer su dominio absoluto. Y ello a pesar de que todos los factores les favorecían de los que destacamos: la política exterior del general De Gaulle, contraria a los EEUU, las masas trabajadoras de la CGT, la mayoría de los enseñantes de las universi-

dades, la moral de saberse asistidos por las simpatías de 750 millones de chinos, 200 millones de rusos, los países de la Europa del Este y de las quintas columnas infiltradas en los estamentos sociopolíticos de todo el mundo para desarrollar su propaganda comunista, sabiamente concebida y orientada para desestabilizar los regímenes poco adeptos a la dictadura del proletariado.

Francia no olvidó su gran Revolución de 1789, ni la de la Comuna de 1871. Las enseñanzas de los enciclopedistas se mantuvieron muy vivas: el gran Voltaire tan enamorado de la libertad, Varlín y Vallés de la Comuna, Luisa Michel, Flora Tristán, Proudhon y Reclus, del socialismo libertario en general. Estuvieron siempre presentes en una Francia extraordinariamente sabia, culta y amante de la libertad para dejarse arrastrar hacia el comunismo soviético.

Además, en mayo del 68 se recordaba muy bien la acción de los tanques soviéticos en Berlín del Este en 1953, en Poznan y Budapest en 1956 y en Praga, tanques que aplastaron las protestas de los pueblos sometidos a la tiranía soviética.

Ya era conocido en el mundo entero el hecho de que en Rusia había muchos hombres y mujeres que habían dicho ¡No! al comunismo. De entre ellos, grandes escritores, sabios y humanistas han publicado numerosos y emotivos testimonios que han corrido como cohetes de un ámbito a otro de la tierra denunciando la tiranía totalitaria del comunismo.

En la URSS, estos inconformistas y opositores al régimen son confinados en los presidios siberianos y en sus terribles campos de trabajos forzados para que los sufrimientos y la muerte extingan sus gritos de protesta.

¿Perdurará aún muchos años el dominio del régimen comunista? Tengamos confianza en el futuro y recordemos lo que decía Emma Goldman en el prólogo de su folleto *Dos años en Rusia*: «...y nada nos importa de lo que se diga hoy y de la fuerza aparente que el bolchevismo pueda tener. Cuando la madeja del confucionismo y las contradicciones hayan pasado, el bolchevismo pasará también. Ése es el destino de todas las ideas que pretenden servir de puente entre el pasado y el porvenir. El pasado comienza por temerlas y concluye por adoptarlas. El porvenir comienza por adoptarlas y concluye por destruirlas».

Recordemos unas líneas del final de un artículo del escritor francés Morván Levesque que decía: «En esta época un nuevo humanismo socialista está naciendo en los presidios para poetas en la Siberia de la URSS»*.

Texto inédito, fechado en París, noviembre-diciembre de 1968, pero que la autora continuará ampliando al menos cuatro años después, tal como sugiere la cita en el texto del libro de Georges Seguy que recoge las conversaciones con Georges Pompidou.

* Morván Levesque, *Le Canard Enchaîné*, París, diciembre de 1968.

A la escucha de España

Nuestro desgraciado país sigue gobernado y dominado por las fuerzas continuadoras del despotismo y oscurantismo fernandino. Estremece leer en la prensa española los discursos de Blas Piñar y de Girón. Éste decía hace poco en un discurso: «Caballeros, alféreces, sargentos provisionales, camaradas, ¡firmes! Alinearse con los muertos por la España ensangrentada que recorrimos a pie, por las amarguras y alegrías de las trincheras, por lo sagrado de los camaradas que cayeron, por la patria rescatada que aún no nos gusta; por nuestros hijos, por los hijos de nuestros hijos; por la irevolución nacional!». Y en otro artículo aún más reciente decía: «O hacemos nosotros la revolución o la harán esos que ahora yerguen las banderas rojas».

¿No están todavía ahitos de duelo, de lágrimas y de sangre esos «caballeros cristianos» o, mejor dicho, fascistas fanáticos? «No les gusta aún» ese gigantesco aparato político-militar-policíaco que ha hecho y sigue haciendo de España el grande y último reducto del fascismo. Quieren aún algo más retrógrado, más represivo. ¿Qué? ¿No les basta con la ejecución de Puig Antich y las condenas de penas de 48 y 21 años respectivamente impuestas días atrás a los jóvenes José Oriol Solé y José Luis Pons?

Y es que los Girones y Piñares están inquietos. El porvenir de España escapa a su control. Si han podido sojuzgar al país durante 38 años el futuro no les pertenece. La frase histórica de Unamuno «Venceréis, pero no convenceréis», está a punto de ser superada. Venceréis, pero no habéis convencido y estáis en vísperas de ser vencidos.

También las mujeres, pese a las organizaciones de Falange y a las maniobras de su jefa Pilar Primo de Rivera, no se han sentido atraídas y mucho menos convencidas por las ideas de sumisión y acatamiento a las leyes fundamentales del Movimiento y al gobierno de Franco. Millares de ellas son indiferentes al régimen y otras van integrándose a la oposición y hasta a la acción subversiva. Muchas son las que son detenidas y condenadas. He aquí algunas entre tantas: María Angustias Matesos Fernández de 16 años, condenada a 6 años de prisión en el proceso de Puig Antich. En Barcelona, pertenecientes a los medios catalanistas fueron detenidas hace unos meses María Nieves Milá Roca, María Eulalia Mestres Alseda, Concepción Selles Quintana y María Esmerats. En Madrid, la cantante Elisa Serna fue conducida a la prisión de Carabanchel por negarse a pagar una multa de 200 pesetas por el «delito» de grabar el disco *Quejido*. Carmen Frías Arroyo, de la televisión madrileña, condenada a un año de prisión. En Alicante, María Blanca Bayón Pérez. Según la policía se encontraron en su domicilio numerosos ejemplares de *M.O.* del PC y de *Viento del Pueblo*, órgano del Comité Provincial de Alicante. En Elche, María Estrella Portellano. En Alcoy, Sonia Sempere González. Según la *Gaceta del Norte*, del 31 de mayo último, una joven detenida se escapó, esposada y todo, por una ventana del cuartel de la Guardia Civil de La Salve, en pleno centro de Bilbao.

Algunas de estas mujeres no pertenecen a nuestro Movimiento. Subrayamos el hecho y las citamos como presencia de las mujeres en la oposición al régimen y como una advertencia para que se amplíe y se refuerce nuestra propaganda a fin que las mujeres españolas conozcan y se compenetren con los principios del socialismo libertario que marcaron en el pasado la historia social de España y son la única esperanza para la libertad en el mundo.

Texto probablemente publicado en *Espoir*, París, 1973.

Sin firmar. Autenticado por Helenio Molina.

La mujer en la lucha social (Conferencia de Lyon)

¡COMPAÑERAS! ¡COMPAÑEROS! ¡AMIGOS TODOS!

El Ateneo Cervantes me ha invitado a pronunciar unas palabras con motivo de la Exposición del Libro que inauguráis y del Año Internacional de la Mujer.

En mi juventud, ya lejana, hablé alguna vez en público. Hoy, completamente desentrenada, no he tenido más remedio que recurrir a las cuartillas para tratar de cumplir lo mejor posible el compromiso que he contraído. A pesar del gran esfuerzo que he tenido que realizar, tanto en el orden físico como intelectual; de mis temores y de mis escrúpulos de no estar a la altura que el tema merece, me siento muy honrada y satisfecha y os doy por ello las gracias.

Dos líneas de fuerza han inspirado vuestra iniciativa: el libro y la mujer. El libro fiel compañero del ser humano al que evita el dolor de la soledad y enriquece la mente de sabios conocimientos y de bellas fantasías que permiten proyectar la imaginación al Universo, en su inmensa diversidad de razas, civilizaciones, paisajes y costumbres para conocer la vida y aspiraciones de nuestros semejantes. La mujer, que a través de la Historia nos aparece con una luz más opaca. Los historiadores la dejan muchas veces en la penumbra y sólo exaltan y colocan en la zona luminosa los acontecimientos más relevantes de la vida de los hombres, en relación con ellos mismos y que realzan su propia personalidad.

Pero la mujer ha tenido a su favor su propia esencia de humanismo. Por su natural característica de protección y conservación de la especie y su menor agresividad está más exenta del crimen; ha matado menos que el hombre. Su intervención en las guerras del pasado ha sido nula. Fue el hombre quien inauguró el crimen matando a su hermano Abel.

Y como desde los albores de la vida de la humanidad la guerra fue apreciada como la función más noble del individuo, las mujeres que no participaron en ella se las consideró como seres inferiores y

fueron sacrificadas en todos los órdenes, comenzando por el drama de la esclavitud femenina.

Hubo algunas excepciones en que el hombre no dominó en todas las tribus o comunidades humanas. En España mismo, durante los siglos V y VI existieron comunidades matriarcales, sobre todo en el País Vasco.

¡Año Internacional de la Mujer! ¿Por qué el de la mujer y no el del hombre? Porque en estos finales del supercivilizado siglo XX existe una intención discriminatoria entre los seres humanos. Las numerosas organizaciones que han intervenido en la conmemoración, así como el mismo Ministerio de la Condición Femenina en Francia, afirman que la mujer es todavía, en el contexto social actual, una individualidad a la que se le deben ciertos complementos.

Simone de Beauvoir ha dicho que «La mujer no nace, sino que se hace». Esto es muy relativo, pues la hembra comporta en sí en su nacimiento los atributos para una posible maternidad, aunque avanzando en su desarrollo, por su entorno y educación pueda liberarse de ello y hoy la ciencia acude en su favor, para evitar una maternidad no sentida o deseada.

Ya es hora, pues, de que no se hagan segregaciones y que la mujer vaya siendo interpretada no solamente como tal, sino como ser humano.

Rilke ha afirmado: «Llegará el día —que indudables signos anuncian ya en los países nórdicos— en que aparecerá la mujer, cuyo nombre ya no significará algo opuesto al hombre, sino algo propio e independiente; nada que haga pensar en un complemento ni en un límite, sino únicamente en vida y ser: el humano femenino».

A estudiar las influencias que ejercen sobre la naturaleza femenina el medio ambiente y la educación diferencial, con sus limitaciones y exclusiones, se han empleado con ardor mujeres de talento como Teresa Cabriola, Viola Klein, Elena Deutsch, Margarita Mead, Simone de Beauvoir y las españolas Regina Lamo, Margarita Nelken, Lidia Falcón, Campo Alange, etc. Así como los españoles Severo Catalina, Santiago Valentí Camp, Gregorio Marañón, Bartolomé Cossío y don Francisco Giner de los Ríos, los dos últimos de la célebre Institución Libre de Enseñanza, entre otros muchos que se preocuparon del mejoramiento de la condición femenina.

Yo aprovecho este «Año Internacional de la Mujer» para dedicar un recuerdo y sacar del olvido a las mujeres que en un pasado remoto y reciente, han realizado esfuerzos para emerger del océano en que han intentado sumergirlas las leyes de sumisión dictadas por los hombres.

Santos y filósofos no han sido muy tiernos y justos en sus juicios y formulaciones sobre las mujeres. Platón, Aristóteles, San Pablo — y la lista se haría interminable— han hecho gala de su incompreensión del ser femenino. Ellos, o las elevaron a la cumbre de diosas y santas o las han lanzado al abismo de la esclavitud. En Grecia, hubo un intermedio: la hetaira que, liberada de los cuidados familiares, viviendo una vida libre, pudo ser culta, como Aspasia, la consejera de Pericles. En los medios elevados hubo también Hipatía, notable astrónoma, las poetisas Safo y Corina. Pero en sentido general, como las mujeres no iban a las guerras, fueron consideradas inútiles también para los asuntos públicos y el gobierno de la nación.

Triunfante el cristianismo nos legó los mitos igualmente absurdos representados por Eva, la lujuria, y María, la virginidad. Y ello tuvo para la humanidad consecuencias muy nefastas. La religión católica condenó al desprecio a la primera y propuso como modelo a imitar a María. De esta elección resultó la terrible represión del ejercicio libre de la sexualidad, aunque en secreto se practicaba la lujuria más desenfrenada. Y parte de la Edad Media estuvo traumatizada entre el dualismo de la castidad y los imperativos del sexo.

Fue en esta época que algunas mujeres fueron obligadas a llevar los horribles cinturones de castidad y a que las mujeres sólo fueran asistidas en sus partos por otras mujeres igualmente impuras. Esto hasta el año 1678, que se fundó en Port-Royal (París) la primera escuela de comadronas, gracias a la iniciativa de Madame de la Chapelle.

A pesar de aquel rigorismo hipócrita, entre la realeza, la aristocracia y en algunos conventos reinó la más desenfrenada sexualidad. Pero las mujeres del estado llano que se entregaban a placeres sexuales en lugares de citas colectivas y secretas en las ciudades, campos o montañas, fueron quemadas en las hogueras de la Inquisición, acusadas de brujería.

Según estadísticas, en España, fueron quemadas por ese delito treinta y una mil novecientas mujeres, en Toulouse tres mil, en Trè-

ves siete mil y en Bayonne dos mil. Henri Boquet, Presidente del Tribunal de la Inquisición de Bourgogne, hizo condenar y ejecutar seiscientas mujeres.

Víctimas de la Inquisición fueron las escritoras Lucrecia de León, enemiga de Felipe II, Sor Luisa de la Asunción, conocida como «la Monja Carrión», que fue procesada y condenada a cien azotes en 1634. Fueron también procesadas y perseguidas: en Toledo, el año 1580, Ángela de Dios, autora del libro *Favores Divinos*, Sor Josefa de la Encarnación, María Antonia Hortolá y María Teresa Desmet. La misma Teresa de Jesús de Ávila, cuyo gran talento no ha sido reconocido por la Iglesia hasta hace poco tiempo, fue perseguida durante toda la vida por el alto clero. Margarita Nelken nos dice que los libros de Teresa de Ávila, *Vida y Camino de Perfección*, reflejaron de la manera más acabada las costumbres de aquel tiempo en España y son un monumento del idioma español. Del mismo libro de Margarita Nelken, *Escritoras españolas*, citaré algunas para seguir el hilo conductor de la conferencia:

Teresa de Calatayud, cuyos manuscritos se conservan en el Monasterio del Escorial.

Sor María la Antigua (1565), que dejó escritos 300 cuadernos.

Clara Chitera (1546), profesora de la Universidad de Salamanca. Ana Cercató, escritora catalana.

Isabel Rebeca Correa, sus obras se imprimieron en Amberes, Ámsterdam y Bruselas. Fue protegida por Carlos II.

Luisa Medrano, catedrática de la Universidad de Salamanca.

María Luisa Labrados, llamada por su cultura «La Sabia de Coria».

Doña Josefa Aznar, políglota, que el año 1786 presentó a la Sociedad Económica Matritense dos escritos; uno titulado *Discurso en defensa del talento de las mujeres y de su aptitud para el gobierno y otros cargos en los que se emplean los hombres*, y otro, *Discurso sobre la educación física y moral de la mujer*.

Por nuestra parte añadiremos a otras mujeres sobresalientes:

Cristina de Pisano, la protegida de Carlos V, que fue la primera mujer que se ganó la vida escribiendo libros.

María Pacheco, que después de la ejecución de su marido, Juan de Padilla, uno de los comuneros de Castilla, continuó defendiendo los ideales de su marido.

Beatriz Galindo¹, profesora de Isabel la Católica, gran erudita, traductora de obras de Aristóteles.

Y la misma Isabel la Católica, como protectora que fue de los indios por la ley promulgada en su favor el 20 de julio de 1512.

Isabel Barreto de Mendaña, que acompañó a su esposo en el descubrimiento de América. Fallecido éste en la travesía, dirigió el barco hasta Manila.

Francia ha tenido en su historia grandes figuras femeninas:

Magdalena de Souvres, que tradujo del español al francés la obra del famoso monje y filósofo aragonés Baltasar Gracián, *El Oráculo*.

Madame Gaco Dufour, autora del libro, entre otros, *Memorias del sexo femenino*.

Madame Charpentier, Presidenta de la Corporación de Costureras.

En los esplendores del Siglo de las Luces, fulguraron una pléyade de mujeres de gran talento; audaces, intrigantes, ambiciosas y amorosas. El amor fue, sobre todo, el Dios que tuvo más devotas entre la aristocracia de la época. ¡Qué de intrigas amorosas en aquella clase! Entre ellas hubo mucho de frivolidad, de seguir a la moda y de conseguir honores y prebendas.

No obstante hubo mujeres, como las señoras Deffand, Holbach, Helvétius, Dupin, Coicy, autora de *Cómo conviene mirar a las mujeres*, Mme. Tencin, protectora de Montesquieu, que abandonó a su hijo a la puerta de una iglesia, hijo que resultó más tarde D'Alembert, autor de la Enciclopedia. Todas estas mujeres abrieron sus salones a los hombres de ciencia, a los escritores, artistas, filósofos y a hombres políticos influyentes, lo cual les permitió familiarizarse con las diversas formas del saber y ser las pioneras que con espíritu crítico analizaron doctrinas filosóficas, formas de gobierno, contribuyendo a la corriente reformadora y liberal que encendió la chispa que muy pronto había de alumbrar la Revolución Francesa.

Por el libro de Madame de Sévigné *Cartas*, dedicadas a su hija, sabemos que pagaba las jornadas de trabajo a sus obreros a diez céntimos y a las obreras cuatro y cinco céntimos la jornada. Ella, más generosa que otros propietarios les daba, además, la comida. Esto nos ilustra sobre las condiciones de explotación y miseria que los obreros sufrían en aquella época mientras las clases aristocráticas vivían en la opulencia, en el lujo más refinado y costoso.

Madame de Staël, gran escritora, llevó una vida muy intensa viajando por toda Europa. Sus libros dieron a conocer la vida y costumbres de los países que visitó.

Este conjunto de mujeres inauguraron un nuevo género de convivencia entre hombres y mujeres. A las relaciones sexuales supieron añadir el encanto del intercambio de ideas. Elegantes e instruidas, algunas de ellas fueron secretas rectoras del poder político y financiero, pero no se ocuparon para nada de la miserable condición de las mujeres del pueblo. Para éstas hubo la prostitución callejera, severamente castigada con los encierros en la pavorosa prisión La Salpêtrière, el analfabetismo y las jornadas de trabajo a cinco o diez céntimos. A las madres o las hijas de los artesanos, de los criados, de los campesinos y de los soldados, no les quedó más que la esperanza de justicia que traería consigo la Revolución. Y a ella se incorporaron masivamente como combatientes.

Recordemos a este respecto la audacia de las numerosas delegaciones femeninas que se presentaron en la convocatoria de los Estados Generales. Del Tercer Estado asistió una representación de *Les Dames de les Halles*, las cuales protestaron del tráfico de la prostitución. Otras delegaciones representaron a las vendedoras de frutas, de pescado, a las floristas, sombrereras y modistas que reclamaron mejoras para sus respectivas profesiones. Madame B. (se ignora su nombre completo) presentó un documento importante a la magna asamblea, titulado: *Relación de protestas y reclamaciones de las mujeres*, del que vamos a leer algún párrafo:

Las mujeres piden que se deje oír su voz en esta hora de común agitación [...] Las hijas del Tercer Estado, todas son pobres. Su educación está completamente abandonada. Algo de escuela, en algunos casos, y al trabajo en seguida, a ganar cinco o seis céntimos por día. Si no tienen dote se casan con otro desgraciado como ellas y si tienen hijos carecen de posibilidades y conocimientos para educarlos. Si las mujeres son hermosas, no teniendo educación ni principios morales, caen en manos de cualquier seductor y muchas de ellas acaban en la prostitución.

Pedimos medios para remediar tantos males [...] ¿Es que los hombres siguen empeñados en que seamos las víctimas de su orgullo y se su injusticia?

Vosotros decís que la divisa de la mujer ha de ser trabajar, obedecer y callar. Y esta premisa nos ha conducido a ir transmitiendo la ignorancia a la mitad de la Humanidad a través de los siglos. Y los hombres más instruidos y, por lo tanto, más fuertes, hicieron las leyes para dominar al más débil, al ignorante.

Hemos de reconocer que esta señora B. fue una mujer de talento.

Al comenzar la revolución las mujeres constituyeron asociaciones y clubes, que se ocupaban de la enseñanza cívica, de la beneficencia para aliviar la miseria en las ciudades y para ayudar a los combatientes confeccionando ropas, hilas y calzado. Hubo las llamadas *tricoteuses* que hacían jerseys, bufandas, etc. Ninguna actividad quedó al margen de ellas. Todas menos su participación oficial en política ni gobierno.

La recompensa a su entusiasta participación fue la Constitución de junio de 1793 que las apartó de los servicios militares, suprimió el funcionamiento de sus organizaciones y prohibió su asistencia a las asambleas políticas.

Y la frase de Choderlos de Laclos pronunciada en 1789: «En todas las sociedades, las mujeres son esclavas», fue confirmada.

Y la obra de Condorcet en pro de los derechos de la mujer, quedó en suspenso. De la multitud de mujeres que participaron en la Revolución Francesa sólo citaremos a cinco para no hacerme interminable:

Madame Roland, que fue guillotizada, había expresado: «Me parece que en la educación de la mujer existen comúnmente dos inconvenientes; el uno es el de descuidar su inteligencia y el otro el de remitir todos sus conocimientos a la perfección de sus sentimientos. La moral es la ciencia por excelencia que se enseña a las mujeres».

Olimpia de Gouges, es la autora de la *Declaración de los Derechos de la Mujer*, presentada a la Asamblea Constituyente de 1791. Esta Declaración constaba de 17 artículos. De su preámbulo extraemos: «El hombre, raro, ciego, inflado de ciencia, en este siglo de las luces, haciendo gala de su sordida ignorancia quiere dominar en

déspota a la mujer que ha recibido de la naturaleza las mismas facultades intelectuales que las suyas. El revolucionario de hoy pretende acaparar para él solo los derechos a la igualdad, a la libertad y a la fraternidad».

Esa Declaración decía en su artículo 6.º: «Todos los ciudadanos, sin distinción de sexo, deben tener acceso a todas las dignidades, puestos o empleos públicos según sus capacidades, sin otra diferencia que sus virtudes y talento».

Y el artículo 10.º: «La mujer tiene el derecho de subir al cadalso, por consiguiente también debe tener el de subir a la tribuna».

Por no haber votado la muerte del Rey y declarar públicamente que Robespierre era un animal anfibio y Marat un monstruo, esta mujer, Olimpia de Gouges, fue guillotizada.

Clara Lacombe, que al parecer nació en esta ciudad de Lyon, fue citada en *Le Monitor* el 5 de octubre por su intervención heroica. Fue fundadora el 10 de mayo de 1793 de la entidad Sociedad de la República Revolucionaria.

Etta Palm, la holandesa que llegó a París en 1768, y que durante la revolución fundó la Sociedad Patriótica y de Beneficencia de los Amigos de la Verdad. Escribió *Llamamiento a las francesas*, en el cual proponía la organización de las mujeres en sociedades fraternales en cada departamento de Francia, que se cuidarían de ayudar a los menesterosos y pedía al Gobierno que socorriera de una manera eficaz permanente y organizada, a los enfermos y a los viejos. Ésta mujer fue ya una pionera de la Seguridad Social.

La Revolución Francesa puso fin a los privilegios absolutos de la realeza, del clero y de la aristocracia. Dignificó el trabajo manual, tan despreciado por la aristocracia; creó una nueva clase, la burguesía, que siguiendo la ley de la evolución, progresó, se hizo poderosa y su ambición de lucro trajo consigo una vez más la explotación de los seres humanos.

El artesanado inició su declive. Comenzaron a funcionar grandes fábricas y talleres, se necesitó mayor mano de obra y las mujeres se incorporaron a ellos para ganar su pan y el de sus hijos. Con los contactos humanos adquirieron personalidad y conocimientos, y fueron adaptándose a nuevas formas de vida y empezó a formarse en ellas un embrión de conciencia social.

Uno de los primeros movimientos revolucionarios reivindicativos de los trabajadores ya con conciencia social fue el conocido por «los Canuts», en 1831, en Lyon. Las condiciones de trabajo eran insostenibles. Las mujeres y niños que trabajaban en las *canetas* hacían dieciocho y diecinueve horas de jornada. La mayoría enfermaban de tuberculosis, debido a la posición obligadamente inclinada de los cuerpos y del ambiente enrarecido que respiraban en los locales mal aireados.

Contra tanta injusticia se rebelaron aquellos obreros y se hicieron dueños de la población al grito de «¡Pan y Trabajo!», escribiendo en sus banderas el lema: «Vivir libres trabajando, o morir combatiendo». Las mujeres, como los hombres, se comportaron valientemente en el curso de aquellos acontecimientos, que adquirieron tal gravedad, que el Gobierno de París despachó a Lyon al Príncipe de Orléans al mando de veinte mil soldados con 150 cañones que entraron en la ciudad el 3 de diciembre y mataron a una de las primeras insurrecciones victoriosas del proletariado.

Pero la semilla estaba lanzada. El socialismo fue para muchas mujeres el ideal que revolucionó su pensamiento, afirmó su voluntad y determinó su acción por el desarrollo de estos ideales.

Y apareció en la vida social Flora Tristán, que en contacto con Robert Owen descubrieron la explotación de que eran objeto los obreros. Esta mujer excepcional viajó por el mundo, publicó varios libros, dio infinidad de conferencias. En esta época las sociedades obreras, llamadas de *compagnonnage*, se debatían en querellas internas que al fin terminaron con ellas. Flora Tristán fundó la revista *La Unión Obrera* y, desde ella, luchó encarnizadamente para organizar a la clase trabajadora. Esta mujer fue la gran precursora del sindicalismo moderno y en el año 1843 ya proclamó el famoso lema: «La emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos», lema que dieciocho años más tarde repitió Carlos Marx y que le ha sido indebidamente atribuido.

Flora Tristán murió joven, a los 41 años, y está enterrada en el cementerio de Burdeos. Sobre su tumba una losa y una inscripción que dice: «*A Madame Flora Tristán, auteur de L'Union Ouvrière. Les travailleurs reconnaissants. LIBERTÉ, FRATERNITÉ, SOLIDARITÉ*».

Las socialistas Juana Derouin, Paulina Roland² y Eugenia Niboyet, publicaron el primer periódico exclusivamente hecho por mujeres,

titulado *La Voix des Femmes*. En este periódico colaboraron, entre otras, Luisa Lemonier, Anaïs Segalás, Adela Esquiros, que más tarde fueron heroínas de la Comuna, Desiré Gay, que fue la encargada de dirigir los Talleres Femeninos Nacionales en la Revolución de 1848. Paulina Roland, escritora y combatiente socialista, fue deportada a África por la publicación de varios libros que fueron juzgados subversivos por las autoridades de la época. Pasó varios años desterrada y a su regreso murió en esta ciudad de Lyon. Eduardo Dolleins dice de ella que tuvo un alma corneliana.

El año 1848, Eugenia Niboyet, en nombre de las mujeres de Lyon, publicó un documento pidiendo la abolición de la pena de muerte. También publicó un artículo en *La Voix des Femmes* proponiendo la candidatura para diputado de la Asamblea Legislativa a la célebre escritora, que todos conocéis, Georges Sand, que fue amiga de Miguel Bakunin y del saint simoniano Agricol Perdiguier, conocido por «Le Père Infantin». Georges Sand tuvo una brillante intervención en la Revolución del 48. Su obra literaria es considerable y traducida a varios idiomas. En unión de Pierre Leroux publicó la *Revue Sociale* que realizó una gran obra de cultura.

Nos parece increíble que esta mujer extraordinaria emitiera un juicio tan capcioso como el siguiente sobre la Comuna de París: «Todos los componentes de la Comuna deberían ser condenados a galeras, y obligar a esos rebeldes sanguinarios e imbéciles a limpiar las ruinas de París, con una cadena de forzados al cuello».

Por esos años Juana Derouin publicó *L'Union des Femmes*, en cuyo periódico se hizo campaña para la obtención del voto femenino. En las elecciones presentó su candidatura para la Asamblea Nacional, por lo que fue duramente combatida por Proudhon. Comprendo que éste combatiera la inutilidad de la intervención política de la mujer, pero lo que no se comprende es que un filósofo y sociólogo del talento de Proudhon cometiera el error de escribir tantas páginas desfavorables sobre las mujeres, sobre todo en su libro *La Pornocracia*.

Bakunin y Kropotkin expusieron en sus obras el más alto y comprensivo concepto sobre la mujer, y el Anarquismo se benefició de ello, pues una idea que no sea adoptada por la mitad del género humano no tiene posibilidades de viabilidad y su triunfo se hace imposible.

El año 1869 apareció el periódico *Le Droit des Femmes*, dirigido por María Deraismes, en cuyas columnas se abogó por el divorcio, la indagación de la paternidad y la igualdad en la enseñanza. Y en 1884 se votó la Ley del Divorcio, a la que siguió en 1886 la de Enseñanza igual para hombres y mujeres, pero hasta el año 1912 no se adoptó la Ley de Indagación de la Paternidad. Madame Deraismes fue la primera mujer que perteneció a la masonería. París ha erigido un monumento a esa insigne mujer.

Ahora recordemos un poco a las mujeres de la Comuna de París. A Natalia Lemel y a Isabel Dimitrieff de la «Unión de Mujeres para la Defensa de París y Ayuda a los Heridos» que, como muchas otras que componían este organismo, pertenecían a la Internacional. Componentes de los Comités de Vigilancia, que eran de tendencia socialista libertaria, fueron Leonida Vera, Adela Esquirós, Mme. Jules Simon, Sofía Doctrinal, Ana Yaclar, Beatriz Escoffion, Genoveva Vivien y Noémi Reclus³. Y alma de todas ellas la gran Luisa Michel, el más alto símbolo de los ideales libertarios. Todas ellas sufrieron prisiones, destierros y torturas, y fueron las precursoras de la nueva generación de mujeres tales como Séverine⁴, Magdalena Pelletier, Magdalena Vernet, Magdalena Paz, Marcela Capi, Ivonne Hagnauer de la Liga de Mujeres para la Paz, Simona Larcher de *L'Anarchie*, Jeanne Humbert, la erudita Renée Lamberet, May Picqueray, asociada a la obra de Louis Lecoin, Suzy Chevet de *Le Monde Libertaire* y Doris Proudhommeaux.

El Anarquismo ha contado en Italia con figuras femeninas como Ana Mazoni, y Virgilia D'Andrea, compañera de Armando Borghi, profesora y autora de varios libros. Rodolfo Rocker dijo de ella: «Es una de las mujeres más interesantes que he visto en mi vida». La madre de Camilo Berneri, A. Fochi, que ha publicado recientemente el libro *Contigo hijo mío*. Su mujer Giovanna y su hija María Luisa Berneri, gran escritora, autora de varios volúmenes. Igual que Luce Fabbri, hija del gran escritor Luis Fabbri, autor de más de una docena de libros fundamentales sobre las ideas libertarias y las luchas sociales. Alicia Premoli, la valiente compañera de Hugo Fedeli. En el Congreso de Carrara intervinieron mujeres notables, como Silvia Rota, Mariella Negrete, Dora Mazuco, Ana María Andreani, Mirilla Larizza y Carmela Metelli.

Citaremos también a la gran escritora y periodista Ariana Fallaci, autora del libro *El sexo inútil*. Interrogada el 16 de marzo de 1972 por un periodista del diario *Excelsior* de México, declaró: «Yo no he sido marxista, aunque sentí una simpatía inmensa por la Revolución rusa. Esta simpatía se atenuó cuando comenzaron las masacres de Stalin. Y mi última esperanza desapareció cuando vi como se comportaban los comunistas en España; cuando supe la muerte de mi amigo anarquista Carlos Trescas, asesinado por los comunistas [...] Mi partido es el del hombre libre, del que está preparado siempre a rebelarse. Todos conocen mis ideas socialistas. Pero cada día me resulta más difícil lo que quiero ser, una periodista libre... ¡Anarquista!».

En Holanda tuvimos también a Berta Nieuwenhuis, militante del movimiento libertario, compañera de Domela Nieuwenhuis, que dirigió el periódico *De Vrije Socialist*, muy queridos los dos por los trabajadores holandeses y por la militancia libertaria del mundo.

Tres han sido los anarquistas que han sido reconocidos y honrados con monumentos públicos: Luisa Michel en París, Francisco Ferrer i Guardia en Bruselas y Domela Nieuwenhuis en Holanda. Según nos dice el compañero Juan Ferrer en *Terra Lliure*, en el pueblo Noraggio, cantón de Ticino (Suiza), existe otro monumento público erigido a la memoria de Ferrer.

De Alemania recordamos a la escritora Ricarda Huch, autora de numerosos libros, entre ellos una extensa biografía de Pedro Kropotkin. Hedwig Lachmann, poetisa, compañera de Gustavo Landauer, uno de los escritores fundamentales del movimiento libertario en un sentido constructivo, asesinado por los nazis el 1.º de mayo de 1919, en un traslado de prisión. Krescentia Mühsam⁵ que vivió también, como la mujer de Landauer, la tragedia del naciente hitlerismo, compañera del mártir Erich Mühsam al que alivió en su cautiverio hasta que fue ahorcado en el campo de Oranienburg la noche del 9 al 10 de julio de 1934. Huyendo de la represión alemana, Krescentia Mühsam se refugió en Rusia. Fue encarcelada al poco de llegar y jamás se ha vuelto a saber de ella. En 1921, la libertaria Aimé Koster dirigió el periódico *Die Rebaffende Frau*. Pertenecieron a la FAUD (Federación de Sindicatos Alemanes) entre otras muchas, las militantes libertarias Dora Rüdiger, María Krische y Helena Stocher, escritora. Es digna de recordar la señora Ana

Adama von Scheltema, que atendió en los últimos días de su vida al maestro Max Nettlau.

Rosa Luxemburgo fue una mujer de extraordinario talento. Ferrociosa militante socialista fue asesinada por la reacción. Porque se atrevió a protestar por los métodos de terror que ya Lenin empleó en los primeros tiempos de la Revolución, se hizo acreedora a que el dictador ruso escribiera de ella: «Un águila puede a veces volar como una gallina, pero una gallina no puede jamás volar como un águila». De ella es este pensamiento tan generalizado como poco respetado: «*La Liberté c'est toujours le droit de penser autrement*».

En Inglaterra destacaron Mary Wollstonecraft, compañera del sociólogo William Godwin, autora entre otros libros de *Vindicación de los derechos de la mujer*, traducido a casi todos los idiomas del mundo. De este matrimonio nació María, que fue también célebre escritora, unida con el poeta nacional Shelley, continuó la obra de sus padres. Carlota Wilson, amiga y colaboradora de Kropotkin, que fue la primera en publicar textos anarquistas en el periódico *Freedom*, casi todo escrito por Carlota Wilson y Kropotkin. Carlota Wilson fue redactor jefe de aquella publicación, que ha llegado hasta nuestros días. Al grupo «Freedom» pertenecieron Doris Zhoch y Nelly Plonchaswy.

La libertaria Zielinski representó a su país, Polonia, en el Congreso Anarquista celebrado el año 1907 en Ámsterdam.

De Rusia poseemos datos suficientes para escribir un libro sobre la actuación de la mujer en los medios revolucionarios, pero nos limitaremos a citar unas cuantas. María Spiridonova, Alejandra Kollontai, Vera Zassulich, Vera Figner, Sofía Perorskaia, Juliana Andrievna, compañera de Nestor Maknho, el héroe revolucionario de Ucrania, muerto en el hospital Tenón de París. Catalina Levaskon que protegió a Bakunin. Mollie Steimer que se adhirió al movimiento libertario ruso a los 17 años y más tarde se expatrió a los Estados Unidos, donde pasó varios años de presidio por propaganda pacifista. Regresó a Rusia el año 1921 siendo detenida varias veces y al fin deportada a la isla Salovitzki. Milly Witcop, militante de los grupos alemanes, escritora y conferenciante, fue la compañera de Rodolfo Rocker, uno de los pensadores más esclarecidos del anarquismo. Sofía Ananief, compañera de Pedro Kropotkin, escritora, autora de un libro inspirado en la vida de las nihilistas rusas.

Hablemos también de las militantes de ambas Américas. Juana Rouco Buela de Argentina⁶, fallecida el año 1969. La Federación Libertaria Argentina le dedicó un homenaje en el que se declaró: «Con la muerte de Juana Rouco se ha extinguido una gran figura del anarquismo». Luisa Lallana, militante sindicalista de 18 años asesinada por un agente de policía en el curso de una huelga el año 1928. Pertenecieron a la Unión Socialista Libertaria de Santa Fe, Herminia Brumana, Adriana Zumarán, Ricarda Gaspary, Anita Placencia y Concepción Fernández, entre otras.

Elena White, autora del libro *Epistolario Íntimo Revolucionario*, reproducción de la correspondencia que sostuvo con el heroico Ricardo Flores Magón durante su cautiverio y con María Brousse, que fue la compañera de Ricardo⁷. Otras militantes libertarias mexicanas fueron María Mendoza, Isabel Fernández, Rosa del Valle, Margarita Ortega, fusilada el año 1913 en Mexicali (México). Silvia Mistral, autora del libro *Apuntes sobre la vida de Bruno Traven*⁸. Adriana Verneuil, autora de la biografía del gran escritor anarquista peruano Manuel González Prada. María Álvarez, escritora, nacida en el Uruguay, colaboradora de la revista *El Hombre*. Max Nettlau dice de ella que fue una joven libertaria dotada de gran talento. Murió a los 20 años, cuando tanto había hecho y tanto hubiera podido hacer por las ideas libertarias.

De Norteamérica citaremos a Lucy Parsons, militante del Sindicato del Vestir, colaboradora del periódico *La Alarma*. Después de la ejecución de su esposo, Parsons, uno de los mártires de Chicago, publicó *Vida de Alberto R. Parsons*. También fundó en Chicago el periódico *Freedom*. Nina van Zandt, la señorita americana que subyugada por la figura extraordinaria de Augusto Spies, otro de los mártires de Chicago, se casó con él en la prisión. Después de ejecutado hizo publicar la *Autobiografía de Augusto Spies*. Dora Kaiser y Besie Kimelman del Comité Literary Society de ayuda a los intelectuales perseguidos, en el que también colaboraba Pedro Kropotkin. Voltairine de Cleyre que, apartada de la religión, escribió su primer libro en el que decía: «Y ahora, Humanidad, hacia ti me vuelvo para consagrar mi vida al servicio del mundo». Voltairine vivió los hechos de Chicago y trabó amistad con el anarquista noruego Dyer D. Lum, leyó a Proudhon y se convirtió en propagandista del anarquismo.

Colaboró en varias publicaciones y dejó escritos varios libros y folletos. Max Nettlau dijo de ella: «Es la perla de la literatura anarquista». Mary Harris, más conocida por *Mama Jones*, escritora y militante sindicalista. Florencia Freeman, compañera de José Ishill, animadora de la Colonia Libertaria Stelton Colony. Recordaremos también a Clara E. Lida, historiadora contemporánea que ha publicado recientemente una importante historia del Movimiento anarcosindicalista del siglo pasado.

Con esta relación de nombres que no pretendo, ni mucho menos, sea exhaustiva, queda bien demostrada la intervención de la mujer en el movimiento libertario y emancipador, cuya principal aspiración es suprimir la presión que la autoridad del Estado ejerce sobre el ser humano y conferir a éste la máxima libertad, con el bien entendido que todos asuman la responsabilidad del ejercicio de la libertad, o sea, su autogestión moral para comportarse en el seno de la sociedad liberada de coacciones autoritarias en amigo y hermano de sus semejantes. La mujer por su naturaleza puede encarnar muy bien e interpretar esas concepciones generosas de convivencia humana.

Las mujeres, que poseen conocimientos en los diversos órdenes del saber, que ya son legión, deben comprender que su primer deber es el de ser solidarias de sus hermanas de las clases trabajadoras, transmitirles sus conocimientos y ayudarles a resolver las muchas dificultades de su cotidiano vivir, luchando con ellas para alcanzar mejores condiciones de existencia, reduciendo sus horas de trabajo, creando comedores sociales colectivos en todos los barrios para aliviarlas del trabajo casero y hacer menos dramática su situación al incorporarse al mundo del trabajo.

Al Congreso del Año Internacional de la Mujer, celebrado en México, asistieron 8.000 mujeres, representando a 133 países y 113 organizaciones femeninas. Los resultados de esta reunión han sido muy mediocres y muy poco se ha realizado con vistas al mejoramiento de la condición femenina. Yo ya tuve mis dudas sobre la eficacia del comicio, al ver en la televisión a una señora Almirante de la Flota que asistía a aquel cónclave. Por otra parte, en México las mujeres han dado el espectáculo lamentable de mostrar las mismas divisiones, sectarismo político y odios raciales que los hombres. Ante ello,

iqué tristeza habrían sentido pacifistas como Berta de Suttner y Ana Rostand que tanto hicieron con su conducta y con sus libros para establecer la paz entre los humanos! Y la pacifista Josefina Butles que abandonó su confortable hogar y penetró en los infiernos de la prostitución pobre que, al conocerla, le hizo exclamar: «hay que salir a la calle cada día y gritar ¡Justicia, Justicia para la mujer de casa, para la mujer trabajadora, para la mujer del prostíbulo!».

Y a este propósito acude a mi memoria la protesta de las prostitutas que hace poco tuvo lugar en esta ciudad. La prostitución que es tan antigua como la especie, es uno de los males que trae consigo el instinto sexual no satisfecho, debido a los prejuicios de la moral religiosa que ha predominado hasta nuestros días, a la mala organización social, a la miseria, al trabajo mal retribuido, a la escandalosa exhibición de la riqueza y a la falta de educación de la mujer y del hombre.

A este respecto decía la sabia brasileña María Lacerda de Moura: «A la naturaleza no se la debe engañar. En el individuo y en la colectividad las leyes naturales se han de cumplir. Castidad absoluta en la soltera, monogamia legal contra la Naturaleza, exceso sexual de la prostituta; todos los fenómenos sociales contra la biología o contra la evolución natural de la sociología humana requieren corrección absoluta para el respeto y la obediencia a las leyes naturales. Así esos ejércitos de mujeres sacrificadas tienen que hacerse concesiones mutuas. ¡Todas las mujeres del mundo continúan al servicio de los hombres!: solteras, casadas, prostitutas, todas sacrificadas al placer del hombre. Para que la mujer se libere de ese yugo milenar, tiene que comenzar por amarse a sí misma y hacerse respetar. La mujer debe aprender que toda mujer es su hermana y todas deben salvarse del destino exclusivo de servir de placer al hombre».

Y yo agregó: creo que las prostitutas no deben tratar de justificar y defender su profesión, sino rebelarse contra ella que atenta a su dignidad de ser humano convirtiéndola en grosera mercancía. No obstante, tiene razón de protestar contra los tartufos que en lo íntimo de sus conciencias encuentran la prostitución cómoda, agradable y hasta de utilidad pública y aparecen a la luz del día como severos moralistas, afectando sentirse ofendidos en su pudor por el espectáculo de la prostitución callejera. Son razonadas sus protestas contra una sociedad que las desprecia y contra unas autoridades

que las persiguen, aunque se aprovechan de su profesión cobrándoles subidos impuestos que van a enriquecer el erario nacional.

En todo caso, esas sumas recogidas por impuestos y multas deberían ser empleadas rigurosamente en la fundación de residencias dirigidas por personas competentes, comprensivas y humanas que orientaran y dirigieran las prostitutas hacia otras formas de subsistencia. Ni la justificación de la prostitución ni el moralismo hipócrita. Hay que abandonar esos dos caminos para forjar la mujer del mañana; mujer que será instruida, libre, sana y con un fuerte carácter para defenderse contra los prejuicios y contra las indignidades a que se intenta someter al ser humano.

También queremos dedicar algunas palabras a la maternidad y citar a la americana Margaret Sanger, nacida en 1913, que fue una colaboradora de Emma Goldman y que en unión de su esposo publicó las revistas *Birth Control Review* y *The Woman Rebel*. Hizo uso de la palabra en el 71 Congreso del Senado de los Estados Unidos y, a propuesta de ella, fue aprobada por unanimidad la declaración siguiente: «Todas las mujeres tienen derecho a una información científica de los medios anticonceptivos para una procreación consciente. Ningún nacimiento debe ser obra del azar».

Según la escritora francesa Genoveva Gernari, en su documentadísimo libro *Le Dossier de la Femme*, Margarita Sanger obtuvo en 1936 la abrogación de la ley que prohibía a los médicos dar consejos de contracepción. Esta vieja pionera se dirigió al doctor Pincus, especialista de las glándulas endocrinas, y le sugirió la idea de una píldora anticonceptiva y fue éste doctor el inventor de la primera píldora destinada a ese fin. Así, a Margaret Sanger y al doctor Pincus le debemos uno de los métodos más prácticos que liberan a la mujer de las maternidades no deseadas. Horrorizada de la miseria existente en los barrios pobres de Nueva York, Margaret Sanger abrió en esta ciudad una clínica para practicar el aborto, por lo que fue perseguida y tuvo que emigrar a Europa.

En Francia se ha logrado resolver ese problema recientemente. Nosotros los españoles, en 1936 hicimos también esa revolución. Anticipándonos a todos, como en otros aspectos, fuimos precursores de concepciones que hoy se van extendiendo por el mundo como, por ejemplo, la autogestión que nosotros hicimos una reali-

dad con la creación de las colectividades campesinas e industriales. Ya antes de la Revolución, en nuestros Ateneos, concurridos por la juventud especialmente, se discutían los problemas sexuales, el desnudismo, los medios anticonceptivos, la libertad sexual, como cosa corriente y sin complejos.

En el seno de los Sindicatos fueron muy numerosas las mujeres que tomaban parte en las luchas obreras.

En el curso de esta conferencia no me he referido a las militantes españolas, pues en mi libro, publicado recientemente, *La mujer en la lucha social y en la Guerra Civil de España*, lo dedico enteramente a ellas, citando centenares de nombres de aquellas luchadoras. Muchas de ellas fueron delegadas de taller, formaron parte de comisiones en los conflictos obreros, intervinieron en la propaganda oral y escrita. Menos fueron las que desempeñaron cargos representativos en los Comités Superiores, excepto en el Sindicato del Vestir, donde el cargo de secretaria recayó más de una vez en una mujer. Yo misma he desempeñado ese cargo una temporada.

En los grupos anarquistas participaron también varias mujeres. Específicamente femeninos hubo varios grupos, entre ellos, «Brisas Libertarias», «Grupo Femenino Cultural», «Comité Femenino Pro-Amnistía», todos de Barcelona. En aquel tiempo estaba muy extendido entre los anarcosindicalistas el concepto de que las mujeres podían y debían resolver sus problemas desde el seno de los Sindicatos obreros.

Sin embargo, en vísperas de la gran conmoción de 1936, apareció la revista *Mujeres Libres* que fue acogida con entusiasmo y cuando el grupo inicial se constituyó en organización, gran número de mujeres se apresuraron a formar parte de la misma, porque comprendieron que desde esa trinchera se podía llevar a cabo una gran labor específica en el orden de la educación de la mujer.

Y así fue. Mujeres Libres realizaron esa labor. En el segundo artículo de su reglamento decían: «Hacer de nuestra organización una fuerza femenina consciente y responsable que actúe como vanguardia en el Movimiento obrero y revolucionario».

En el grave problema de la prostitución Mujeres Libres organizó los Liberatorios de la Prostitución⁹. A este fin se podrían abrir centros de cultura en los que se desarrollaría el siguiente plan:

- 1.º Investigación y tratamiento médico-psiquiátrico.
- 2.º Curación psicológica y ética para fomentar en las alumnas un sentimiento de responsabilidad.
- 3.º Orientación y capacitación profesional.
- 4.º Ayuda moral y material en cualquier momento que sea necesario, aun después de haberse independizado de los Liberatorios.

La guerra, con su derroche de energías y complicaciones, no permitió realizar íntegramente ese proyecto con la amplitud que merecía.

Hasta los graves problemas que la eutanasia plantea hoy a los hombres de ciencia, *Mujeres Libres*, ya en el año 1937, decía: «Entre la multitud de cosas conquistables está el Instituto de la Eutanasia. El ser humano tiene derecho a morir “bien”». Hace unos meses leí en *Le Monde* un artículo elogiando el libro que ha escrito una americana en el que se propone eso: el derecho a morir «bien», sin torturas inútiles. ¡Ya veis en qué medida nosotros fuimos precursores!

Va para cuarenta años que España sufre la dictadura sangrienta del general Franco que ha sofocado por todos los procedimientos el espíritu de libertad y de rebeldía de los españoles. Pero ese propósito no ha sido logrado totalmente. Las generaciones actuales, como las anteriores, son inconformistas y se rebelan contra esa dictadura. Las mujeres se han incorporado masivamente a la producción y a la lucha. Muchas se destacan en la vida literaria acaparando premios. ¡Qué oleada de escritoras ha surgido, muchas excelentes, como Mercedes Rodoreda, Carmen Laforet, Concha Alós, Ana María Matute, Dolores Medio, Carmen Llorca, Carmen Quiroga, Aurora Albornoz, Carmen Alcalde, Aurelia Capmany y la lista se haría interminable!

En el último número de *Mujeres Libres*, la revista que actualmente dirigen Sara Guillén y Suceso Portales, hemos leído la colaboración directa de Antonina Rodrigo, escritora española, autora entre otras obras de una magnífica biografía de Mariana Pineda. También se ha publicado recientemente un libro muy interesante titulado *Mujeres Libres*, que relata la obra realizada por esa organización, del que es autora María Nash. Y en *Le Combat Syndicaliste* y *Terra Lliure* hemos leído colaboraciones interesantes de Flora Mercadieu. Todo esto son más que síntomas, son demostraciones de un renacimiento en España de las mujeres hacia nuevos y libres horizontes.

Y ahora que hablo de escritoras españolas he de referirme a una de ellas; Teresa Pàmies. Esta señora es autora de un libro cuyo título ya nos muestra el pie que cojea: *Cuando éramos capitanes*. Entre otras muchas majaderías y mentiras acusa a los «hombres armados hasta los dientes y con indumentarias rojinegras» de haber provocado los hechos de mayo en Cataluña. ¡Si pudieran hablar las militantes alemanas como Carlota Mangula, Else Felpes y Else Hamburger, que durante esos hechos fueron detenidas y torturadas en las checas comunistas de Barcelona, no se daría tanto postín esa «Capitana» que, por las referencias que tenemos no luchó en los frentes ni en las calles contra el fascismo y se dio mucho tono con su uniforme en congresos, mítines y desfiles.

En el mundo del arte también se manifiesta ese espíritu de rebeldía y de protesta. En la canción citaremos a Teresa Rebull, María del Mar, Elisa Serna, Massiel, que ha sido víctima de una agresión fascista. La eximia cantante Victoria de los Ángeles que, interrogada por una periodista que le preguntaba las razones de su protesta, le contestó: «Protesto de todas las cosas que están en contra de la verdad y de la libertad... y estoy en pro de las buenas cosas por las que la juventud de hoy hacen sus protestas».

Hemos de abrigar la esperanza de que esa intelectualidad femenina, al contribuir en la lucha por la transformación de la vida no caerá en esa otra vertiente del comunismo totalitario que avasalla actualmente a medio mundo. Nada se lograría suprimiendo al Padrenuestro de la religión católica para obligar a rezar otro igualmente nocivo, como, por ejemplo el que rezan hoy los niños de Saigón (hoy Ho-Chi-Ming) que dice: «En la noche de ayer hemos visto en sueños al Tío Ho-Chi-Ming. Llevaba una barba blanca y nos sonreía. Nosotros decimos que queremos mucho al Tío Ho. Y si trabajamos bien en la escuela y somos buenos, Tío Ho nos dará un echarpe rojo».

¿Y qué decir de esos niños y niñas de ocho y diez años palestinos que la televisión nos mostró haciendo ejercicios militares con fusiles auténticos?

Resulta verdaderamente sublevante cómo se pervierten los sentimientos infantiles, inculcándoles el odio y la justificación de matar a todos los que se opongan a las ambiciones de sus directores de conciencia.

Cuando se instaure en España un nuevo régimen, las mujeres tendrán que luchar para una reorganización de la vida social en la que puedan colaborar al desarrollo industrial, artístico y científico de la nación; todo ello teniendo en cuenta su condición de mujer, condición que ya ha superado las aspiraciones de la época del feminismo heroico de las señoras Davidson y Pankurts. Hoy la mujer es un ser casi perfecto en el esplendor de su cuerpo sano y de su cerebro cultivado capaz de dar a la Sociedad hijos sanos de su carne y creaciones de su mente.

Como muy bien dice la anarquista americana Emma Goldman: «Si la emancipación femenina debe transformarse en una emancipación completa y verdadera de la mujer, ha de ser a condición de que abandone la noción ridícula de que ser madre, amante o amada, es sinónimo de ser esclava y subordinada. Hace falta que se desembarace de la absurda noción del dualismo de los sexos; dicho de otro modo: de que el hombre y la mujer representen dos mundos antagónicos».

Falta mucho, no obstante, para resolver la condición de la mujer obrera a fin de que le sea permitido vivir y ser madre con sosiego; que se le concedan seis años de su vida a la crianza de los hijos, sin esos madrugones extenuantes para llevar sus bebés a las casacunas y correr a trabajar jornadas de ocho horas, además del trabajo casero. Esos años que las mujeres consagrarían a la maternidad, los habrían de pasar en un hogar confortable, en compañía del niño, sin preocupaciones de orden económico. Como la mujer durante esos años cumple la función necesaria a la conservación de la especie, sigue siendo en el seno de la sociedad un miembro necesario para su desarrollo, como durante el resto de sus años con su trabajo al enriquecimiento colectivo.

Para realizar esa y otras obras de superación hemos de convenir que hay que transformar las estructuras políticas y económicas de la sociedad, labor a la que hemos de dedicar nuestros mejores esfuerzos.

Hemos de lograr el máximo respeto y libertad para todas las mujeres que no sientan el deseo de ser madres, y para las descontentas con el sexo de que las ha dotado la naturaleza y quieran hacer vida masculina. En cuanto a las que repudian francamente su condición femenina, como es el caso de algunas colaboradoras de

la documentada revista *Les Temps Modernes*, libertad de relaciones con sus afines, aunque no estimo beneficiosa la propaganda de esas concepciones que son un desvío de la naturaleza.

Aurelia Capmany ha escrito un libro titulado *Felizmente soy una mujer*. Yo creo también que la verdadera mujer debe sentirse a gusto en su piel, hoy sobre todo, en que las barreras para la completa realización de todo su ser van desapareciendo.

Cuando la mujer española sea también un factor determinante en la vida social, esperamos que sepa imprimir un sello de mayor comprensión, de libertad y, sobre todo, de fraternidad humana.

Y para terminar, un breve comentario sobre la situación actual de España: las últimas semanas de la vida de Franco son el fiel corolario de la vida del dictador. En el discurso que pronunció el 27 de julio último ante los alféreces provisionales trató a la oposición de minorías alborotadoras y de perros que ladran. Ése es el juicio que le merece la inmensa mayoría del pueblo español, los trabajadores, la prensa, los sacerdotes y ya hasta los militares que desde hace algún tiempo gritan su indignación y su protesta contra un régimen dictatorial que ha desafiado la conciencia libre de España y del mundo desde hace casi 40 años.

Pero los cinco ejecutados del 27 de septiembre se llevaron consigo la vida del tirano. Las balas que mataron a Otaegui, Manot, Baena, García Sanz y Sánchez Bravo, alcanzaron también a Franco. Esperamos que serán los últimos de esos miles y miles de ejecutados por el franquismo después de terminada la guerra. Más de DOSCIENTOS MIL convienen los historiadores, pues el propio Conde Ciano en sus memorias da la cifra de 200 ejecuciones diarias. A partir de 1936 las ejecuciones se espaciaron gracias a la presión internacional, pero aún cayeron muchos, entre ellos Cristino García, Julián Grimau y cuatro militantes del Movimiento Libertario, Vicente Gil, Francisco Granados, José Delgado y Puig Antich.

Lo que está sucediendo actualmente en España es el preludio de grandes acontecimientos. Desde hace tres semanas el dictador de España agoniza en el Palacio del Pardo. Agonía atroz, repetida infinidad de veces. Aún quiere realizar su última traición: la de negarse obstinadamente a presentarse humildemente ante su Dios. El que con tanta facilidad envió a la muerte a centenares de miles de anti-

fascistas se niega con ferocidad a aceptar la suya. ¡Que desaparezca de una vez y con él todos sus seguidores que han sojuzgado y envilecido nuestro país! Hasta los últimos días de su vida ha querido conservar su imagen de hombre duro, tenaz e imparable por encima del juicio de los hombres.

Al desaparecer de la escena del mundo, llevará su conciencia el mayor número de crímenes, después de Hitler y Stalin.

España sin Franco deberá dedicar nueva sangre, nuevos hombres para iniciar el adcentamiento de la vida nacional, dotándola de estructuras que aseguren las libertades fundamentales de asociación, de expresión y de reunión, reconstruir las organizaciones obreras y políticas, libertad de todos los presos políticos y sociales, y promulgar una amplia amnistía —la primera en 40 años— para los delitos de guerra de 1936-39, suprimiendo el baldón de la pena de muerte.

Como final, dedicaremos un recuerdo a las madres españolas que perdieron a sus hijos en la tormenta de la represión, entre ellas María Otaegui y Antonia Manot, madres de héroes, que con tanto valor y dignidad han sabido soportar el fusilamiento de sus hijos, mártires de la lucha por la liberación de España.

Amigos todos: el tiempo apremia y debemos organizarnos para contribuir a la libertad de España, respondiendo a lo que ya es un clamor en el interior. Es verdad que la tormenta represiva desmanteló nuestras fuerzas, pero unidos, aún seremos poderosos para hacer oír en nuestro país la voz de la CNT, de los libertarios y demás fuerzas antifascistas. Es verdad que actualmente el odio entre los hombres está cada vez más encendido y que, desgraciadamente, por todas partes las ideologías y los regímenes de signo totalitario se van extendiendo, resultando cada vez más difícil en esa selva de odios encontrar una salida hacia una convivencia fraternal entre los seres humanos. Pero no hay que desesperar y hay que luchar para encontrar esa salida salvadora, aunque no sea fácil la tarea y hayamos de poner en juego todas las energías para evitar que la humanidad se hunda en nuevas estructuras autoritarias y para que encuentre el verdadero camino de su liberación.

HE TERMINADO.

Conferencia presentada por Lola Iturbe en Lyon, el 8 de noviembre de 1975, con ocasión de la inauguración de la exposición «Sous le signe de l'Année Internationale de la Femme. Grande Exposition du Livre (français-espagnol)», que tuvo lugar en la Maison de l'Europe, de la place Bellecour de Lyon. Texto inédito.

Notas

1. Gran humanista española (1475-1534), conocida por el sobrenombre de *La Latina*.
2. Jeanne Derouin y Pauline Roland participaron en 1849 en el programa de enseñanza.
3. Prima y esposa de Elie Reclus.
4. Gran humanista y periodista del siglo XIX.
5. Compañera de Erich Mühsam, conocida por el diminutivo de *Zensl* (Kreszentia).
6. Juana Rouco era en realidad madrileña de nacimiento.
7. Las cartas que Ricardo Flores Magón escribió a Elena White a Nueva York durante su cautiverio en Leavenworth (1919-1922), así como muchas otras dirigidas a distintos/as camaradas y personas que le apoyaron e intervinieron en la campaña por su liberación, fueron traducidas del inglés y prestadas por sus destinatarios a Nicolás T. Bernal, quien tuvo la feliz idea —dado el valor de las mismas— de reunir las en un libro y buscó recursos para poder realizarlo. Así nació el *Epistolario revolucionario e íntimo* de Ricardo F. M., editado en México por el Grupo Cultural Ricardo Flores Magón; primero, en tres pequeños tomos espaciados en el tiempo y reunidos en un solo volumen en 1925. Esta misma obra fue reproducida por los jóvenes mexicanos de Ediciones Antorcha en 1975, de las que se hicieron otras tiradas en años posteriores.

Elena White, ya septuagenaria y siempre en Nueva York, conservó esas hermosas cartas que facilitó a Benjamín Cano Ruiz de la Editorial Ideas de México. Traducidas de nuevo del inglés por Proudhon Carbó, formaron parte del libro *Ricardo Flores Magón, su vida, su obra*, junto a un estudio de B. Cano Ruiz, que vio la luz en 1977. Fue contribución de compañeros anarquistas españoles de México. [Aclaración de A. Fontanillas]

8. La vida de Bruno Traven (en la revista *Comunidad Ibérica*, n.º 41, p. 5) es una de las muchas crónicas que produjo la fibra periodística de Silvia Mistral, primero en España y luego en México donde se exilió. Excelente pluma, su primer libro fue *Éxodo. Diario de una refugiada*. Otros le siguieron después. [Aclaración de A. Fontanillas]
9. Las páginas de *Mujeres Libres* hicieron una gran campaña de sensibilización contra la prostitución y a favor de los Liberatorios de Prostitución, incluso con pasquines y un grandioso cartel; pero como dice Federica después de su gestión ministerial: «Queríamos crear, trabajamos ya en la creación de los llamados “Liberatorios de Prostitución”» (p. 27). Y Félix Martí Ibáñez que ya había elaborado el esquema: «No pudo realizarse la obra soñada, por haberse interrumpido nuestra gestión en plena tarea...». Una cosa son los deseos y la propaganda; y la otra, la realidad concreta de su realización. [Aclaración de A. Fontanillas]

Teresa Claramunt, la virgen roja barcelonesa

Biografía y escritos

María Amalia Pradas Baena

Teresa Claramunt (1862-1931), la «virgen roja barcelonesa o la Louise Michel española», como era conocida en los medios libertarios, fue una de las personas más influyentes del anarquismo catalán de finales del siglo XIX y principios del XX.

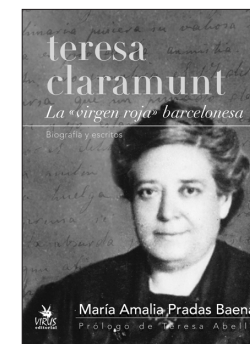
Nacida en Sabadell, de familia obrera, de muy joven empieza a trabajar en una fábrica textil. Con veinte años participa en la «huelga de las siete semanas», lo que marcaría el inicio de lo que sería su trayectoria política y vital.

Muy pronto toma conciencia de la doble explotación que sufre la mujer dada su condición de mujer y de obrera. Dedicó sus primeros años a fomentar el asociacionismo obrero y, en particular, a la creación de asociaciones de mujeres obreras, donde éstas puedan operar sin la tutela de los hombres.

Propagandista infatigable, autora de numerosos artículos y animadora de publicaciones como *El Progreso* o *El Rebelde*, fiel a un anarquismo puro e intransigente, contraria al sindicalismo negociador y a los conchavos con la clase política, se convertirá en una de las voces más lacerantes contra la desigualdad de la mujer, contra la religión, contra la explotación capitalista y contra el militarismo.

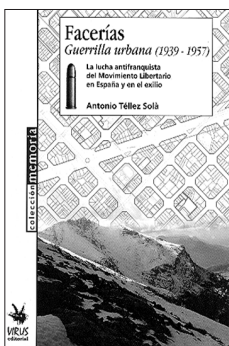
La liberación de las mujeres había de ser obra de ellas mismas, y si la mujer no se libraba del yugo de la religión, del patriarcado y de la incultura, siempre sería un obstáculo para aquella otra liberación a la que aspiraba: la de la clase obrera.

Su vida transcurrió entre presidios y destierros, lo que acabó por minar su salud, pero eso no desanimó nunca a Teresa Claramunt, pues siempre manifestó en sus escritos que el camino hacia el ideal estaba sembrado de las resistencias de los que se negaban a perder sus privilegios, la clase «parásita», destinada a desaparecer con el advenimiento de la sociedad anarquista.



352 págs., 18 €

ISBN 84-96044-68-8



Facerías

Guerrilla urbana (1939-1957)
La lucha antifranquista del Movimiento
Libertario en España y en el exilio

Antonio Téllez Solà

La amistad del autor con Facerías, la correspondencia personal que mantuvo con él hasta su muerte, la investigación de la documentación interna de las organizaciones del Movimiento Libertario y la recopilación de información de

los ficheros policiales le han permitido a Antonio Téllez reconstruir las circunstancias en las que se desarrolló la lucha de los guerrilleros libertarios, y las adhesiones y rechazos que generaron.

424 págs., 19 €

ISBN 84-96044-44-4



La revolución traicionada

La verdadera historia de Badius
y los amigos de Durruti

Miquel Amorós

Hay pocos temas históricos que hayan tenido y sigan teniendo tanta profusión editorial y en tantas lenguas diferentes como lo es el de la Guerra Civil y la Revolución Social en la España de 1936. Sin embargo, esto no ha impedido que sean muchos los hechos históricos que quedan todavía por conocer y muchas las preguntas que quedan aún sin respuesta, y entre estos hechos destacan, sin duda, los acontecimientos de Mayo del 37 y el papel desempeñado en los mismos por la Agrupación Los Amigos de Durruti.

464 págs., 19 €

ISBN 84-96044-15-7